

John Reed



México Insurgente



INDICE

Introducción En la frontera, de John Reed.

Primera parte La guerra en el desierto.

- Capítulo I El territorio de Urbina.
- Capítulo II El león de Durango en casa.
- Capítulo III El general marcha a la guerra.
- Capítulo IV La tropa en el arroyo.
- Capítulo V Noches blancas en La Zarca.
- Capítulo VI ¿Quién vive?
- Capítulo VII Un puesto de avanzada en la Revolución.
- Capítulo VIII Los cinco mosqueteros.
- Capítulo IX La última noche.
- Capítulo X Llegan los colorados.
- Capítulo XI La huída del mister.
- Capítulo XII Isabel.

Segunda parte Francisco Villa.

- Capítulo I Villa acepta una medalla.
- Capítulo II El ascenso de un bandido.
- Capítulo III Un peón en política.
- Capítulo IV El lado humano.
- Capítulo V Los funerales de Abraham González.
- Capítulo VI Villa y carranza.
- Capítulo VII Las leyes de la guerra.
- Capítulo VIII El sueño de Pancho Villa.

Tercera parte Jiménez y puntos al Oeste.

- Capítulo I El hotel de doña Luisa.
- Capítulo II Duelo en la madrugada.
- Capítulo III El reloj salvador.
- Capítulo IV Símbolos de México.

Cuarta parte Un pueblo en armas.

- Capítulo I ¡A Torreón!
- Capítulo II El ejército en Yermo.
- Capítulo III La primera sangre.
- Capítulo IV En el carro del cañón El Niño.
- Capítulo V A las puertas de Gómez Palacio.
- Capítulo VI Aparecen otra vez los compañeros.
- Capítulo VII Amanecer sangriento.
- Capítulo VIII Llega la artillería.
- Capítulo IX La batalla.
- Capítulo X Entre combates.
- Capítulo XI Un puesto de avanzada en acción.
- Capítulo XII El asalto de los hombres de Contreras.
- Capítulo XIII Un ataque nocturno.
- Capítulo XIV La caída de Gómez Placio.

Quinta parte Carranza - una estampa.

- Capítulo I Carranza - una impresión.

Sexta parte Noches mexicanas.

- Capítulo I El Cosmopilita.
- Capítulo II Valle Alegre.
- Capítulo III Los pastores.

INTRODUCCIÓN

EN LA FRONTERA

Después de dejar Chihuahua, el ejército federal de Mercado permaneció tres meses en Ojinaga, a orillas del Río Grande, luego de su dramática y terrible retirada a través de seiscientos cuarenta kilómetros de desierto.

Desde el lado norteamericano del río, en Presidio, si uno se trepaba al techo de lodo aplanado de la oficina de correos, se alcanzaban a ver más o menos dos kilómetros de pequeños matorrales que crecían en la arena, a la orilla del amarillento arroyuelo que era poco profundo, y aún más allá hasta la pequeña meseta, donde se localizaba el pueblo, que apenas sobresalía en medio del abrasante desierto circundado por abruptas y áridas montañas.

Asimismo, podía uno distinguir las casas de Ojinaga, pardas y cuadradas, y algunas cúpulas orientales de viejas iglesias españolas. Era una tierra yerma, sin árboles. Cualquiera esperaba ver minaretes. En el día, los soldados federales vestidos con sus andrajosos uniformes blancos pululaban por el lugar cavando trincheras sin ningún plan, pues se decía que Villa y su victorioso ejército constitucionalista se acercaba. Brillaban súbitos destellos al reflejarse el sol en los fusiles, y extrañas y densas nubes de humo se elevaban al cielo.

En el atardecer, cuando el sol se metía lanzando una llamarada como la de un horno, pasaban patrullas a caballo rumbo a los puestos nocturnos de avanzada, recortando sus siluetas en el horizonte. Y al anochecer ardían misteriosas hogueras en el pueblo.

Eran tres mil quinientos soldados que acampaban en Ojinaga. Lo que quedaba de un ejército de diez mil dirigido por Mercado, y de otros cinco mil que Pascual Orozco había llevado desde la ciudad de México para reforzar el Norte. De estos tres mil quinientos hombres, cuarenta y cinco eran comandantes; veintiuno coroneles y once, generales.

Mi intención era entrevistar al general Mercado; pero como un periódico había publicado algunas cosas ofensivas contra el general Salazar, éste había prohibido que los periodistas entraran al pueblo. Por esto envié una petición respetuosa al general Mercado, pero el general Orozco la interceptó y me mandó la respuesta siguiente:

Estimado y honorable señor: Si tiene el atrevimiento de poner un pie en Ojinaga, lo voy a mandar fusilar y con mi propia mano tendré el gusto de llenarle la espalda de agujeros.

Sin embargo, un día pude vadear el río y me dirigí al pueblo. Por suerte no me descubrió el general Orozco. Nadie pareció querer detenerme. Todos los centinelas que encontré, dormían la siesta bajo la sombra de los muros de adobe. Muy pronto encontré a un amable oficial apellidado Hernández, a quien le expliqué que buscaba al general Mercado. Sin preguntarme quién era yo, frunció el ceño y cruzando los brazos espetó:

- ¡Yo soy el jefe del Estado Mayor del general Orozco, y no lo llevaré con el general Mercado!

Guardé silencio. Unos momentos después agregó:

- ¡El general Orozco odia al general Mercado! No se digna ir al Cuartel del general Mercado, y el general Mercado no se atreve a ir al Cuartel del general Orozco. ¡Es un cobarde! ¡Corrió de Tierra Blanca y después huyó de Chihuahua!

- ¿Qué otros generales no le agradan? -pregunté.

Se aguantó un poco, me miró con enojo, y haciendo una mueca de burla dijo:

-¿Quién sabe?

Finalmente pude ver al general Mercado. Era un hombre bajo, gordo, patético, preocupado e indeciso quien, lloriqueando y alardeando, me contó una extensa anécdota acerca de la forma en que el ejército estadounidense había cruzado el río para ayudar a Villa a ganar la batalla de Tierra Blanca.

Las polvorientas y blancuzcas calles del pueblo estaban llenas de mugre y forraje; la vieja iglesia sin ventanas tenía tres enormes campanas españolas que colgaban de un travesaño exterior, y una nube de incienso azul salía del agujero de la puerta en el campamento de las mujeres que seguían al ejército y rezaban día y noche para lograr el triunfo. Todo esto yacía bajo el ardiente y asfixiante sol. Cinco veces habían tomado y perdido Ojinaga. Era extraña la casa que conservaba el techo, y todas las paredes mostraban grandes boquetes hechos por las balas de cañón. En estos cuartos vacíos y en ruinas vivían los soldados, sus mujeres, caballos, gallinas y puercos atrapados en incursiones por los alrededores. Los rifles estaban amontonados en las esquinas, y las sillas de montar se apilaban sobre el polvo. Los soldados vestidos con harapos, se sentaban en cuclillas en torno a pequeñas hogueras encendidas en sus puertas, hirviendo olores y carne seca; casi se morían de hambre. A todo lo largo de la calle principal pasaba una procesión constante de gente enferma, exhausta y muerta de hambre que a causa del temor a los rebeldes abandonaba sus casas y se arriesgaba en un viaje de ocho días por el desierto más terrible del mundo. Cientos de soldados detenían a esta gente en la calle y les robaban todo lo que podían. Después, la gente atravesaba el río, y del lado norteamericano tenía que sufrir el desprecio de los oficiales de aduana e inmigración y de la patrulla fronteriza del ejército, quienes hacían un registro para buscar armas.

Centenares de refugiados se pasaban por el río, algunos a caballo conduciendo ganado, otros en vagones y otros a pie. Los inspectores no eran nada corteses.

¡Bájate del vagón! -le gritaba uno a una mujer mexicana con un bulto en los brazos.

Pero, ¿por qué?, señor... -balbucía ella.

¡Bájate o te bajo! -le gritaba él.

Estos inspectores registraban cuidadosa, brutal e innecesariamente a hombres y mujeres.

Estuve presente cuando una mujer vadeó el río con las faldas levantadas, sin timidez, hasta los muslos. Llevaba un rebozo grande, abultado al frente como si llevara algo.

- ¡Eh, tú! -gritó el aduanero- ¿Qué traes debajo del rebozo?

Ella abrió poco a poco el frente de su rebozo, y contestó ingenuamente:

-No sé señor. Puede ser una niña, o tal vez un niño.

Estos fueron días de gloria para Presidio, un pueblo diseminado e indescritiblemente desierto de unas quince casas de adobe, regadas sin ningún orden en la profunda arena y con arbustos de álamo plantados a lo largo del río.

El tendero alemán, que era un viejo llamado Kleinman, hacía diario una fortuna aprovechándose de los refugiados y abasteciendo al ejército federal al otro lado del río. Tenía tres hijas adolescentes muy hermosas que permanecían bajo llave en el ático de la tienda porque una parvada de amorosos mexicanos y ardientes vaqueros las rondaba como perros, atraídos desde muy lejos por la fama de estas damitas. La mitad del tiempo el alemán se la pasaba trabajando como un animal en la tienda, desnudo hasta la cintura, y el resto lo pasaba corriendo de un lado para otro con un largo rifle amarrado a su cintura, espantando a los pretendientes.

A todas horas del día o de la noche, grupos de soldados federales desarmados se escurrían del otro lado del río en la tienda e iban al salón de billar. Entre ellos andaban personas oscuras y misteriosas con aire de importancia, eran agentes secretos de los federales y los rebeldes. Alrededor, dentro del matorral, acampaban cientos de desprovistos refugiados, y durante la noche no se podía dar vuelta a una esquina sin descubrir una conspiración o una contraconspiración. Había llaneros tejanos, tropas estadounidenses y agentes de las compañías americanas que trataban de hacer llegar instrucciones secretas a sus contactos del interior.

Un hombre llamado Mackenzie marchaba por toda la oficina de correos con mucha desesperación, parecía que tenía cartas importantes para las minas de la Compañía Americana de Extracción y Refinamiento de Santa Eulalia.

El viejo Mercado insiste en abrir y leer todas las cartas que pasan por sus líneas -gritó con indignación.

Pero -dije- las permite pasar, ¿o no?

Claro -contestó-. ¿Pero usted cree que la Compañía Americana de Extracción y Refinamiento va a admitir que un maldito grasiento abra y lea sus cartas? ¡Es un insulto que una compañía americana no pueda enviar una carta privada a sus empleados! Si esto no trae la intervención agregó con misterio- ¡no sé qué lo hará!

Eran muy diversos viajeros, agentes o representantes, contrabandistas de las compañías de armas y municiones; también un pequeño hombre pendenciero, vendedor de una compañía de retratos, que hacía ampliaciones a lápiz de fotografías a cinco pesos cada una. Se colaba entre los mexicanos y obtenía miles de pedidos por pinturas que se pagarían a su entrega, y que, desde luego, nunca se entregarían. Era su primer experiencia con mexicanos, y fue muy retribuido por los cientos de pedidos que logró.

Para un mexicano es muy fácil ordenar un retrato, un piano, o un automóvil mientras no tenga que pagarlo. Esto le da una sensación de riqueza.

El hombrecillo de las ampliaciones a lápiz, hizo un comentario sobre la revolución mexicana. Dijo que el general Huerta seguro era un buen hombre, pues él tenía entendido que emparentaba lejanamente, por el lado materno ¡con la distinguida familia Carey de Virginia!

Un pequeño grupo de caballería patrullaba dos veces al día la ribera norteamericana del río, y lo mismo hacía a conciencia una compañía de a caballo en el lado mexicano. Ambas partes se observaban con detalle a través de la frontera. Algunas veces un mexicano, incapaz de controlar su nerviosismo, disparaba un tiro a los norteamericanos y se iniciaba una batalla mientras ambas partes se distribuían por los matorrales. Un poco más adelante de Presidio dos tropas de la Novena Caballería Negra estaban estacionadas. Un soldado de color fue a dar agua a su caballo en la ribera del río, en cuclillas, y un mexicano que hablaba inglés lo acosó desde la otra orilla:

¡Oye negro! -gritó, provocativo-. ¿Cuándo van a cruzar la frontera esos malditos gringos?

¡Chile! -contestó el negro-. ¡No vamos a cruzar la línea. Vamos a levantarla y llevarla hasta el Canal de Panamá!

En ocasiones, un refugiado rico, con una buena cantidad de oro cosido a las mantas de su silla de montar, atravesaba el río sin que los federales lo descubrieran. Había seis grandes y poderosos automóviles en Presidio esperando a estas víctimas. Les cobraban cien dólares en oro para llevarlos hasta el ferrocarril; y en el camino, en algún lugar desolado al sur de Marfa, era seguro que hombres enmascarados los asaltarán y les quitarán todo lo que llevaban encima. En dichas ocasiones el sheriff del condado de Presidio irrumpía en el pueblo montado sobre un pequeño caballo pinto -una figura fiel a la mejor tradición de la muchacha del dorado oeste-. Había leído todas las novelas de Owen Wister, y sabía a la perfección lo que un sheriff del oeste debería portar: dos revólveres a la cadera, un portafusil bajo su brazo, un largo cuchillo en su bota izquierda y un enorme rifle sobre su silla de montar. En su conversación utilizaba las más terribles maldiciones, y nunca atrapaba a un criminal. Se pasaba todo el tiempo haciendo cumplir la ley del condado de Presidio contra portar armas y jugando póker por las noches; después de un día de trabajo, siempre se le podía encontrar en la trastienda del almacén de Kleinman jugando una partida tranquilamente.

Tanto la guerra como los rumores de la misma mantenían a Presidio en agitación. Todos sabíamos que tarde o temprano el ejército constitucionalista saldría de Chihuahua para atacar Ojinaga. En realidad, los generales federales ya estaban de acuerdo con el co-

mandante en jefe de la patrulla fronteriza para que hiciera arreglos en caso de que se retirara el ejército federal de Ojinaga. Dijeron que cuando los rebeldes atacaran, intentarían resistir por un buen rato -dos horas más o menos- y que entonces les gustaría tener permiso para cruzar el río.

Nosotros sabíamos que aproximadamente veinticinco millas al sur, en el Paso de la Mula, cinco mil rebeldes voluntarios vigilaban el único camino a Ojinaga por las montañas. Un día un correo se coló por las líneas federales y cruzó el río con noticias importantes. Dijo que la banda militar del ejército federal había marchado por la zona practicando sus marchas. Los constitucionalistas capturaron a sus integrantes y los tuvieron en el mercado con rifles apuntando a sus cabezas para que tocaran doce horas seguidas sin descanso.

Así -continuaba el mensaje- las penurias de la vida en el desierto se aliviaron un poco.

Nunca descubrimos la razón por la cual la banda practicaba sola en el desierto, a cuarenta kilómetros de Ojinaga.

Los federales estuvieron en Ojinaga y en el próspero Presidio otro mes más. Entonces Villa, a la cabeza de su ejército, apareció en el horizonte del desierto. Los federales resistieron sólo una respetable cantidad de tiempo -nada más dos horas o, para ser más exactos, hasta que Villa comandando una batería galopó directamente hacia los cañones de los rifles- y después corrieron en tropel a través del río. Los soldados americanos los condujeron como a ganado hacia un corral, y más tarde los encerraron en un redil con alambre de púas en el Fuerte Bliss, en Texas.

En esos momentos yo ya estaba en México, cabalgando a través del desierto con cerca de cien hombres de las andrajosas tropas constitucionalistas rumbo al frente de batalla.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

El territorio de Urbina

Un vendedor de baratijas procedente de Parral llegó al pueblo con una mula cargada de macuche -se fuma macuche cuando no hay tabaco- y fui con la demás gente a verlo para obtener noticias. Esto fue en Magistral, un pueblo montaños de Durango a tres días a caballo de la vía del tren. Alguien compró un poco de macuche, el resto de nosotros le pedimos prestado y mandamos a un muchacho por hojas de elote. Todos se animaron, charlaban alrededor del vendedor en tres filas, pues hacía muchas semanas que el pueblo no oía acerca de la revolución. El hombre estaba lleno de rumores alarmantes: que los federales habían forzado su entrada a Torreón y se encaminaban hacia este lugar, quemando ranchos y asesinando a los pacíficos; que las tropas de Estados Unidos habían cruzado el Río Grande; que Huerta había renunciado; que Huerta iba hacia el norte para tomar el mando de las tropas federales; que Pascual Orozco había sido balaceado en Ojinaga; que Pascual Orozco se dirigía al sur con diez mil colorados. Contó estos informes con mucho dramatismo. Caminaba con vigor hasta que su pesado sombrero café-dorado se movía sobre su cabeza, retorció su desgastada cobija azul sobre su hombro, disparaba rifles imaginarios y desenfundaba espadas ficticias, mientras que el público murmuraba: ¡má! adiós, pero el rumor más interesante fue que el general Urbina se pondría en camino al frente de batalla en dos días.

Un árabe hosco llamado Antonio Swayfeta iba a Parral la mañana siguiente en una caleza de dos ruedas y me permitió acompañarlo hasta Las Nieves, donde vivía el general. Por la tarde ya habíamos trepado las montañas hasta la gran altiplanicie del norte de Durango y descendíamos por las grandes olas de la amarillenta pradera, tan extensa que el ganado pastando se vía como puntos y al final desaparecía en la base de las arrugadas montañas púrpura, que parecían estar a tiro de piedra. Cedió la hostilidad del árabe y me contó la historia de su vida, de la que no pude entender ni una sola palabra. Pero, en resumen, según lo que pude captar, era en su mayoría comercial. Una vez estuvo en El Paso que calificaba como la ciudad más hermosa del mundo. Pero los negocios eran mejores en México. Decía que en México había pocos judíos porque no soportaban la competencia de los árabes.

En todo ese día sólo vimos a un ser humano -un anciano harapiento, envuelto en un sarape rojinegro, sin pantalones, y aferrado al mango roto de un rifle. Escupiendo, dijo que era un soldado; que después de tres años de pensarlo al fin había decidido unirse a la revolución y pelear por la libertad. Pero en su primer batalla dispararon un cañón, el primero que había oído en su vida; y de inmediato se encaminó a su hogar en El Oro para quedarse ahí hasta que la guerra terminara ...

Antonio y yo no dijimos nada. De vez en cuando él se dirigía a la mula en perfecto castellano. Una vez me informó que esa mula era puro corazón.

El sol se quedó suspendido un momento sobre la cresta de las rojas montañas de pórfito, y después se ocultó tras ellas; la turquesa cúpula celeste se tiñó con el polvo naranja de las nubes. Entonces todas las leguas ondulantes del desierto destellaban y se acercaban bajo la suave luz. De pronto apareció la sólida fortaleza de un rancho, de esos que uno ve una vez al día en esta vasta tierra -una plaza imponente de paredes blancas con torres en cada esquina provistas de cañoneras, y con un portal de acero fundido-. Se levantaba sombrío y amenazante sobre una pequeña colina desnuda, como cualquier castillo, con corrales de adobe a su alrededor, y debajo, en lo que había sido un arroyo seco, todo el día manaba el río subterráneo formando un estanque y volvía a desaparecer en la arena. Delgadas líneas de humo brotaban desde dentro y se iban a lo alto contra los últimos reflejos del sol. Desde el río hasta el portal se deslizaban las pequeñas figuras negras de las mujeres con cántaros de agua sobre sus cabezas; y dos jinetes conducían ganado hacia los corrales. Ahora las montañas occidentales eran de terciopelo azul, y el pálido cielo era una bóveda ensangrentada hecha de seda acuosa. Para la hora en que llegamos al gran portal del rancho, arriba sólo había una lluvia de estrellas.

Antonio preguntó por don Jesús. Siempre hay seguridad en llamar a un don Jesús en cualquier rancho, pues invariablemente es el nombre del administrador. Por fin apareció un hombre de gran talla enfundado en pantalones ajustados, camiseta de seda púrpura y un sombrero gris cargado con una trenza de plata, y nos invitó a entrar. Las casas formaban el interior del muro, de uno a otro extremo. A lo largo de las paredes y sobre las puertas colgaban festanes de carne en tiras, hilos de pimientas y ropas secándose. Tres muchachas cruzaron la plaza en fila, balanceando las ollas de agua sobre su cabeza, gritándose unas a otras en la voz estridente de las mujeres mexicanas. En una casa una mujer inclinada amamantaba a su bebé; a la siguiente puerta otra estaba de rodillas en su interminable labor de la molienda de maíz sobre un metate de piedra. La población masculina se acuclillaba ante pequeñas fogatas de olotes, envueltos en sus gastados sarapes, fumando sus hojas, observando el trabajo de las mujeres. Al desmontar se levantaron y nos rodearon, dirigiéndonos en voz suave un buenas noches, curioso y amigable.

¿De dónde veníamos? ¿A dónde íbamos? ¿Qué noticias teníamos? ¿Ya habían tomado los maderistas Ojinaga? ¿Era cierto que Orozco iba a matar a los pacíficos? ¿Conocíamos a Pánfilo Silveyra? Él era un sargento, uno de los hombres de Urbina. Él provenía de esta casa, era el primo de ese hombre. ¡Ah, había mucha guerra!

Antonio fue a negociar maíz para la mula.

- Un tantito. Sólo un poquito de maíz -rogaba.

De seguro que don Jesús no le cobraría nada ... ¡cuánto maíz podía comer una mula ...! En una de las casas traté de hacer arreglos para la cena. La mujer extendió las manos.

- Todos somos muy pobres ahora -dijo-. Un poquito de agua, algunos frijoles, tortillas ... es todo lo que comemos en esta casa ...

- ¿Quién sabe? -respondió vagamente.

- Mi casa está a sus órdenes -dijo con determinación, y me pidió un cigarrillo.

¿Leche? No, ¿huevos? No, ¿carne? No, ¿café? ¡Válgame Dios, no! Le ofrecía dinero con el que quizá pudiera comprar algo en una de las casas vecinas.

En ese momento llegó el marido y la reprendió por su falta de hospitalidad.

Entonces se sentó en cuclillas mientras ella traía las dos sillas familiares y nos invitó a sentarnos. El cuarto tenía buen tamaño, un suelo sucio y un techo de pesadas vigas con el adobe asomándose entre ellas. Las paredes y el techo blanqueados, a primera vista, sin mancha alguna. En una esquina había una cama de fierro, y en la otra una máquina de coser Singer, como en cualquier otra casa que vi en México. También había una mesa de patas largas, sobre la que se veía una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, con una veladora encendida ante ella. Arriba de esto, sobre la pared, colgaba una ilustración indecente recortada de las páginas de *Le Rire*, en un marco plateado; evidentemente un objeto de la más alta veneración.

Luego llegaron varios tíos, primos y compadres a preguntar si por casualidad traíamos algunos cigarrillos. A una orden del marido, la mujer trajo un carbón encendido entre sus dedos. Fumamos. Se hizo tarde. Se desarrolló una animada discusión con respecto a quién compraría las provisiones para nuestra cena. Por último comprometieron a la mujer y pronto Antonio y yo nos sentamos en la cocina, mientras ella se inclinaba sobre la plataforma de adobe en forma de altar situado en la esquina, cocinando sobre una fogata abierta. El humo nos envolvió, escurriéndose por la puerta. A veces un puerco o unas cuantas gallinas se metían, o un borrego buscaba tortillas, hasta que la voz enojada del amo de la casa recordaba a la mujer que ella no estaba haciendo cinco o seis cosas a la vez. Y ella se levantaba apresuradamente para espantar al animal con una rama ardiendo.

Durante la cena -tiras de carne ardiente por el chile, huevos fritos, tortillas, frijoles y café negro amargo-, toda la población masculina del rancho nos acompañaba, dentro y fuera del cuarto. Parecía que algunos en especial tenían prejuicios contra la Iglesia.

- ¡Curas sinvergüenzas! -gritaba uno-. ¡Quién viene cuando estamos tan pobres y se lleva el diezmo de lo que tenemos!

- Y nosotros pagando un cuarto al gobierno por esta maldita guerra ...

- ¡Cállense! -chilló la mujer-. ¡Es para Dios! Dios debe comer, igual que nosotros ...

El marido mostró una amplia sonrisa. Una vez fue a Jiménez, por lo que se le consideraba como un hombre de mundo.

- Dios no come -enfaticó con decisión-. Los curas engordan a nuestras expensas.

- ¿Por qué lo dan? -pregunté.

- Es la ley -dijeron varios al mismo tiempo.

¡Y nadie podía creer que esa ley había sido abolida en México en el año 1857!

Les pregunté por el general Urbina:

- Un hombre bueno, todo corazón, y otro dijo: Es muy valiente. Las balas se le resbalan como la lluvia sobre un sombrero ...

- Es el primo de la hermana del primer marido de mi mujer.

- Es el bueno para los negocios del campo (esto es un hombre con gran éxito como bandido y salteador de caminos).

Y por último uno dijo con orgullo:

- Hace unos cuantos años sólo era un peón como nosotros; y ahora es general y un hombre rico.

Pero no olvidaré en mucho tiempo el cuerpo enjuto y los pies descalzos de un viejo con la cara de santo, quien dijo pausadamente:

- La Revolución es buena. Cuando termine, nunca, nunca, nos moriremos de hambre, si servimos a Dios. Pero es larga, y no tenemos nada qué comer, ni ropa qué ponernos, pues el amo se ha ido de la hacienda; no tenemos herramientas ni animales para trabajar; los soldados se llevan nuestro maíz y ahuyentan nuestro ganado ...

-¿Por qué no luchan los pacíficos?

Se encogió de hombros.

- Ellos no nos necesitan ahora. No tienen rifles para nosotros, ni caballos. Están ganando. ¿Y quién los alimentará si no sembramos maíz? No, señor. Pero si la Revolución pierde, entonces no habrá más pacíficos. Entonces nosotros nos levantaremos con nuestros cuchillos y nuestros látigos ... La Revolución no perderá ...

Cuando Antonio y yo nos envolvimos en nuestras cobijas en el suelo del granero, ellos cantaban. Uno de los jóvenes se había conseguido una guitarra, y dos voces, apoyándose una a la otra en esa peculiar y estridente armonía mexicana de barbería, entonaban en voz alta algo acerca de una triste historia de amor.

Durante todo el día siguiente cabalgamos a través de grandes terrenos que cubrían más de dos millones de acres según me dijeron. El rancho era una de las muchas propiedades de la hacienda El Canutillo. El hacendado, un español rico, se había fugado del país hacía dos años.

-¿Quién es el dueño ahora?

-El general Urbina -dijo Antonio.

Y así era, según lo que descubrí. Las grandes haciendas del norte de Durango, un área mayor que la del Estado de New Jersey, fue confiscada por el gobierno constitucionalista a través del general, quien los gobernó con sus propios agentes, y además se decía que dividió por mitades con la Revolución.

Viajamos todo el día, sin parar más que lo suficiente para comer algunas tortillas. Cerca de la puesta del sol vimos el muro de lodo café que rodeaba El Canutillo con su ciudad de pequeñas casas y la antigua torre rosada de la iglesia sobresaliendo por entre los álamos -a kilómetros de distancia al pie de las montañas-. El pueblo de Las Nieves, una

dispersa colección de adobes del mismo color que la tierra de que se hacen, estaba frente a nuestros ojos, como un extraño crecimiento en el desierto. Un río centellante, sin huella alguna de verdor a lo largo de sus riberas que contrastase con la planicie tostada, trazaba un semicírculo alrededor del pueblo. Y al chapotear a través del vado, entre las mujeres arrodilladas lavando, el sol de repente se ocultó detrás de las montañas occidentales. De inmediato un diluvio de luz amarilla, espesa como el agua, ahogó la tierra, y una neblina dorada se levantó del suelo, sobre el que el ganado flotaba sin patas.

Yo sabía que el precio de un viaje como el que había realizado con Antonio costaba cuando menos diez pesos, y él era un árabe en los negocios. Pero cuando le ofrecí dinero, me abrazó y comenzó a llorar ... ¡Dios te bendiga árabe excelente! Tienes razón, los negocios son mejores en México.

CAPÍTULO II

El león de Durango en casa

Frente a la puerta de la casa del general Urbina estaba sentado un viejo peón con cuatro cananas encima, ocupado en la genial tarea de llenar las bombas de fierro corrugado con pólvora. Apuntó con el pulgar hacia el patio. La casa, los corrales y los almacenes del general, dispuestos alrededor por los cuatro lados, en un espacio tan grande como una manzana de casas en la ciudad, lleno de puercos, pollos y niños a medio vestir. Dos cabras y tres magníficos pavos reales se asomaban pensativamente desde el techo. Dentro y fuera de la sala, de donde provenían aires fonográficos de la Princesa del dólar, estaba estacionado un tren de gallinas. Una anciana salió de la cocina y vació una cubeta de basura al suelo. Todos los puercos corrieron con gran ruido hacia allá. En la esquina del muro de la casa estaba sentada la hija del general, mascando un cartucho. Había un grupo de hombres parados y recostados alrededor de un pozo en el centro del patio. El mismo general estaba sentado entre ellos, en un sillón roto de mimbre, alimentando con tortillas a un venado manso y a una oveja negra coja. Ante él estaba un peón arrodillado vaciando un saco de lona con algunos cientos de cartuchos de máuser.

El general no respondió a mis explicaciones. Me extendió una mano floja y la retiró enseguida, pero no se levantó. Era un hombre robusto, de talla mediana y complexión caoba, con una escasa barba negra hasta las mejillas que no alcanzaba a cubrir la ancha y delgada boca sin expresión; enormes fosas nasales; los ojos brillantes, pequeños, alegres, animales. Por unos cinco minutos no los apartó de los míos. Mostré mis papeles.

No sé leer -dijo el general dándoselos a su secretario-o. ¿Así es que usted quiere ir a la batalla? -me espetó en el más áspero español-. ¡Hay demasiadas balas! -no dije nada-. ¡Muy bien!, pero no sé cuando me voy. A lo mejor en cinco días. Ahora coman.

Gracias, mi general, ya comí.

Vaya a comer -me repitió con calma-, ¡ándele!

Un hombrecillo sucio a quien llamaban doctor me escoltó hasta el comedor. Alguna vez fue boticario en Parral, pero ahora era mayor. Tendríamos que dormir juntos esa noche, dijo. Pero antes de que llegáramos al comedor alguien gritó: ¡Doctor!

Había llegado un hombre herido. Era un campesino con su sombrero en la mano y un pañuelo ensangrentado alrededor de la frente. El doctorcillo se volvió todo eficiencia. Despachó a un niño para que trajera las tijeras familiares y a otro lo mandó por una cubeta de agua del pozo. Luego afiló con su cuchillo un palo que había recogido del suelo. Sentando al hombre sobre una caja, le quito el vendaje, revelando una cortada de cerca de dos pulgadas de largo con plastas de mugre y sangre seca. Primero cortó el pelo alrededor de la herida, metiendo las puntas de las tijeras sin cuidado. El hombre contuvo el aliento a duras penas, pero no se movió. Entonces el doctor cortó lentamente la sangre coagulada encima, silbando con ánimo para sí mismo.

- Sí -recalcó- es una vida interesante la del doctor. Miró de cerca el borbotón de sangre; el campesino parecía una piedra enferma-. Y es una vida llena de nobleza -continuó el doctor-. Aliviar el sufrimiento ajeno. Tomó el palo afilado y lo encajó, ¡y con lentitud escarbó toda la herida!

- ¡Vaya! ¡El animal se desmayó! -dijo el doctor- ¡Vamos, sosténgalo mientras lo lavo! -diciendo esto levantó la cubeta y vació su contenido sobre la cabeza del paciente; el agua y la sangre escurrieron sobre su ropa.

- Estos peones ignorantes -dijo el doctor, cubriendo la herida con su vendaje original-, no tienen valor. Es la inteligencia lo que construye el alma, ¿no?

Cuando el campesino volvió en sí, le pregunté:

- ¿Es usted un soldado? El hombre me mostró una dulce sonrisa de desprecio.

- No, señor, sólo soy un pacífico -dijo-. Yo vivo en El Canutillo, donde mi casa está a sus órdenes ...

Mucho rato después, todos nos sentamos para cenar. Ahí estaba el teniente coronel Pablo Seañes, un franco y simpático joven de veintiséis años, con cinco balas en el cuerpo como pago por tres años de luchar. Su conversación estaba salpicada de maldiciones soldadescas, y su pronunciación era un poco difícil de entender, a consecuencia de una bala en la quijada y una lengua casi partida en dos por una espada. Era un demonio en el campo, decía, y muy matador después. En la primera toma de Torreón, Pablo y otros dos oficiales, el mayor Fierro y el capitán Borunda, solos, ejecutaron ochenta prisioneros desarmados, cada uno los abatió con su revólver hasta que su mano se cansó de tirar del gatillo.

- ¡Oiga! -dijo Pablo-, ¿cuál es el mejor instituto para estudiar hipnotismo en Estados Unidos? ... Tan pronto como esta maldita guerra se termine voy a estudiar para hipnotista ... Con eso se volteó y comenzó a hacer pases al teniente Borrega, a quien muy adecuadamente le llamaban el león de las sierras, por su prodigiosa presunción. Este último sacó su revólver:

- ¡No quiero tener negocios con el diablo! -gritó, entre las risotadas de los demás.

Estaba también un capitán Fernando, un gigante canoso enfundado en unos estrechos pantalones, quien había peleado en veintiún batallas. Sentía un deleite especial con mi español fragmentario, y cada palabra que yo hablaba le producía ataques de risa que tiraban el adobe del techo. Nunca había salido de Durango, y declaraba que había un gran mar entre los Estados Unidos y México, y que él creía que el resto de la tierra era agua. Junto a él estaba Longino Güereca, con una hilera de dientes picados atravesándole su cara redonda y gentil cada vez que sonreía, además de un historial de valor famoso en todo el ejército. Tenía veintiún años y ya era primer capitán. Me contó que la noche anterior sus mismos hombres habían intentado matarlo ... después, Patricio, el mejor jinete de caballos salvajes en el Estado, y Fidencio; junto a él un indígena puro de dos metros de estatura, quien siempre peleaba de pie. Por último Rafael Zalarzo, un pequeño jorobado que Urbina llevaba en su tren para divertirlo, igual que cualquier duque italiano de la Edad Media.

Luego de haber quemado nuestras gargantas con la última enchilada, y cuchareado nuestro último frijol con una tortilla -no conocían los tenedores y cucharas- cada uno de los caballeros tomó un trago de agua, hizo gárgaras, y lo tiró al suelo. Cuando salí al patio, vi la figura del general emerger de la puerta de su recámara, un poco tambaleante. Llevaba un revólver en la mano. Se paró durante un momento a la luz de otra puerta, y de repente entró, dando un portazo.

Yo ya estaba acostado cuando el doctor entró al cuarto. En la otra cama reposaban el león de las sierras y su amante de turno, quienes roncaban ruidosamente.

- Sí -dijo el doctor- hubo un pequeño problema. El general no ha podido caminar durante dos meses por el reumatismo ... y algunas veces sufre mucho, y se consuela con aguardiente ... esta noche trató de dispararle a su madre. Siempre trata de dispararle a su madre ... porque la ama demasiado.

El doctor se dio un vistazo en el espejo y retorció su bigote-. Esta revolución, no confunda, es una lucha de los pobres contra los ricos. Yo era muy pobre antes de la revolución y ahora soy muy rico.

Dudó por un momento, después comenzó a quitarse la ropa. A través de su mugrosa camiseta el doctor me honró con su única oración en inglés:

- I have mooch lices (tengo muchos piojos) -dijo, sonriendo con orgullo.

Salí al amanecer y caminé por Las Nieves. El pueblo pertenecía al general Urbina, la gente, las casas, los animales, las almas inmortales. En Las Nieves, él y sólo él aplicaba la más alta y la más baja justicia. La única tienda en el pueblo está en su casa; compré unos cigarros al león de las sierras, quien era el encargado detallista de la tienda por ese día. En el patio, el general platicaba con su amante, una bella mujer de apariencia aristócrata, de voz parecida a la de una sierra de mano. Cuando notó mi presencia vino

hacia mi y me dio un apretón de manos, diciendo que le gustaría que yo le tomase unas fotografías. Le dije que ése era mi único propósito en la vida, y le pregunté si pensaba partir pronto hacia la frontera.

-Creo que en unos diez días -contestó.

Me empecé a preocupar.

- Aprecio su hospitalidad, mi general -le dije-, pero mi trabajo requiere que yo esté donde pueda ver el avance hacia Torreón. Si es conveniente, me gustaría regresar a Chihuahua y reunirme con el general Villa, que pronto saldrá para el sur.

La expresión de Urbina no cambió, pero me espetó:

- ¿Qué es lo que no le gusta de aquí? ¿Usted está en su casa! ¿Quiere cigarrillos? ¿Quiere aguardiente, o sotol, o coñac? ¿Quiere una mujer que le caliente la cama durante la noche? ¿Todo lo que usted quiera yo se lo puedo dar! ¿Quiere una pistola? ¿Quiere un caballo? ¿Quiere dinero? -sacó de su bolsillo un puñado de dólares de plata y haciéndolos sonar los arrojó a mis pies.

Yo contesté:

- En ninguna parte de México estoy tan bien y tan feliz como en esta casa.

Durante la siguiente hora le tomé fotografías al general Urbina: El general Urbina de pie, con y sin espada; el general Urbina montado sobre tres diferentes caballos; el general Urbina con y sin su familia; los tres hijos del general Urbina a caballo y a pie; la madre del general Urbina, y la amante de él; la familia completa armada con espadas y revólveres, incluyendo el fonógrafo, traído a propósito; y uno de los niños mostrando una pancarta en la que decía: General Tomás Urbina R.

CAPÍTULO III

El general marcha a la guerra

Acabábamos de desayunar y yo ya me estaba resignando a pasar diez días más en Las Nieves, cuando el general, de repente, cambió de parecer. Salió de su cuarto gruñendo órdenes. En cinco minutos la casa era todo barullo y confusión; los oficiales se apresuraron a empacar sus sarapes; los mozos y soldados ensillaban caballos; peones con los brazos llenos de rifles corrían de un lado para otro. Patricio enjaezó cinco mulas al gran coche; una copia exacta del Deadwood Stage. Un correo salió para alistar a la tropa que estaba acuartelada en El Canutillo. Rafaelito cargó el equipaje del general hasta el coche; éste consistía de una máquina de escribir, cuatro espadas, una de ellas ostentaba el

emblema de los caballeros de Pitias, tres uniformes, el hierro de marcar del general y un barril de 42 litros de sotol.

Luego llegó la tropa con una polvareda café irregular a lo largo del camino. Al frente volaba una pequeña figura regordeta, que portaba la bandera mexicana agitándose sobre él; usaba un sombrero de ala ancha cargado con 2.5 kg de trenza bañada de oro --que quizá alguna vez fue el orgullo de algún hacendado-. Cerca de él venía Manuel Paredes con botas de montar hasta la cadera, abrochadas con botones de plata del tamaño de un dólar, golpeando a su cabalgadura con la cara del sable; Isidro Amaya que hacía corco-vear a su caballo al agitar un sombrero frente a sus ojos; José Valiente, sonando sus inmensas espuelas de plata incrustadas con turquesa; Jesús Mancilla, con su cadena de cobre brillante alrededor del cuello; Julián Reyes, con sus estampas coloreadas de Cristo y la Virgen; un grupo de revoltosos atrás, con Antonio Guzmán tratando de controlarlos; la maraña de su reata hecha de pelo de caballo sobresalía del polvo. Llegaron corriendo, se oyeron los gritos de los indígenas y el chasquido de los revólveres, hasta que estuvieron a unos treinta y cinco metros, entonces jalaban con violencia a los caballos hasta que se pararon tambaleantes con los hocicos ensangrentados; era una vertiginosa confusión de hombres, caballos y fuego.

Así era la tropa cuando la vi por primera vez. Eran unos cien hombres, en todas las gamas de pintorescos harapos; algunos usaban overoles, otros el saco de charro de los peones, mientras uno o dos portaban pantalones apretados de vaquero.

Algunos tenían zapatos, la mayoría de ellos usaba huaraches de cuero de vaca y el resto iba descalzo. Sabás Gutiérrez lucía una vieja levita, cortada en la parte de atrás para montar. Los rifles se balanceaban en sus sillas, cuatro o cinco cananas cruzaban los pechos, había sombreros altos y de ala ancha, inmensas espuelas que chirriaban al montar, sarapes de brillantes colores amarrados a la espalda; tal era su uniforme.

El general estaba con su madre; y afuera de la puerta se encogía su concubina, lloriqueando, y sus tres niños alrededor de ella. Esperamos casi una hora, entonces Urbina apareció de pronto en la puerta. Apenas les dirigió una mirada, y cojeando sobre su gran cargador gris, espoleó furiosamente hacia la calle. Juan Sánchez dio un toquido con su cometa rota, y la tropa, con el general a la cabeza, tomaron el camino de El Canutillo.

Mientras tanto, Patricio y yo cargamos tres cajas de dinamita y una caja de bombas en la cabina del coche. Me paré junto a Patricio, los peones soltaron la cabeza de las mulas, y el largo látigo se enroscó alrededor de sus vientres. Galopando, salimos como un torbellino del pueblo; tomamos la ribera escarpada del río a cuarenta kilómetros por hora. Lejos, por el otro lado, la tropa trotaba a lo largo de un camino más directo. El Canutillo lo pasamos sin detenernos.

- ¡Arre mulas! ¡Putas! ¡Hijas de la ...! -gritaba Patricio, haciendo zumbir el látigo.

El camino real sólo era una vereda dispareja; cada vez que tomábamos un pequeño arroyo, la dinamita se caía con un sonido que enfermaba. De repente una reata se rompió, y una caja cayó del coche y se estrelló en las rocas. Era una mañana fría, sin embargo, la volvimos a amarrar con mucho cuidado ...

Casi cada cincuenta metros encontrábamos por el camino pequeños montículos de piedras con cruces de madera -cada una en memoria de un asesinato-. De vez en cuando

una cruz alta y blanqueada se levantaba a un lado del camino, para proteger algún pequeño rancho del desierto contra las visitas del diablo. Un chaparral negro brillante, de la altura del lomo de una mula arañaba el costado del coche; la bayoneta española y los grandes cactus nos miraban como centinelas desde el horizonte del desierto. Y, siempre, los poderosos buitres mexicanos volaban sobre nosotros como si supieran que íbamos a la guerra.

Ya entrada la tarde, el muro de piedra que circunda el millón de hectáreas de la hacienda de Torreón de Cañas apareció a nuestra izquierda, ubicado a través de desiertos y montañas como la gran muralla china por más de 50 kilómetros. Y, poco después, la propia hacienda. La tropa había desmontado alrededor de la casa grande, dijeron que el general Urbina se había enfermado, quizá no podría levantarse en una semana.

La casa grande era un magnífico palacio lleno de pórticos aunque de un solo piso, y cubría la cima entera del monte desértico. Desde el pórtico principal uno podía ver veinticinco kilómetros de planicie amarilla y cambiante, además del interminable panorama de montañas apiladas una encima de otra. Atrás de todo esto se extendían grandes corrales y establos, donde las fogatas vespertinas de la tropa ya lanzaban muchas columnas de humo amarillento. Debajo de la hondonada, más de cien casas de peones formaban una gran plaza al aire libre donde niños y animales jugueteaban; y las mujeres se arrodillaban ante su eterna molienda de maíz. En el desierto una tropa de vaqueros cabalgaba con lentitud hacia el hogar; desde el río, a un kilómetro de distancia, la cadena interminable de mujeres envueltas en rebozos negros llevaba agua sobre la cabeza ... Es imposible imaginar lo cerca que los peones vivían de la naturaleza en estas grandes haciendas; sus propias casas están construidas de la tierra sobre la cual se erigen, cocidas por el sol. Su comida es el maíz que cultivan; su bebida, el agua del río que transportan con mucho trabajo sobre su cabeza; la ropa que usan se teje de lana y sus huaraches se cortan del cuero de un becerro recién sacrificado. Los animales son sus compañeros constantes, familiares de sus casas. La luz y la oscuridad son su día y su noche. Cuando un hombre y una mujer se enamoran vuelan el uno hacia el otro sin los formalismos del cortejo, y cuando se cansan simplemente se separan. El matrimonio es demasiado costoso (seis pesos al cura) y se le considera un gasto adicional demasiado pesado; pero es un poco más obligado que la unión libre. Desde luego los celos, son un asunto mortal.

Tomamos nuestros alimentos en una de las suntuosas y desprovistas salas de la casa grande; un cuarto con el techo a cuatro metros del suelo, los muros de grandes proporciones, cubiertos con tapiz barato de Estados Unidos. Una cómoda gigantesca de caoba ocupaba uno de los costados de la habitación, pero no teníamos ni cuchillos ni tenedores. Había una pequeña chimenea, en la cual nunca se había encendido un fuego, aunque un escalofrío de muerte estaba presente día y noche. El cuarto contiguo estaba atiborrado de pesado brocado con manchas, no había alfombra sobre el piso de concreto. No existían ni tuberías ni plomería en toda la casa; se iba al pozo o al río por agua. Las velas eran la única luz; ¡claro que el dueño hacía mucho que había salido del país!, pero la hacienda debió ser espléndida y cómoda como un castillo medieval.

El cura de la iglesia en la hacienda presidía la cena. Se le trajeron platillos selectos, algunas veces los pasaba a sus favoritos después de servirse. Tomamos sotol y aguamiel mientras el cura vaciaba toda una botella de anís. Achispado por esto, su discurso fue

sobre las virtudes del confesionario, en especial lo referente a las jovencitas. También nos hizo comprender que poseía ciertos derechos feudales sobre las nuevas novias.

- Aquí las novias -dijo- son muy apasionadas ...

Noté que a los presentes no les gustó el comentario, sin embargo, en apariencia, todos guardaban gran respeto. Cuando salimos del cuarto, José Valiente chifló, temblando de tal manera que apenas comentó:

- ¡Sé que el muy cochino ... y mi hermana ...! ¡La Revolución tendrá algo que ajustar con estos curas!

Dos altos funcionarios constitucionales instituyeron después un programa poco popular para exiliar a los sacerdotes; y la hostilidad de Villa hacia los curas es muy conocida.

La tropa ensillaba sus monturas y Patricio estaba preparando el coche cuando salí en la mañana. El doctor, quien estaba con el general, se dirigió a mi amigo, el soldado Juan Vallejo:

- Su caballo es muy bonito -dijo- y tiene un buen rifle, préstemelo.

-Pero no tengo otros ... -dijo Juan.

-Soy su superior -le contestó el doctor.

Y eso fue lo último que supimos del doctor, el caballo y el rifle.

Me despedí del general, quien yacía en medio de una tortura en cama, enviando informes telefónicos a su madre cada cinco minutos.

- Que tenga buen viaje -dijo-; escriba la verdad. Lo recomiendo con Pablito.

CAPÍTULO IV

La tropa en el arroyo

Me subí al coche con Rafaelito, Pablo Seañes y su amante. Ella era una criatura extraña. Joven, delgada y hermosa; era veneno y piedra para todos excepto para Pablo. Nunca la vi sonreír ni le oí decir una palabra amable; algunas veces nos trataba con inmensa ferocidad, otras, con indiferencia bestial. Pero a Pablo lo mecía como a un bebé. Cuando él se recostaba a lo largo del asiento con su cabeza en el regazo de ella, ella lo tapaba con coraje contra su pecho, haciendo ruidos como una tigresa con su cachorro.

Patricio sacó la guitarra de la caja donde la guardaba, y al acompañamiento de Rafael, el teniente coronel cantó canciones de amor con voz cascada.

Los mexicanos saben muchas de ellas. No están escritas, pero a menudo se componen extemporáneamente y se transmiten por tradición oral. Algunas son muy hermosas,

otras grotescas, y otras son satíricas como cualquier canción popular francesa. Ésta decía así: Desterrado me fui para el Sur, desterrado por el gobierno y al año volví. Con aquel cariño inmenso me fui con el fin de por allá quedarme. ¡Sólo el amor de esa mujer me hizo volver!

Después cantó *Los hijos de la noche*:

Yo soy uno de los hijos de la noche que vagan sin rumbo en la oscuridad. La hermosa luna con sus rayos dorados es la compañera de mis tristezas. Me voy a separar de ti, cansado de llorar; voy a zarpar, zarpar, por las orillas del mar. Verás en el momento de nuestro adiós que no te vaya dejar amar a otro. Porque de ser así, te rompería la cara y nos daríamos muchos golpes. Por eso me voy a hacer americano. Ve con Dios, Antonia, despídeme de mis amigos. Espero que los americanos me dejen pasar y me dejen abrir una cantina ¡al otro lado del río!

En la hacienda del centro nos dieron de almorzar. Ahí Fidencio me ofreció su caballo para cabalgar durante la tarde.

La tropa ya iba adelante, los podía ver avanzando en línea a lo largo de medio kilómetro, contrastando con el arbusto de mesquite negro; la diminuta bandera verde-blanco-rojo, ondeando a la cabeza de ellos.

Las montañas se habían ocultado en algún lugar más allá del horizonte; cabalgamos en medio de un gran valle desértico, rodeando por las orillas para encontramos con el azul celeste del firmamento mexicano. Ahora que yo estaba fuera del coche, un gran silencio y una paz más allá de todo lo que yo había sentido, me envolvió; es casi imposible ser objetivo con respecto al desierto; uno se hunde en él, se convierte en parte de él.

A galope, pronto me integré a la tropa.

- ¡Hey, señor -gritaban-, aquí viene el míster en un caballo! ¿Qué tal, míster? ¿Cómo le va? ¿Va a pelear con nosotros?

Pero el capitán Fernando que iba a la cabeza de la columna dio vuelta y rugió:

- Venga para acá, míster -el hombrón sonreía con deleite-. Debe cabalgar con nosotros -gritó palmeándome la espalda-. Tome, ahora -y me dio una botella de sotol a medias-. Tómese todo. Demuéstrenos que es un hombre.

- Es mucho -dije, y me reí.

- Tómese lo -gritó a coro la tropa que se había juntado para ver. Me lo tomé. Un coro de risas y aplausos se oyó. Fernando se inclinó y me tomó la mano.

- ¡Bien, compañero! -se agachó, disfrutando el momento. Los hombres me rodearon, divertidos e interesados.

¿Iba a pelear con ellos? ¿De dónde era? ¿Qué estaba haciendo? La mayoría de ellos nunca había oído hablar de periodistas; uno de ellos arriesgó la extraña opinión de que yo era un gringo y un porfirista, de que debía ser fusilado.

Los demás, sin embargo, se opusieron totalmente a este punto de vista. Era imposible que algún porfirista pudiera tomar tanto sotol de un solo trago. Isidro Amayo contó que

estuvo en una brigada durante la primera Revolución, en ella también iba un periodista, y que le llamaban corresponsal de guerra. ¿Me gustaba México? Yo respondí:

- Me gusta mucho. También me gustan los mexicanos ¡y me gusta el sotol, el aguardiente, el mezcal, el pulque y otras costumbres mexicanas!

Todos rieron a carcajadas. El capitán Fernando se inclinó y me dio palmadas en el brazo.

- Ahora está usted con los hombres. Cuando ganemos la Revolución habrá un gobierno de hombres; no de ricos. Cabalgamos por tierras de hombres. Eran de los ricos, pero ahora son mías y de mis compañeros.

- ¿Y ustedes serán el ejército? -pregunté.

- Cuando ganemos la Revolución -fue la sorprendente respuesta- ya no habrá ejército. Los hombres están hartos de ejércitos. Es a través del ejército que don Porfirio nos despojó.

-¿Pero qué pasaría si Estados Unidos invade México? Una verdadera tormenta se desencadenó.

- ¡Somos más valientes que los americanos! Los malditos gringos no llegarían más allá de Juárez. ¡Que se atrevan! ¡Los perseguiríamos hasta que cruzaran la frontera otra vez y quemaríamos su capital al día siguiente ...!

- No -dijo Fernando- ustedes tienen más dinero y más soldados, pero los hombres nos protegerían. No necesitamos de un ejército. Los hombres pelearían por sus casas y sus mujeres.

- ¿Por qué pelean ustedes? -pregunté.

Juan Sánchez, el que cargaba la bandera, me miró de manera curiosa.

- Pues, es bueno pelear; ¡no se tiene que trabajar en las minas ...!

Manuel Paredes dijo:

- Peleamos para restaurar a Francisco I. Madero en la presidencia.

Esta extraordinaria declaración está impresa en el programa de la Revolución y por todas partes se conoce a los soldados constitucionalistas como maderistas.

- Yo lo conocí -continuó Manuel con lentitud-. Siempre estaba riendo, siempre.

- Sí -dijo otro-, cuando había pequeños problemas con un hombre, y el resto quería pelear contra él o ponerlo en prisión, Pancho Madero decía: Déjenme hablar con él por unos minutos. Yo puedo solucionarlo.

- Le gustaban mucho los bailes -dijo un indígena-; varias veces lo ví bailar toda la noche, todo el día y la noche siguiente. Solía venir a las grandes haciendas y daba discursos. Cuando comenzaba los peones lo odiaban, al terminar todos estaban llorando ...

En ese momento un hombre comenzó una tonada monótona e irregular, tal como las que siempre acompañaban a las baladas populares que brotan por millares en cualquier ocasión:

*En mil novecientos diez Madero fue encarcelado
en Palacio Nacional el dieciocho de febrero.
Cuatro días estuvo preso en el salón de la Intendencia
porque no aceptaba renunciara la presidencia.
Entonces Blanquet y Díaz lo martirizaron ahí;
ellos fueron los verdugos que así saciaban su odio.
Lo golpeaban hasta que él se desmayaba,
con lujo de crueldad para hacerle renunciar.
Luego con hierros candentes lo quemaron sin piedad.
Y sólo se desmayaba; nada le hacían las llamas.
Pero todo fue en vano, por su enorme valentía,
porque prefería morir; ¡Qué gran corazón tenía!
Este fue el fin de la vida de aquél que era el redentor
de la República indígena y del pueblo, salvador.
Lo sacaron de Palacio; En un asalto murió,
dijo Huerta con cinismo, pero nadie le creyó.
¡Oh!, calle de Lecumberri ya se acabó tu alegría,
pues por ti pasó Madero rumbo a la Penitenciaría.
El veintidós de febrero siempre se recordará;
La Virgen de Guadalupe y Dios lo perdonarán.
Adiós, mi México lindo, donde Madero murió;
adiós, adiós al Palacio en que el apóstol cayó.
¡Señores no hay nada eterno y no hay nada sincero;
vean lo que le pasó a don Francisco I. Madero!*

Cuando la canción iba a la mitad, todos los soldados la tarareaban, pero al terminar se hizo un resonante silencio.

- Nosotros peleamos -dijo Isidro Amayo- por la libertad.
- ¿Qué quieren decir con libertad?
- ¡Libertad es cuando yo puedo hacer lo que quiero!
- ¿Pero supongamos que esto daña a otra persona?

Me contestó, muy seguro, con la gran frase de Benito Juárez:

-¡El respeto al derecho ajeno es la paz!

Yo no esperaba esto. Me sorprendió el concepto de libertad de estos mestizos descalzos. Creo que ésta es la única definición correcta de la libertad: ¡hacer lo que uno quiere! Los norteamericanos me la citan triunfalmente como un ejemplo de la irresponsabilidad de los mexicanos. Pero, pienso que es mejor definición que la nuestra: Libertad es el derecho de hacer lo que la justicia dice.

Cualquier estudiante mexicano conoce la definición de paz, y parece que también entienden muy bien lo que significa. Sin embargo, dicen que los mexicanos no quieren paz. Esto es una mentira, una mentira estúpida. ¡Dejemos que los estadounidenses se tomen la molestia de ir preguntando por todo el ejército maderista si quieren paz o no! La gente está cansada de la guerra.

Pero, para ser justos, debo escribir sobre lo que dijo Juan Sánchez:

¿Hay guerra en Estados Unidos ahora? -preguntó.

No -le respondí mintiendo.

¿No hay ninguna guerra en absoluto? -meditó por un momento-. ¿Cómo se entretienen entonces...?

En ese instante alguien vio un coyote atisbando desde un arbusto, y toda la tropa se dio a la caza con alboroto. Se esparcieron retozando por el desierto, los últimos rayos del sol centelleaban en las cananas y espuelas, las puntas de sus brillantes sarapes volaban detrás de ellos. Más allá el mundo chamuscado se deslizaba con suavidad y una extensión de lejanas montañas color lila resaltó por encima del calor de las olas como un caballo encabritado. Por aquí, si la leyenda es cierta, pasaron los españoles cubiertos con sus armaduras de hierro en busca de oro; una llamarada de carmesí y plata que dejó al desierto frío y desolado desde entonces.

Al llegar a una loma, divisamos por primera vez la hacienda de La Mimbrera, un grupo amurallado de casas, tan fuerte como para soportar un sitio, extendiéndose escarpadamente ladera abajo, con la magnífica casa grande en la cumbre.

Frente a esta casa que había sido saqueada y quemada por Cheché Campa, general de Orozco, dos años antes, subió el coche. Ya había una enorme fogata, y diez compañeros estaban matando borregos. Ellos se tambaleaban al resplandor rojo de la fogata, con los borregos forcejeando y balando en sus brazos; la sangre caía a borbotones por el suelo brillando ante la candente luz como algo fosforescente.

Cené junto con los oficiales en la casa del administrador, don Jesús, el más bello espécimen de hombría que jamás haya visto. Medía 1.80 metros, delgado, piel blanca, un tipo puramente español de la más alta cuna. Recuerdo que a un lado del comedor colgaba un rótulo bordado en rojo, blanco y verde, que decía: ¡Viva México! y otro que decía: ¡Viva Jesús! Al terminar de cenar me paré junto al fuego pensando dónde dormiría, cuando el capitán Fernando tocó mi brazo.

- ¿Dormiré con los compañeros?

Atravesamos la gran plaza, bajo la opalescente luz de las estrellas del desierto, y llegamos a un apartado granero de piedra. Dentro, unas cuantas velas pegadas a la pared alumbraban los rifles recargados en las esquinas, los sables en el piso y los compañeros enrollados en sus cobijas con la cabeza apoyada en el cuerpo de otros. Uno o dos estaban despiertos, hablando y fumando. En una esquina, tres estaban sentados envueltos en sus sarapes, jugando cartas. Cinco o seis tenían buena voz y una guitarra. Cantaban Pascual Orozco:

Dicen que Pascual Orozco chaqueteó porque don Luis Terrazas lo convenció; le dieron muchos millones y lo compraron y a derrocar al gobierno lo enviaron.

Orozco así lo creyó y a la guerra se marchó, pero el cañón maderista ése le dUo que no.

Si a tu ventana llega Porfirio Díaz, dale para que coma tortillas frías; si a tu ventana llega el general Huerta, escúpele en la cara y cierra la puerta.

Si a tu ventana llega Inés Salazar, cuida tu baúl para que no pueda robar; si a tu ventana llega Maclovio Herrera, no tengas miedo y abre la casa entera.

Cuando llegué no me reconocieron, pero luego uno de los jugadores dijo:

- ¡Aquí viene el míster!

Al oírlo unos se levantaron y levantaron al resto.

- Está bien, es bueno dormir con los hombres, tome este lugar, amigo; aquí está mi silla; aquí no hay nada malo; aquí un hombre se va derecho ...

- Que pase buena noche, compañero -dijeron-. Hasta mañana, pues.

Más tarde alguien cerró la puerta. El cuarto se llenó de humo y fetidez por la respiración humana. Había muy poco silencio entre el coro de ronquidos y el canto que continuó, creó, hasta el amanecer. Los compañeros tenían pulgas ...

Yo me enrollé en mis cobijas y me acosté sobre el suelo de cemento muy feliz. Fue el mejor sueño que tuve hasta entonces en México.

En cuanto amaneció subimos con gran algarabía una pronunciada barranca del desolado desierto para calentarnos. Era un frío amargo. La tropa estaba envuelta en sarapes hasta los ojos, se veían como hongos multicolores bajo sus enormes sombreros. Los rayos del sol quemaban al caer sobre mi cara, nos tomaron de improviso, glorificando los sarapes a colores más brillantes de lo que eran. El de Isidro Amayo era de espirales azul marino y amarillo; Juan Sánchez tenía uno color rojo ladrillo; contra ellos zigzagueaba un patrón centelleante de púrpura y negro.

Volteamos para ver cómo paraban el coche. Patricio nos hizo ademanes. Dos de las mulas estaban muy cansadas, por lo nuevo de las veredas y el trotar fatigoso de los últimos dos días. La tropa se dispersó en busca de mulas. Pronto regresaron conduciendo dos hermosos animales que jamás habían sido enjaezados. Apenas olieron el coche hicieron un desesperado intento por liberarse. Entonces, toda la tropa regresó a su ocupación original: se convirtieron en vaqueros. Era un bello panorama, las reatas balanceándose en el aire, los repentinos tiros de los lazos, como si fueran serpientes; los caballitos frenados contra la impresión de las mulas que corrían.

Esas mulas eran unos demonios. Una y otra vez rompieron las reatas; dos veces tiraron a caballo y jinete. Pablo vino al rescate. Se montó en el caballo de Sabás, hincó las espuelas y persiguió a una mula. En tres minutos ya la había lazado por la pata, tirado y atado. Entonces procedió de la misma manera con la segunda. No era por nada que a los veintiséis años Pablo ya fuera teniente coronel. No sólo podía pelear mejor que sus hombres, sino que montar mejor, lazar mejor, disparar mejor, cortar leña mejor y bailar mejor.

Las patas de las mulas estaban amarradas, y las arrastró con reatas hasta el coche donde se les deslizó el arnés a pesar de sus frenéticos esfuerzos. Cuando todo estuvo listo, Patricio se subió al frente, agarró el látigo, y nos dijo que las soltáramos. Los animales salvajes se levantaron en desorden, relinchando y jalando; por encima del clamor se oía el chasquido del pesado látigo, y por debajo a Patricio:

-¡Ándenle! ¡Hijas de la gran ch ...!

Y se lanzaron hacia adelante, corriendo, con el gran coche detrás atravesando arroyos como un tren express. Pronto desapareció detrás de su propia nube de polvo, para reaparecer horas más tarde, subiendo a paso lento por la ladera de una gran colina, a muchos kilómetros de distancia ...

Panchito tenía once años y ya era soldado con un rifle demasiado pesado para él y un caballo en el que tenían que subirlo. Su compadre era Victoriano, un veterano de catorce años. Otros siete de la tropa eran menores de diecisiete años. Había una mujer hosca de cara indígena, que montaba de lado y llevaba dos cananas. Ella cabalgaba con los hombres y dormía con ellos en los cuarteles.

- ¿Por qué pelea? -le pregunté.

Con la cabeza señaló la figura impresionante de Julián Reyes.

- Porque él pelea -me contestó-. El que a buen árbol se arrima buena sombra le cobija.

- Un buen gallo en cualquier gallinero canta -coreó Isidro.

- El que es perico dondequiera es verde -agregó otro.

- Caras vemos, corazones no sabemos -dijo José sentimentalmente.

A medio día lazamos una res y la degollamos. Como no había tiempo para hacer una fogata, cortamos en tiras la carne y la comimos cruda.

- Oiga, míster -gritó José-, ¿los soldados en Estados Unidos comen carne cruda?

Respondí que no creía que lo hicieran.

- Es buena para los hombres. En la campaña no tenemos tiempo para nada más que carne cruda. Nos hace más valientes.

Ya entrada la tarde alcanzamos al coche, galopamos con él a través del arroyo seco y subimos al otro lado, pasamos el gran campo de rebota que flanquea la hacienda de La Zarca. A diferencia de La Mimbrera, la casa grande aquí está sobre un lugar plano, con las casas de los peones formando grandes filas a los costados, y un desolado desierto lleno de chaparral extendiéndose

unos treinta kilómetros al frente. Cheché Campa también había visitado La Zarca. La casa grande era una negra ruina con agujeros por todas partes.

CAPÍTULO V

Noches blancas en La Zarca

Por supuesto, me alojé en el cuartel. Justo aquí quiero mencionar un hecho. Los norteamericanos insisten en que los mexicanos son deshonestos por naturaleza; según ellos yo debería esperar que me robaran mis pertenencias desde el primer día. Llevaba dos semanas viviendo con una banda de exconvictos como en cualquier ejército. No tenían ni disciplina ni educación. Muchos de ellos odiaban a los gringos. No se les había pagado

en seis semanas, y algunos estaban tan desesperadamente pobres que no podían ni alardear de sus huaraches o de sus sarapes. Yo era un extraño, desarmado, con buenas pertenencias. Poseía ciento cincuenta pesos que escondía en la cabecera de mi cama al dormir, y nunca perdí nada. Más que eso, nunca se me permitió pagar mi comida. En una compañía donde el dinero era escaso y el tabaco casi desconocido, yo dormía provisionado con todo lo que pudiera fumar gracias a los compañeros. Cada intento que yo hacía por pagar algo era un insulto para ellos. La única cosa que se me permitía pagar era el alquiler de la música para los bailes.

Mucho después de que Juan Sánchez y yo nos envolvimos en nuestras cobijas esa noche, podíamos oír el ritmo de la música y los gritos de los que bailaban. Debió haber sido medianoche cuando alguien abrió de par en par la puerta y gritó:

¡Míster! ¡Oiga, míster! ¿Está dormido? ¡Venga al baile! ¡Arriba! ¡Ándele!

¡Tengo mucho sueño! -dije.

Después de varios argumentos el mensajero se fue, pero en diez minutos regresó.

¡El capitán Fernando le ordena venir de inmediato! ¡Vámonos! En ese momento los demás se despertaron.

- ¡Vaya al baile, míster! -gritaron.

Juan Sánchez se sentó y empezó a ponerse los zapatos.

- ¡Vámonos! -dijo- ¡El míster va a bailar! ¡Órdenes del capitán! ¡Vamos, míster!

-Iré si toda la tropa va -dije.

Todos gritaron y la noche se llenó de jubilosos hombres poniéndose la ropa.

Veinte de nosotros llegamos juntos a la casa. Los peones que bloqueaban la puerta y la ventana las abrieron para dejarnos pasar.

¡El míster! -gritaron- ¡El míster va a bailar!

¡Ahí viene, el compañero! ¡A bailar! ¡Vamos! ¡Van a bailar la jota!

El capitán me abrazó, diciendo con potente voz:

-¡Pero no sé bailar la jota!

Patricio, sonrojado y jadeante, me tomó del brazo.

- ¡Venga, es fácil! ¡Le voy a presentar a la mejor muchacha de La Zarca!

No tenía remedio. La ventana estaba atestada de caras y un centenar trataba de colarse por la puerta. Era un cuarto común y corriente en la casa de un peón, blanqueado, con un sucio piso lleno de bordos. A la luz de las velas se sentaban dos músicos. La música tocó Puentes de Chihuahua. Se hizo un silencio sonriente. Tomé a la joven del brazo, comencé la marcha preliminar alrededor del cuarto, esto se acostumbra antes de que el baile comience. Valseamos dolorosamente por uno o dos momentos, de pronto todos empezaron a gritar:

- ¡Ora! ¡Ora! ¡Ahora!

-¿Ahora qué se hace?

- ¡Vuelta! ¡Vuelta! ¡Suéltela! -en un perfecto coro.

-¡Pero es que no sé cómo!

-El tonto no sabe bailar -gritó uno.

Otro empezó una canción burlesca:

Los gringos son muy majes; nunca han estado en Sonora y cuando quieren decir: Diez reales, dicen dolla an'a quarta ...

En eso Patricio llegó al centro y Sabás detrás de él; cada uno tomó a una muchacha de la línea de mujeres que se sentaba en un extremo del cuarto. Y cuando conducía a mi pareja a su asiento, ellos dieron vuelta. Primero unos cuantos pasos de vals, después el hombre dio vueltas alejándose de la chica, tronando los dedos, lanzando un brazo hacia arriba para cubrir su cara, mientras que la chica ponía una mano sobre la cadera y bailaba tras él. Se acercaron uno a otro, se retiraron, y bailaron uno alrededor del otro. Las chicas eran tontas y sin gracia, con cara indígena y horribles, con hombros inclinados de tanto moler maíz y lavar la ropa. Algunos de los hombres llevaban pesadas botas, otros no; muchos usaban pistolas y cananas, unos cuantos llevaban rifles colgando de sus hombros.

Antes del baile siempre se hacía una gran marcha; después, cuando la pareja baila dos veces a lo largo de la habitación, caminan otra vez. Eran pasos doble, valeses y mazurkas además de la jota. Cada muchacha mantenía los ojos fijos en el suelo, nunca hablaba, y tropezaba pesadamente atrás de uno. Agreguen a esto un piso sucio lleno de arroyos y tendrán una forma de tortura sin paralelo en el mundo. Me pareció que bailé por horas, alentado por el coro:

- ¡Baile, míster! ¡No le afloje! ¡No se dé por vencido!

Después tocaron otra jota, y aquí fue donde casi me meto en líos. Bailé ésta con buen éxito, con otra chica. Y después, cuando le pedí a mi compañera anterior un paso doble, se enojó mucho.

- Me avergonzó delante de todos -dijo ella-; ¡usted dijo que no sabía bailar la jota!

Cuando marchamos por la habitación, ella se dirigió a sus amigos:

- ¡Domingo! ¡Juan! ¡Vengan a quitarme este gringo! ¡No se atreverá a hacer nada!

Media docena de ellos se dirigieron a la pista, mientras el resto estaba a la expectativa; era un momento difícil. Pero de pronto, el buen Fernando se paró en frente, revólver en mano.

- ¡El americano es mi amigo! -dijo- ¡Regresen a sus asuntos! ...

Como los caballos estaban cansados, descansamos un día en La Zarca. Detrás de la casa grande había un jardín en ruinas, lleno de álamos grises, higueras, viñas y grandes cactus. Estaba amurallado con altas paredes de adobe en tres costados, sobre uno de los cuales la antigua torre blanca de la iglesia flotaba en el cielo azul. El cuarto costado daba a un estanque de agua amarilla; más allá se extendía el desierto occidental, kilómetros y kilómetros de la más árida desolación. El soldado Marín y yo yacíamos bajo una

higuera, observando a los buitres volar sobre nosotros con alas inmóviles. De pronto una música fuerte y agitada rompió el silencio.

Pablo había encontrado una pianola en la iglesia, donde había escapado al ojo de Cheché Campa el año anterior; dentro había un rollo, <>el vals de la viuda alegre. No había otra cosa que hacer más que sacar el instrumento al patio en ruinas. Nos turnamos para tocarlo todo el día. Rafaelito contribuyó con la información de que la Viuda Alegre era la pieza más popular de México. Dijo que un mexicano la había compuesto.

El hallazgo de la pianola nos dio la idea de hacer otro baile en la noche, en el mismo pórtico de la casa grande. Se pusieron velas en los pilares, la débil luz temblaba sobre los derruidos muros, quemaba y ennegrecía los marcos de las puertas; la lucha de las viñas salvajes resultó en que se habían enredado sin control alrededor de las vigas del techo. El patio entero estaba lleno de hombres encobijados, de fiesta, aunque un poco incómodos en la gran casa a donde nunca se les había permitido la entrada. Tan pronto como la orquesta terminó una danza, la pianola inmediatamente asumió su tarea. Las canciones se sucedían sin descanso. Un barril de sotol complicó más las cosas. Conforme la tarde pasaba, la reunión se hizo cada vez más regocijante. Sabás, que era ordenanza de Pablo, bailó con la amante de Pablo. Los seguí. De inmediato Pablo le pegó a ella en la cabeza con la cacha de su revólver, diciendo que la mataría si bailaba con otro, y a su compañero también. Después de estar sentado unos minutos meditando, Sabás se levantó, empuñó su revólver e informó al arpista que había dado una mala nota. Luego le disparó. Otros compañeros lo desarmaron, y se fue a dormir en medio de la pista de baile.

El interés en que el míster bailara, pronto cambió por otra cosa. Yo estaba sentado junto a Julián Reyes, el del Cristo y la Virgen en el sombrero. Él estaba muy alterado por el sotol, con los ojos llameantes como los de un fanático.

Se volvió hacia mí de repente:

-¿Va a pelear con nosotros?

-No -dije-. Soy un corresponsal. Tengo prohibido pelear.

- Es mentira -gritó-. No pelea porque tiene miedo. Ante los ojos de Dios, nuestra causa es justa.

- Sí, lo sé. Pero tengo órdenes de no pelear.

- ¿Qué me importan las órdenes? -chilló-. No queremos corresponsales. No queremos palabras impresas en un libro. Queremos rifles y matar, si morimos estaremos junto con los ángeles; ¡cobarde! ¡Huertista! ...

- ¡Ya basta! -gritó alguien.

Levanté la vista y miré a Longino Güereca parado tras de mí.

- Julián Reyes, tú no sabes nada. Este compañero viene desde muchos kilómetros por mar y tierra para decirles a sus paisanos la verdad de la lucha por la libertad. Va a la guerra sin armas, él es más valiente que tú, porque tú tienes un rifle. ¡Ahora, sal, ya no lo molestes!

Se sentó donde Julián había estado, me dirigió su sonrisa amable y franca, y tomó mis manos entre las suyas.

- Debemos ser compadres ¿eh? -dijo Longino Güereca-. Deberíamos dormir en las mismas cobijas, estar siempre juntos. Cuando llegemos a La Cadena te llevaré a casa, para que mi padre te haga mi hermano ... Te enseñaré las minas perdidas de oro de los españoles, las más ricas en el mundo ... Las trabajaremos juntos, ¿eh? ... Seremos ricos ¿eh? ...

A partir de entonces Longino Güereca y yo estuvimos siempre juntos.

El baile se volvió cada vez más desenfrenado. La orquesta y la pianola se alternaban sin descanso. Todos estaban borrachos. Pablo estaba alardeando horriblemente sobre la matanza de prisioneros indefensos. De vez en cuando se oía un insulto, había un encasquillar de rifles por todo el lugar. Y cuando una pobre mujer cansada se alistaba para irse a casa, qué grito de advertencia se levantaba:

- ¡No se vaya! ¡No se vaya! ¡Deténgase! ¡Venga para acá y baile! ¡Regrese aquí!

Entonces la descorazonada procesión paraba y regresaba sin ganas. A las cuatro, cuando alguien esparció el rumor de que un gringo huertista estaba entre nosotros, decidí irme a acostar. Pero el baile siguió hasta las siete ...

CAPÍTULO VI

¿Quién vive?

Al amanecer me levanté cuando escuché disparos, una trompeta vieja sonaba sin parar. Juan Sánchez estaba de pie frente al cuartel, tocando la diana; no sabía cuál era el toque de diana, así es que los tocaba todos.

Patricio había lazado una res para el desayuno; el animal corrió jalando con fuerza hacia el desierto, con el caballo de Patricio corriendo a un lado. El resto de la tropa, con sólo los ojos sobresaliendo de los sarapes, estaban arrodillados con sus rifles al hombro. ¡Crash! En ese aire

tranquilo, el grandioso sonido de las pistolas rompía con enorme estruendo. La res jalaba de lado; su bramido nos llegaba desvanecido. ¡Crash!, cayó de cabeza; sus patas se agitaron en el aire; la montura de Patricio saltó con violencia, su sarape se agitó como una bandera. Justo entonces el enorme sol se levantó en todo su esplendor por el este, vertiendo claridad sobre la planicie desnuda como el mar ...

Pablo salió de la casa grande, apoyándose en el hombro de su esposa.

- Estoy enfermo -gruñó, acompañando la acción a las palabras-. Juan Reed montará mi caballo.

Subió al coche, tomó la guitarra y cantó:

Me quedé al pie de un maguey, mi desagradecido querer con otro se fue. Desperté con el canto de la golondrina: ¡Oh, qué cruda tengo! ¡Y el cantinero no fia!

¡Oh, Dios quítame este malestar! Siento como si me fuera a morir. La virgen del pulque y el aguardiente me salvará. ¡Ay, qué cruda, y nada qué tomar ...!

Son cerca de noventa kilómetros desde La Zarca hasta la hacienda de La Cadena donde la tropa debía estacionarse. Cabalgamos un día, sin agua ni comida. El coche pronto nos dejó atrás. En poco tiempo la desolación del terreno dio paso a una vegetación espinosa y hostil, el cactus y el mesquite. Nos deslizamos por un zurco profundo entre el gigantesco chaparral, atragantados con la gran nube de polvo álcali, rasguñados y picados por los arbustos espinosos. A veces salíamos a un espacio abierto y se podía ver el camino recto que subía las barrancas del desierto hasta donde el ojo ya no podía ver; pero sabíamos que ahí estaba, extendiéndose más y más lejos. No soplaban ni el viento más ligero. El sol directo nos daba con tal furia que le hacía flaquear a uno. La mayoría de la tropa, que se había emborrachado la noche anterior, comenzó a sufrir terriblemente. Sus labios tostados y partidos se pusieron de un tono azul oscuro. No oí ni una sola voz de queja. Pero no había ese bromear y retozar leve de otros días. José Valiente me enseñó a mascar ramas de mesquite, pero eso no me ayudó mucho. Ya llevábamos varias horas cabalgando, cuando Fidencio señaló hacia el frente, diciendo con voz ronca:

- ¡Ahí viene un cristiano!

Si uno reparaba en la palabra cristiano, en esos momentos, sólo significaba hombre, este significado descende de los indígenas desde tiempos inmemoriales. Y cuando el hombre que la pronuncia tiene un parecido asombroso a la imagen de Cuauhtemotzin, le provoca a uno una extraña sensación. El cristiano en cuestión era un indígena entrado en años que conducía un burro. No, no llevaba agua. Pero Sabás brincó de su caballo y tiró el bulto del anciano al suelo.

- ¡Ah! -gritó- ¡Bueno! ¡Tres piedras! -Y, alzándola, mostró una raíz de planta de sotol que parecía un agave barnizado exudando jugos intoxicantes.

La dividimos como se divide una alcachofa y pronto todos nos sentimos mejor.

Casi al terminar la tarde viramos en un recodo del desierto y vimos, al frente, gigantescos álamos cenizos flanqueando la corriente del río de la hacienda Santo Domingo. Un pilar de polvo café, como el humo de una ciudad en llamas, se levantaba en el corral donde los vaqueros lazaban

caballos. Desolada y solitaria se erigía la casa grande que Cheché Campa había quemado hacía un año. Junto al río, al pie de los álamos, una docena de vendedores vagabundos se acucillaban alrededor del fuego, sus burros rumiaban maíz. Desde la fuente hasta las casas de adobe y de regreso, se movía una interminable cadena de cargadoras de agua, el símbolo del norte de México.

- ¡Agua! -gritamos contentos, galopando colina abajo. Los caballos del coche ya estaban en el río con Patricio. Saltando de sus monturas, la tropa se arrojó sobre su estómago;

hombres y caballos por igual metieron la cabeza, y bebimos, y bebimos ... Fue la sensación más gloriosa que jamás haya experimentado.

- ¿Quién tiene un cigarro? -gritó alguien. Por unos cuantos benditos minutos nos recostamos fumando. El sonido de la música alegre me hizo sentar.

Ahí, ante mi vista, se movía la procesión más extraña del mundo. Primero venía un peón harapiento con la rama en flor de cierto árbol. Detrás de él, otro llevaba sobre la cabeza una pequeña caja similar a un ataúd, con largas cranjas azules, rosas y plateadas; lo seguían cuatro hombres, llevando una especie de dosel hecho de lanilla de alegres colores. Una mujer caminaba debajo de él, aunque el dosel la cubría hasta la cintura; por encima de él yacía el cuerpo de una niña, con los pies descalzos y las pequeñas manos morenas cruzadas sobre el pecho. Tenía una guirnalda de flores de papel sobre la cabeza, todo su cuerpo estaba cubierto de ellas. Un arpista iba al final, tocando un vals popular llamado Recuerdos de Durango. El cortejo fúnebre se movía lenta y alegremente, pasando por un campo de rebota, donde los jugadores jamás cesaban su partido de pelota, hasta el pequeño cementerio.

- ¡Bah! -soltó Julián Reyes con furia-. ¡Esa es una blasfemia a los muertos!

El desierto era deslumbrante bajo los últimos rayos del sol. Cabalgábamos por una tierra silenciosa y encantada, semejante a un reino submarino. Por todas partes había cactus coloreados de rojo, azul, púrpura, amarillo, como el coral en el fondo del océano. Detrás de nosotros, hacia el Oeste, el coche rodaba en medio de un aura de polvo como el carruaje de Elías ... Hacia el Este, bajo un cielo ya oscurecido con estrellas, estaban las corrugadas montañas, detrás de las cuales se extendía La Cadena, el puesto de avanzada del Ejército maderista. Era una tierra para amar -México-, una tierra por la cual luchar. Los trovadores de pronto comenzaban la interminable canción La corrida de toros, donde los jefes federales son los toros, y los generales maderistas los toreros; cuando veía a los hombres alegres, amorosos, humildes, quienes habían dado tanto de su vida y de su comodidad por la valiente lucha, no pude evitar pensar en el pequeño discurso que Villa dio a los extranjeros que abandonaron Chihuahua en el primer tren de refugiados:

- Estas son las últimas noticias que llevan a su gente. Ya no habrá más palacios en México. Las tortillas del pobre son mejores que el pan del rico; ¡vayanse! ...

Ya muy noche -eran más de las once- el coche se descompuso sobre el camino rocoso entre las montañas. Me detuve a recoger mis cobijas; cuando me puse en marcha, los compañeros ya se habían esfumado por el sinuoso camino. Yo sabía que en algún lugar cercano estaba La Cadena. En cualquier momento un centinela podía salir de entre el chaparral. Por más de un kilómetro descendí por un camino escarpado que muchas veces resultó ser el lecho seco de un río, serpenteando cuesta abajo entre las altas montañas. Era una noche negra, sin estrellas, con un frío amargo. Por fin, las montañas se abrieron en una vasta planicie; apenas pude distinguir la tremenda extensión de La Cadena y el paso que la tropa debía guardar. A escasos cinco

kilómetros más allá del paso se encontraba Mapimí, donde había doce mil federales. Pero la hacienda todavía estaba escondida por un doblez del desierto.

Ya estaba muy cerca y no había sido detenido. Veía una difusa plaza blanca de edificios al otro lado del profundo arroyo; y ningún centinela todavía.

- Es curioso -me dije- no tienen muy buena guardia por aquí.

Me metí en el arroyo y subí al otro lado. En una de las enormes habitaciones de la casa grande había luces y música. Asomándome, vi al infatigable Sabás girando con los pasos de la jota, a Isidro Amayo y José Valiente. ¡Un baile! En ese instante un hombre, pistola en mano, se asomó por el marco de la puerta.

- ¿Quién vive? -me gritó con pereza.

-¡Madero! -respondí.

- ¡Qué viva! -contestó el centinela, y regresó al baile ...

CAPÍTULO VII

Un puesto de avanzada de la Revolución

Éramos ciento cincuenta los que estábamos en La Cadena, el puesto de avanzada más occidental de todo el ejército maderista. Nuestra labor era cuidar un paso, la Puerta de la Cadena; pero las tropas estaban acuarteladas en la hacienda, a diez millas. Se erguía sobre una pequeña meseta, con un profundo arroyo de un lado, al fondo del cual un río subterráneo salía a la superficie por unos cincuenta metros y volvía a desaparecer. Tan lejos como el ojo podía llegar y hacia abajo, por el ancho valle, estaba el más despiadado tipo de desierto; lechos de arroyos secos, además de un bosque de chaparral, cactus y plantas espada. Hacia el Este se extendía La Puerta, rompiendo la tremenda sucesión de montañas que manchaban medio cielo, continuando hacia el Norte y hacia el Sur más allá de la visión, arrugadas como si fueran la ropa de cama de un gigante. El desierto arremetía para encontrar una abertura; más allá no había otra cosa más que el intenso azul del inmaculado cielo mexicano. Desde La Puerta se podían ver ochenta kilómetros de la vasta planicie árida que los españoles llamaron Llano de los Gigantes, donde las bajas montañas yacen esparcidas por todo el lugar; y a cuatro leguas de distancia las grises casas de un solo piso de Mapimí. Ahí estaba el enemigo: mil doscientos colorados, o irregulares federales, bajo las órdenes del infame coronel Argumedo. Los colorados son los bandidos que hicieron la revolución de Orozco. Así se les llamaba porque su bandera era roja y porque sus manos estaban llenas de sangre por las matanzas. Ellos barrieron el norte de México, quemando, saqueando, robando a los pobres. En Chihuahua, cortaron las plantas de los pies a un pobre diablo y le hicieron caminar un kilómetro por el desierto antes de que muriera. Yo he visto una ciudad de cuatro mil almas reducida a cinco después de una visita de los colorados. Cuando Villa tomó Torreón, no hubo misericordia para los colorados; siempre los mataban.

El primer día que llegamos a La Cadena, doce de ellos cabalgaban haciendo reconocimiento. Veinticinco de la tropa estaban de guardia en La Puerta, y capturaron a un colorado. Lo hicieron bajarse del caballo, le quitaron el rifle, la ropa y los zapatos. Después lo hicieron correr desnudo por cincuenta metros de chaparral y cactus, disparándole. Por último, Juan Sánchez lo tiró, gritando, por lo tanto se ganó el rifle, que me trajo como regalo. Dejaron al colorado a merced de las grandes avispas que revolotean con pereza en el desierto durante todo el día.

Mientras esto ocurría, mi compadre, el capitán Longino Güereca, el soldado Juan Vallejo y yo tomamos prestado el coche del coronel para un viaje al pequeño y polvoriento rancho de Bruquilla, que era el hogar de Longino. Estaba a cuatro leguas desérticas al norte, donde un arroyo brotaba milagrosamente de una pequeña colina blanca. El viejo Güereca era un peón de cabello cano y huaraches. Había nacido esclavo en una de las grandes haciendas; pero los años de trabajo, demasiado agobiantes para darse cuenta, lo habían convertido en uno de esos raros seres en México: un dueño independiente de una parcela. Tenía diez hijos; hijas de piel morena y suave, e hijos que parecían mozos de labranza de Nueva Inglaterra; y una hija en la tumba.

Los Güereca eran gente orgullosa, ambiciosa y de buen corazón. Longino dijo:

- Éste es mi querido amigo, Juan Reed, mi hermano.

El anciano y su esposa me abrazaron dándome palmadas en la espalda, en la forma afectuosa de los mexicanos.

- Mi familia no le debe nada a la Revolución -dijo Gino con orgullo-. Otros han tomado dinero, caballos y vagones. Los jefes del ejército se han hecho ricos de la pobreza en las grandes haciendas. Los Güereca le habían dado todo a los maderistas, sin haber tomado nada más que mi rango ...

El anciano, sin embargo, estaba un poco amargado. Levantando una reata de pelo de caballo, dijo:

- Hace tres años yo tenía cuatro reatas como ésta. Ahora sólo tengo una. Uno de los colorados se llevó una, la gente de Urbina se llevó otra, y la última se la llevó José Bravo ... ¿qué diferencia hay en qué bando le roba a uno?

Pero no lo decía en serio, pues estaba muy orgulloso de su hijo menor, el oficial más valiente de todo el ejército.

Nos sentamos a la mesa en un largo cuarto de adobe, comiendo el queso más exquisito y tortillas con mantequilla fresca de cabra; la sorda y anciana madre se disculpaba en voz alta, por la pobreza de la comida mientras su aguerrido hijo recitaba su *Ilíada* personal de nueve días de lucha alrededor de Torreón.

- Llegamos tan cerca -decía- que el aire caliente y la pólvora quemada nos apestaba en la cara. Llegamos demasiado cerca para disparar, así es que amartillamos nuestros rifles

...

En este punto todos los perros comenzaron a ladrar al mismo tiempo. Brincamos de nuestros asientos. Uno no sabía qué esperar en Cadena esos días. Era un pequeño niño a

caballo, gritando que los colorados estaban entrando por La Puerta y alejándose a galope tendido.

Longino voló a enganchar las mulas al coche. La familia entera se puso a trabajar con ahínco; en cinco minutos Longino se hincó sobre una rodilla, besó la mano de su padre, y en un instante ya estábamos devorando el camino.

- ¡Que no te maten! ¡Que no te maten! ¡Que no te maten! -podíamos oír los gritos de la señora.

Pasamos un vagón cargado de mazorcas con una familia de mujeres y niños, dos baúles de hojalata y una cama de fierro, llena hasta el máximo. El hombre de la familia montaba un burro.

Sí, los colorados venían; cientos de ellos se colaban por La Puerta. La última vez que los colorados habían venido mataron a su hija. Por tres años había habido guerra en este valle, y no se quejaba. Porque era por la patria. Ahora ellos irían a los Estados Unidos donde ... Pero Juan flageló a las mulas cruelmente y no oímos más. Adelante iba un anciano descalzo que plácidamente conducía algunas cabras. ¿Había oído de los colorados? Bueno, había un chisme sobre los colorados. ¿Estaban pasando por La Puerta, cuántos eran?

-¡Pues, quién sabe, señor!

Por fin, gritando a las tambaleantes mulas, llegamos al campo justo a tiempo para ver a la victoriosa tropa dispersa por todo el desierto, tirando más rondas de municiones de las que habían usado en la batalla. Se movían agachados, apenas sobresaliendo con sus brutos de la barda de mesquite a través de la que relampagueaban todos los enormes sombreros y los alegres sarapes, los últimos rayos del sol brillaban sobre sus rifles levantados.

En la noche llegó un correo del general Urbina diciendo que estaba enfermo, que quería que Pablo Seañes regresara. Así fue que el gran coche regresó con la amante de Pablo, Rafaelito, el jorobado, Fidencio y Patricio; Pablo me dijo:

- Juanito, si quieres regresar con nosotros, te sientas junto a mí en el coche.

Patricio y Rafaelito me rogaron que fuera, pero ya había llegado tan lejos en el frente que no quería regresar. Entonces, al día siguiente, mis amigos y compañeros de la tropa, a quienes había aprendido a conocer tan bien en nuestra marcha a través del desierto, recibieron órdenes de ir a Jarralitos. Sólo Juan Vallejo y Longino Güereca se quedaron atrás.

La nueva guarnición de Cadena era de una especie diferente de hombres. Dios sabe de dónde venían, pero siempre había un lugar en donde los soldados literalmente se morían de hambre. Eran los peones más miserables que jamás haya visto; la mitad de ellos no tenía sarapes. Se sabía que unos cincuenta eran nuevos, nunca habían olido la pólvora; otro número igual estaba bajo las órdenes de un terrible e incompetente veterano llamado mayor Salazar; los cincuenta restantes estaban equipados con viejas carabinas y diez rondas de municiones por cabeza. El oficial al mando era el teniente coronel Petronilo Hernández, quien había sido mayor durante seis años en el ejército federal hasta que el asesinato de Madero lo llevó al otro bando. Era un valiente hombre de buen corazón,

con hombros doblados, pero los años como oficial del ejército de la banda roja lo habían incapacitado para conducir tropas como ésta. Cada mañana daba una orden del día, distribuyendo guardias, poniendo centinelas, nombrando al oficial en servicio. Nadie la leía. Los oficiales en este ejército no tenían nada que ver con la disciplina o el orden de los soldados. Ellos eran oficiales porque habían sido valientes y su trabajo era pelear a la cabeza de la tropa; eso era todo. Los mismos soldados escogían a un general, bajo quien habían sido reclutados, como si fuera su señor feudal. Ellos se llaman a sí mismos su gente, y un oficial de la gente de otro no tiene mucha autoridad sobre ellos. Petronilo era gente de Urbina, pero las dos terceras partes de la guarnición de Cadena pertenecían a la división de Arrieta. Esta era la razón por la cual no había centinelas al Oeste y al Norte. El teniente coronel Alberto Redondo guardaba otro paso cuatro leguas al Sur, así es que pensábamos estar seguros en esa dirección. Es cierto, veinticinco hombres vigilaban La Puerta; que era fuerte ...

CAPÍTULO VIII

Los cinco mosqueteros

La casa grande de La Cadena había sido asaltada, desde luego por Cheché Campa el año anterior. En el patio estaban acorralados los caballos de los oficiales. En la sala del propietario, que había sido alguna vez decorada con lujo, había ganchos pegados en las paredes para colgar las sillas, bridas, etc.; los rifles y sables se paraban contra la pared, las sucias cobijas yacían enrolladas tiradas en el rincón. Por la noche, un fuego de olores se quemaba en medio del piso; nos acucillamos alrededor, mientras Apolinario y Gil Tomás, de catorce años, que había sido un colorado, contaban leyendas de los tres sangrientos años.

- Al tomar Durango -dijo Apolinario- era gente del capitán Borunda; al que llaman el matador, porque siempre mata a los prisioneros. Pero cuando Urbina tomó Durango no hubo prisioneros. Así es que Borunda, sediento de sangre, hizo redadas en todas las cantinas. En cada una tomaba algún hombre desarmado y le preguntaba si era federal.

- No, señor -decía el hombre-; ¡mereces la muerte porque no dijiste la verdad! -gritaba Borunda, sacando su pistola-. ¡Bang!

Todos nos reímos con ganas por esto.

- Eso me recuerda -intervino Gil- el tiempo en que pelié bajo la dirección de Rojas en la revuelta de Orozco (¡maldita sea su madre!). Un viejo oficial porfirista se pasó a nuestro bando. Orozco lo mandó a enseñarle a los colorados (¡animales!) los ejercicios. Había un tipo chistoso en nuestra compañía. Tenía un excelente sentido del humor. Pretendía

ser demasiado estúpido para aprender el manual de armas. Así es que este maldito viejo huertista (¡que se fría en los infiernos!), lo hizo que entrenara solo.

- ¡Armas al hombro! -el compañero lo hizo bien.

- ¡Presenten armas! -perfecto.

- ¡Porten armas! -actuaba como si no supiera cómo, así es que el viejo tonto fue y le agarró el rifle.

-¡Así! -decía, jalándolo.

- ¡Ah! -dijo el tipo-. ¡Así! -y le encajó la bayoneta justo en medio del pecho.

Después, Fernando Silveyra, el tesorero, contaba unas cuantas anécdotas de los curas, o sacerdotes que cuidaban tal como en Touraine del siglo XIII, los derechos feudales de los terratenientes sobre las mujeres de sus siervos antes de la revolución francesa. Fernando estaba bien enterado pues había sido preparado para la carrera eclesiástica. Había al menos una veintena de nosotros sentados alrededor de la hoguera, desde el más miserable peón en la tropa hasta el primer capitán Longino Güereca. Ninguno profesaba una religión, aunque habían sido alguna vez buenos católicos; pero tres años de guerra les habían enseñado a los mexicanos muchas cosas. No habría otro Porfirio Díaz; no habría otra revolución como la de Orozco; y la religión católica no volvería a ser la voz de Dios.

Entonces Juan Santillanes, un subteniente de veintidós años, quien con toda seriedad me informó que era descendiente del gran héroe español Gil Bias, soltó el viejo canto popular que comenzaba:

Soy el conde de Oliveros de la artillería española ...

Juan enseñó orgullosamente cuatro cicatrices; había matado unos cuantos prisioneros indefensos con su pistola, dijo; prometiendo llegar a ser muy matador algún día. Presumió de ser el hombre más fuerte y valiente del ejército. Su concepto del humor me causaba la sensación de alguien rompiendo huevos en el bolsillo de mi saco. Juan era muy niño para su edad, pero muy agradable.

Otro amigo que tuve además de Gino Güereca fue el subteniente Luis Martínez. Le decían el gachupín -nombre despectivo para los españoles- porque parecía haber salido del retrato de algún joven noble español pintado por El Greco. Luis era de raza pura, sensible, alegre, de buen espíritu. Apenas tenía veinte años, y nunca había estado en una batalla. Sobre el contorno de su cara llevaba una barba negra, que se tocaba, sonriendo.

- Nicanor y yo apostamos que no nos rasuraríamos hasta tomar Torreón ...

Luis y yo dormíamos en cuartos diferentes, pero por la noche, cuando la fogata se apagaba y el resto de los compañeros roncaba, nos sentábamos sobre nuestras cobijas, una noche en su cuarto, otra en el mío, y hablábamos acerca del mundo, de nuestras novias, de lo que seríamos y haríamos cuando lográramos una posición. Cuando terminara la guerra, Luis iría a los Estados Unidos a visitarme; y juntos regresaríamos a Durango a visitar a su familia. Me mostró la fotografía de un pequeño bebé, presumiendo de que ya era tío.

- ¿Qué harás cuando las balas empiecen a volar? -le pregunté.

- ¿Quién sabe? -se rió. ¡Creo que correré!

Era tarde, el centinela de La Puerta hacía rato que se había dormido.

- No se vaya -dijo Luis, agarrando mi saco-. Vamos a platicar otro ratito ...

Gino, Juan Santillanes, Silveyra, Luis, Juan Vallejo y yo, cabalgamos hasta el arroyo para bañarnos en un pozo que se decía estaba por ahí. El lecho del río era desolado, lleno de arena blanca caliente, enmarcado por un denso mesquite y cactus. Cada kilómetro el río subterráneo se mostraba por un corto tramo, para más adelante desaparecer en un burbujeante anillo blanco de salitre. Primero estaba la laguna de los caballos; los soldados y sus maltrechos caballos se juntaban alrededor; uno o dos se acuclillaron en el anillo, lanzando agua con jícaras a los sudorosos caballos ... Cerca de ellos se arrodillaban las mujeres en su eterno lavar sobre las piedras. Más allá el viejo camino de la hacienda formaba un atajo, donde la línea interminable de mujeres envueltas en rebozos negros caminaba con cántaros de agua sobre la cabeza. Aún más arriba había mujeres bañándose, envueltas en yardas de algodón azul claro o blanco y nenes morenos desnudos salpicando en lo bajo. Por último, hombres morenos desnudos con sombreros y sarapes de brillantes colores amarrados por encima de los hombros, fumando sus hojas en cuclillas sobre las rocas. ¡Por allí arriba espantamos un coyote, lo correamos hasta el desierto, disparando nuestros revólveres, ¡ahí va! Lo acorralamos en el chaparral en una carrera a muerte, echando tiros y gritando. Después, mucho después, encontramos la mítica laguna, un pequeño y profundo valle desgastado en la roca sólida, con algas verdes que crecían en el fondo.

Al regresar, Gino Güereca se emocionó mucho al ver que su nuevo tordillo había llegado de Bruquilla; era un garañón de cuatro años que su padre había criado para que lo montara al frente de la compañía.

- Es peligroso -anunció Juan Santillanes al apresuramos-. Lo quiero montar primero, ¡me encanta domar caballos broncos!

Una gran nube de polvo amarillo llenó el corral, levantándose en el aire quieto. A través de ella aparecieron las pálidas formas caóticas de muchos caballos corriendo; sus pezuñas producían un trueno apagado. Los hombres apenas se veían, todos balanceaban las piernas y agitaban los brazos, con los pañuelos amarrados sobre la cara; se alzaban lazos de gran tamaño, cercando; la gran bestia con el lazo apretado al cuello relinchaba y jalaba; un vaquero pasó la reata alrededor de su cadera, acostándose hacia atrás, casi en el suelo los pies araban la mugre. Otro lazo atrapó las patas traseras del caballo y ya en el suelo lo ensillaron y le pusieron una rienda.

- ¿Quieres montarlo, Juanito? -sonrió Gino.

- Después de ti -respondió Juan con dignidad-. Es tu caballo ...

Pero Juan Vallejo ya estaba arriba del animal, gritándoles que lo soltaran. Con una especie de gruñido y relinchido, el tordillo se levantó con furia, y la tierra tembló con su feroz lucha.

Comimos en la antiquísima cocina de la hacienda, sentados en bancos alrededor de una caja de empaque. El techo era de un café oscuro grasiento, por el humo de las genera-

ciones de alimentos. Todo un extremo del cuarto contenía inmensos hornos, estufas y chimeneas de adobe, cuatro o cinco viejas matronas se inclinaban sobre ellos, moviendo las cazuelas y volteando las tortillas. El fuego era nuestra única luz, centelleando extrañamente sobre la anciana, encendiendo la negra pared por sobre la cual subía el humo para laurear el techo y finalmente escurrirse por la ventana. Estaba el coronel Petronilo, su amante, una campesina de rara belleza con cara marcada por las viruelas que parecía siempre reír para sí misma; don Tomás, Luis Martínez, el coronel Redondo, el mayor Salazar, Nicanor y yo. La amante del coronel parecía incómoda en la mesa; una campesina mexicana es un sirviente en su casa. Pero don Petronilo siempre la trataba como si fuera una gran dama.

Redondo me contaba de la muchacha con la que se iba a casar. Me enseñó su fotografía, ella iba a ir a Chihuahua a comprarse su vestido de novia.

Tan pronto como tomemos Torreón -dijo.

¡Oiga, señor! -Salazar me tocó el brazo-. Ya supe quién es usted: es un agente de negocios americano que tiene muchos intereses en México; yo lo sé todo acerca de los negocios americanos. Usted es un agente de crédito; usted vino aquí a espiar el movimiento de nuestras tropas y después les va a enviar en secreto la información ¿no es cierto?

¿Cómo podría mandar en secreto alguna información desde aquí? -pregunté-. Estamos a cuatro días de la línea de telégrafo.

Ah, ya sé -sonrió en complicidad, apuntando su dedo hacia mí-. Sé muchas cosas, tengo muchas cosas en la cabeza.

Sé todo acerca de los negocios, estudié mucho en mi juventud. Estos créditos americanos están invadiendo México para robar a la gente mexicana ...

Usted está equivocado, mayor -interrumpió don Petronilo cortante-. Este señor es mi amigo y huésped.

Mire, mi coronel -estalló Salazar con violencia inesperada-, este señor es un espía. Todos los americanos son porfiristas y huertistas. Haga caso de esta advertencia antes de que sea demasiado tarde. Tengo mucho en la cabeza. Soy un hombre muy listo. Saque a este gringo y mátelo de inmediato o se arrepentirá.

Luego se puso de pie. El mayor sufría terriblemente de gota, sus piernas estaban envueltas en yardas y vendajes de lana, que las hacían parecer tamales.

Un clamor de voces estalló al mismo tiempo que los otros, pero otro sonido lo interrumpió -un disparo, luego otro y la gritería de hombres.

Entró un soldado corriendo.

- ¡Motín de rangos! -gritó- ¡No obedecen órdenes!

- ¿Quiénes? -preguntó don Petronilo.

- ¡La gente de Salazar!

- ¡Mala gente! -exclamó Nicanor mientras corríamos-. ¡Ellos eran colorados capturados cuando tomamos Torreón, se nos unieron si no los matábamos! ¡Se les ordenó que cuidaran La Puerta esta noche!

- Hasta mañana -dijo Salazar en este punto-. ¡Me voy a dormir!

Las casas de los peones de La Cadena, donde las tropas estaban acuarteladas, rodeaban una gran plaza, como una ciudad amurallada. Había dos portales, por uno de ellos forzamos nuestra salida a través de la muchedumbre de mujeres y peones que luchaban por salir; dentro, había luces tenues que se veían a través de las entradas de las casas, tres o cuatro pequeñas fogatas al aire libre, una manada de caballos asustados se agolpaba en una esquina; los hombres corrían salvajemente hacia dentro y hacia fuera de sus cuarteles, rifle en mano; en el centro del espacio abierto estaban parados un grupo como de cincuenta hombres, casi todos armados, como para repeler un ataque.

- ¡Vigilen esos portales! -gritó el coronel-. ¡No dejen que nadie salga sin una orden mía!

Entonces, los soldados corrieron en tropel hacia los portales; don Petronilo caminó hasta el centro de la plaza, solo.

- ¿Cuál es el problema, compañeros? -preguntó calmadamente.

- ¡Nos van a matar a todos! -gritó alguien desde la oscuridad.

- ¡Quieren escapar! ¡Nos iban a traicionar con los colorados!

- ¡Es mentira! -gritaron los del centro-. ¡No somos gente de don Petronilo! ¡Nuestro jefe es Manuel Arrieta!

De pronto, Longino Güereca, desarmado, pasó junto a nosotros como un relámpago y cayó sobre ellos con furia, lanzando lejos sus rifles y tirándolos muy atrás. Por un momento parecía que los rebeldes lo iban a agarrar, pero no se resistieron.

- ¡Desármenlos! -ordenó don Petronilo-, ¡y enciérrenlos!

Condujeron a los prisioneros como reses hacia un cuarto grande, con un guardia armado en la puerta. Mucho después de la media noche se les oía cantar alegremente. Eso dejó a don Petronilo con unos cien efectivos, algunos caballos extra con llagas purulentas en el lomo y doscientas cargas de municiones, más o menos. Salazar se fue en la mañana, recomendando que toda su gente fuera fusilada; evidentemente se sentía muy aliviado de poder deshacerse de ellos. Juan Santillana estaba también a favor de la ejecución. Pero don Petronilo decidió mandarlos con el general Urbina para juzgarlos.

CAPÍTULO IX

La última noche

Los días en La Cadena eran muy agitados. En el frío amanecer, cuando una capa de hielo cubría las lagunas del río, un soldado galopaba por la plaza con un novillo bravo en el

extremo de su lazo. Cincuenta o sesenta soldados harapientos, mostrando sólo los ojos entre los sarapes y el gran sombrero, comenzaban una corrida de toros de aficionados, para el deleite del resto de sus compañeros, quienes agitaban sus cobijas, gritando como se hace en una corrida normal. Uno retorció la cola al furioso animal; otro más impaciente, lo golpeaba con la cara de su espada. En lugar de banderillas, encajaban dagas en su hombro; la sangre caliente del animal se les embarraba cuando cargaba, y cuando al final caía, el cuchillo piadoso penetraba su cerebro y la chusma caía sobre sus despojos, cortando, arrancando, llevándose pedazos de carne cruda a sus cuarteles. Entonces el quemante sol blanco se levantaba de pronto detrás de La Puerta, calando en las manos y la cara. Los charcos de sangre, los dibujos raídos de los sarapes, los límites lejanos del sombrío desierto, brillaban y resaltaban ...

Don Petronilo había confiscado varios coches en la campaña, que cinco de nosotros le tomamos prestados para excursiones. Una vez fue un viaje a San Pedro el Gallo para ver una pelea de gallos, bastante apropiada. Otra vez Gino Güereca y yo fuimos a ver las inmensamente ricas minas perdidas de los españoles, que él conocía. Pero nunca pasamos de Bruquilla; sólo nos tiramos bajo la sombra de los árboles y comimos queso todo el día.

Ya entrada la tarde, la guardia de La Puerta trotaba hacia su puesto; el suave sol tardío pegaba sobre los rifles y las cananas; y mucho después del anochecer, el destacamento relevado venía saliendo alegremente de la misteriosa oscuridad.

Los cuatro vendedores que había visto en Santo Domingo llegaron esa noche; traían cuatro cargas de burro, de macuche, para vender a los soldados.

¡Es el míster! -gritaron, cuando me acerqué a su pequeña hoguera.

¿Qué tal, míster? ¿Cómo le va? ¿No tiene miedo de los colorados?

¿Cómo va el negocio? -pregunté, aceptando el puñado de macuche que me ofrecieron.

¡El negocio! ¡Mucho mejor para nosotros si nos hubiéramos quedado en Santo Domingo! ¡Esta tropa no podría comprar ni un cigarro si juntaran todo su dinero! ...

Se rieron de esto a carcajadas.

Uno de ellos comenzó a cantar un corrido extraordinario: La canción de la mañana de Francisco Villa. Cantó un verso, después el siguiente hombre cantó otro verso, y así, cada hombre componía una narración dramática de los hechos del gran capitán. Durante media hora me quedé ahí, viendo los sarapes envueltos con libertad sobre sus hombros, y la luz roja alumbrando sus caras oscuras y sencillas. Mientras un hombre cantaba, los otros miraban con fijeza el suelo, abstraídos en la composición:

Aquí está Francisco Villa con sus jefes y oficiales, es el que viene a ensillar a los mulas federales.

Ora es cuando, colorados, alístense a la pelea, ¡pues Villa y sus soldados les quitarán la zalea!

Hoy llegó su domador, Pancho Villa el guerrillero, ¡pa' correrlos de Torreón y quitarles hasta el cuero!

Los ricos con su dinero recibieron una buena, con los soldados de Urbina y los de Ma-clovio Herrera.

Vuela, vuela, palomita, vuela sobre las praderas, diles que Villa ha llegado a hacerles echar carreras.

La ambición se arruinará, y la justicia ganará, pues Villa llegó a Torreón para castigar a los avarientos.

Vuela, vuela, águila real, lleva a Villa estos laureles que ha venido a conquistar a Bravo y sus coroneles.

Ora hijos del Mosquito, que Villa llegó a Torreón, pa' quitarles lo maldito a tanto mugre pelón.

¡Viva Villa y sus soldados! ¡Viva Herrera y su gente!

Ya vieron, gente malvada, lo que puede un valiente.

Ya con esta me despido; por la rosa de Castilla, ¡aquí se acaba el corrido del general Pancho Villa!

Después de un rato me fui; dudo que me hubieran visto alejarme; siguieron cantando alrededor de la fogata por más de tres horas.

En nuestro cuartel había otro entretenimiento. La habitación estaba llena del humo de una hoguera en el piso, a través de él pude distinguir vagamente a unos treinta o cuarenta soldados en cuclillas o desparramados a todo lo largo, en perfecto silencio, pues Silveyra leía en voz alta la proclamación del gobernador de Durango expropiando para siempre las tierras de las grandes haciendas para dividir las entre los pobres. Leyó:

Considerando que la causa principal de descontento entre la gente de nuestro Estado, que los ha forzado a levantarse en armas en el año 1910, es la falta absoluta de propiedad individual; y que las clases rurales no tienen medios para subsistir en el presente, o ninguna esperanza para el futuro, excepto el servir como peones en las haciendas de los grandes terratenientes, que han monopolizado la tierra del Estado;

Considerando que la rama principal de la riqueza nacional es la agricultura, y que no puede haber verdadero progreso en la agricultura sin que la mayoría de los granjeros tengan un interés personal en que la tierra produzca ...

Considerando, por último, que los pueblos rurales se han reducido a la peor miseria, debido a que las tierras comunes que alguna vez les habían pertenecido fueron a aumentar la propiedad de la hacienda más próxima, en especial bajo la dictadura de Díaz, con lo que los habitantes del Estado perdieron su independencia económica, política y social, y pasaron de la categoría de ciudadanos a la de esclavos, sin que el gobierno fuera capaz de levantar el nivel moral a través de la educación, debido a que la hacienda donde vivían era propiedad privada ...

Por lo tanto, el gobierno del Estado de Durango declara necesidad pública que los habitantes de las ciudades y pueblos sean los propietarios de las tierras agrícolas ...

Cuando el pagador terminó penosamente los ordenamientos que seguían, y dijo la manera en que la tierra se solicitaría, etc., hubo un silencio.

- Eso -dijo Martínez-, es la Revolución mexicana.

- Es sólo lo que Villa está haciendo en Chihuahua -dije-. Es maravilloso, ahora todos ustedes pueden tener una granja.

Un chasquido divertido se escuchó por todo el círculo, entonces, un pequeño hombre calvo, con patillas amarillas y manchadas, se sentó y habló.

- Nosotros no -dijo-, los soldados no; después de que termine la Revolución ya no quieren soldados. Son los pacíficos quienes obtendrán la tierra, aquéllos que no pelearon, y la siguiente generación ...

Hizo una pausa y extendió sus mangas rasgadas cerca del fuego.

- Yo era maestro de escuela -explicó-, por eso sé que las revoluciones, como las Repúblicas, son desagradecidas. He peleado por tres años; al final de la primera revolución el gran hombre, el padre Madero, invitó a los soldados a la capital; nos dio ropa, comida, corridas de toros ... regresamos a nuestros hogares y encontramos a los ambiciosos otra vez en el poder.

- Terminé la guerra con cuarenta pesos -dijo un hombre.

- Tuviste suerte -continuó el maestro de escuela-, no, no son los soldados, los muertos de hambre, los no alimentados, los soldados comunes que hacen ganancia con la Revolución. Los oficiales sí, algunos; pues engordan con la sangre de la patria; pero nosotros no.

- ¿Por qué pelean entonces? -pregunté.

- Tengo dos hijos, pequeños -contestó-. Ellos tendrán su tierra. Y tendrán otros pequeños hijos, que tampoco tendrán necesidad de comida ...

- El hombrecito sonreía-, tenemos un dicho en Guadalajara: No uses una camisa de once metros pues aquel que quiere ser redentor siempre sale crucificado.

- Yo no tengo hijos pequeños -dijo Gil Tomás de 14 años entre risotadas-. Peleo para tener un rifle treinta-treinta de un soldado federal y un buen caballo que haya pertenecido a un millonario.

Sólo por divertirme pregunté a un soldado con una fotografía de botón de Madero pegada a su saco, que quién era ése.

- ¡Pues, quién sabe, señor! -respondió-. Mi capitán me dijo que era un gran santo. Yo peleo porque no es tan duro como trabajar.

-¿Qué tan seguido les pagan?

- Nos pagaron tres pesos hoy hace nueve meses -dijo el maestro de escuela y todos asintieron-. Todos somos voluntarios en realidad. La gente de Villa es profesional.

Entonces Luis Martínez sacó una guitarra y cantó una hermosa cancioncilla de amor, que, según él, una prostituta había compuesto una noche en un burdel.

La última cosa que recuerdo de esa noche memorable fue a Gino Güereca acostado cerca de mí en la oscuridad, platicando.

- Mañana -dijo- te llevaré a las minas de oro perdidas de los españoles; están escondidas en un cañón en las montañas occidentales, sólo los indígenas saben de ellas, y yo. Los indígenas a veces van ahí con sus cuchillos y sacan oro en bruto de la tierra. Seremos ricos ...

CAPÍTULO X

Llegan los colorados

Antes del amanecer siguiente, Fernando Silveyra, completamente vestido, vino a la habitación; con calma nos dijo que nos levantáramos, que los colorados ya venían. Juan Vallejo se rió:

-¿Cuántos son, Fernando?

- Unos mil -contestó en voz baja, buscando su bandolera.

El patio estaba inusitadamente lleno de hombres gritando y ensillando caballos. Vi a don Petronilo, a medio vestir, en su puerta, su amante le ceñía la espada. Juan Santillanes se estaba poniendo los pantalones con una prisa furiosa. Había un estruendo constante de sonidos conforme los cartuchos se deslizaban en los rifles. Un piquete de soldados corría de un lado para otro sin rumbo fijo, preguntando a todos dónde estaba algo.

No creó que ninguno creyéramos realmente lo que pasaba. La placita de cielo tranquilo sobre el patio prometía otro día caluroso. Los gallos cantaban. Una vaca que había sido ordeñada se agachaba. Sentí hambre.

- ¿Qué tan cerca están? -pregunté.

-Cerca.

-Pero el puesto de avanzada, la guardia en La Puerta ...

Están dormidos -dijo Fernando, mientras se enfundaba la canana. Pablo Arriola entró con gran revuelo incapacitado por sus grandes espuelas.

Un piquete de doce subió hasta aquí. Nuestros hombres pensaron que era sólo una patrulla de reconocimiento, por eso, después de que los rechazaron, la guardia de La Puerta se sentó a desayunar. Entonces Argumedo mismo y cientos ... cientos ...

Pero veinticinco podían sostener el paso contra todo un ejército, hasta que el resto llegara ...

-Ya pasaron por La Puerta -dijo Pablo, empujó su silla y salió.

- ¡Los muy ...! -maldijo Juan Santillanes, girando las cámaras de su revólver- ¡Esperen a que los agarre!

- Ahora el míster va a ver algo de esos disparos que quería -gritó Gil Tomás-. ¿Qué tal míster? ¿Tiene miedo?

De alguna manera todo este asunto no parecía real. Me dije a mí mismo:

- Tú, tipo con suerte, vas a ver una pelea de verdad. Eso va a redondear la historia.

Cargué mi cámara y salí de prisa por el frente de la casa. No había mucho qué ver. Un sol cegador se levantaba justo en La Puerta. Por leguas y leguas de oscuro desierto hacia el Este

nada vivía excepto la luz de la mañana. Ni un movimiento. Ni un sonido. Aun así en algún lugar ahí afuera un puñado de hombres estaban desesperadamente tratando de contener un ejército.

Un humo ligero flotaba en el aire sin movimiento desde las casas de los peones. Estaba tan quieto que la molienda del alimento de tortilla entre dos piedras se podía oír perfectamente, y el lento, suave, cantar de alguna mujer trabajando cerca de la casa grande. Las ovejas balaban para que las dejaran salir del corral. Sobre el camino a Santo Domingo, tan lejos que parecían acentos coloreados en el desierto, cuatro vendedores arreaban a sus burros. Pequeños grupos de peones se reunían enfrente de la hacienda, señalando, mirando hacia el Este. Alrededor del portal del gran encierro donde los soldados estaban acuartelados, unos cuantos soldados sostenían sus caballos por la brida. Eso era todo.

De vez en cuando la puerta de la casa grande vomitaba hombres montados, dos o tres al mismo tiempo, que galopaban hacia el camino de La Puerta con sus rifles en la mano. Los podía ver cómo subían y bajaban sobre las ondas del desierto, haciéndose cada vez más pequeños, hasta que la última fila montó, donde el polvo blanco que pateaban atrapaba la fuerte luz del sol y el ojo no lo podía soportar. Se habían llevado mi caballo; Juan Vallejo tampoco tenía el suyo. Estaba de pie junto a mí, amartillando y disparando su rifle vacío.

-¡Miren! -gritó de pronto.

La cara occidental de las montañas que flanqueaban La Puerta estaba todavía oscura. A lo largo de su base, hacia el Norte y también hacia el Sur, se formaban pequeñas líneas delgadas de polvo que se extendía lentamente. Al principio sólo había uno en cada dirección; después comenzaron otros dos más abajo, más cerca, avanzando sin obstáculos, como una corrida de media, como una grieta en un vidrio delgado. Era el enemigo, distribuyéndose alo ancho alrededor de la línea de batalla, ¡para tomarnos por un lado!

Los pequeños grupos de soldados salían de la casa grande y se alejaban a galope tendido. Pablo Arriola y Nicanor, partieron saludándome con viveza al pasar junto a mí. Longino Güereca salió disparado sobre su caballo tordillo, a medio domar; el gran bruto agachó la cabeza, relinchó y se encabritó cuatro veces a través de la plaza.

- Mañana a las minas -gritó Gino sobre su hombro-. Estoy muy ocupado hoy, muy rico, las minas perdidas de ...

Se alejó demasiado para que lo oyera. Martínez lo siguió gritándome con una sonrisa que le tenía miedo a la muerte. Recuerdo que la mayoría de ellos usaba lentes para au-

tomóvil contra el polvo. Don Petronilo montó en su caballo, con lentes de campo sobre los ojos. Volví a mirar las líneas de polvo, se iban encorvando ligeramente, el sollo glorificaba, como cimitarras. Don Tomás pasó a galope. Gil Tomás le pisaba los talones. Pero alguien venía. Un caballito apareció corriendo al amanecer y se encaminó hacia nosotros; el jinete sobresalía en contraste con el polvo radiante. Iba a una gran velocidad, hundiéndose y subiendo por el quebrado terreno ... y al hincar las espuelas para subir la pequeña colina donde estábamos, vimos una cosa horrible. Una cascada de sangre chorreaba de toda la parte de su frente en forma de abanico; la parte inferior de su boca había sido casi arrancada por una bala de nariz chata. Dirigió las riendas hasta llegar al coronel, trató con mucho esfuerzo, terriblemente, de decir algo; pero nada inteligible brotaba de la herida. Las lágrimas corrieron por las mejillas del pobre hombre. Dio un grito ahogado, aguijoneando con las espuelas al caballo y voló por el camino de Santo Domingo. Otros venían, también, a galope tendido, aquellos que habían estado de guardia en La Puerta. Dos o tres pasaron a través de la hacienda sin parar. El resto se arrojó sobre don Petronilo, en un arranque de furia.

- ¡Más municiones! -gritaron-, ¡más cartuchos! Don Petronilo volteaba hacia otro lado.

-¡No hay! Los hombres enloquecían, maldiciendo, arrojando las pistolas al suelo.

- Veinticinco hombres más para La Puerta -le gritaron al coronel.

En unos cuantos minutos la mitad de los hombres nuevos salieron galopando del cuartel y tomaron el camino del Este. Los extremos cercanos de las líneas de polvo ahora se habían perdido de vista detrás de un montículo de tierra.

- ¿Porqué no los manda a todos, don Petronilo? -le grité.

- Porque, mi joven amigo, toda una compañía de colorados está bajando por el arroyo. Usted no los puede ver desde aquí, pero yo sí.

No había terminado de hablar cuando un jinete dio vuelta a la esquina de la casa, señalando por detrás de su hombro hacia el Sur, por donde venían.

- También vienen por ese lado -gritó-, ¡cientos! ¡Por el otro paso! ¡Redondo sólo tenía cinco hombres de guardia! ¡Lo tomaron prisionero y entraron al valle antes de que él se diera cuenta!

- ¡Válgame Dios! -exclamó don Petronilo.

Miramos hacia el sur. Por encima del ominoso amanecer del desierto se divisaba una gigantesca nube de polvo blanco, brillando al sol, como una columna bíblica de humo.

- ¡Los demás salgan y sosténgalos lejos! -gritó a los últimos veinticinco que brincarón a sus sillas y se encaminaron hacia el Sur.

Entonces, de repente, el gran portal de la plaza amurallada arrojaba hombres y caballos, hombres sin rifles, ¡la gente desarmada de Salazar! Se arremolinaban como si tuvieran pánico.

- ¡Denos rifles! -gritaron- ¿Dónde están nuestras municiones?

- Sus rifles están en el cuartel -contestó el coronel-, pero sus cartuchos están ahí afuera matando a los colorados.

Un gran clamor se levantó.

- ¡Se llevaron nuestras armas! ¡Quieren asesinarlos!

- ¿Cómo podemos pelear, hombre? ¿Qué podemos hacer sin rifles? -gritaba un hombre en la cara de don Petronilo.

- ¡Vamos, compañeros! ¡Salgamos y estrangulémoslos con nuestras propias manos! - exclamó uno.

Cinco hincaron las espuelas a sus monturas, volaron con furia hacia La Puerta, sin armas, sin esperanza; ¡era sublime!

- ¡Nos van a matar a todos! -dijo otro-. ¡Vamos!

Y los otros cuarenta y cinco salieron atropelladamente por el camino a Santo Domingo.

Los veinticinco reclutas a los que se les había ordenado sostener el lado sur habían cabalgado por medio kilómetro, se habían detenido, parecía que no sabían qué hacer. Vieron a los cincuenta desarmados que galopaban hacia las montañas.

- ¡Los compañeros están desertando! ¡Los compañeros están desertando!

Por un momento hubo un fuerte intercambio de gritos. Vieron la nube de polvo que se erigía sobre ellos. Pensaron en el poderoso ejército de despiadados demonios que lo componían, vacilaron, rompieron la formación y huyeron a todo galope a través del chaparral en dirección a las montañas.

De pronto me percaté de los disparos que por algún tiempo ya estaba oyendo. Sonaban a una gran distancia, ni siquiera tan fuerte como el tecleo de una máquina de escribir. Aún cuando llamó nuestra atención iba creciendo. El pequeño y trivial chasquido de los rifles se ahondó y se hizo serio. Enfrente ahora era prácticamente continuo, casi como el redoble de un tambor.

Don Petronilo estaba un poco pálido. Llamó a Apolinario y le dijo que enganchara las mulas al coche.

- Si algo ocurre que no nos toque a nosotros -dijo apenas a Juan Vallejo-. Llama a mi mujer y tú y Reed vengan con ella al coche. ¡Vengan, Fernando, Juanito!

Silveyra y Juan Santillanes salieron espoleando; los tres se esfumaron hacia La Puerta.

Ahora los podíamos ver; cientos de pequeñas figuras negras a caballo, por todos lados a través del chaparral; el desierto hervía con ellos. Los gritos salvajes de los indígenas llegaron hasta nosotros. Una bala perdida voló encima de nosotros, después otra; después una no perdida, y un ejambre silbando ferozmente. ¡Pás! Cayeron las paredes de adobe como pedazos de barro. Los peones y sus mujeres corrían de casa en casa, distraídos por el miedo. Un soldado, con la cara negra por la pólvora, y llena de odio por la matanza y el terror, pasó galopando, gritó que todo estaba perdido ...

Apolinario apresuró a las mulas con su arnés al lomo y comenzó a engancharlas al coche. Sus manos temblaban. Tiró una rienda, la recogió, la volvió a tirar, temblaba. De pronto tiró todos los arneses al suelo y echó a correr. Juan y yo corrimos. Justo entonces

una bala perdida mató a una mula. Ya nerviosos, los animales se jaloneaban con fuerza. La punta del cambiavía del vagón voló de una carga de rifle. Las mulas corrieron en tropel hacia el norte perdiéndose en el desierto. Después llegó la chusma, una horda de soldados salvajes en masa, fueतेando a sus aterrorizados caballos. Pasaron junto a nosotros sin detenerse, sin darse cuenta, todos llenos de sangre, sudor y negrura. Don Tomás, Pablo Arriola, después de ellos el pequeño Gil Tomás, su caballo tembló y cayó muerto de miedo en frente de nosotros. Las balas rozaban el muro por todos lados.

- ¡Vámonos míster! -dijo Juan- ¡Vámonos!

Comenzamos a correr. Cuando tomé la pendiente opuesta al banco del arroyo, miré hacia atrás. Gil Tomás iba justo tras de mí, con su sarape rojinegro alrededor de los hombros. Don Petronilo se alcanzó a ver; contestaba el fuego sobre su hombro; Juan Santillanes iba a su lado. Adelante corría Fernando Silveyra, agachándose sobre el cuello de su caballo. Por toda la hacienda había un círculo de galopes, disparos y gritos de hombres.

Tan lejos como la vista podía distinguir, por sobre cada montículo del desierto, venían más.

CAPÍTULO XI

La huida del míster

Juan Vallejo ya iba lejos, adelante, corriendo tenazmente con su rifle en una mano. Le grité que se saliera de la carretera y obedeció, sin mirar atrás. Yo lo seguí. Era una verdadera recta que cruzaba el desierto hacia las montañas. Éste era liso como una mesa de billar. Nos podían ver desde kilómetros. Mi cámara resbaló entre las piernas. La dejé caer. Mi abrigo se convirtió en una terrible carga. Me lo quité. Veíamos a los compañeros huyendo locamente en dirección al camino de Santo Domingo. Más allá de ellos apareció inesperadamente una partida de hombres al galope: era el grupo de flaqueo por el Sur. La gritería se soltó otra vez, perdiéndose perseguidores y perseguidos en un recodo del cerrito. ¡Gracias a Dios que la vereda se apartaba del camino!

Yo seguí corriendo, corría y corría ... hasta que ya no pude más. Entonces di unos cuantos pasos y corrí otra vez. Sollozaba en vez de respirar. Me agarrotaban las piernas terribles calambres. Aquí había más chaparral, más maleza; los cerros al pie de las montañas estaban cerca. Pero la vereda era visible en toda su extensión desde atrás. Juan Vallejo había llegado a la base de los cerros, dos tercios de un kilómetro adelante. Lo vi trepando por una pequeña altura. De pronto aparecieron tres hombres armados detrás de él y levantaron un vocerío. Miró a su alrededor, tiró su rifle lejos, entre la maleza, y echó a correr para salvar el pellejo. Le dispararon, pero se detuvieron para recoger el fusil. Él desapareció sobre la cumbre; ellos también.

Yo corría. No sabía qué hora era. No estaba muy asustado. Todo parecía increíble, como una página de Ricardo Harding Davis. Me pareció que si no escapaba no desempeñaría bien mi cometido. Seguí pensando para mis adentros: Bueno, esto es ciertamente una experiencia. Voy a tener algo sobre lo cual escribir.

Entonces oí unos gritos atrás y resonar de pezuñas de caballos. Como a unos treinta metros a mi espalda corría el pequeño Gil Tomás; las puntas de su sarape volaban rectas. Y como a unos cien metros atrás de él corrían dos hombres oscuros con bandoleras cruzadas y rifles en las manos. Hicieron fuego. Gil Tomás levantó su lívida y pequeña cara indígena hacia mí y corrió. Dispararon otra vez. Una bala zumbó sobre mi cabeza. El muchacho vaciló, se detuvo, giró sobre sus talones y se dobló de pronto, cayendo dentro del chaparral. Ellos se le echaron encima. Vi las pezuñas del caballo que iba adelante al golpearlo. Los colorados hicieron saltar sus monturas sobre las ancas pasando sobre él, disparando una y otra vez ...

Corrí hacia el chaparral, subí un cerrito, me enredé con las raíces de un mezquite, caí, rodé por una inclinación arenosa, yendo a parar en una pequeña barranca. Un espeso mezquital cubría el lugar. Antes de poder moverme, llegaron los colorados precipitándose hacia abajo de la ladera.

- ¡Allá va! -aullaron-, y, haciendo saltar sus caballos sobre el barranco, a menos de cuatro metros de donde yo estaba tumbado, galoparon hacia el desierto. Yo me dormí profundamente.

No pude haber dormido mucho, porque cuando desperté, el sol estaba todavía casi en el mismo lugar; se oían unos cuantos tiros dispersos hacia el Occidente, en dirección a Santo Domingo. Fijé la vista a través de la enmarañada maleza hacia el cálido firmamento, donde una enorme ave de rapiña revoloteaba en círculos sobre mí, como dudando si estaría yo vivo o muerto. A menos de veinte pasos estaba un indio sin zapatos con el rifle caído sobre su caballo inmóvil. Vio al ave de rapiña y tendió después la mirada inquieta por el desierto. Yo no me moví. No sabía si era uno de los nuestros o no. Después de un rato se encaminó despacio al Norte sobre el cerro y desapareció.

Esperé como una media hora para arrastrarme fuera del barranco. Todavía se escuchaban tiros en dirección de la hacienda: estaban rematando a los heridos, según supe más tarde. No pude verlo. El vallecito en que estaba, corría más o menos de Oriente a Occidente. Me dirigí al Occidente, hacia la sierra. Pero todavía estaba demasiado cerca de la vereda fatal. Me agaché y corrí sobre el cerro, sin mirar atrás. Más adelante había otro y después otro. Corriendo en los cerros, caminando en los bajos a cubierto, avancé continuamente al Noroeste, hacia las siempre cercanas montañas. Pronto no escuché más ruidos. El sol quemaba todo abajo; las extensas cordilleras reverberaban con el calor del árido terreno. El crecido chaparral me destrozaba las ropas y la carne. Bajo los pies, los cactus, las plantas espinosas y las mortíferas espadas, cuyas largas espigas entrelazadas me hacían girones las botas, sacando sangre a cada paso; y debajo de ellas la arena y afiladas piedras. Era una caminata horrible. Las grandes formas erectas de la bayoneta española tenían una gran semejanza con hombres. Se erguían por todas partes del horizonte. Me detuve, envarado, en la cima de un cerro alto, entre un grupo de ellas, mirando hacia atrás. La hacienda estaba tan lejos que sólo era una mancha blanca en la in-

mensa vastedad del desierto. Una delgada línea de polvo se movía de la hacienda hacia La Puerta: los colorados llevaban sus muertos a Mapimí.

El corazón me dio un brinco. Un hombre venía del valle silenciosamente. Tenía un sarape verde sobre un brazo; nada en la cabeza sino un pañuelo con cuajarones de sangre. Sus piernas desnudas estaban cubiertas de sangre por las espadas. De pronto me vio y se quedó parado; después de una pausa me hizo señas. Fui adonde estaba; no dijo ni una palabra, pero guió nuestra marcha atrás para bajar al valle. Como a unos treinta metros más adelante se detuvo y señaló algo. Un caballo muerto tendido en la arena con las patas al aire; a su lado yacía un hombre, destripado por un cuchillo o espada -evidentemente un colorado, porque su cartuchera estaba casi llena. El hombre del sarape verde sacó una fea daga, todavía manchada con sangre, se arrodilló y empezó a escarbar entre las espadas. Yo traje piedras. Cortamos una rama de mezquite e improvisamos una cruz con ella.

Hecho esto procedimos a su entierro.

¿Para dónde va usted, compañero? -le pregunté.

Para la sierra -me contestó-. ¿Y usted?

Señalé al Norte, donde sabía que estaba el rancho de los Güereca.

-El Pelayo está sobre ese camino, a ocho leguas.

-¿Qué es El Pelayo?

-Otra hacienda. Allá están algunos de los nuestros en El Pelayo; así creo ...

Partimos con un adiós.

Seguí adelante por varias horas, corriendo en lo alto de los cerros, tambaleando entre las crueles espadas, resbalando por las escarpadas laderas de los lechos secos de los ríos. No había agua. No había comido ni bebido. El calor era intenso.

Cerca de las once, al rodear el recodo de una montaña, vi el exiguo pedazo gris que era Brusquilla. Aquí pasaba el camino real; el desierto aparecía plano y abierto. A menos de un kilómetro iba un minúsculo jinete, caminando despacio. Pareció haberme visto; se acercó y miró en dirección a mí un buen rato. Yo me quedé inmóvil. Luego siguió adelante, haciéndose más y más pequeño, hasta que al fin no quedó sino un leve soplo de polvo. No había otra señal de vida en muchos kilómetros. Me agaché y corrí al lado del camino, donde no había polvo. A media legua al occidente estaba la casa de los Güereca, oculta por la gigante hilera de álamos que bordeaban la corriente de su arroyo. Más lejos divisé un pequeño punto rojo en la cima del cerro en que estaba; cuando me acerqué, vi que era el padre de los Güereca, escrutando hacia el oriente. Vino corriendo hacia abajo al verme, agarrándome las manos.

- ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? ¿Es cierto que los colorados tomaron La Cadena? Le dije brevemente lo que había sucedido.

- ¿Y Longino? -exclamó, retorciéndome el brazo-. ¿Has visto a Longino?

- No -contesté-. Todos los compañeros se retiraron a Santo Dommgo.

- No debes quedarte aquí -dijo el viejo, temblando.

- Deme un poco de agua; casi no puedo hablar.

- Sí, sí, bebe. Allí está el arroyo. Los colorados no deben encontrarte aquí -el viejo miró a su alrededor angustiado; contemplaba el pequeño rancho que tanto trabajo le había costado adquirir. Nos acabarían a todos.

En aquel momento apareció en el umbral de la puerta la anciana madre.

- Ven acá, Juan Reed -gritó-. ¿Dónde está mi muchacho? ¿Por qué no viene? ¿Lo mataron? ¡Dime la verdad!

- ¡Oh, yo creo que todos salieron bien! -le contesté.

- ¡Y tú! ¿Has comido? ¿Ya desayunaste?

- No he tomado ni una gota de agua desde anoche, ni he comido. Vine a pie desde La Cadena.

- ¡Pobre muchachito! ¡Pobrecito! -sollozó abrazándome-. Ahora siéntate, te cocinaré algo. El viejo Güereca se mordía los labios agonizando de temor. La hospitalidad ganó la partida.

- Mi casa está a tus órdenes -murmuró-. ¡Pero date prisa! ¡Ándale! ¡No deben verte aquí! ¡Yo iré al cerro para vigilar si alguien viene!

Tomé varios cuartillos de agua, engullí cuatro huevos fritos y algo de queso. El viejo había retornado y se revolvía impaciente.

- Envié a todos mis hijos a Jaral Grande -dijo-, supimos esta mañana que todo el valle está huyendo a las montañas. ¿Ya estás listo?

- Quédate aquí -dijo la señora-. ¡Te ocultaremos de los colorados hasta que venga Longino!

Su esposo le gritó exasperado:

- ¿Estás loca? ¡No deben hallado aquí! ¿Ya estás listo? ¡Ven en seguida!

Me encaminé cojeando a través de una maizal amarillo, quemado.

- Sigue esta vereda -me dijo el viejo-, atraviesa aquellos sembrados y el chaparral. Te llevará a la carretera para Pelayo. ¡Que te vaya bien!

Nos estrechamos las manos y, un momento después, lo vi remontando de regreso el cerro, con sus huaraches que parecían volar.

Crucé un valle inmenso cubierto con mezquites que le llegaban a uno a la cabeza. Pasaron dos veces unos hombres a caballo, probablemente pacíficos, pero yo no confiaba. Más allá de ese valle, otro, de más de dos kilómetros de extensión. Había montañas áridas por todos lados; asomaba por delante una cordillera de cerros fantásticos: blancos, rosados y amarillos. Después de unas cuatro horas, con las piernas tías y los pies sangrando, un dolor de cabeza y todo dando vueltas a mi alrededor, salvados todos los obstáculos, se presentaron a mi vista los álamos y las chaparras paredes de adobe de la hacienda El Pelayo.

Los peones me rodearon, escuchando mi relato.

¡Qué caray! -murmuraban-. ¡Pero si es imposible caminar de La Cadena hasta aquí en un día! ¡Pobrecito! ¡Estarás cansado! Ven y come. Esta noche habrá una cama.

Mi casa es tuya -dijo don Felipe, el herrero-. ¿Pero estás seguro de que los colorados no vienen para acá? En la última visita que nos hicieron -señaló las paredes ennegrecidas de la casa grande- mataron a cuatro pacíficos que no quisieron unirse a ellos. -Me tomó el brazo-. Ven ahora, amigo, a comer.

¡Si hubiera algún lugar para bañarme primero!

Sonrió al oírme y me condujo atrás de la hacienda, a la orilla de una corriente pequeña cuyos márgenes eran de un verdor intenso y sobre la cual colgaban unos sauces. El agua fluía de abajo de una pared alta, sobre la que asomaban las nudosas ramas de un álamo gigante. Entramos por una puertecilla; allí me dejaron.

Adentro, se elevaba bruscamente el terreno y, la pared, de un rosa desteñido, seguía el contorno de la tierra. Hundido, en el centro del lugar, había un estanque de agua cristalina. El fondo era de arena blanca. A un extremo de la alberca brotaba el agua de un agujero en el fondo. Se levantaba de la superficie un vapor ligero. Era agua caliente.

Dentro del estanque estaba un hombre de pie, con el agua hasta el cuello. Tenía un círculo afeitado arriba de la cabeza.

- Señor -dijo-, ¿es usted católico?

-No.

- Gracias a Dios -dijo brevemente-. Nosotros los católicos somos propensos a ser intolerantes. ¿Es usted mexicano?

-No, señor.

- Está bien -contestó, sonriendo tristemente-. Yo soy sacerdote y español. Se me ha hecho saber que no soy persona grata en esta hermosa tierra, señor. Dios es bueno. Pero es mejor en España que aquí en México ...

Me metí lentamente en la profunda transparencia del agua caliente. El dolor, las lastimaduras y el cansancio huyeron, estremeciendo mi cuerpo. Me sentí otro. Flotando allí, en el tibio abrazo de aquel estanque maravilloso, con las torcidas ramas grises del álamo sobre nuestras cabezas, discutimos sobre filosofía. El cielo ardiente se iba enfriando poco a poco; la brillante luz del sol se esparcía poco a poco sobre la pared rosada.

Don Felipe insistió que durmiera en su casa, en su cama. Ésta consistía de un bastidor de hierro con tablillas sueltas de madera, atravesadas. Sobre esto había tendida una andrajosa manta. Mi ropa me abrigó. Don Felipe, su mujer, su hijo, ya grande, su hermana y sus dos pequeños niños, todos los cuales dormían en la cama, se acostaron sobre el mullido suelo. Había también dos personas enfermas en la habitación -un hombre muy anciano, cubierto de manchas rojizas-, y un muchacho con las amígdalas muy inflamadas. De vez en cuando entraba una bruja centenaria que atendía a los pacientes. Su sistema era sencillo. Al anciano le aplicaba un pedazo de hierro que calentaba en la vela y se lo ponía sobre las manchas. Para el caso del muchacho, hizo una pasta de masa de maíz y manteca, restregándola gentilmente con los codos, al mismo tiempo que rezaba en voz alta. Estos menesteres se desarrollaron a intervalos durante toda la noche. Entre

uno y otro tratamiento, despertaban los niños que insistían en que se les amamantara ... La puerta se cerró al llegar la noche, y no había ninguna ventana.

Sin embargo, toda esta hospitalidad significaba un verdadero sacrificio para Don Felipe, particularmente en las comidas, al llegar las cuales abría su baúl de hojalata y me ofrecía con toda reverencia su precioso café y azúcar. Era, como todos los peones, increíblemente pobre y pródigamente hospitalario. El ofrecer su cama fue un signo del más alto honor. Y cuando traté de pagarle en la mañana, rehusó escucharme siquiera.

- Mi casa es de usted -repitió-. Un extranjero puede ser Dios, como decimos nosotros.

Finalmente, le dije que deseaba que me comprara un poco de tabaco; sólo así tomó el dinero. Yo sabía que sería bien empleado, ya que se puede confiar en que un mexicano jamás llevará a cabo un encargo. Es deliciosamente irresponsable.

A las seis de la mañana salí para Santo Domingo en un calesín de dos ruedas, guiado por un viejo peón llamado Froilán Mendáez. Eludimos el camino principal, saltando a lo largo de una mera rodada tras de una cordillera de cerros. Después de haber caminado como una hora, tuve un pensamiento desagradable.

- ¿Y si los compañeros hubieran huido más allá de Santo Domingo y estuvieran allí los colorados?

- ¡De veras! ¿Qué sucedería? -musitó Froilán, azuzando a la mula.

- Pero si están allí, ¿qué haremos?

Froilán se quedó pensativo.

- Podemos decir que somos primos del presidente Huerta -sugirió, sin sonreírse.

Froilán era un peón sin zapatos; su cara y manos, indescritiblemente dañadas por la edad y la porquería; yo era un gringo harapiento.

Seguimos dando saltos por varias horas. En cierto paraje salió de la maleza un hombre armado y nos marcó el alto. Sus labios estaban partidos y resecos por la sed. Las espadas habían acuchillado terriblemente sus piernas. Había escapado por la sierra, subiendo y cayendo toda la noche. Le dimos toda el agua y el alimento que teníamos, y partió hacia Pelayo.

Mucho después del mediodía llegó nuestro calesín a la última cumbre del desierto; abajo de nosotros se extendía, dormida, la hacienda de Santo Domingo, con sus altos álamos como palmeras en derredor del manantial que parecía un oasis. Mi corazón palpita-ba con violencia a medida que bajábamos. En la cancha del gran rebote estaban jugando a la pelota dos peones. Salía del manantial la larga cadena de aguadores. Algún fuego arrojaba un humo delgado entre los árboles. Alcanzamos a un peón que llevaba haces de leña.

- No -contestó-, no habían llegado los colorados. ¿Los maderistas? Sí, llegaron anoche cientos de ellos, todos a la carrera. Pero en la tarde habían vuelto a La Cadena, para levantar el campo.

Rompió un inmenso vocerío, que venía de alrededor del fuego debajo de los álamos:

- ¡El Míster! ¡Aquí viene el Míster! ¿Qué tal, compañero? ¿Cómo escapaste?

Eran mis viejos amigos, los vendedores. Se apiñaban en torno a mí, ansiosamente, preguntaban, estrechaban mi mano, me abrazaban.

- ¡Ah, pero te anduvo cerca! ¡Caramba! Pero yo tuve suerte. ¿Sabías que mataron a Longino Güereca? Sí, pero él se había echado a seis colorados antes de que lo mataran. Y también a Martínez, Nicanor y Redondo.

Me sentí muy mal. Enfermo al pensar en tantas muertes sin objeto, en esa mezquina lucha. El alegre y buen mozo Martínez; Gino Güereca, a quien había llegado a querer tanto; Redondo, cuya novia estaba entonces en camino para Chihuahua a comprar su traje de bodas; y el jovial Nicanor. Parecía que al darse cuenta Redondo de que había sido flanqueado, lo abandonaron sus hombres, por lo que partió solo al galope hacia La Cadena, cayendo en las garras de trescientos colorados, los que materialmente lo hicieron pedazos a tiros. Gino, Luis Martínez y Nicanor, con otros cinco, defendieron el lado oriente de la hacienda sin ayuda, hasta que se les agotaron las municiones y los rodeó un círculo de gente que disparaba sobre ellos. Allí murieron. Los colorados se llevaron a la mujer del Coronel.

- Pero ahí está un hombre que pasó por todo eso -dijo uno de los vendedores-. Peleó hasta que no tuvo un cartucho; entonces se abrió paso entre el enemigo con un sable.

Miré a mi alrededor. ¡Rodeado por un círculo de peones boquiabiertos y con el brazo en cabestrillo que atestiguaba su hazaña, estaba Apolinario! Me vio, saludó fríamente, como lo hubiera hecho con uno que hubiese huido del combate, y siguió su relato.

Estuvimos jugando rebote Froilán y yo durante toda la tarde. Era un día soporífero, con ambiente de paz. Una brisa ligera hacía susurrar las ramas altas de los grandes árboles; el sol poniente, desde más allá del cerro que está detrás de Santo Domingo, coloreaba las elevadas copas de los árboles. Era una extraña puesta de sol. El cielo se hizo opaco con una nube ligera antes del mediodía. Primero se puso de color rosado; después, esarlata; luego todo el firmamento se tomó de pronto de un intenso color de sangre.

Un hombre gigantesco, borracho -un indio de mucho más de dos metros de estatura-, se tambaleaba en el campo abierto, cerca de la cancha de rebote, con un violín en la mano. Se lo acomodó bajo la barba y pasó su arco furiosa y desentonadamente sobre las cuerdas, bamboleándose de un lado a otro al tocar. Entonces salió del grupo de unos peones un enano manco y comenzó a danzar. Una tupida multitud formó un ruedo en torno a los dos, riendo alegremente.

En aquel preciso momento hicieron su aparición, contrastando con el cielo color de sangre, sobre el cerro del oriente, los angustiados, los vencidos; hombres a caballo y a pie, heridos; todos abrumados, enfermos, tristes, vacilantes y cojeando hacia Santo Domingo

...

CAPÍTULO XII

Isabel

En esta forma, frente a un cielo carmesí, llegaron los soldados, extenuados, vencidos, bajando del cerro. Algunos a caballo; sus animales con las cabezas bajas, cansados -dos soldados en un caballo, en algunos casos-. Otros a pie, con vendajes ensangrentados en la frente y en los brazos. Las cartucheras vacías, sin rifles. Las caras y las manos malolientes por la suciedad y el sudor, teñidas todavía por la pólvora. Más allá del cerro estaban desparramados todavía en los quince kilómetros del árido desierto que nos separaban de La Cadena. No quedaban más de cincuenta, incluyendo a las mujeres; los restantes estaban dispersos, rezagados, en las montañas infecundas y los pliegues del desierto que se prolongaban por kilómetros, por lo que todavía tardarían horas en llegar.

Don Petronilo venía al frente, con la cabeza baja y los brazos cruzados; las riendas caían, sueltas, sobre el cuello de su indeciso, tambaleante caballo. En seguida, atrás de él, venía Juan Santillana, pálido y enjuto, su cara envejecida. Fernando Silveyra, todo harapos, arrastrado por su montura. Cuando vadearon la escasa corriente, levantaron los ojos y me miraron. Don Petronilo saludó débilmente con la mano; Fernando gritó:

- ¡Pero cómo, allí está el Míster! ¿Cómo escapaste? Creímos que te habrían matado seguramente.

-Jugué una carrera con las cabras -contesté.

Juan se echó a reír.

-¿Un susto mortal, eh?

Los caballos metieron ansiosos los hocicos en la corriente, bebiendo con desesperación. Juan, cruelmente, metió las espuelas y atravesó el arroyo para abrazarnos. Pero don Petronilo desmontó en el agua, entorpecido, como en sueños y, vadeando hasta arriba de las botas, vino adonde yo estaba.

Estaba llorando silenciosamente. Su expresión no había cambiado, pero corrían por sus mejillas grandes lágrimas.

- ¿Los colorados capturaron a su mujer! -susurró Juan en mi oído.

Yo estaba embargado de pena por el hombre.

- Es una cosa terrible, mi coronel -le dije gentilmente-, el sentir la responsabilidad por todos esos valientes que murieron. Pero no fue por culpa de usted.

- No es eso -contestó pausadamente, mirando por entre las lágrimas el lastimoso acompañamiento que se arrastraba bajando del desierto.

- Yo también tenía muchos amigos que murieron en la batalla -proseguí-. Pero ellos murieron gloriosamente, luchando por su país.

- No lloro por ellos -exclamó, retorciéndose las manos-. Hoy perdi todo lo que más quería. Se llevaron a mi mujer, que era mía, mi nombramiento y todos mis papeles, y todo

mi dinero. Pero me tortura la pena al pensar en mis espuelas de plata, incrustadas de oro, que compré el año pasado en Mapimí. Se despidió, abatido.

Comenzaron a venir los peones de sus casas, lanzando gritos compasivos y ofertas cariñosas. Echaban sus brazos a los cuellos de los soldados, atendían a los heridos, les daban tímidamente palmaditas en las espaldas y les llamaban valientes. Extremadamente pobres, ofrecían alimentos, camas y forrajes para los caballos, invitándolos a permanecer en Santo Domingo hasta que se sintieran bien. Yo tenía ya un sitio para dormir. Don Pedro, el principal cabrero, rebosante de calor su generoso corazón, me había dado su cuarto y su cama; desplazó a su familia a la cocina, adonde se trasladó tamo bién él. Lo hizo sin la esperanza de una recompensa, ya que pensó que yo no tenía dinero. En todas partes salían de sus casas hombres, mujeres y niños, a fin de hacer lugar para los vencidos y fatigados soldados.

Fernando, Juan y yo fuimos a pedir un poco de tabaco a los cuatro vendedores acampados bajo los árboles al pie del manantial. No habían vendido nada durante una semana; casi se morían de hambre, pero nos cargaron generosamente de macuche. Hablamos del combate, tendidos y apoyados en los codos, observando los despedazados restos de la guarnición en la cumbre del cerro.

- ¿Sabe usted que Gino Güereca murió? -dijo Fernando-. Yo lo vi caer. Su hermoso caballo tordillo que montaba por primera vez, estaba espantado por el freno y la silla. Pero cuando llegó donde silbaban las balas y retumbaban los cañones, se tranquilizó en seguida. Ese caballo era de raza pura ... Sus padres deben haber sido todos guerreros. En torno a Gino había cuatro o cinco héroes más; casi todos sus cartuchos estaban agotados. Pelearon hasta que en el frente y de ambos costados se les cerraron las líneas dobles de colorados galopando. Gino estaba a pie, al lado de su caballo; de pronto una rociada de balas tocó al animal en varias partes; suspiró y cayó muerto. Sus acompañantes dejaron de tirar en una especie de pánico.

-¡Estamos perdidos! -gritaron.

-¡Corran ahora que es tiempo todavía! -les decía Gino, sacudiendo su rifle humeante sobre ellos.

-¡No -gritó-, den tiempo a los compañeros para que se vayan!

- Poco después lo cercaron estrechamente; no lo volví a ver hasta que lo sepultamos esta mañana ... Aquello era un infierno. Los rifles se habían calentado al grado que no se podían tocar sus cañones; el remolino caliginoso que salía de ellos al disparar lo retorció todo, como si fuera un espejismo ...

Juan interrumpió:

- Caminamos en línea recta hacia La Puerta cuando comenzó la retirada, pero casi inmediatamente nos dimos cuenta de que no tenía objeto. Los colorados rompían nuestras pequeñas formaciones como si fueran inmensas olas marinas. Martínez iba adelante. No tuvo siquiera oportunidad de disparar su rifle, y éste era también su primer combate. Lo hirieron montado ... Pensé entonces en lo que usted y Martínez se querían. Las conversaciones que tenían ustedes eran muy afectuosas; por las noches no se dejaban dormir mutuamente ...

Los elevados penachos de los árboles se habían entristecido por la falta de luz; parecían estar erguidos entre la lluvia de estrellas arriba, en la honda cúpula. Los vendedores habían avivado su pequeña fogata; el tranquilo murmullo de su charla en voz baja llegaba hasta nosotros. Las puertas abiertas en las chozas de los peones arrojaban su titubeante luz de velas. Venía del río una silenciosa línea de muchachas vestidas de negro con cántaros de agua en sus cabezas. Las mujeres molían su maíz con el monótono crujir de las piedras. Los perros ladraban. El repiqueteo de los cascotes marcaba el paso de la caballada hacia el río. A lo largo del enrejado, frente a la casa de don Pedro, los guerreros fumaban y peleaban otra vez la batalla, pataleando en derredor y gritando las descripciones que hacían.

- Tomé mi rifle por el cañón y lo estrellé en su cara grotesca, así como ... -narraba otro, gesticulando.

Los peones, acucillados alrededor, oían sin respirar ... Y, mientras tanto, la macilenta procesión de los vencidos se arrastraba por el camino al cruzar el río.

No había oscurecido todavía. Me fui a la orilla para observarlos, con la vaga esperanza de hallar a alguno de mis compadres, que pudiera aparecer aún como perdido. Y fue allí donde vi por primera vez a Isabel.

No había nada interesante en ella. Creo que me di cuenta de su presencia, principalmente, porque era una de las pocas mujeres en aquella desventurada compañía. Era una muchacha india de piel muy oscura, como de veintiséis años de edad, con el cuerpo rechoncho de su raza explotada; facciones agradables; el pelo cayendo adelante, sobre sus hombros, en dos largas trenzas; y grandes dientes que brillaban con su sonrisa. Nunca pude saber si era simplemente una mujer que trabajaba como peón en derredor de La Cadena, cuando ocurrió el ataque, o si era una mujer de las que siguen a los campamentos del ejército.

Caminaba trabajosamente, impasible, entre el polvo, atrás del caballo del capitán Félix Romero, y así lo había hecho al través de veinte kilómetros. Él no le hablaba, ni siquiera volvía atrás la vista; seguía adelante indiferente. Algunas veces se cansaba de llevar su rifle y se lo daba para que lo cargara, con un frío: -¡Toma! ¡Lleva eso!

Averigüé más tarde que cuando volvieron a La Cadena después de la lucha, para sepultar a los muertos, la había encontrado vagando a la ventura en la hacienda, ostensiblemente fuera de su razón, y qué, necesitando una mujer, le había ordenado que lo siguiera; lo que hizo, sin preguntar, siguiendo las costumbres de su país y de su sexo.

El capitán Félix dejó beber agua a su caballo. Isabel se detuvo también, se arrodilló y sumergió su cara en el agua.

- Ven acá -le ordenó el capitán-. ¡Ándale!

Se levantó sin proferir palabra y vadeó el arroyo. En el mismo orden subieron a la otra orilla; allí desmontó el capitán, extendió la mano hacia el rifle que ella llevaba y dijo:

- ¡Arregla mi cena!

Echó a andar hacia las casas donde el resto de los soldados estaban sentados.

Isabel se acuclilló sobre sus rodillas y juntó ramas secas para hacer fuego. Poco después ardía una pequeña hoguera. Llamó a un chiquillo con la rígida y chillona voz que tienen las mujeres mexicanas:

- ¡Oye, chamaco, tráeme un poco de agua y maíz para darle de comer a mi hombre!

Y levantándose sobre sus rodillas, ante el vivo resplandor de las llamas, sacudió hacia abajo su larga, lacia y negra cabellera. Llevaba una especie de blusa de color azul pálido, desvaído, de tela corriente. Tenía manchas de sangre seca sobre el pecho.

-¡Qué batalla, señorita! -le dije.

Brillaron sus dientes al sonreír y, no obstante, había un vacío enigmático en su expresión. Los indios tienen caras como máscaras. Bajo la de ella pude ver que estaba terriblemente cansada y hasta un poco histérica. Pero hablaba bastante tranquila.

- Y bien -dijo-. ¿Es usted el gringo que corrió tantos kilómetros de los colorados, disparándole por detrás?

Luego se rió deteniendo el aliento en medio de la risa, como si hubiese sentido un dolor.

El chamaco llegó dando traspiés, trayendo una vasija de barro y una brazada de mazorcas de maíz que echó a sus pies. Isabel desató de su challa pesada artesa de piedra, el metate, que usan las mujeres mexicanas, y empezó a desgranar mecánicamente el maíz, echándolo dentro.

-No recuerdo haberte visto en La Cadena -le dije-. ¿Estuviste allá mucho tiempo?

- Demasiado -contestó sencillamente sin levantar la cara, agregando repentinamente:- ¡Ah, esta guerra no es cosa para mujeres! -Lloraba.

Don Félix salió de la oscuridad, con un cigarro en la boca.

- Mi comida -gruñó-. ¿Está pronto?

-¡Luego, luego! -contestó ella. Él se fue otra vez.

- ¡Oiga, señor, quienquiera que usted sea! -dijo Isabel suavemente, mirándome-. Mi amante murió ayer en el combate. Este hombre es ahora mi hombre; pero por Dios y todos los hombres, no puedo dormir con él esta noche. Permítame quedarme entonces con usted.

No había el menor rasgo de coquetería en su voz. Aquel espíritu equívoco, infantil, se encontraba en una situación que no podía soportar, y había hallado la salida instintivamente. Dudo inclusive que supiera por qué se rebelaba ante la idea de pensar en este hombre nuevo, cuando el cadáver de su amante no se había enfriado todavía. Yo no era nada para ella, ni ella lo era para mí. Eso era lo que importaba.

Asentí. Abandonamos juntos el fuego. El maíz del capitán se desparramaba de la artesa. A poco andar nos lo encontramos en la oscuridad.

- ¡Mi comida! -dijo exasperado. Su voz cambió-. ¿A dónde vas?

- Me voy con este señor -contestó Isabel nerviosamente-. Me voy a quedar con él ...

- ¿Tú ...? -comenzó a tragar gordo-. Tú eres mi mujer. ¡Oiga, señor, ésta que está aquí es mi mujer!

- Sí -dije-. Es su mujer. Yo no tengo nada que ver con ella. Pero está muy cansada y no se siente bien; le he ofrecido mi cama por esta noche.

- ¡Eso está muy mal, señor! -exclamó el capitán con voz tronante-. Usted es huésped de esta tropa y amigo del coronel, pero ésta es mi mujer y yo la quiero ...

- ¡Oh! -Isabel comenzó a llorar-. ¡Hasta pronto señor! Me cogió del brazo y tiró de mí para caminar.

Todos habíamos estado viviendo en una pesadilla de lucha y muerte. Creo que todos estaban un poco aturdidos y excitados. Yo lo estaba. Pero ya los peones y los soldados habían empezado a reunirse en torno nuestro; al seguir adelante, la voz del capitán subió de tono, detallando al grupo reunido la injusticia de que era víctima:

- ¡Apelaré al coronel! -decía-. ¡Se lo diré al coronel!

Nos pasó adelante, dirigiéndose hacia el cuartel del coronel, con su cara evasiva y voz borboteante.

- ¡Oiga, mi coronel! -gritó-. Este gringo se lleva a mi mujer. Es el más grave de los insultos.

- Bueno -replicó el coronel con calma-, si ambos desean irse, creo que no podemos hacer nada para impedirselo, ¿verdad?

La noticia circuló con la rapidez del rayo. Una legión de muchachos nos seguía de cerca, lanzando las regocijadas groserías que acostumbran gritar detrás de los cortejos rústicos a los recién casados. Pasamos el bordo donde estaban sentados los heridos y los soldados, que hacían visajes y observaciones escabrosas, agudas, como si se tratara de un matrimonio. Todo ello no era soez o sugestivo; sus bromas eran sanas y alegres. Se sentían sinceramente felices por nosotros.

Cuando nos acercamos a la casa de don Pedro nos dimos cuenta de que había muchas velas adentro. Él, su mujer e hija estaban atareados con las escobas, barriendo y volviendo a barrer el piso de tierra y rociándolo con agua. Habían puesto ropa nueva de cama y encendido el candelero de fiesta ante la mesa del altar de la Virgen. Sobre el marco de la puerta colgaba un

festón de botones en flor, de papel, reliquias decoloradas de muchas Navidades anteriores (porque era en invierno) y no había flores naturales.

Don Pedro estaba risueño, radiante. No importaba quiénes fuéramos, o cuáles fueran nuestras relaciones. Éramos un hombre y una mujer solteros, y para él se trataba de una fiesta nupcial.

- Que pases una feliz noche -dijo con voz queda, y cerró la puerta. La sobria Isabel hizo los menesteres del cuarto y apagó todas las velas, excepto una.

Entonces oímos, afuera, los preludios de la música. Alguien había alquilado la orquesta del pueblo para darnos una serenata. Más tarde, durante la noche, tocaron continuamente

te afuera de la puerta de nuestra habitación. De la casa vecina oímos ajeteo de sillas y mesas para despejar la pieza; y poco antes de dormirme comenzaron a bailar combinando económicamente la serenata con el baile.

Sin la menor turbación, Isabel se acostó a mi lado en la cama. Su mano alcanzó la mía. Se arrimó junto a mi cuerpo, buscando su calor, musitó hasta mañana y se durmió. Y calmada, dulcemente, me embargó el sueño ...

Al despertar la mañana siguiente, se había ido. Abrí la puerta y miré fuera. La mañana era deslumbrante -todo azul y oro-, una región etérea ataviada de grandes nubes blancas fulgurantes y un cielo ventoso; el desierto, bronceado y luminoso. Bajo los cenicientos árboles sin hojas, el fuego matinal de los vendedores saltaba horizontalmente, impelido por el viento. Las oscuras mujeres, arrojadas contra el viento, cruzaban a campo abierto hacia el río, en fila, con sus cántaros rojos en la cabeza. Los gallos cantaban; las cabras clamaban por la ordeña; un centenar de caballos levantaban una polvareda del suelo al ser llevados al río.

Isabel estaba en cuclillas sobre una pequeña hoguera cerca de la esquina de la casa, palmeando tortillas para el desayuno del capitán. Sonrió al verme; me preguntó cortésmente si había dormido bien. Ahora estaba muy contenta; podía vérselo por la forma en que cantaba haciendo su trabajo.

Luego llegó el capitán, quien me saludó en forma agria con la cabeza.

- Espero que ya esté listo -refunfuñó, tomando las tortillas que ella le dio-. Necesitas mucho tiempo para hacer un pequeño desayuno. ¡Caramba! ¡Cómo! ¿No hay café?

Se fue, mascando a dos carrillos.

- Alístate -gritó sobre el hombro, volviéndose-. Salimos dentro de una hora.

- ¿Te vas? -le pregunté curiosamente. Isabel me miró con los ojos muy abiertos.

- Claro que me voy. ¡Seguro! ¿No es él mi hombre? -miró hacia él con admiración. Ya no era una rebelde ...

- Es mi hombre -dijo-. Es muy guapo y valiente. Por ejemplo, en la batalla, el otro día ...

Isabel había olvidado a su amante.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

Villa acepta una medalla

Cuando Villa estuvo en Chihuahua, dos semanas antes del avance sobre Torreón, el cuerpo de artillería de su ejército decidió condecorarlo con una medalla de oro por heroísmo personal en el campo de batalla.

El lugar de la ceremonia fue el Salón de Audiencias del Palacio del Gobernador en Chihuahua, con brillantes arañas de luces, pesados cortinajes rojos y papel tapiz americano de colores chillones en la pared, donde había un trono para el gobernador: una silla dorada con garras de león por brazos, colocada sobre un estrado, bajo un dosel de terciopelo carmesí, coronado por un capitel de madera pesado y dorado, el cual remataba en una corona.

Estaban finalmente alineados a un extremo del Salón de Audiencias los oficiales de artillería, con elegantes uniformes azules guarnecidos con terciopelo negro y oro, relucientes espadas nuevas y áureos sombreros bordados, rígidamente sujetos bajo los brazos. Desde la puerta de aquel salón, en lomo de la galería, abajo de la escalinata monumental, al través del grandioso patio interior del Palacio, y afuera, pasando por las imponentes puertas a la calle, estaban formados a pie firme y en doble fila los soldados, presentando armas. Agrupadas como una cuña entre la multitud, había cuatro bandas de música regimentales. El pueblo de la capital estaba sólidamente representado por millares en la Plaza de Armas, frente al Palacio.

- ¡Ya viene! ¡Viva Villa! ¡Viva Madero! ¡Villa, el amigo de los pobres!

Se oyó un vocerío que venía de atrás de la multitud y se extendía como una llamarada a un ritmo creciente hasta que parecía levantar a millares de sombreros sobre las cabezas. La banda comenzó a tocar el himno nacional mexicano, mientras Villa llegaba caminando a pie por la calle.

Vestía un viejo uniforme caqui, sencillo; le faltaban varios botones. No se había rasurado, no llevaba sombrero y tenía el pelo sin peinar. Caminaba con pasos ligeros, un poco encorvado, con las manos en los bolsillos de sus pantalones. Al entrar al pasadizo entre

las rígidas filas de soldados, pareció un poco desconcertado, sonriente y saludando a un compadre aquí y otro allá en las filas. El gobernador Chao y el secretario de gobierno del Estado, Terrazas, vestidos con uniforme de gala, se le reunieron al pie de la gran escalinata. La banda tocó sin restricciones y, al entrar Villa al Salón de Audiencias, a una señal de alguno en el balcón del Palacio, la enorme multitud congregada en la Plaza de Armas se descubrió, mientras los brillantes oficiales agrupados en el recinto saludaban muy estirados.

¡Una apoteosis napoleónica!

Villa titubeó un momento, jalándose el bigote y, al parecer, muy molesto; finalmente, se encaminó hacia el trono, al que probó sacudiendo sus brazos y sentándose después, con el gobernador a la derecha y el secretario de gobierno a la izquierda.

El señor Bauche Alcalde se adelantó unos pasos, levantó la mano derecha en la posición exacta que tomó Cicerón al acusar a Catilina y, pronunciando un breve discurso, ensalzó a Villa por su valentía personal en el campo de batalla en seis ocasiones, las que describió con vivos detalles. El jefe de la Artillería, que lo siguió, dijo:

- El ejército lo adora. Iremos con usted a donde nos lleve. Usted puede ser lo que quiera en México.

Hablaron otros tres oficiales usando los presuntuosos y profusos periodos necesarios para la oratoria mexicana. Lo llamaron El Amigo de los Pobres, El General Invencible, El Inspirador de la Bravura y el Patriotismo, La Esperanza de la República India. Y durante todo esto, Villa, cabizbajo en el trono, con la boca abierta, recorría todo en su alrededor con sus pequeños ojos astutos. Bostezó una o dos veces; pero la mayor parte del tiempo parecía meditar, con algún intenso divertimento interno, como un niño pequeño en una iglesia, que se pregunta qué significa todo aquello. Sabía, desde luego, qué era lo correcto; quizá sintió una ligera vanidad, ya que esta ceremonia convencional era dedicada a él. Pero al mismo tiempo le fastidiaba.

Por último, con una actitud solemne, se adelantó el coronel Servín con la diminuta caja de cartón que contenía la medalla. El general Chao tocó a Villa con el codo, poniéndose éste de pie.

Los oficiales aplaudieron calurosamente; afuera, la muchedumbre lanzó vítores; la banda en el patio comenzó a tocar una marcha triunfal.

Villa extendió las manos ávidamente, igual que un chiquillo por un juguete nuevo. Se le hacía tarde para abrir la caja y ver lo que había dentro. Un silencio expectante invadió a todos, a la multitud en la Plaza inclusive. Villa vio la medalla, se rascó la cabeza y, en medio de un respetuoso silencio, dijo claramente:

- ¡Ésta es una miserable pequeñez para darla a un hombre por todo el heroísmo de que hablan ustedes!

¡Fue un pinchazo a la burbuja imperial, que provocó allí mismo la risa de todos!

Esperaban que hablara, para decir el discurso convencional de aceptación. Pero al ver en torno del salón a todos aquellos hombres educados, brillantes, que dijeron morirían por Villa, el peón, y lo decían sinceramente; lo mismo que al mirar al través de la puerta a los soldados harapientos, que habían olvidado su rígida compostura y se apiñaban an-

siosos en el corredor, con los ojos fijos y anhelantes en el compañero que tanto querían, se dio cuenta de lo que significaba la Revolución.

Frunciendo el ceño, como hacía siempre que reflexionaba intensamente, se inclinó sobre la mesa frente a sí y habló, en voz tan baja que la gente apenas podía oírlo:

- No hay palabra para hablar. Lo único que puedo decir es que mi corazón es todo para ustedes.

Le dio con el codo a Chao y se sentó, escupiendo violentamente en el suelo; y fue Chao quien pronunció el clásico discurso.

CAPÍTULO II

El ascenso de un bandido

Durante veintidós años Villa fue un bandolero. Cuando sólo era un muchacho de dieciséis años, repartiendo leche en las calles de Chihuahua, mató a un funcionario del gobierno y se fue al monte. Se dice que el funcionario había violado a su hermana, pero es más probable que la causa haya sido la insoportable altanería de Villa. Eso, en sí, no le hubiera puesto fuera de la ley por mucho tiempo en México, donde la vida humana vale tan poco; pero, ya fugitivo, cometió el imperdonable crimen de robarle ganado a los ricos hacendados. Desde entonces, hasta el estallido de la revolución de Madero, el gobierno mexicano tenía puesto un precio a su cabeza.

Villa era hijo de peones ignorantes. Nunca fue a la escuela. No tenía el más leve concepto de lo complejo de la civilización, y cuando, por último, volvió a ella, era un hombre maduro, de una extraordinaria sagacidad natural, que se encontraba en pleno siglo XX con la ingenua sencillez de un salvaje.

Es casi imposible obtener datos exactos sobre su vida como bandolero. Hay relatos de atentados que cometió en los viejos archivos de los periódicos locales y en los informes del gobierno, pero esas fuentes son parciales; su nombre se hizo tan famoso como bandido, que todos los robos de trenes, asaltos y asesinatos en el norte de México eran atribuidos a Villa ... No obstante, creció un inmenso acervo de leyendas populares entre los peones, en torno a su nombre. Hay muchas canciones y corridos celebrando sus hazañas, los que se oyen cantar a los pastores de carneros, al calor de sus hogueras, por la noche, en las montañas, que son la reproducción de las coplas heredadas de sus padres o que otros compusieron extemporáneamente. Por ejemplo, se cuenta la historia de cómo Villa, enfurecido al saber de la miseria de los peones de la hacienda de Los Álamos, reunió una pequeña banda y cayó sobre la Casa Grande, la cual saqueó, distribuyendo los frutos del pillaje entre la gente pobre. Arreó millares de cabezas de ganado de los

Terrazas y las llevó a través de la frontera. Caía sobre una mina en bonanza y se apoderaba del oro o plata en barras. Cuando necesitaba maíz, asaltaba el granero de algún rico. Reclutaba casi abiertamente en las rancharías alejadas de los caminos muy transitados y de los ferrocarriles, organizando a los bandidos en las montañas. Muchos de los actuales soldados rebeldes pertenecían a su banda, y varios de los generales constitucionales, como Urbina. Sus dominios confinaban sobre todo al sur de Chihuahua y al norte de Durango; pero se extendían desde Coahuila, cruzando la República, hasta el Estado de Sinaloa.

Su arrojo y bravura románticos son el tema de muchos poemas. Cuentan, por ejemplo, que un tal Reza, de su partida, fue capturado por los rurales y sobornado para traicionar a Villa. Cuando éste lo supo, anunció que iría a Chihuahua por Reza. Llegó en pleno día y entró en la ciudad a caballo, tomó un helado en la Plaza -el corrido es muy explícito sobre este punto- y se dedicó a recorrer las calles hasta que encontró a Reza paseando con su novia en el concurrido Paseo Bolívar. Era domingo cuando lo mató y escapó. Durante las épocas de miseria alimentaba a regiones enteras y se hacía cargo de la gente desalojada de sus poblados por las tropas que obedecían las leyes arbitrarias de Porfirio Díaz sobre tierras.

Era conocido en todas partes como El Amigo de los Pobres. Fue una especie de Robin Hood mexicano.

Durante todos estos años aprendió a no confiar en nadie. Cuando hacía sus jornadas secretas a través del país con un acompañante leal, acampaba a menudo en un lugar despoblado y allí despedía a su guía; dejaba una fogata ardiendo y cabalgaba toda la noche para alejarse de su fiel acompañante. Así fue cómo Villa aprendió el arte de la guerra; y hoy, en el campo, cuando llega el ejército para acampar en la noche, Villa tira las bridas de su caballo a un asistente, se echa el sarape sobre los hombros y se va, solo, a buscar el abrigo de los cerros. Parece que nunca duerme. En medio de la noche se presenta de improviso en cualquier parte de los puestos avanzados, para ver si los centinelas están en su lugar; cuando retorna en la mañana, viene de una dirección distinta. Nadie, ni siquiera el oficial de mayor confianza en su Estado Mayor, conoce nada de sus planes hasta que está listo para entrar en acción.

Cuando Madero empezó su campaña en 1910, Villa era todavía un bandido. Tal vez, como dicen sus enemigos, vio la oportunidad para excusarse; quizá, como parece probable, lo guió la rebelión de los peones. De todos modos, después de cerca de tres meses de haberse levantado en armas, apareció repentinamente en El Paso y puso su persona, su banda, sus conocimientos y toda su fortuna, a las órdenes de Madero. Las inmensas riquezas que, decía la gente, debía haber acumulado durante sus veinte años de bandolerismo, resultaron ser 363 pesos de plata, muy usados. Villa se convirtió en capitán del ejército maderista, y como tal fue con Madero a la Ciudad de México, donde lo nombraron general honorario de los nuevos rurales. Se le agregó a las tropas de Huerta, cuando éste salió al Norte para combatir la rebelión de Orozco. Villa era comandante de la guarnición de Parral, y derrotó a Orozco con una fuerza inferior en la única batalla decisiva de la campaña.

Huerta puso a Villa al mando de las avanzadas, para que él y los veteranos del ejército maderista hicieran la tarea más peligrosa y llevaran la peor parte, mientras los viejos

batallones de líneas federales se quedaban atrás protegidos por su artillería. En Jiménez, Huerta mandó inesperadamente a Villa ante una corte marcial, acusándolo de insubordinación, diciendo haberle teleografiado una orden a Parral, la cual manifestó Villa no haber recibido. La corte marcial duró quince minutos, y el futuro y más poderoso antagonista de Huerta fue sentenciado a ser fusilado.

Alfonso Madero, que pertenecía al Estado Mayor de Huerta, detuvo la ejecución; pero el presidente Madero, obligado a dar apoyo a las órdenes de su general en jefe de la campaña, encarceló a Villa en la penitenciaría de la capital. Durante todo este periodo, Villa permaneció leal a Madero, sin vacilaciones, actitud sin precedente en la historia mexicana. Por largo tiempo, Villa había deseado ansiosamente tener una educación. No perdió el tiempo en lamentaciones ni intrigas políticas. Se puso a estudiar con todas sus fuerzas para aprender a leer y escribir. Villa no tenía ni la más mínima base para hacerlo. Hablaba un lenguaje ordinario, el de la gente más pobre, el del llamado pelado. No sabía nada de los rudimentos o filosofía del idioma, por lo que tuvo que empezar por aprender aquéllos primero, porque siempre quería saber el por qué de las cosas. A los nueve meses podía escribir regular y leer los periódicos. Ahora es interesante verlo leer, o más bien, oírlo, porque tiene que hacer una especie de deletreo gutural, un zumbido con las palabras en voz alta, como si fuera un pequeño que apenas puede o empieza a leer. Al fin, el gobierno de Madero se hizo de la vista gorda ante su fuga de la prisión; bien fuera para evitar complicaciones a Huerta, dado que los amigos de Villa habían exigido una investigación, o bien porque Madero estuviera convencido de su inocencia y no se atreviera a ponerlo abiertamente en libertad.

Desde ese tiempo hasta que estalló el último levantamiento, Villa vivió en El Paso, Texas, y salió de allí en abril de 1913, para conquistar a México con cuatro acompañantes, llevando tres caballos, dos libras de azúcar y café y una de sal.

Hay una anécdota relacionada con eso. No tenía dinero suficiente para comprar caballos, ni sus amigos tampoco. Decidió enviar a dos de ellos a una pensión local de caballos de alquiler, donde sacaron algunos todos los días durante una semana. Pagaban siempre cuidadosamente el alquiler, de modo que cuando solicitaron ocho caballos, el propietario de la pensión no vaciló en confiar que se los devolverían. Seis meses después, cuando Villa entró victorioso en Juárez, a la cabeza de un ejército de cuatro mil hombres, su primer acto público fue remitir con un mensajero una cantidad doble de lo que costaban los caballos robados.

Reclutó a sus hombres en las montañas cerca de San Andrés. Era tan grande su popularidad, que en el término de un mes había levantado un ejército de tres mil soldados; en dos meses había arrojado a las guarniciones federales de todo el Estado de Chihuahua, obligándolas a refugiarse en la misma ciudad de este nombre; a los seis meses había tomado Torreón; y en siete meses y

medio había caído en su poder Ciudad Juárez; el ejército de Mercado había salido de Chihuahua y el norte de México estaba casi liberado.

CAPÍTULO III

Un peón en política

Villa se nombró gobernador militar del Estado de Chihuahua, comenzando el extraordinario experimento -extraordinario porque no sabía nada acerca de estos asuntos- de organizar con su propia cabeza un gobierno para 300,000 personas.

Muchas veces se ha dicho que Villa tuvo éxito porque disponía de consejeros educados. En realidad, estaba casi solo. Los consejeros que tenía pasaban la mayor parte de su tiempo dando respuesta a sus preguntas impacientes y haciendo lo que él les decía que hicieran. Yo acostumbraba ir algunas veces al Palacio del gobernador en la mañana temprano y esperarlo en su despacho. Silvestre Terrazas, secretario de gobierno, Sebastián Vargas, tesorero del Estado, y Manuel Chao, entonces interventor, llegaban como a las ocho, muy bulliciosos y atareados, con enormes legajos de informes, sugerencias y decretos que habían elaborado. Villa mismo se presentaba como a las ocho y media, se arrellanaba en su silla y les hacía leer en alta voz lo que había. A cada minuto intercalaba una observación, corrección o sugerencia. De vez en cuando movía su dedo atrás y adelante y decía:

-No sirve.

Cuando todos habían terminado, comenzaba rápidamente y sin detenerse a delinear la política del Estado de Chihuahua: legislativa, hacendaria, judicial y aun educativa. Cuando llegaba a un punto en que no podía salir del paso, decía:

- ¿Cómo hacen eso?

Entonces, después que le era explicado ciudadosamente el porqué, le parecía que la mayor parte de los actos y costumbres del gobierno eran extraordinariamente innecesarios y enredosos. Un caso: proponían financiar la revolución emitiendo bonos del Estado que reeditarán el 30 ó 40 por ciento de interés. Villa dijo:

- Entiendo que el Estado deba pagar algo al pueblo por el empleo de su dinero, pero ¿cómo puede ser justo que le sea devuelto éste triplicado o cuadruplicado?

No podía admitir que se adjudicaran grandes extensiones de tierra a los ricos y no a los pobres. Toda la compleja estructura de la civilización era nueva para él. Había que ser filósofo para explicar cualquier cosa a Villa; sus consejeros sólo eran hombres prácticos.

Se presentaba el problema de las finanzas, que para Villa se planteaba de la siguiente manera. Se percató que no había moneda en circulación. Los agricultores y ganaderos que producían carnes y vegetales ya no querían venir a los mercados ciudadanos porque nadie tenía dinero para comprar. La verdad era que aquellos que poseían plata o billetes de banco mexicanos los tenían enterrados. Chihuahua no era un centro industrial; las pocas fábricas que tenía estaban cerradas; no había nada que pudiera cambiarse por alimentos. De suerte que comenzó en seguida una paralización comercial, y el hambre amenazaba a los habitantes de las ciudades. Recuerdo vagamente haber sabido de varios

planes grandiosos para aliviar la situación, presentados por los consejeros de Villa, quien dijo:

- Bueno, si todo lo que se necesita es dinero, vamos a hacerlo.

Así fue como se echaron a andar las prensas en los sótanos del palacio del gobernador e imprimieron dos millones de pesos en papel sólido, en los cuales aparecían las firmas de los funcionarios del gobierno, con el nombre de Villa impreso en medio de los billetes con grandes caracteres. La moneda falsa que inundó después El Paso se distinguía de la legítima por el hecho de que los nombres de los funcionarios aparecían firmados y no estampados.

La primera emisión de moneda no tenía otra garantía que el nombre de Villa. Fue lanzada principalmente para reanimar al pequeño comercio interior del Estado, a fin de que la gente pobre pudiera adquirir víveres. Sin embargo, fue comprada inmediatamente por los bancos de El Paso a 18 y 19 centavos de dólar, porque Villa la garantizaba.

Él no sabía nada, desde luego, de los manejos aceptados para poner su moneda en circulación. Empezó a pagar al ejército con ella. El día de Navidad convocó a los habitantes pobres de Chihuahua y les dio 15 pesos a cada uno inmediatamente. En seguida lanzó un pequeño decreto, ordenando la aceptación a la par de su moneda en todo el Estado. El sábado siguiente afluían todos a los mercados de Chihuahua y de otras ciudades, agricultores y compradores. Villa lanzó otra proclama fijando el precio de la carne de res a siete centavos la libra, la leche a cinco centavos el litro, y el pan a cuatro centavos el grande. No hubo hambre en Chihuahua. Pero los grandes comerciantes, que habían abierto tímidamente sus tiendas por primera vez desde la entrada de Villa en Chihuahua, marcaron sus artículos con dos listas de precios: una para la moneda de plata y billetes de banco mexicanos, y la otra para la moneda de Villa. Éste paró en seco la maniobra con otro decreto, ordenando una pena de sesenta días de cárcel para cualquiera que rechazara su moneda.

Pero ni así salían la plata y el papel moneda de su escondite bajo tierra, y Villa los necesitaba para adquirir armas y otras cosas para su ejército. De modo que hizo la sencilla declaración pública de que, después del 10 de febrero, sería considerada ilegal la circulación de la plata y papel moneda que se ocultaba, pudiendo cambiarse antes de esa fecha toda la que se deseara, por su propia moneda, a la par, en la Tesorería del Estado. Pero las grandes sumas en poder de los ricos siguieron ocultas. Los financieros dijeron que sólo se trataba de una baladronada, y se mantuvieron firmes. Entonces el 10 de febrero apareció un decreto, fijado en todas las paredes de la ciudad de Chihuahua, anunciando que a partir de esa fecha toda la plata acuñada y los billetes de banco mexicanos serían moneda falsa y no podrían ser cambiados por la moneda de Villa en la Tesorería. Además, cualquiera que tratara de hacerlo circular, quedaría sujeto a sesenta días de prisión en la penitenciaría. Se levantó un griterío clamoroso, no sólo de los capitalistas sino también de los astutos avaros de poblados distantes.

Como dos semanas después de la emisión de este decreto, yo estaba almorzando con Villa en la casa que le había confiscado a Manuel Gameros, y que usaba como su residencia oficial. Llegó una delegación de peones con huaraches, de un pueblo en la Sierra Tarahumara, para protestar contra el decreto.

- Pero, mi general -decía el que llevaba la voz-, nosotros no sabíamos nada del decreto y usábamos los billetes y la plata en nuestro pueblo. Ignorábamos lo de su moneda, no supimos ...

- ¿Ustedes tienen mucho dinero? -interrumpió Villa de pronto.

- Sí, mi general.

- ¿Tres, cuatro o cinco mil, tal vez?

- Más que eso, mi general.

- ¡Señores! -Villa los miró furtiva y ferozmente-, veinticuatro horas después de la emisión de mi moneda llegaron muestras de ella a su pueblo. Pero ustedes creyeron que mi gobierno no duraría. Hicieron hoyos debajo de sus casas y enterraron allí su plata y billetes de banco. Ustedes supieron de mi primera proclama un día después de que ésta se fijó en las calles de Chihuahua, pero no le hicieron caso. Ustedes también supieron del decreto declarando falsos la plata y los billetes ocultos, tan pronto como éste fue lanzado. Creyeron que siempre habría tiempo para cambiar, si era necesario. Pero ahora les entró miedo y ustedes tres, que tienen más dinero que nadie en aquel lugar, montaron en sus mulas y llegaron hasta aquí. Señores, su dinero es moneda falsa. ¡Ustedes son hombres pobres!

- Válgame Dios -y comenzó a llorar el más viejo de los tres, que sudaban copiosamente.

- ¡Pero si estamos arruinados, mi general! Lo juro ante usted: nosotros no sabíamos; hubiéramos aceptado. ¡No hay alimentos en el pueblo!

El general en jefe meditó por un momento.

- Les daré otra oportunidad -dijo-, no lo haré por ustedes, sino por la gente pobre del pueblo que no puede comprar nada. El miércoles próximo, al mediodía, traen todo su dinero, hasta el último centavo, a la Tesorería; entonces veré lo que puede hacerse.

La noticia corrió de boca en boca, llegando hasta los sudorosos financieros que, sombrero en mano, esperaban en el salón; y el miércoles, mucho antes del mediodía, no se podía pasar la puerta de la Tesorería, obstruida por la curiosa muchedumbre allí congregada.

La gran pasión de Villa eran las escuelas. Creía que la tierra para el pueblo y las escuelas resolverían todos los problemas de la civilización. Las escuelas fueron una obsesión para él. Con frecuencia se le oía decir:

- Cuando pasé esta mañana por tal y tal calle, vi a un grupo de niños. Pongamos allí una escuela.

Chihuahua tiene una población menor de 40,000 personas. En diversas ocasiones, Villa estableció más de cincuenta escuelas allí. El gran sueño de su vida era enviar a su hijo a una escuela de los Estados Unidos. Tuvo que abandonar la idea por no tener dinero suficiente para pagar el medio año de enseñanza, al abrirse los cursos en febrero.

Más tardó en tomar posesión del gobierno de Chihuahua que en poner a trabajar a sus tropas en la planta eléctrica, en la de tranvías, de teléfonos, la del agua y en el molino de harina de trigo de los Terrazas. Puso soldados como delegados administradores de las grandes haciendas que había confiscado. Manejaba el matadero con soldados, vendien-

do la carne de las reses de los Terrazas al pueblo, para el gobierno. A mil de ellos los comisionó como policía civil en las calles de la ciudad, prohibiendo bajo pena de muerte los robos o la venta de licor al ejército. Soldado que se embriagaba era fusilado. Aun trató de manejar la cervecería con soldados, pero fracasó porque no pudo encontrar un experto en malta.

- Lo único que debe hacerse con los soldados en tiempo de paz -decía Villa-, es ponerlos a trabajar. Un soldado ocioso siempre está pensando en la guerra.

En cuanto a los enemigos políticos de la revolución era tan sencillo como justo, así como efectivo. Dos horas después que entró al palacio del gobernador, vinieron en grupo los cónsules

extranjeros a pedirle protección para los doscientos soldados federales que habían quedado como fuerza policíaca, a solicitud de los extranjeros. Antes de contestarles, Villa preguntó rápidamente:

-¿Quién es el cónsul español?

Scobell, el vicecónsul inglés, dijo:

-Yo represento a los españoles.

- ¡Muy bien! -dijo Villa-. Dígales que hagan sus maletas. Cualquier español que sea detenido dentro de los límites del Estado después de cinco días, será llevado a la pared más cercana por un pelotón de fusilamiento.

Los cónsules hicieron un gesto de horror. Scobell empezó a protestar violentamente, pero Villa lo hizo callar.

- Esto no es una determinación inesperada de mi parte -dijo-. He estado pensando en ella desde 1910. Los españoles deben irse.

El cónsul norteamericano, Letcher, dijo:

- General, no discuto sus motivos, pero creo que está usted cometiendo un grave error político al expulsar a los españoles. El gobierno de Washington vacilará mucho tiempo antes de ser amigo de un bando que hace uso de tan bárbaras medidas.

- Señor cónsul -contestó Villa-, nosotros los mexicanos hemos tenido trescientos años de experiencia con los españoles. No han cambiado en carácter desde los conquistadores. No les pedimos que mezclaran su sangre con la nuestra. Los hemos arrojado dos veces de México y les hemos permitido volver con los mismos derechos que los mexicanos; y han usado esos derechos para robarnos nuestra tierra, para hacer esclavo al pueblo y para tomar las armas contra la libertad. Apoyaron a Porfirio Díaz. Fueron perniciosamente activos en la política. Fueron los españoles los que fraguaron el complot para llevar a Huerta al Palacio Nacional. Cuando Madero fue asesinado, los españoles celebraron banquetes jubilosos en todos los estados de la República. Considero que somos muy generosos.

Scobell insistió con vehemencia diciendo que cinco días era un plazo demasiado corto, que él no podría comunicarse posiblemente con todos los españoles del Estado durante ese término; entonces Villa lo extendió a diez días.

A los mexicanos ricos que habían oprimido al pueblo y que se habían opuesto a la revolución los expulsó del Estado y les confiscó rápidamente sus vastas propiedades. De un plumazo pasaron a ser propiedad del gobierno constitucionalista cerca de siete millones de hectáreas e innumerables empresas comerciales de la familia Terrazas, así como las inmensas posesiones de los Creel y los magníficos palacios que había en la ciudad. Sin embargo, al recordar cómo los Terrazas, desde el destierro, habían financiado la rebelión de Orozco, dio a don Luis Terrazas, jr., su propia casa como cárcel en Chihuahua. Algunos enemigos políticos, particularmente odiados, fueron ejecutados prontamente en la penitenciaría. La Revolución tiene un libro negro en el que están consignados los nombres, los delitos y las propiedades de aquellos que han oprimido y robado al pueblo. No se atreve a molestar a los alemanes, quienes han sido especialmente activos en la política, a los ingleses y a los norteamericanos. Sus páginas en el libro negro serán abiertas cuando se establezca el gobierno constitucionalista en la Ciudad de México; allá también le ajustará las cuentas el pueblo mexicano a la Iglesia católica.

Villa supo que estaban escondidas en alguna parte de Chihuahua las reservas del Banco Minero, que eran cerca de 500,000 pesos en oro. Uno de los directores del banco era don Luis Terrazas quien, al negarse a revelar el sitio donde se ocultaba el dinero, fue sacado una noche de su casa por Villa y un pelotón de soldados, que lo montaron en una mula y lo condujeron al desierto, colgándolo de un árbol. Lo descolgaron apenas a tiempo de salvarle la vida, y para que guiara a Villa a una antigua fragua en la fundición de los Terrazas, bajo la cual fue descubierta la reserva de oro del Banco Minero. Terrazas volvió a su prisión muy enfermo. Villa envió un aviso a su padre a El Paso, proponiéndole dejar en libertad a su hijo a cambio de pago, como rescate, de los 500,000 pesos.

CAPÍTULO IV

El lado humano

Villa tiene dos mujeres, una tranquila y sencilla mujer que lo ha acompañado durante sus largos años de proscrito, que reside en El Paso; la otra, una joven delgada, como una gata, que es la señora de su casa en Chihuahua. Villa no hace un misterio de ello, aunque últimamente los mexicanos educados, formalistas, que se han reunido a su alrededor cada vez en mayor número, han tratado de ocultar los hechos. Entre los peones no sólo no es extraño, sino que acostumbran tener más de una compañera.

Se han esparcido muchas historias sobre las violaciones de mujeres por Villa. Le pregunté si eran verídicas. Se jaló el bigote y se me quedó mirando fijamente largo rato con una expresión inescrutable.

- Nunca me he molestado en desmentir esos rumores -dijo-. También dicen que soy un bandido. Bien; usted conoce mi historia. Dígame: ¿ha conocido alguna vez a un esposo, padre o hermano de una mujer que yo haya violado? -hizo una pausa y agregó-: ¿O siquiera un testigo?

Fascina observarlo descubrir nuevas ideas. Hay que tener presente que ignora en absoluto las dificultades, confusiones y reajustes de la civilización moderna.

- El socialismo, ¿es alguna cosa posible? Yo sólo lo veo en los libros, y no leo mucho.

Una ocasión le pregunte si las mujeres votarían en la nueva República. Estaba extendido sobre su cama, con el saco sin abotonar.

- ¡Cómo!, yo no lo creo así -contestó, alarmado, levantándose rápidamente-. ¿Qué quiere usted decir con votar? ¿Significa elegir un gobierno y hacer leyes?

Le respondí que sí y que las mujeres ya lo hacían en los Estados Unidos.

- Bueno -dijo, rascándose la cabeza-. Si lo hacen allá, no veo por qué no deban hacerlo aquí.

- Puede ser que sea como usted dice -y agregó-, pero nunca había pensado en ello. Las mujeres, creo, deben ser protegidas, amadas. No tienen una mentalidad resuelta. No pueden juzgar nada por su justicia o sinrazón. Son muy compasivas y sensibles. Por ejemplo -añadió-, una mujer no daría la orden para ejecutar a un traidor.

- No estoy muy seguro de eso, mi general -le contesté-. Las mujeres pueden ser más crueles y duras que los hombres.

Me miró fijamente atusándose el bigote. Y después comenzó a reírse. Miró despacio hacia donde su mujer ponía la mesa para almorzar.

- Oiga -exclamó-, venga acá. Escuche. Anoche sorprendí a tres traidores cruzando el río para volar la vía del ferrocarril. ¿Qué haré con ellos? ¿Los fusilaré o no?

Toda turbada, ella tomó su mano y la besó.

- Oh, yo no sé nada acerca de eso -dijo ella-. Tú sabes mejor.

- No -dijo Villa-. Lo dejo completamente a tu juicio. Esos hombres trataban de cortar nuestras comunicaciones entre Juárez y Chihuahua. Eran traidores, federales. ¿Qué haré? ¿Los debo fusilar o no?

La idea pareció divertirlo mucho. Le daba vueltas y más vueltas en su mente, me miraba y se alejaba otra vez.

-Oh, bueno, fusíalos -contestó la señora.

Villa rió entre dientes, complacido.

- Hay algo de cierto en lo que usted dice -hizo notar. Y durante varios días después acosó a la cocinera y a las camareras preguntándoles quién les gustaría para presidente de México.

Nunca se perdía una corrida de toros. Todas las tardes, a las cuatro, se le encontraba en la gallera, donde hacía pelear a sus propios gallos con la entusiasta alegría de un muchacho. En la noche jugaba al faro en alguna casa de juego. En ocasiones, ya avanzada la

mañana, mandaba buscar con un correo rápido a Luis León, el torero; llamaba personalmente por teléfono al matadero, preguntando si tenían algunos toros bravos en el corral. Casi siempre los tenían y, entonces corríamos a caballo por las calles, como más de medio kilómetro, hasta los grandes corrales de adobe. Veinte vaqueros separaban al toro de la manada, lo derribaban y ataban para recortarle los cuernos. Entonces Villa, Luis León y todos los que querían tomaban las capas rojas profesionales del toreo y bajaban a la arena. Luis León, con la cautela del conocedor; Villa, tan porfiado y tosco como el toro, nada ligero con los pies, pero rápido como un animal con el cuerpo y los brazos. Villa se iba directamente hasta el animal que piafaba enfurecido, y lo golpeaba, atrevido, en la cara, con la capa doble y así, por media hora, practicaba el deporte más grande que jamás he visto. Algunas veces, los cuernos recortados del toro alcanzaban a Villa en las asentaderas de sus pantalones y lo lanzaban a través del coso; entonces se volvía y cogía al animal por los cuernos y luchaba con él, bañado de sudor el rostro, hasta que cinco o seis compañeros se colgaban de la cola del toro y lo arrastraban bramando y levantando una gran polvareda.

Villa no bebe ni fuma, pero a bailar no le gana el más enamorado galán en México. Cuando se dio al ejército la orden de avanzar sobre Torreón, Villa hizo un alto en Camargo para apadrinar la boda de uno de sus viejos compadres. Bailó continuamente, sin parar, dijeron, toda la noche del lunes, todo el día martes y la noche, llegando al frente el miércoles en la mañana con los ojos enrojecidos y un aire de extrema languidez.

CAPÍTULO V

Los funerales de Abraham González

El hecho de que a Villa no le gusten las ceremonias pomposas, inútiles, hace más impresionante su presencia en los actos públicos. Tiene el don de expresar fielmente el sentir de la gran masa popular. En febrero, exactamente un año después de que fuera asesinado Abraham González por los federales en el Cañón de Bachimba, ordenó Villa grandes honras fúnebres, que debían celebrarse en la ciudad de Chihuahua. Salieron en la mañana temprano dos trenes, llevando a los oficiales del ejército y a los cónsules y representantes de las colonias extranjeras, para traer el cuerpo del extinto gobernador, que yacía en su tumba en el desierto, bajo una rústica cruz de madera. Villa ordenó al mayor Fierro, superintendente de ferrocarriles, que tuviera listos los trenes, pero Fierro se emborrachó y olvidó todo; cuando Villa y su rutilante Estado Mayor llegaron la mañana siguiente, a la estación ferroviaria, el tren ordinario de pasajeros a Juárez apenas iba saliendo y no había otro equipo disponible. El mismo Villa saltó a la locomotora, que ya estaba en movimiento, y obligó al maquinista a volver con el tren a la estación. Enseguida recorrió todo el convoy ordenando a los pasajeros se bajaran, y lo desvió en dirección a Bachimba. No bien había salido de los ferrocarriles convocó a Fierro y lo

destituyó como superintendente de los ferrocarriles, nombrando a Calzada en su lugar. Ordenó a este último volver inmediatamente a Chihuahua para preparar un informe completo acerca del manejo de los ferrocarriles, a fin de que estuviera listo para cuando él regresara.

En Bachimba, Villa estuvo de pie, silencioso, al lado de la tumba, mientras le corrían lágrimas por sus mejillas. González había sido íntimo amigo suyo.

Diez mil personas soportaban el calor y el polvo de Chihuahua en la estación de ferrocarril, cuando llegó el tren funerario; el doliente cortejo desfiló por las calles estrechas, marchando atrás el ejército, a la cabeza del cual caminaba Villa al lado del féretro. Lo esperaba su automóvil, pero rehusó tomarlo, enojado, caminando dificultosa y obstinadamente entre la polvareda de las calles con los ojos clavados en el suelo.

En la noche hubo una velada en el Teatro de los Héroes: una sala inmensa, abarrotada de peones sensibles, con sus mujeres. Los palcos lucían esplendorosos con los oficiales vestidos de gala, y apretados detrás de ellos en los cinco pisos altos, los pobres andrajosos. Debe decirse que la velada es una institución netamente mexicana. Primero, un discurso, seguido por una recitación acompañada con música de piano; después, otro discurso, que precede a un coro patriótico, cantado con voces chillonas por un grupo de niñas torpes, indígenas, de las escuelas públicas; otro discurso; un solo de soprano del Trovador por la esposa de algún funcionario del gobierno; otro discurso más y, así, por cinco horas por lo menos. Siempre que se trata de un funeral importante, de un día de fiesta nacional, del aniversario de un presidente o, de hecho, en cualquier ocasión de alguna importancia, debe celebrarse una velada. Es la forma honorífica y convencional de conmemorar cualquier fasto. Villa se sentó en el palco de la izquierda del foro, desde donde dirigía con un timbre el desarrollo del acto. El foro parecía brillantemente fúnebre, revestido de lanilla negra, grandes ramos de flores artificiales, retratos malísimos, al pastel, de Madero, Pino Suárez y del difunto gobernador, así como focos eléctricos de colores verde, blanco y rojo. Al pie de todo ello había una sencilla caja negra de madera, muy pequeña, que contenía los restos de Abraham González.

La velada se desarrolló en forma ordenada, fatigosa, como por dos horas. Los oradores locales, trémulos de miedo, iban al foro y prodigaban la acostumbrada y excesiva oratoria castellana. Unas niñas, que se atropellaban entre sí, asesinaron el Adiós de Tosti. Villa, con los ojos fijos en aquella caja de madera, no se movía ni hablaba. En el momento oportuno tocó mecánicamente la campanilla, pero después ya no soportó más el cansancio. Un mexicano gordo, enorme, iba por la mitad de la ejecución del Largo, de Haendel, en el piano, cuando Villa se levantó. Puso los pies en la barandilla del palco y saltó al foro, se arrodilló y tomó la urna en sus brazos. El Largo de Haendel se fue extinguendo. Un asombro silencioso paralizó al auditorio. Sosteniendo la caja negra en sus brazos, tal como lo haría una madre con su niño, sin mirar a nadie, Villa empezó a bajar los escalones del foro y subió al pasillo. La concurrencia se levantó instintivamente. A medida que iba pasando por las puertas que se abrían ante él, lo iban siguiendo silenciosos los demás. Caminaba a grandes pasos, arrastrando su espada por el suelo, entre las filas de los soldados que esperaban. Cruzó la oscura plaza hasta el Palacio del Gobernador y, ya allí, colocó con sus propias manos la urna mortuoria sobre la mesa cubierta de flores que la esperaba en el Salón de Audiencias. Se había establecido que hicieran la guardia cuatro generales cada turno de dos horas. Las velas arrojaban en de-

redor una luz opaca sobre la mesa y el piso; el resto del salón estaba en tinieblas. Una masa compacta apiñada en la puerta respiraba silenciosa. Villa se despojó de la espada y la tiró ruidosamente a un rincón. Tomó su rifle de la mesa y se dispuso a hacer la primera guardia.

CAPÍTULO VI

Villa y Carranza

Les parece increíble, a quienes no lo conocen, que esta figura notable, que en tres años ha surgido de la oscuridad a la posición más destacada en México, no aspire a la presidencia de la República. Esa actitud está en perfecto acuerdo con la sencillez de su carácter. Cuando se le interroga sobre el particular, contesta siempre con toda claridad. Nada de sofismas sobre si puede o no ser presidente de México. Ha dicho:

- Soy un combatiente, no un hombre de Estado. No soy lo bastante educado para ser presidente. Apenas aprendí a leer y escribir hace dos años. ¿Cómo podría yo, que nunca fui a la escuela, esperar poder hablar con los embajadores extranjeros y con los caballeros cultos del Congreso? Sería una desgracia para México que un hombre inculto fuera su presidente. Hay una cosa que yo no haré: es la de aceptar un puesto para el que no estoy capacitado. Existe una sola orden de mi jefe (Carranza) que me negaría a obedecer si me la diera: la de ser presidente o gobernador.

Lo interrogué sobre esta cuestión, por mandato de mi periódico, cinco o seis veces. Al fin, se exaltó:

- Ya le he dicho a usted muchas veces -me dijo- que no hay ninguna posibilidad de que yo seapresidente de México. ¿Tratan los periódicos de crear dificultades entre mi jefe y yo? Ésta es la última vez que contesto a esa cuestión. Al próximo corresponsal que me haga esa pregunta, haré que lo azoten y lo envíen a la frontera.

Mucho después acostumbraba decir -refiriéndose a mí, refunfuñando jocosamente-, como al chatito, que siempre le preguntaba si quería ser presidente de México. La idea pareció divertirlo. Siempre que yo iba a verlo después de aquello, decía, al finalizar nuestra plática:

- Bueno, ¿no me va a preguntar ahora si quiero ser presidente de México?

Siempre aludía a Carranza como mi jefe, y obedecía sin reservas la más pequeña indicación del primer jefe de la revolución. Su lealtad a Carranza era perfectamente obstinada. Parecía creer que se reunían en Carranza todos los ideales de la revolución. Ello, a pesar del hecho, que muchos de sus consejeros trataron de hacerle ver, de que Carranza era

esencialmente un aristócrata y un reformista, y de que el pueblo luchaba por algo más que reformas.

El programa político de Carranza, delineado en el Plan de Guadalupe, elude cuidadosamente cualquier promesa para resolver la cuestión de la tierra, con excepción de un vago respaldo al Plan de San Luis Potosí, de Madero; y es evidente que se propone no apoyar ninguna restitución radical de la tierra al pueblo hasta que sea presidente interino y, después, proceder muy cautelosamente. Entre tanto, parece haber dejado esta cuestión al juicio de Villa, así como otros detalles para conducir la Revolución en el Norte. Pero Villa, que es un peón que piensa como tal, más que razonar conscientemente para concluir que la verdadera causa de la Revolución tiene como origen el problema de la tierra, ha obrado con prontitud característica y sin rodeos. Tan pronto como terminó los detalles del gobierno del Estado de Chihuahua y nombró a Chao gobernador provisional, lanzó un decreto concediendo 25 hectáreas de las tierras confiscadas a cada ciudadano varón en el Estado, declarando a dichas tierras inalienables por cualquier causa durante un periodo de diez años. Lo mismo sucedió en el Estado de Durango, y como no hay guarniciones federales en los otros Estados, seguirá el mismo procedimiento.

CAPÍTULO VII

Las leyes de la guerra

También en el campo de batalla, Villa tuvo que inventar un método completamente original para luchar, ya que nunca había tenido oportunidad de aprender algo sobre la estrategia militar formalmente aceptada. Por ello es, sin duda, el más grande de los jefes que ha tenido México. Su sistema de pelear es asombrosamente parecido al de Napoleón. Sigilo, rapidez de movimientos, adaptación de sus planes al carácter del terreno y de sus soldados, establecimiento de relaciones estrechas con los soldados rasos, creación entre el enemigo de una supersticiosa creencia en la invencibilidad de su ejército y en que la misma vida de Villa tiene una especie de talismán que lo hace inmortal: éstas son las características salientes. No sabía nada de los patrones en vigencia sobre estrategia o disciplina. Una de las debilidades del ejército federal es que sus oficiales están completamente impregnados de la teoría militar tradicional. El soldado mexicano está, todavía, mentalmente, a fines del siglo dieciocho. Es, sobre todo, un guerrillero, suelto, individual. El papeleo sencillamente paraliza su acción. Cuando el ejército de Villa entra en combate, no se preocupa de saludos, respeto inflexible para los oficiales, cálculos trigonométricos sobre la trayectoria de los proyectiles, teorías sobre el por ciento de blancos con mil disparos por el fuego de un rifle, de las funciones de la caballería, infantería o de la artillería en cualquier posición particular, o de la obediencia ciega al conocimiento inasequible de sus superiores. Esto me recuerda a uno de los desastrados ejércitos republicanos que Napoleón condujo a Italia. Es probable que Villa no sepa

gran cosa sobre estas cuestiones; pero sí sabe que los guerrilleros no pueden llevarse a ciegas, en pelotones y en formación perfecta al campo de batalla; porque los hombres que pelean individualmente, por su libre y espontánea voluntad, son más valientes que las grandes masas que, acicateadas por los planazos de las espadas de los oficiales, disparan en las trincheras. Y cuando la pelea es más encarnizada, cuando una avalancha de hombres morenos invaden intrépidos, con rifles y bombas de mano, las calles barridas por las balas de una ciudad tomada por asalto, Villa está entre ellos, igual que cualquier soldado raso.

Hasta hoy, los ejércitos de México siempre han llevado con ellos a cientos de mujeres y niños de los soldados; Villa fue el primero en pensar y llevar a cabo las marchas relámpago de las caballerías, dejando a las mujeres atrás. Hasta la época presente, ningún ejército mexicano había abandonado su base; siempre se pegaban al ferrocarril y a los trenes de aprovisionamiento. Pero Villa sembró el terror entre el enemigo dejando sus trenes y lanzando todos sus efectivos armados al combate, como lo hizo en Gómez Palacio. Fue el inventor en México de la más desmoralizadora forma de combate: el ataque nocturno. Cuando se retiró con todo su ejército en vista del avance de Orozco desde la Ciudad de México, después de la caída de Torreón el pasado mes de septiembre, atacó durante cinco días consecutivos a Chihuahua sin éxito; pero fue un golpe terrible para el general de los federales, al levantarse una mañana, el saber que al abrigo de la noche Villa se había escurrido en torno de la ciudad, capturando un tren de carga en Terrazas y cayendo con todo su ejército sobre la relativamente indefensa Ciudad Juárez. ¡No fue un paseo militar! Villa se encontró con que no disponía de bastantes trenes para transportar a todos sus soldados, aun cuando había tendido una emboscada y capturado un tren de tropas federales, enviado al sur por el general Castro, comandante federal en Ciudad Juárez. De modo que telegrafió a dicho general, firmando con el nombre del coronel que mandaba las tropas del tren, lo siguiente:

Locomotora descompuesta en Moctezuma. Envíe otra y cinco carros.

Castro, sin sospechar, despachó inmediatamente otro tren. Villa le telegrafió entonces:

Alambres cortados entre Chihuahua y este lugar. Se acercan grandes grupos de fuerzas rebeldes por el Sur. ¿Qué debo hacer?

Castro contestó: Vuélvase de inmediato.

Villa obedeció, telegrafió alegremente desde cada estación que pasaba. El general federal fue informado del viaje hasta como una hora antes de la llegada, que esperó sin avisar siquiera a su guarnición. De tal suerte que, fuera de una pequeña matanza, Villa tomó Ciudad Juárez casi sin disparar. Y estando la frontera tan cerca, se las arregló de modo que pasó de contrabando bastante parque y armas para equipar a sus fuerzas casi desarmadas, saliendo una semana después a perseguir las fuerzas federales a las que alcanzó en Tierra Blanca, derrotándolas y haciéndoles una gran mortandad.

El general Hugo L. Scott, que mandaba las fuerzas norteamericanas en Fort Bliss, remitió a Villa un folleto con las Reglas de la Guerra adoptadas por la conferencia de La Haya. Pasó varias horas estudiándolo. Le interesó y divirtió grandemente, luego dijo:

- ¿Qué es esta Conferencia de La Haya? ¿Había allí algún representante de México? ¿Estaba alguien representando a los constitucionalistas? Me parece una cosa graciosa hacer reglas sobre la guerra. No se trata de un juego. ¿Cuál es la diferencia entre una guerra civilizada y cualquier otra clase de guerra? Si usted y yo tenemos un pleito en una cantina, no vamos a ponemos a sacar un librito del bolsillo para leer lo que dicen las reglas. Dice aquí que no deben usarse balas de plomo; no veo por qué no. Hacen lo mismo que las otras.

Por mucho tiempo después anduvo haciendo a sus acompañantes y a sus oficiales preguntas como éstas:

- Si un ejército invasor toma una ciudad al enemigo ¿qué debe hacerse con las mujeres y los niños?

Hasta donde se puede ver las Reglas de la Guerra no tuvieron éxito en cambiar los métodos originales de Villa para la lucha. Ejecutaba a los colorados siempre que los capturaba, porque decía:

- Son peones como los revolucionarios y ningún peón debe estar contra la causa de la libertad, a menos que sea un malvado.

A los oficiales federales también los mataba porque, explicaba:

- Son hombres educados y debían saber lo que hacen.

Pero a los simples soldados federales los ponía en libertad porque eran forzados y, además, creían que luchaban por la patria. No se registra un caso en que haya matado injustificadamente a un hombre. Cualquiera que lo hiciera era fusilado en el acto, con excepción de Fierro.

A éste, que había asesinado a Benton, le decían El Carnicero en todo el ejército. Era un grande, hermoso animal, el mejor y más cruel jinete y hombre de pelea quizá, en todas las fuerzas revolucionarias. En su desenfrenada sed de sangre, Fierro llegó a matar a cien prisioneros con su revólver, deteniéndose únicamente para cargarlo. Mataba por el placer de hacerlo. Durante dos semanas que estuve en Chihuahua, Fierro mató a quince ciudadanos inofensivos, a sangre fría. Pero siempre hubo una curiosa relación entre él y Villa. Era el mejor amigo de éste; y Villa lo quería como si fuera su hijo y siempre lo perdonaba.

Villa, que nunca había oído hablar de las Reglas de la Guerra, llevaba en su ejército el único hospital de campaña de alguna efectividad, como no lo había llevado nunca ningún ejército mexicano. Consistía en cuarenta carros-caja, esmaltados por dentro, equipados con mesas para operaciones y todo el instrumental quirúrgico más moderno, manejados por más de sesenta doctores y enfermeras. Durante los combates, todos los días corrían trenes rápidos llenos de heridos graves, del frente a los hospitales de base en Parral, Jiménez y Chihuahua. Se hacía cargo de los federales, para su atención, con el mismo cuidado que para sus propios hombres. Delante de su tren de aprovisionamiento iba otro tren, conduciendo dos mil sacos de harina, café, maíz, azúcar y cigarrillos, para alimentar a toda la población famélica del campo, en las cercanías de las ciudades de Durango y Torreón.

Los soldados lo idolatraban por su valentía, por su sencillo y brusco buen humor. Lo he visto con frecuencia cabizbajo en su catre, dentro del reducido vagón rojo en que viajaba siempre, contando chistes familiarmente con veinte soldados andrajosos tendidos en el suelo, en las mesas o las sillas. Cuando el ejército tomaba o abandonaba un tren, Villa estaba presente, con un traje sucio y viejo, sin cuello, pateando a las mulas en la barriga y empujando a los caballos para dentro o fuera de los carros de ganado. Cuando tenía sed, le arrebatava su cantimplora a un soldado y bebía de ella, a pesar de las indignadas protestas del poseedor; después le decía:

- Ve al río y di que Pancho Villa dice que te la debe llenar.

CAPÍTULO VIII

El sueño de Pancho Villa

Resulta muy interesante conocer el apasionado ensueño, la quimera que anima a este luchador ignorante "que no tiene bastante educación para ser presidente de México. Me lo dijo una vez con estas palabras:

Cuando se establezca la nueva República, no habrá más ejército en México. Los ejércitos son los más grandes apoyos de la tiranía. No puede haber dictador sin su ejército. Pondremos a trabajar al ejército. Serán establecidas en toda la República colonias militares, formadas por veteranos de la revolución. El Estado les dará posesión de tierras agrícolas y creará grandes empresas industriales para darles trabajo. Laborarán tres días de la semana y lo harán duro, porque el trabajo honrado es más importante que pelear, y sólo el trabajo así produce buenos ciudadanos. En los otros días recibirán instrucción militar, la que, a su vez, impartirán a todo el pueblo para enseñarlo a pelear. Entonces, cuando la patria sea invadida, únicamente con tomar el teléfono desde el Palacio Nacional en la Ciudad de México, en medio día se levantará todo el pueblo mexicano de sus campos y fábricas, bien armado, equipado y organizado para defender a sus hijos y a sus hogares. Mi ambición es vivir mi vida en una de las colonias militares, entre mis compañeros a quienes quiero, que han sufrido tanto y tan hondo conmigo. Creo que desearía que el gobierno estableciera una fábrica para curtir cueros, donde pudiéramos hacer buenas sillas y frenos, porque sé cómo hacerlos; el resto del tiempo desearía trabajar en mi pequeña granja, criando ganado y sembrando maíz. Sería magnífico, yo creo, ayudar a hacer de México un lugar feliz.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

El hotel de doña Luisa

Me dirigí hacia el sur de Chihuahua en un tren de tropas, con destino a las avanzadas cerca de Escalón. Agregado a los cinco vagones de carga, llenos de caballos y llevando los soldados arriba, en los techos, iba un coche en el que se me permitió viajar en compañía de doscientos pacíficos escandalosos, hombres y mujeres. Era horripilantemente sugestivo: los vidrios de las ventanas, rotos; los espejos, lámparas y los asientos de felpa, destrozados, con agujeros de bala a la manera de un friso. No se había fijado hora para nuestra salida, y nadie sabía cuándo llegaría el tren a su destino. La vía acababa de ser reparada. En lugares donde antes hubo puentes nos sumergíamos en barrancos y subíamos, jadeando a la orilla opuesta, sobre una vía desvencijada que acababan de poner y que se doblaba y crujía debajo de nosotros. Durante todo el día contemplamos, a lo largo del camino, montones inmensos de rieles de acero, retorcidos, levantados con cadena por una locomotora que tiraba de ellos: la obra perfecta de Orozco del año anterior. Corría el rumor de que los bandidos de Castillo planeaban volarnos con dinamita en cualquier momento durante la tarde.

Peones con grandes sombreros de paja y bellísimos sarapes desteñidos; indios con ropas azules de trabajo y huaraches de cuero; mujeres con caras regordetas y chales negros en la cabeza, y niños que lloraban, se amontonaban en los asientos, pasillos y plataformas, cantando, comiendo, escupiendo y charlando. De vez en cuando venía, haciendo eses, un hombre andrajoso con una gorra que decía conductor en letras doradas, ya sin lustre, muy borracho, abrazando a sus amigos y pidiendo muy enérgicamente los boletos y salvoconductos de los extranjeros. Yo me presenté a él con un pequeño obsequio: una moneda del cuño de los Estados Unidos.

- Señor -me dijo-, usted puede viajar gratis de hoy en adelante por toda la República. Juan Algotero está a sus órdenes.

Un oficial uniformado muy elegante, a cuyo costado colgaba una espada, iba en la parte trasera del coche. Manifestó que iba para el frente, a ofrendar su vida por la patria. Su

único equipaje consistía en cuatro jaulas de madera para pájaros, llenas de alondras de las praderas. Más atrás todavía estaban sentados dos hombres, uno frente al otro, al través del pasillo, cada uno con un saco blanco con algo que se movía y cloqueaba. Tan pronto como el tren se puso en movimiento, abrieron los sacos, desempacando a dos grandes gallos, que vagaban poco después por los pasillos, comiéndose las migajas, colillas de cigarrillos. Los dueños levantaron las voces acto seguido.

- ¡Pelea de gallos, señores! ¡Cinco pesos sobre este hermoso y valiente gallo; cinco pesos, señores!

Los hombres se levantaron de sus asientos y corrieron al centro del carro ruidosamente. A nadie parecía faltarle los cinco dólares necesarios. En diez minutos los dos empresarios estaban arrodillados en el centro del pasillo, echando a pelear a sus gallos. Mientras nosotros, aturdidos, dábamos tumbos de un lado a otro, a punto de caer y sosteniéndonos difícilmente, el pasillo se llenó de un remolino de plumas volantes y del brillo de los acerados espolones. Terminado esto, se levantó un joven al que le faltaba una pierna, tocó en una flauta de lata el Whistling Rufus. Alguien tenía una botella de tequila, de la cual todos bebimos un buen trago. Se oyeron gritos del fondo del coche:

- ¡Vamos a bailar! ¡Vengan a bailar!

Un momento después había cinco parejas, todos hombres, desde luego, que danzaban vertiginosamente al compás de una marcha. Un campesino, viejo y ciego, subió ayudado a su asiento, desde donde, tembloroso, declamó una larga balada sobre las heroicas hazañas del gran general Maclovio Herrera. Todos prestaron silenciosa atención y arrojaron unos centavos en el sombrero del anciano. De vez en cuando llegaban hasta nosotros los ecos de los cantares de los soldados que iban en los carros-caja de adelante y el sonido de sus disparos contra algún coyote que veían entre los mezquites. Entonces todo el mundo, en nuestro carro, se abalanzaba a las ventanillas sacando sus pistolas y haciendo fuego furiosa y rápidamente.

Durante toda la larga tarde caminamos a paso lento hacia el Sur; los rayos solares del Occidente nos quemaban al darnos en la cara. A cada hora, más o menos, parábamos en alguna estación hecha pedazos por un bando u otro durante los tres años de Revolución; allí era asediado el tren por los vendedores de cigarrillos, piñones, botellas de leche, camotes y tamales, envueltos en hojas de maíz. Las viejas bajaban del tren, chismorreaban y hacían un pequeño fuego donde preparaban el café. Acuclilladas, fumaban sus cigarrillos de hoja de maíz y se contaban interminables historias amorosas.

Ya entrada la noche llegamos a Jiménez. Dándome de codazos con toda la población, que vino a encontrar el tren, pasé entre las antorchas llameantes de la pequeña hilera de puestos de dulces y salí a la calle, donde los soldados, borrachos, alternaban con muchachas pintarrajeadas paseando del brazo, hasta llegar al Hotel Estación, de doña Luisa. Estaba cerrado. Di golpes en la puerta y se abrió una ventanilla a un lado, apareciendo el rostro, coronado por una cabellera blanca, en desorden, de una mujer increíblemente vieja. Me miró de soslayo al través de un par de lentes de anillo de acero y advirtió:

-¡Bueno, creo que estás bien!

Se oyó un ruido de trancas que se quitaban y se abrió la puerta. La misma doña Luisa apareció a la entrada, con un gran manojito de llaves que le colgaban de la cintura. Tenía por una oreja a un chino al que se dirigía en un español copioso y nada pulcro, en la siguiente forma:

- ¡Chango! ¿Quién te mete en andar diciendo a un huésped del hotel que no había tortas calientes? ¿Por qué no haces más? Agarra tus trapos mugrosos y ¡fuera de aquí ahora mismo!

Le dio un tirón, por último, y soltó al acobardado oriental.

- ¡Estos bárbaros malditos! -dijo agregando en inglés-: ¡Los asquerosos pordioseros! ¡No creo una palabra de las proferidas por un chino indecente, capaz de vivir con cinco centavos de arroz al día!

- Hay tantos malvados generales borrachos hoy por aquí, que tuve que cerrar la puerta. No quiero a los mexicanos ... hijos de ... aquí.

Doña Luisa es una norteamericana, gordinflona, de más de ochenta años de edad; una especie de abuela benévola de la Nueva Inglaterra. Ha vivido como cuarenta años en México, y se hizo cargo durante treinta años o más del Hotel Estación, al morir su esposo. La guerra o la paz no existían para ella. Sobre la puerta ondeaba la bandera norteamericana, y en su casa ella era la única que mandaba. Cuando Pascual Orozco tomó Jiménez, sus hombres, ya borrachos, iniciaron un reinado de terror en la ciudad. Orozco mismo, el feroz, el invencible, que podía matar a una persona o no según se sintiera, al verla, llegó borracho al Hotel Estación con dos de sus oficiales y varias mujeres. Doña Luisa se le plantó frente a la puerta, sola, y le dijo en la cara:

- Pascual Orozco, llévese a sus desprestigiadas amigas y lárguese de aquí. ¡Estoy al frente de un hotel decente!

Entonces hizo ademán de excusa apologística indicando la puerta.

Y Orozco se fue.

CAPÍTULO II

Duelo en la madrugada

Anduve a pie más de medio kilómetro, por la calle increíblemente destruida que lleva a la ciudad. Pasó un tranvía, tirado por una mula que galopaba, reventando de soldados medio borrachos. Corrían por todas partes calesas rebosantes de oficiales, con muchachas sobre sus rodillas. Bajo los polvorientos y deshojados álamos, cada ventana tenía a su señorita, acompañada de un caballero arrebujaado en su cobija. No había luz. La no-

che estaba fría, seca y llena de una sutil y exótica animación; las guitarras vibraban; se oían fragmentos de canciones, risas y murmullos de voces apagadas, gritos cuyos ecos venían de las calles distantes, llenando la oscuridad. De vez en cuando pasaban grupos de soldados a pie, que salían de las tinieblas y se desvanecían otra vez, probablemente en camino para el relevo de una guardia.

Vi un automóvil que corría viniendo de la ciudad, en la prolongación de una calle tranquila, cerca de la plaza de toros, donde no había casas. Al mismo tiempo se oyó el galope de un caballo que venía de otra dirección y precisamente frente a mí, iluminaron los faros del auto al caballo y su jinete, un joven oficial tocado con un sombrero Stetson. El automóvil chirrió al parar en curva y una voz desde adentro gritó:

- ¡Alto!

- ¿Quién habla? -preguntó el jinete, sentado a la cabalgadura sobre sus ancas.

- ¡Yo, Guzmán! -y saltó el otro a tierra donde, al darle la luz, apareció un mexicano gordo, vulgar, con una espada al cinto.

- ¿Cómo le va, mi capitán? -El oficial se bajó de su caballo. Se abrazaron, dándose palmadas en la espalda con ambas manos.

- Muy bien. ¿Y a usted? ¿A dónde va?

- A ver a María.

El capitán sonrió.

- No lo haga -repuso- yo también voy a verla, y si lo encuentro a usted allí, seguramente lo mataré.

- Pues voy de todos modos. Soy tan rápido como usted con mi pistola, señor.

- Pero no ve usted -replicó el otro suavemente- ¡que no podemos ir los dos!

-¡Perfectamente!

- ¡Oiga! -dijo el capitán a su chofer. Voltée su carro de manera que alumbre parejo la acera ... Y ahora demos treinta pasos cada uno en sentido contrario, dándonos la espalda, hasta que usted cuente tres; entonces el primero que ponga una bala a través del sombrero del otro, ése gana ...

Ambos sacaron sendas pistolas y se detuvieron en la luz, inspeccionando los cilindros de sus armas.

- ¡Listo! -gritó el jinete.

- Aprisa -dijo el capitán-. No deben ponerse obstáculos al amor.

Dándose las espaldas, habían empezado a marcar la distancia.

-¡Uno! -gritó el chofer.

-¡Dos!

Rápido como un destello el gordo bajó el brazo que llevaba levantado, giró sobre sí mismo en la vacilante, tenue luz, y un poderoso estruendo fue perdiéndose lentamente en la oscura noche. El sombrero Stetson del otro hombre, cuya espalda no se había vuel-

to aún, hizo un pequeño y raro vuelo a poco más de tres metros lejos de él. Giró sobre sí mismo; pero el capitán ya estaba subiendo a su automóvil.

- ¡Bueno! -dijo alegremente-. Gané. ¡Hasta mañana entonces, amigo!

Y el automóvil aceleró su velocidad desapareciendo calle abajo. El jinete se encaminó despacio a donde estaba su sombrero, lo levantó y examinó. Yo había comenzado a irme poco antes ...

En la plaza la banda del batallón tocaba El Pagaré, la canción que inició la rebelión de Orozco. Era una parodia de la original que se refería al pago de Madero a sus familiares de 750,000 dólares por perjuicios de guerra, tan pronto como él fuera presidente y que se extendió como un incendio forestal por la República, teniendo que suprimirse por la policía y los soldados. El Pagaré está prohibido todavía en la mayor parte de los círculos revolucionarios, y he sabido de casos de fusilamientos por cantarlo; pero en Jiménez prevalecía el mayor desenfreno en aquellos momentos. Más aún, los mexicanos, a diferencia de los franceses, no sienten una fidelidad absoluta por los símbolos. Bandos rabiamente antagónicos usan la misma bandera; en la plaza de casi toda pequeña ciudad se yerguen todavía estatuas laudatorias de Porfirio Díaz; aún en las mesas de los oficiales, en el campo de batalla, he bebido en vasos estampados con algo así como la efigie del dictador, en tanto que abundan los uniformes del ejército federal entre las filas de los revolucionarios.

Pero El Pagaré es una tonada alegre y movida, y bajo los centenares de foquitos eléctricos colgados en la plaza, marcha una doble procesión, divertida, dando vueltas. Por el lado de afuera, en grupos de cuatro, van los hombres, la mayoría soldados. En la de adentro, con dirección opuesta, las muchachas pasean del brazo. Cuando se encuentran, se arrojan puñados de confeti mutuamente. Nunca se hablan, no se detienen; pero si una muchacha le gusta a un hombre, éste le desliza en la mano una nota amorosa al pasar; ella responde con una sonrisa si le agrada el pretendiente. Así se conocen; más tarde, la muchacha se las arreglará para dar al caballero su dirección; esto conducirá a largas pláticas en su ventana, en la oscuridad y, después, podrán ser amantes. Era un asunto delicado el de la entrega de las referidas notas. Todos los hombres llevaban pistola, y la muchacha de cada uno de ellos es su propiedad celosamente vigilada. Es una cuestión de muerte dar una nota a la muchacha de alguien. La apretada muchedumbre se agita alegremente, emocionada por la música ... Más allá de la plaza asomaban las ruinas de la tienda de Marcos Russek, saqueada por estos mismos hombres hacía menos de dos semanas, y a un lado se destacaba la vieja torre color rosa de la iglesia, entre sus fuertes y grandes árboles, con el letrero de hierro y vidrio iluminado, y un Santo Cristo de Burgos brillando sobre la puerta.

Allí, a un lado de la plaza, tropecé con un grupo de cinco norteamericanos, extendidos sobre un banco. Estaban andrajosos más allá de lo indecible, todos, excepto uno, un jovenzuelo delgado, que lucía un uniforme de oficial federal y polainas, además de llevar un sombrero mexicano, sin la parte superior.

Los dedos asomaban de sus zapatos; ninguno tenía más que los restos de los calcetines; todos sin afeitar. Un joven, casi un chiquillo, llevaba el brazo en cabestrillo, hecho de una piltrafa de sábana. Me hicieron lugar alegremente, se levantaron, me rodearon, dije-

ron ruidosamente lo bueno que era encontrar a otro norteamericano entre todos esos mugrientos.

- ¿Qué hacen ustedes aquí, colegas? -les pregunté.

- ¡Somos soldados de fortuna! -dijo el jovencito del brazo herido.

- ¡Oh ...! -interrumpió otro-. ¡Soldados de ...!

- Esto es así, ves -comenzó a decir el soldado jovencito-. Hemos venido peleando en la brigada Zaragoza; estuvimos en la batalla de Ojinaga y todo. Ahora nos vienen con una orden de Villa para dar de baja a todos los norteamericanos en filas y embarcarlos para la frontera. ¿No es esta orden una porquería?

- Anoche nos dieron nuestras bajas honorablemente y nos echaron del cuartel -dijo uno al que le faltaba una pierna y tenía el pelo rojo.

- Y no hemos encontrado dónde dormir, ni nada que comer ... -interrumpió un pequeño de ojos grises, al que llamaban El Mayor.

- ¡No traten de conquistarse al tipo! -increpó indignado el soldado-. ¿No vamos a recibir cada uno cincuenta pesos por la mañana?

Nos fuimos a un restaurante cercano durante un momento. Al volver, les pregunté qué iban a hacer.

- Para mí, los buenos Estados Unidos -suspiró un moreno y bien parecido irlandés, que no había hablado antes-. Regreso a San Francisco para guiar un camión otra vez. Estoy harto de mugrosos, mala comida y mal modo de pelear.

- Yo tengo dos bajas honorables del ejército de los Estados Unidos -anunció orgullosamente el joven soldado-. Serví en toda la campaña contra España, sí, señor. Soy el único soldado en este grupo.

Los otros se burlaron y dijeron groserías con caras hoscas.

- Creo que sentaré plaza nuevamente cuando pase la frontera.

- Yo no -dijo el cojo-. Me buscan por dos acusaciones de asesinato que no cometí; lo juro por Dios que no. Fue una trampa en mi contra. Un pobre diablo no tiene defensa en los Estados Unidos. Cuando no están fraguando alguna acusación falsa contra mí, me encarcelan por vago, no obstante que soy bueno. Y así siguió muy serio, agregando:- Soy un buen trabajador; lo que pasa es que no encuentro trabajo.

El Mayor levantó su carita insensible de crueles ojos.

- Salí de una escuela correccional en Wisconsin -dijo-, y creo que hay algunos policías esperándome en El Paso. Siempre había querido matar a alguno con un rifle; esto lo hice en Ojinaga, y todavía no estoy satisfecho. Nos dijeron que podemos quedarnos si firmamos los documentos de ciudadanía mexicana; creo que los firmaré mañana temprano.

- Usted no lo hará -gritaron los otros-. Ésa es una mala pasada. Supongamos que viene la intervención y que tienes que disparar contra tu propia gente. A mí no me verás firmando mi conformidad para ser un mugroso.

- Eso se arregla fácilmente -dijo El Mayor-. Cuando vuelva a los Estados Unidos, les dejo mi nombre aquí. Me quedaré hasta que tenga lo bastante para retornar a Georgia y poner una fábrica con mano de obra infantil.

El otro jovenzuelo comenzó a llorar de repente.

- Me hirieron el brazo en Ojinaga -sollozó-, y ahora me echan sin dinero y no puedo trabajar. Cuando llegue a El Paso, me echarán el guante los policías y tendré que escribir a papá que venga y me lleve a casa, a California. Escapé de allá el año pasado -agregó.

-Mire, Mayor -aconsejé-, es mejor que no se quede usted aquí si Villa no quiere norteamericanos en sus filas. Ser ciudadano mexicano no le servirá de nada si viene la intervención.

- Quizá tenga usted razón -admitió El Mayor contemplativamente-. ¡Oh, déjese de sermones, Juan! Creo que me iré de polizón a Galveston y abordaré un barco para América del Sur. Dicen que ha estallado una revolución en el Perú.

El soldado tenía como treinta años; el irlandés veinticinco, y los otros entre dieciséis y dieciocho o algo así.

- ¿Para qué vinieron aquí, colegas? -pregunté.

- ¡Acaloramiento! -contestaron el soldado y el irlandés riéndose. Los tres muchachos me miraron con semblantes ansiosos, serios, en que se retrataban su hambre y penalidades.

- ¡Pillaje! -dijeron al mismo tiempo.

Eché una ojeada a sus ropas destrozadas, a la multitud de voluntarios andrajosos que deambulaban por la plaza, a quienes no se les había pagado en tres meses, y reprimí un impulso violento de gritar de alegría. Los dejé en seguida, duros, fríos: no encajaban en un país apasionado; despreciaban la causa por la cual habían luchado; se burlaban de la incorregible jovialidad de los mexicanos. Al irme les dije de paso:

- ¿A qué compañía pertenecen ustedes, compañeros? ¿Cómo se llamaban ustedes mismos?

- ¡A la Legión Extranjera!

Deseo expresar aquí que he visto pocos soldados de fortuna, con excepción de uno -y ése era un hombre de ciencia, tan seco como el polvo, que estudiaba la acción de los altos explosivos sobre los cañones de campaña-, que no hubiera sido vagabundo en su país.

Ya era muy noche cuando regresé al hotel. Doña Luisa me guió a ver mi cuarto y me detuvo un momento en la cantina. Dos o tres soldados, evidentemente oficiales, estaban allí bebiendo; uno de ellos bien entrado en copas. Era un hombre picado de viruelas, con un bigote negro incipiente; sus ojos no podían enfocar su visión. Pero cuando me vio, comenzó a cantar una divertida y pequeña copla:

¡Yo tengo una pistola con mango de marfil, para matar a todos los gringos que vienen por ferrocarril!

Consideré que era diplomático ausentarme, porque nunca se puede saber qué hará un mexicano cuando está borracho. Su naturaleza es muy compleja.

Doña Luisa estaba en mi cuarto cuando llegué. Cerró la puerta, poniéndose un dedo misteriosamente en los labios, y sacó de bajo su falda un ejemplar del año anterior del Saturday Evening Post, que presentaba un increíble estado de disolución.

- Lo saqué de la caja para usted -me dijo-. La condenada revista vale más que cualquier cosa en la casa. Unos norteamericanos que se iban a las minas me han ofrecido quince dólares por ella. Usted ve, no hemos recibido desde hace un año ninguna revista norteamericana.

CAPÍTULO III

El reloj salvador

Después de aquel exordio, ¿qué podía yo hacer sino leer la preciosa revista, aunque ya la había leído? Encendí la lámpara, me desvestí y me metí en la cama. Pero entonces oí unos pasos vacilantes afuera, en el corredor; mi puerta se abrió bruscamente. Apareció, enmarcado en la puerta, el oficial de la cara picada que había estado bebiendo en la cantina. Traía un gran revólver en una mano. Se quedó inmóvil un momento y me miró parpadeando malignamente; después entró y cerró la puerta con un golpe violento.

- Soy el teniente Antonio Montoya, a sus órdenes -anunció-. Supe que estaba un gringo en este hotel y he venido para matarlo.

-Siéntese -le dije con toda cortesía.

Vi que estaba bien borracho. Se quitó el sombrero, se inclinó ceremoniosamente y acercó una silla. Entonces sacó otra pistola que traía debajo de su saco, y puso ambas sobre la mesa. Las dos estaban cargadas.

-¿Quiere usted un cigarro?

Le ofrecí un paquete. Tomó un cigarrillo dándome las gracias, y lo encendió en la lámpara. En seguida recogió las pistolas y me apuntó con ellas. Sus dedos apretaban lentamente los gatillos, pero los aflojaban otra vez. Yo estaba tan fuera de mí que no podía hacer otra cosa sino esperar.

- La única dificultad que tengo -me dijo- es la de resolver cuál revólver debo usar.

- Dispénsame -le dije, trémulo- pero, según creo, ambos parecen un poco anticuados. Ese Colt cuarenta y cinco seguramente es un modelo de 1895, y en lo que toca al Smith y Wesson, hablando entre nosotros, es únicamente un juguete.

- Es verdad -contestó, mirándolas un poco triste-. Si lo hubiera pensado antes habría traído mi automática nueva. Mil perdones, señor.

Suspiró y apuntó de nuevo los cañones de sus armas a mi pecho, con una expresión de tranquilidad satisfecha, agregando:

- Sin embargo, ya que así es, haremos lo mejor que podamos.

Yo estaba a punto de saltar, agacharme o gritar. De pronto fijó la vista sobre la mesa, donde estaba mi reloj de pulsera, de dos dólares.

- ¿Qué es eso? -me preguntó.

- ¡Un reloj!

Rápidamente le mostré cómo ponérselo. Inconscientemente fue bajando poco a poco las pistolas. Así como un niño ve el manejo de algún nuevo juguete mecánico, del mismo modo lo observaba encantado, con la boca abierta y una atención absorta.

- ¡Ah! -respiró- ¡Qué bonito está! ¡Qué precioso!

- Es de usted -le dije, quitándomelo y entregándoselo.

Miró al reloj, después a mí, se encendió poco a poco su color, resplandeciendo de alegre sorpresa. Lo puse en su mano extendida. Reverente, cuidadosamente, lo ajustó a su muñeca velluda. Se levantó entonces, radiante, feliz, mirándome. Las pistolas cayeron al suelo, sin ser notadas. El teniente Antonio Montoya me echó sus brazos al cuello.

- ¡Ah, compadre! -Lloraba emocionado.

Al otro día me lo encontré en la tienda de Valiente Adiana, en la ciudad. Nos sentamos amigablemente en el cuarto de atrás, bebiendo el aguardiente local, mientras el teniente Montoya, mi mejor amigo en todo el ejército constitucionalista, me contaba las penalidades y peligros de la campaña. La Brigada de Maclovio Herrera había estado durante tres semanas en Jiménez al acecho, sobre las armas, esperando la llamada urgente para avanzar sobre Torreón.

- Esta mañana -dijo Antonio-, los escuchas constitucionalistas interceptaron un telegrama del comandante federal en la ciudad de Zacatecas para el general Velasco, en Torreón. Decía que después de madura consideración, había decidido que Zacatecas era un lugar más fácil de atacar que de defender. Por lo tanto, informaba que su plan de campaña era el siguiente: al aproximarse las fuerzas constitucionalistas, evacuaría la ciudad y después la tomaría otra vez.

- Antonio -le dije-, voy a salir mañana para hacer una larga jornada, atravesando el desierto. Voy a Magistral en algún vehículo. Necesito un mozo. Le pagaré tres dólares semanales.

- ¡Está bueno! -exclamó el teniente Montoya-. Lo que usted quiera; así podré ir con mi amigo.

- Pero usted está en servicio activo -le dije-. ¿Cómo puede usted abandonar a su regimiento?

- Oh, no hay cuidado por eso -contestó Antonio-. No le diré nada de esto a mi coronel. No me necesitan. ¿Para qué? Tienen a cinco mil hombres.

CAPÍTULO IV

Símbolos de México

Antes del amanecer, cuando los árboles polvorientos y las casas grises, bajas, están todavía tías por el frío, dejamos caer el látigo sobre los lomos de nuestras mulas y salimos rechinando sobre las disparejas calles de Jiménez, rumbo al campo abierto. Embozados hasta los ojos en sus sarapes, dormitaban unos cuantos soldados al lado de sus linternas. Un oficial, borracho, estaba durmiendo, tirado en el arroyo.

Nos llevaba una vieja calesa cuya palanca rota estaba remendada con alambres. Las guarniciones habían sido rehechas de pedazos de hierro viejo, pieles y cuerdas. Antonio y yo íbamos juntos, en el asiento; a nuestros pies dormitaba un joven, serio al parecer, llamado Primitivo Aguilar. Primitivo fue contratado para abrir y cerrar las puertas, amarrar las guarniciones cuando se rompieran, así como vigilar el vehículo y las mulas por la noche, ya que se decía que los caminos estaban infestados de bandidos.

El campo se tornaba en una vasta, fértil llanura, surcada por canales de riego sombreados por largas alamedas de grandes árboles, sin hojas, y grises como cenizas. Un sol blanco, tórrido, resplandeció sobre nosotros como si fuera la puerta de un horno, mientras en los lejanos y extensos campos desiertos humeaba una delgada niebla. Se movía con nosotros y a nuestro alrededor una nube blanca de polvo. Nos detuvimos al pasar por la hacienda de San Pedro, regateando con un peón anciano por un saco de maíz y paja para las mulas. Más adelante había un primoroso edificio, bajo, enyesado, color rosa, alejado del camino y entre un bosquecillo de verdes sauces.

-¿Qué es aquello?

-Oh, es un molino de trigo.

Almorzamos en una pieza de la casa de un peón, larga y blanqueada, con el piso de tierra, en otra gran hacienda cuyo nombre he olvidado, pero que perteneció a Luis Terrazas, y ahora, confiscada, es propiedad del gobierno constitucionalista. Aquella noche acampamos junto a un canal para riego, distante varios kilómetros de cualquier lugar habitado; era el centro de los dominios de los bandoleros.

Después de una cena de picadillo y chiles, tortillas, frijoles y café negro, Antonio y yo dimos instrucciones a Primitivo. Debía hacer guardia al lado del fuego con el revólver de Antonio, y si oía algún ruido, despertarnos. Pero no debía dormirse de ninguna manera. Si lo hacía, lo mataríamos. Entonces Primitivo dijo:

-Sí, señor.

Muy seriamente, abrió los ojos y empuñó la pistola. Antonio y yo nos enrollamos en nuestras cobijas junto al fuego.

Debo haberme dormido inmediatamente, porque cuando me despertó Antonio al levantarse, mi reloj marcaba solamente media hora más tarde. Del lugar que se le había asignado a Primitivo para hacer su guardia, salían unos ronquidos sonoros. El teniente se encaminó hacia allá.

- ¡Primitivo! -exclamó.

Nadie respondió.

- ¡Primitivo, necio! -Nuestro centinela se revolvió en su sueño y se volteó para el otro lado, haciendo ruidos que indicaban comodidad.

- ¡Primitivo! -gritó Antonio, pateándolo duramente.

No dio muestras de responder.

Antonio dio unos pasos atrás y le asestó tan tremendo puntapié en el trasero, que lo levantó algunos centímetros en el aire. Primitivo despertó sobresaltado. Se levantó precipitadamente y alerta, blandiendo la pistola.

- ¿Quién vive? -gritó Primitivo.

Al otro día salimos de las tierras bajas. Entramos al desierto, haciendo rodeos sobre algunas planicies onduladas, arenosas y cubiertas de mezquites oscuros, y de vez en cuando uno que otro nopal. Empezamos a ver al lado del camino a esas diminutas, siniestras cruces de madera, que la gente del campo coloca sobre el lugar donde algún hombre tuvo una muerte violenta. Por todo el horizonte alrededor nuestro había montañas áridas, color púrpura. A la derecha, al cruzar una inmensa arroyada seca, se divisaba una hacienda blanca, verde y gris, que parecía una ciudad. Una hora más tarde pasamos el primero de aquellos grandes ranchos cuadrangulares, fortificados, que se encuentran una vez durante el día, perdidos, en los rincones de este gran país. La noche se cernía veloz arriba, en el cenit sin nubes, mientras todo el horizonte estaba iluminado aún por intensa claridad; pero entonces, súbitamente, desapareció el día y brotaron las estrellas, como cohetes, en la comba celeste. Antonio y Primitivo cantaban Esperanza, mientras seguíamos nuestro camino, con ese extraño, raro tono mexicano, que suena más parecido que a ninguna otra cosa al de un violín que tuviera las cuerdas gastadas. Aumentó el frío. En leguas y leguas a la redonda era una tierra marchita, un país de muerte. Transcurrían horas antes de que viéramos una casa.

Antonio decía saber vagamente de la existencia de un ojo de agua en alguna parte más adelante. Pero hacia la medianoche descubrimos que el camino sobre el cual veníamos se perdía de pronto entre un espeso mezquital. Nos habíamos apartado del camino real en algún paraje. Era tarde y las mulas estaban cansadas. Parecía que no se podía hacer otra cosa sino acampar en seco, dado que no sabíamos de la existencia de agua por allí cerca.

Habíamos desguarnecido y dado de comer a las mulas y hacíamos nuestro fuego, cuando en algún lado del espeso chaparral se oyeron pasos cautelosos. Caminaban un trecho y se detenían. Nuestra pequeña hoguera de madera seca crepitaba impetuosa, alumbrando un tramo de poco más de tres metros. Más lejos, todo era oscuridad. Primitivo saltó hacia atrás para ponerse al abrigo del vehículo; Antonio sacó su revólver; todos teníamos frío al lado del fuego ... El ruido se oyó otra vez.

- ¿Quién vive? -dijo Antonio. Se oyó un pequeño ruido, como apartando yerbas entre la maleza, y después una voz:

- ¿De qué partido son ustedes? -inquirió titubeante.

- Maderistas -contestó Antonio-. ¡Pase!

- ¿Hay seguridad para los pacíficos? -preguntó el invisible.

- Bajo mi palabra -grité-. Salgan para poder verlos.

Al instante tomaron forma dos vagas siluetas a la orilla del resplandor del fuego, casi sin hacer ruido. Eran dos peones; los vimos tan pronto como se acercaron, bien envueltos en sus desgarradas cobijas. Uno de ellos era viejo, cubierto de arrugas, encorvado, con huaraches de su propia manufactura; sus pantalones eran guiñapos que le colgaban sobre las piernas encogidas; el otro, un joven muy alto, descalzo, con una cara tan pura y sencilla que casi rayaba en idiotez. Amistosos, acogedores como la luz del sol, ansiosamente curiosos como niños, se acercaron con las manos extendidas. Se las estrechamos a cada uno, saludándolos con la ceremoniosa cortesía mexicana.

- Buenas noches, amigo. ¿Cómo está usted?

- Muy bien gracias. ¿Y usted?

- Bien gracias. ¿Y cómo está toda la familia?

- Bien, gracias. ¿Y la suya?

- Bien, gracias. ¿Qué tienen de nuevo por aquí?

- Nada. ¿Y usted? Nada. Siéntese.

-Oh, gracias, estoy bien de pie.

-Siéntese ... Siéntese ...

- Mil gracias. Dispénsenos un momento.

Sonrieron y desaparecieron en la espesura. Reapareciendo poco después, con grandes brazadas de ramas secas de mezquite para nuestro fuego.

- Nosotros somos rancheros -dijo el anciano, inclinándose-, tenemos unas cuantas cabras, y nuestras casas están a sus órdenes, así como nuestros corrales para sus mulas y nuestra pequeña provisión de maíz. Nuestros ranchitos están muy cerca de aquí, en el mezquital. Somos muy pobres, pero esperamos que nos hagan el honor de aceptar nuestra hospitalidad.

Era una ocasión para obrar con tacto.

- Mil veces muchas gracias -dijo Antonio atentamente-, pero tenemos, por desgracia, una gran prisa y debemos seguir adelante muy temprano. No queremos molestar en sus casas a estas horas.

Dijeron que sus familias y sus casas estaban a nuestro servicio, para usarlas como lo estimáramos conveniente, con el mayor placer de su parte. No recuerdo cómo pudimos evadir por fin la invitación, sin ofenderlos; pero sí sé que nos llevó como media hora de conversación y cumplidos. Nosotros sabíamos, en primer término, que si aceptábamos, no podríamos salir muy temprano en la mañana, perdiendo así varias horas; porque en

las costumbres mexicanas, la prisa en salir de una casa denota descontento con la estancia en ella; en segundo lugar, porque no se puede pagar por el alojamiento, aunque sí tiene que hacerse un buen regalo a los anfitriones, cosa que ninguno de nosotros podía ofrecer.

Al principio rehusaron cortésmente nuestra invitación para cenar; pero después de mucho insistir los persuadimos, al fin, para que aceptaran unas tortillas y chile.

Era enternecedor y risible a la vez el hambre que tenían, así como sus esfuerzos para ocultarlo.

Después de comer, cuando ya nos habían traído un cubo de agua, pensando con un juicio cabal y bondadoso, se quedaron con nosotros un rato al calor de nuestro fuego, fumando de nuestros cigarrillos y calentándose las manos. Recuerdo cómo colgaban los sarapes de sus hombros, abiertos por delante para que así les llegara a sus cuerpos escuálidos el calor agradable, y cómo eran nudosas y viejas las manos que extendía el anciano, y cómo brillaba la luz rojiza sobre la garganta del otro, encendiendo el fuego de sus grandes ojos. A su alrededor se extendía el desierto, separado únicamente por nuestra hoguera, listo para saltar sobre nosotros al extinguirse aquélla. Arriba, las estrellas no perdían su brillo. Los coyotes aullaban en la lejanía, más allá del fuego, como si fueran demonios angustiados. Repentinamente imaginé a aquellos dos seres humanos como símbolos de México: corteses, afectuosos, pacientes, pobres, tanto tiempo esclavos, tan llenos de ensueños, que pronto serían liberados.

- Cuando vimos venir su calesa para acá -dijo el viejo riéndose- sentimos oprimirse nuestros corazones en nuestros pechos. Creíamos que ustedes podían ser soldados, que venían, quizá, a llevarse nuestras pocas y últimas cabras. Han venido tantos soldados durante los últimos años, tantos ... La mayoría federales; los maderistas no vienen, a menos que tengan hambre. ¡Pobres maderistas!

- Ay -dijo el joven-, mi hermano que tanto quería, murió en los once días de combate alrededor de Torreón. Han muerto miles en México, y muchos más que caerán. Tres años es bastante para guerra en una tierra.

- ¡Demasiado! ¡Válgame Dios! -murmuró el viejo meneando su cabeza-. Pero vendrá un día ...

- Se ha dicho -hizo notar el anciano temblequeando- que los Estados Unidos codician a nuestro país; que los soldados gringos vendrán y se llevarán mis cabras al fin ...

- Eso es mentira -exclamó el otro, animándose-. Son los norteamericanos ricos los que nos quieren robar, igual que nos quieren robar los mexicanos ricos. Es el rico en todo el mundo el que quiere robar al pobre.

El anciano tiritó de frío y arrimó su gastado cuerpo más cerca del fuego.

- He pensado con frecuencia -dijo suavemente-, por qué los ricos, teniendo tanto, quieren más. Los pobres, que no tienen nada, ¡quieren tan poco! Sólo unas cabras ...

Su compadre alzó su cara como un hidalgo, sonriendo dulcemente.

- Nunca he estado fuera de esta pequeña región; ni siquiera en Jiménez -dijo-. Pero me dicen que hay muchas tierras ricas, al Norte, al Sur y al Oriente. Pero ésta es mi tierra y la quiero. En los años de vida que tengo, durante los que vivieron mi padre y mi abuelo,

los ricos se han quedado con el maíz y lo han retenido con los puños cerrados ante nuestras bocas. Y solamente la sangre les hará abrir las manos para sus semejantes.

El fuego se había apagado. Dormía en su puesto de guardia el alerta Primitivo. Antonio contemplaba el rescoldo; una leve sonrisa de satisfacción se dibujaba en su boca; sus ojos brillaban como estrellas.

- ¡Adió! -dijo de pronto, como cuando se ve una visión-. ¡Cuando entremos en la Ciudad de México, qué baile haremos! ¡Qué borrachera me voy a poner! ...

CUARTA PARTE

CAPÍTULO I

¡A Torreón!

Yermo es un lugar desolado: kilómetros y kilómetros de arenoso desierto, cubierto aquí y allá por mezquites, chaparros y raquíuticos nopales, que se extienden al Occidente hasta unas montañas morenas, dentadas, y al Oriente, una llanura donde oscila el horizonte.

El pueblo está formado por un tanque de agua, averiado, con un poquito de ésta, sucia y alcalina; una estación de ferrocarril demolida, hecha trizas por los cañones orozquistas hace dos años, y un cambiavías. No había agua ni para remedio a menos de sesenta kilómetros; tampoco forrajes para los animales. Durante los tres meses de frío agudo y en los comienzos de la primavera, soplaban vientos secos que arrastraban un polvo amarillento, azotando al poblado.

En medio de este desierto estaban enfilados sobre una sola vía diez largos trenes, en torno de los cuales se levantaban columnas de fuego por la noche y de humo negro por el día, que se extendían atrás, hacia el norte, más allá de donde alcanzaba la vista. A su alrededor, en el chaparral, acampaban nueve mil hombres, sin techo para cobijarse, cada uno de ellos con un caballo amarrado de un mezquite, donde colgaban su sarape y unas tiras de carne roja expuestas al aire y al sol para que pudieran secarse. De cincuenta carros se estaban descargando mulas y caballos. Un soldado andrajoso cubierto de polvo y sudor entró en uno de los carros de ganado; montó en un caballo y le metió rudamente las espuelas, lanzando un alarido. En el acto se oyó un terrible repiqueteo de cascos de los animales asustados; súbitamente brincó un caballo por la puerta, abierta ordinariamente hacia atrás, vaciándose el carro de los caballos y mulas que en gran cantidad lle-

vaba. Reuniéndose al salir, emprendieron la huida presos del terror, resoplando por las abiertas narices al oler el campo abierto. Inmediatamente se convirtieron en vaqueros numerosos soldados que vigilaban, levantando de entre el polvo sofocante sus reatas de lazar, mientras los animales sueltos circulaban en torno, echándose encima unos de otros poseídos de pánico. Oficiales, ordenanzas, generales con sus Estados Mayores y simples soldados, galopaban, corrían y se cruzaban en una intrincada confusión, con sus cabezadas y buscando sus monturas. Al fin, las mulas fugitivas fueron llevadas a los furgones. Los soldados que habían llegado en los últimos trenes vagaban en busca de sus brigadas. Por allá, adelante, algunos le tiraban a un conejo. De los techos de los carros-caja y de los de plataforma, donde habían acampado por centenares, las soldaderas y sus enjambres de chiquillos semidesnudos miraban hacia abajo, dando sus informes a gritos y preguntando a todo el mundo si habían visto a Juan Moñeros, Jesús Hernández, o cualquiera que fuera el apellido de su hombre ... Un soldado que arrastraba un rifle iba de aquí para allá gritando que no había comido hacía dos días, porque no podía encontrar a su mujer que le hacía las tortillas, opinando que lo había abandonado, largándose con algún ... de otra brigada. Las mujeres, en los techos de los carros, decían: ¡Válgame Dios! y se encogían de hombros, arrojándole algunas tortillas de hacía tres días y pidiéndole, por el amor que le tuviera a Nuestra Señora de Guadalupe, que les prestara un cigarrillo.

Una tumultuosa y sucia muchedumbre asaltó la locomotora de nuestro tren, pidiendo agua a gritos. Cuando el maquinista los detuvo, revólver en mano, les dijo que había bastante agua en el tren correspondiente; se fueron y dispersaron, sin objetivo, al parecer; pero no tardó en venir otro grupo a ocupar sus puestos. Mientras tanto, una aguerrida masa de gente y animales bregaba por un sitio ante las pequeñas llaves, de donde salía agua constantemente, de los doce enormes carros-tanques del tren que conducía el precioso líquido.

Arriba se levantaba, en la calma del aire caliente, una espesa nube de polvo, que medía como cinco kilómetros de largo y cerca de uno de ancho y que, mezclada con el humo negro de las locomotoras, hacía pensar y preocupaba a las avanzadas federales, a más de treinta kilómetros de distancia sobre las montañas atrás de Mapimí.

Cuando Villa salió de Chihuahua para Torreón, clausuró el servicio de telégrafos al Norte, cortó el de trenes a Ciudad Juárez y prohibió, bajo pena de muerte, que nadie llevara o transmitiera informes de su salida a los Estados Unidos. Su objeto era sorprender a los federales y su plan funcionó a maravilla. Nadie, ni aun en su Estado Mayor, sabía cuándo saldría Villa de Chihuahua; el ejército había demorado tanto allí, que todos creíamos que tardaría dos semanas más en salir. Todos quedamos sorprendidos al levantarnos el sábado en la mañana, y saber que el telégrafo y los ferrocarriles habían sido cortados y que tres grandes convoyes, llevando a la Brigada González Ortega, ya habían salido. La Zaragoza salió al día siguiente, y las propias fuerzas de Villa, en la mañana subsiguiente. Moviéndose siempre con la celeridad en él característica, Villa concentró todo su ejército al día siguiente en Yermo, sin que los federales supieran que había salido de Chihuahua.

Hubo un tumulto en torno al telégrafo portátil, de campaña, que fue instalado en las ruinas de la estación. Adentro sonaba el aparato. Soldados y oficiales, mezclados, se

apretujaban en las ventanas y la puerta; cada vez que el telegrafista gritaba algo, resonaba una estruendosa algarabía y risas. Al parecer, el hilo telegráfico, por un mero accidente, se había conectado a un alambre que no habían destruido los federales, un hilo que se conectaba con el militar, federal, de Mapimí a Torreón.

- ¡Oigan! -gritó el operador-. ¡El coronel Argumedo, que manda a los cabecillas colorados en Mapimí, está telegrafando al general Velasco en Torreón! ¡Dice que ve humo y una gran nube de polvo al norte, y cree que algunas tropas rebeldes se están movilizandó al sur de Escalón!

Anocheció con un cielo nublado y un viento creciente que comenzó a levantar el polvo. Resplandecían en los techos de los carros-cajas las fogatas de las soldaderas, a lo largo de los varios kilómetros de trenes. Afuera, en el desierto, tan lejos, que parecían puntas de alfiler en flama, al final, se extendían las incontables hogueras del ejército, medio oscurcidas por las oleadas de tupida polvareda. La tempestad nos ocultó completamente de los centinelas federales.

- Aun Dios -hizo notar el mayor Leyva- ¡aun Dios está del lado de Francisco Villa!

Cenamos en nuestro carro-caja transformado, con el joven, membrudo e inexpresivo general Máximo García y su hermano, el todavía más alto y cara colorada Benito García, y un mayor bajito de cuerpo, Manuel Acosta, dotado con las bellas maneras de su raza. García había estado bastante tiempo al mando del avance en Escalón. Él y sus hermanos -uno de los cuales, José García, ídolo del ejército, había sido muerto en combate- eran apenas hacía cuatro años ricos hacendados, dueños de enormes latifundios. No obstante, se sumaron a Madero ... ¡Recuerdo que nos trajo una botella de whisky, negándose a discutir la revolución y declarando que luchaba por un whisky mejor! Mientras yo escribía lo anterior, llegó un informe de su muerte, ocasionada por una bala en la batalla de Sacramento ...

Afuera, entre la tempestad de polvo, en su carro plataforma, inmediatamente delante del nuestro, están tendidos algunos soldados alrededor de su hoguera, con las cabezas en el regazo de sus mujeres, cantando La Cucaracha, la que describe en centenares de versos satíricos lo que harán los constitucionalistas cuando les quiten Juárez y Chihuahua a Mercado y a Orozco.

A pesar del viento, se sentía el inmenso y tétrico murmullo del ejército y, de vez en cuando, se oía el grito agudo de un centinela marcando el alto:

¿Quién vive? -y la respuesta:

¡Chiapas!

-¿Qué gente?

-¡Chao! ...

Durante toda la noche resonaron a intervalos los imponentes silbidos de las diez máquinas, haciéndose señales, entre sí, adelante o atrás.

CAPÍTULO II

El ejército en Yermo

En la madrugada del día siguiente vino al carro, para desayunar, el general Toribio Ortega -un hombre trigueño, enjuto, a quien los soldados llaman El Honrado y El más Bizarro-. Es, sin lugar a dudas, el corazón más sencillo y el soldado más desinteresado de México. Nunca fusila a sus prisioneros. Se ha negado a recibir de la Revolución un solo centavo aparte de su escaso sueldo. Villa lo respeta y confía más en él, quizá, que en ningún otro de sus generales. Ortega era un hombre pobre, un vaquero. Allí sentado, con los codos sobre la mesa, sin acordarse de su desayuno, con los grandes ojos brillantes y su sonrisa benévola, de través, nos contaba por qué estaba luchando.

- No soy un hombre educado -decía-. Pero sé bien que pelear es el último recurso a que debe apelar cualquier persona. Sólo cuando las cosas llegan al extremo de no poder aguantar más, ¿eh? Y si vamos a matar a nuestros hermanos, algo bueno debe resultar de ello, ¿eh? ¡Ustedes, en los Estados Unidos, no saben por lo que hemos pasado nosotros, los mexicanos! Hemos visto robar a los nuestros, al pobre, sencillo pueblo, durante treinta y cinco años, ¿eh? Hemos visto a los rurales y soldados de Porfirio Díaz matar a nuestros padres y hermanos, así como negarles la justicia. Hemos visto cómo nos han arrebatado nuestras pequeñas tierras, y vendido a todos nosotros como esclavos, ¿eh? Hemos anhelado tener hogares y escuelas para instruirnos, y se han burlado de nuestras aspiraciones. Todo lo que hemos ambicionado era que se nos dejara vivir y trabajar para hacer grande nuestro país, pero ya estamos cansados y hartos de ser engañados ...

Afuera, entre el polvo que se arremolinaba bajo un cielo de nubes flotantes, impetuosas, había largas filas de soldados a caballo, en la oscuridad, esperando que pasaran sus oficiales al frente, para examinar atentamente a su paso los rifles y las cartucheras.

- Jerónimo -dijo un capitán a un soldado-, vuelve al tren del parque y llena los huecos que hay en tu cartuchera. ¡Imbécil, has gastado tus cartuchos tirando a los coyotes!

Cruzando el desierto, rumbo al Occidente, hacia las montañas lejanas, caminaban cordones de caballería, los primeros hacia el frente. Pasaron como mil hombres, en diez líneas diferentes, que divergían como si fueran los rayos de una rueda; sus espuelas tintineaban con un sonido metálico; flotaban rectas sus banderas verdes, blanco y rojo; las bandoleras cruzadas lucían sin brillar; los rifles colgaban atravesados sobre sus sillas. Pasaron con sus altos sombreros pesados y sus cobijas multicolores. Detrás de cada compañía se afanaban diez o doce mujeres para seguir las a pie, llevando los utensilios de cocina en la cabeza o la espalda; alguna acémila iba cargada con sacos de maíz. Al pasar frente a los carros, saludaban a sus amigos en los trenes.

-¡Poco tiempo California! -gritó uno.

¡Oh! Allá te espera un colorado -contestó otro.

Apuesto a que andabas con Salazar en la rebelión de Orozco.

Nadie acostumbraba decir ¡Poco tiempo California!, como no fuera Salazar cuando estaba borracho.

El otro hombre pareció avergonzado.

- Bueno, puede ser que haya estado -reconoció-. Pero espera que se me pongan a tiro mis viejos compañeros. ¡Te demostraré entonces si soy maderista o no!

Un indito que venía atrás gritó:

- Yo sé la clase de maderista que eres tú, Luisito. ¡En la primera toma de Torreón, Villa te dio a escoger, entre cambiar de chaqueta o recibir un cabronazo o balazo en la cabeza!

Y así, bromeando y cantando, caminaban poco a poco al sudoeste; se empequeñecían e iban desvaneciéndose, hasta desaparecer finalmente entre el polvo.

Villa en persona estaba recostado en un carro, con las manos en los bolsillos. Llevaba un sombrero viejo, doblado hacia abajo, una camisa sucia, sin cuello, y un traje oscuro, maltratado y brillante por el uso. Hombres y caballos habían brotado, como por arte de magia, frente a él, en toda aquella planicie polvorienta. La confusión de sillas y frenos era tremenda, así como los toques de los clarines. La Brigada Zaragoza se alistaba para abandonar el campamento: una columna de flanco de dos mil hombres que debía dirigirse al Sudoeste, para atacar Tlahualilo y Sacramento. Villa parecía haber llegado apenas a Yermo. Se había detenido en Camargo el lunes en la noche, a fin de concurrir al casamiento de un compadre. En su cara se reflejaban los signos del cansancio.

- ¡Caramba! -decía con una sonrisa-, ¡empezamos a bailar el lunes en la noche, toda la noche y todo el día siguiente, y anoche también! ¡Qué baile! ¡Y qué muchachas! ¡Las de Camargo y Santa Rosalía son las más bellas de México! ¡Estoy rendido! Fue un trabajo más duro que el de veinte combates ...

Luego se dispuso a escuchar el informe de un oficial del Estado Mayor que llegó corriendo a caballo; le dio una orden concisa sin vacilar, y el oficial partió. Dio instrucciones al señor Calzada, gerente del ferrocarril, sobre el orden que habían de seguir los trenes hacia el Sur. Indicó al señor Uro, intendente del ejército, qué provisiones debían ser distribuidas de los trenes con tropas. Al señor Muñoz, director del telégrafo, le dio el nombre de un capitán federal, rodeado por los hombres de Urbina la semana anterior y muerto con todos sus soldados en los cerros cerca de La Cadena, ordenándole conectar con el hilo telegráfico federal y remitir un mensaje al general Velasco en Torreón, fingiendo que se trataba de un informe del mencionado capitán desde Conejos y pidiendo órdenes. Parecía saberlo y ordenarlo todo.

Almorzamos con el general Eugenio Aguirre Benavides, el tranquilo, pequeño y joven comandante de la Brigada Zaragoza; miembro de una de las familias cultas mexicanas que se habían agrupado en torno a Madero en la primera Revolución; con Raúl Madero, hermano del presidente asesinado, segundo jefe de la Brigada, que se educó en una universidad norteamericana y más bien parece un vendedor de bonos de Wall Street; con el

coronel Guerra, educado en Cornell, y el mayor Leyva, sobrino de Ortega, un jugador que hizo histórica su actuación con el club de futbol de Notre Dame ...

La artillería estaba emplazada, lista para la acción, dentro de un gran círculo, con los furgones abiertos y las mulas acorraladas en el centro. El coronel Servín, comandante de las baterías, sentado, o más bien encaramado sobre un gran caballo bayo, una minúscula, ridícula figura de poco más de metro y medio de alto, agitaba la mano gritando su saludo al pasar el general Ángeles, Secretario de Guerra de Carranza, un hombre de alta estatura, flaco, la cabeza descubierta; llevaba una zamarreta parda, y colgando de uno de sus hombros un mapa de guerra de México, que se le había caído a un pequeño jumento. Varios hombres trabajaban sudorosos en lo más denso de las nubes de polvo. Los cinco artilleros norteamericanos estaban acucillados al lado de un cañón, fumando. Me saludaron con un alarido:

- ¡Oye, compañero! ¿Qué diablos nos hizo meternos en este lío? No hemos comido desde anoche. Trabajamos doce horas. Escucha: ¿quieres tomar fotografías de nosotros?

Posaron con un ademán amistoso el soldadito londinense que había estado a las órdenes de Kitchener, después el capitán canadiense, Treston, que se desgañitaba para que su intérprete pudiera transmitir a sus hombres algunas órdenes acerca de las ametralladoras; el capitán Marineli, el gordo soldado italiano de fortuna, que arrojaba a borbotones una mezcla interminable e ininteligible de francés, español e italiano, al oído de un oficial mexicano, aburrido.

Fierro llegó a caballo, espoleándolo cruelmente y ya sangrando del hocico. Fierro, el apuesto, duro y altanero, a quien llamaban El Carnicero, porque mataba a sus prisioneros indefensos personalmente, lo mismo que a sus propios hombres, sin provocación alguna.

Ya avanzada la tarde partió la Brigada Zaragoza rumbo al Sudoeste, sobre el desierto, y llegó otra noche.

El viento aumentó junto con la oscuridad, haciéndose cada vez más frío. Mirando hacia el cielo, tachonado de fulgurantes estrellas, vi que todo lo demás estaba oscurecido por las nubes. Al través de las pesadas ráfagas de polvo volaban millares de hileras delgadas de chispas, que venían de las hogueras hacia el Sur. La carga de carbón a los fogones de las locomotoras producía resplandores repentinos a lo largo de los trenes estacionados en varios kilómetros. Al principio creímos oír estampidos de artillería gruesa en la lejanía. Pero de pronto, inesperadamente, el cielo se despejó y, deslumbrante, se abrió de horizonte a horizonte; los truenos retumbaban terribles, la lluvia se generalizó, cayendo tan espesa como una inundación. Las actividades humanas del ejército quedaron en silencio por unos instantes. Todas las hogueras desaparecieron. Entonces se escuchó un inmenso alarido de enojo y risa a la vez, así como de desconcierto de los soldados, afuera, en la llanada, lo mismo que el más asombroso lamento de las mujeres que jamás he oído. Las dos manifestaciones duraron únicamente un minuto. Los hombres se envolvieron en sus sarapes y se hundieron en el abrigador chaparral; los cientos de mujeres y niños expuestos al frío y a la lluvia en los carros plataforma y en los techos de los carros-caja, tomaron acomodo para esperar con estoicismo indio a que amaneciera. En el carro del general Maclovio Herrera, que iba adelante, había borrachera, risotadas y canciones acompañadas de una guitarra ...

Rompió el alba con toques de clarines, que se antojaban los del mundo entero a la vez; al mirar fuera, por la puerta del carro, contemplé el desierto a varios kilómetros de distancia: era un hervidero de hombres armados, ensillando y montando. Un sol cálido asomó por las montañas de occidente, brillando en un cielo claro. La tierra arrojó por unos instantes un vapor undoso; después, otra vez polvo y una superficie sedienta. Allí podía no haber llovido nunca. Humeaba un centenar de fogatas en los techos de los carros; las mujeres volteaban sus ropas lentamente al sol, charlotteando y bromeando. Prolulaban centenas de chiquillos en derredor, mientras las madres tendían sus vestiditos al sol. Mil bulliciosos soldados se gritaban uno a otro que ya había comenzado el avance; muy lejos, a la izquierda, en algún regimiento, había regocijo, porque estaban disparando al aire. Durante la noche habían llegado otros seis largos trenes, y todas las máquinas hacían señales con sus silbatos. Me fui adelante para tomar el primer tren que saliera; cuando pasaba por el carro de Trinidad Rodríguez, un voz femenina, chillona, gritó:

- ¡Eh, muchacho! Ven a almorzar.

Asomando parte del cuerpo en la puerta, estaban Beatriz y Carmen, dos mujeres conocidas de Juárez, que habían traído al frente los hermanos Rodríguez. Entré y me senté a la mesa, donde había como doce hombres, varios de ellos médicos del tren hospital: un francés, capitán de artillería, y un grupo de varios mexicanos, oficiales y soldados. Era un carro-caja ordinario, igual que todos los carros privados, con ventanillas en la pared y tabiques para aislar al cocinero chino en la cocina, así como literas colocadas a los lados y al fondo. El almuerzo se componía de platos colmados de carne roja con chile, escudillas de frijoles, montones de tortillas frías, y seis botellas de champaña Monopole. El semblante de Carmen no era saludable; su dieta alimenticia, quizá, le daba un aire de estupidez; pero la cara descolorida, blanca y el pelo rojo de Beatriz, cortado a la Buster Brown, le daban una especie de alegría maliciosa. Era mexicana, pero hablaba un inglés de los barrios bajos de Nueva York, sin acento extranjero. Saltando de la mesa, se puso a bailar en derredor, tirando de los cabellos a los comensales.

-Hola, gringo condenado.

Y se rió de mí.

- ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Vas a ser el recipiente de una bala si no tienes cuidado!

Un joven mexicano malhumorado, ya un poco ebrio, le dijo, furioso, en español:

- ¡No le hables! ¿Entiendes? ¡Le diré a Trinidad que invitaste al gringo que entrara a almorzar, y te hará fusilar!

Beatriz echó su cabeza para atrás y se rió a carcajadas.

- ¿Oyeron lo que dijo? ¡Cree que soy de su propiedad, porque estuvo una vez conmigo en Juárez ...! ¡Dios mío! -prosiguió-. ¡Qué divertido se antoja el viajar por ferrocarril y no tener que comprar boleto!

- Mira, Beatriz -la interpelé-, pudiera ser que las cosas no salieran bien más allá. ¿Qué harías si nos pegaran?

- ¿Quién, yo? -exclamó-. ¡Vaya, creo que no tardaría en hacer amigos entre los federales! ¡Soy buena para hacer mezclas!

- ¿Qué estás diciendo? ¿Qué dices? -preguntaron los otros en español.

Con el más perfecto descaro, Beatriz les hizo la traducción de lo dicho. Y en medio del tumultuoso escándalo que siguió, me escabullí ...

CAPÍTULO III

La primera sangre

El tren del agua salió primero. Yo iba en el botaganado de la máquina, el que ya me encontré ocupado permanentemente por dos mujeres y cinco criaturas. Habían hecho una pequeña fogata con ramas de mezquite en la estrecha plataforma de hierro, para hacer las tortillas; flotaba sobre sus cabezas un tendido de ropa, que se secaba con el aire agitado que salía de la caldera ...

Era un hermoso día, un sol tibio alternaba con grandes nubes blancas. El ejército se movilizaba hacia el Sur en dos gruesas columnas; una a cada lado del tren. Flotaba una inmensa nube de polvo sobre ellas; hasta donde la vista podía alcanzar, caminaban pequeños grupos de jinetes rezagados, poco a poco, apareciendo de vez en cuando una gran bandera mexicana. De los trenes, que se movían lentamente, salían columnas de humo a cortos intervalos, decreciendo hasta que en el Norte del horizonte sólo quedaba una mancha vaporosa.

Me fui al vagón del conductor para tomar agua, encontrando a éste echado en su litera leyendo la Biblia. Estaba tan absorto y divertido, que no se dio cuenta de mi presencia durante un buen rato. Cuando lo hizo, exclamó encantado:

- Oiga, encontré una gran historia sobre un mozo que se llamaba Sansón, que era muy hombre, y su mujer. Ella era española, creo, por la mala partida que le jugó. ¡Empezó siendo un buen revolucionario, un maderista, pero ella lo convirtió en un pelón!

Pelón quiere decir, literalmente, cabeza rapada y es el término de la jerga aplicado a un soldado federal, porque ese ejército se reclutaba, en su mayor parte, entre gente de las prisiones.

Había mucha excitación en el tren. Nuestra avanzada de guardia, con su telegrafista de campaña, había salido de Conejos la noche anterior, a causa de lo cual se había derramado la primera sangre de la campaña; fueron sorprendidos y eliminados atrás de una saliente de la montaña que está al oriente, unos cuantos colorados que exploraban al norte de Bermejillo. El telegrafista, además, tenía otras noticias. Conectó otra vez con el alambre federal y envió un mensaje al comandante federal de Torreón, firmado con el nombre del capitán muerto y solicitando órdenes, en virtud de que parecía se acercaba una gran fuerza rebelde del Norte. El general Velasco contestó que el capitán debía sostenerse en Conejos y mandar avanzadas para descubrir el número de hombres que tenía

la fuerza citada. Al mismo tiempo, el telegrafista había oído un mensaje de Argumedo, que tenía el mando federal en Mapimí, diciendo que ¡todo el norte de México estaba avanzando sobre Torreón, junto con el ejército gringo!

Conejos era exactamente lo mismo que Yermo, con la única diferencia de que no tenía tanque de agua. Salieron casi enseguida mil hombres a caballo, a la cabeza de los cuales iba el anciano general Rosalío Hernández, el de la barba blanca, siguiéndolos el tren de reparaciones hasta unos cuantos kilómetros del ferrocarril, en un lugar donde los federales habían quemado dos puentes unos meses antes. Afuera, más allá del último pequeño vivac del inmenso ejército, se extendía en derredor nuestro el desierto, que dormía silencioso entre sus oleadas caliginosas. No soplaban viento. Los hombres se reunían con sus mujeres en los carros plataforma; aparecieron las guitarras, oyéndose toda la noche centenares de voces que cantaban, procedentes de los trenes.

A la mañana siguiente fui a ver a Villa a su carro. Era un vagón rojo, con cortinas de saraza en las ventanas; el famoso y reducido carro que Villa ha usado en todas sus andanzas desde la caída de Juárez. Estaba dividido por tabiques en dos cuartos, la cocina y la recámara del general. Esta pequeña habitación, de poco más de tres por siete metros, era el corazón del ejército constitucionalista. Allí, donde había escasamente espacio para los quince generales que se reunían, se celebraban todas las juntas de guerra. En dichas juntas se discutían las cuestiones vitales inmediatas de la campaña; los generales decidían lo que debía hacerse, pero Villa daba entonces las órdenes que más le convenían. Estaba pintado de un gris oscuro. En las paredes había fotografías de mujeres artistas en posturas teatrales; un gran retrato de Carranza, uno de Fierro y el del mismo Villa.

Dos literas doble ancho de madera plegadas contra la pared, en una de las cuales dormía Villa y el general Ángeles; en la otra, José Rodríguez y el doctor Raschbaum, médico de cabecera de Villa. Era todo ...

- ¿Qué desea, amigo? -dijo Villa, sentándose al extremo de la litera, en paños menores color azul. Los soldados que holgazaneaban en torno, indolentes, me hicieron un sitio.

- Quiero un caballo, mi general.

- ¡Caray! ¡Nuestro amigo, aquí, quiere un caballo! -sonrió Villa sarcásticamente, entre un diluvio de carcajadas de los otros-. ¡Vaya, ustedes los corresponsales, pedirán la próxima vez un automóvil! Oiga, señor reportero: ¿sabe usted que cerca de mil de mis hombres no tienen caballo? Aquí está el tren. ¿Para qué quiere usted un caballo?

- Porque así puedo ir con las avanzadas.

- No -sonrió-. Hay demasiados balazos; vuelan demasiadas balas en las avanzadas ...

Se vestía rápidamente mientras hablaba, a la vez que tomaba tragos de café, de una sucia cafetera que tenía a su lado. Alguno le dio su espada con empuñadura de oro.

- ¡No! -dijo desdeñosamente-. Este será un combate, no una parada militar. ¡Déme mi rifle!

De pie en la puerta de su carro, miró pensativo durante un momento las largas hileras de jinetes, pintorescos, con sus cartucheras cruzadas y su variado equipo. Dio entonces unas cuantas órdenes rápidamente y montó en un hermoso semental.

- ¡Vamonos! -gritó Villa. Las cornetas resonaron triturantes y un repiqueteo argentífero, domeñado, seco, repercutió al formarse las compañías y salir trotando hacia el Sur, entre el polvo ...

De esa manera desapareció el ejército. Durante el día nos pareció oír un cañoneo del Sudoeste, de donde se decía que bajaría Urbina de las montañas para atacar a Mapimí. Ya entrada la tarde, llegaron noticias de la captura de Bermejillo, y un correo de Benavides dijo que éste había tomado Tlahualilo.

Nosotros teníamos una impaciencia febril por salir. Al caer la tarde, el señor Calzada anunció que el tren de reparaciones saldría dentro de una hora; de modo que agarré una cobija y caminé cerca de un kilómetro hacia adelante de la hilera de trenes para tomarlo.

CAPÍTULO IV

En el carro del cañón El niño

El primer carro del tren de reparaciones era un carro plataforma blindado de acero, sobre el cual iba emplazado el famoso cañón constitucionalista El Niño, con un armón abierto detrás, lleno de granadas. Le seguía un carro blindado lleno de soldados, después un carro de railes de acero, y cuatro más cargados con durmientes de ferrocarril. Venía en seguida la locomotora, el maquinista y el fogonero con sus cartucheras colgando y sus rifles en la mano. Seguían después dos o tres carros-caja con soldados y sus mujeres. Era una empresa peligrosa. Se sabía que estaba una gran fuerza federal en Mapimí; la región tenía enjambres de sus avanzadas por todas partes. Nuestro ejército ya iba muy adelante, con excepción de los quinientos hombres que custodiaban los trenes en Conejos. Si el enemigo podía capturar o destruir el tren de reparaciones, el ejército quedaría cortado, sin agua, alimentos ni municiones. Íbamos en la oscuridad. Estaba sentado sobre la recámara de El Niño, charlando con el capitán Diar, comandante del cañón, mientras él aceitaba la cerraja de su querida pieza y se rizaba los parados mostachos. Oí un ruido curioso, como un crujido que se tratara de evitar: era en el cubil blindado detrás del cañón, donde dormía el capitán.

-¿Qué es eso?

- ¿Eh? -contestó nervioso-. ¡Oh, nada, nada!

Al mismo tiempo salía una india joven, con una botella en la mano. No tenía seguramente más de diecisiete años y era muy agradable. El capitán me fulminó con una mirada y, súbitamente, me volvió la espalda.

- ¿Qué haces aquí? -le gritó colérico-. ¿Por qué vienes aquí?

- Creí que querías tomar un trago -balbuceó.

Percibí que estaba sobrando allí y pedí una disculpa. Apenas si me hicieron caso. Pero al subir por la parte de atrás al carro, no pude evitar el detenerme y escuchar. Se habían vuelto al cubil; ella estaba llorando.

- ¿No te he dicho -rugió el capitán-, que no te presentes cuando haya extraños aquí? No quiero que te estén mirando todos los hombres de México ...

Me puse de pie sobre el techo del carro de acero que se mecía al avanzar, aun yendo despacio, hacia adelante. Al frente, tendidos boca abajo en el otro extremo de la plataforma, iban dos hombres con linterna, examinando cada metro de vía, buscando alambres que podían significar minas plantadas para volarnos. Debajo, a mis pies, estaban comiendo los soldados y las mujeres, alrededor de fogatas que ardían en el suelo. Por las aspilleras del carro escapaban humo y risas ... Se veían otros fuegos detrás, en torno a los cuales estaban acucilladas personas desarrapadas, en los techos de los carros. Arriba, en el cielo sin nubes, brillaban las estrellas. Hacía frío. Después de una hora de camino, llegamos a un tramo de vía destrozada. El tren se detuvo con una sacudida, la locomotora silbó y pasaron rápidamente varias antorchas y linternas. Vinieron unos hombres corriendo. Las luces se juntaron estrechamente, mientras el sobreestante examinaba el desperfecto. Surgió un fuego, después otro, en la maleza. Los soldados de la guardia del tren, dispersos en derredor, arrastraban sus rifles y formaban vallas impenetrables en torno a las hogueras. Sonaban las herramientas y el típico grito de los obreros: ¡Ahora!, descargando rieles de la plataforma. Pasaban trabajadores en fila con un riel sobre sus hombros; después otros con durmientes. Se congregaron cuatrocientos hombres en el sitio de la reparación, trabajando con extraordinaria energía y buen humor, hasta que los gritos de las cuadrillas poniendo rieles y durmientes, así como los golpes de los machos martilleando los pernos, se confundieron en un estruendo continuo y ensordecedor. Era una vieja fechoría, probablemente de un año atrás, hecha cuando los mismos constitucionalistas iban retrocediendo al Norte ante las fuerzas del ejército federal al mando de Mercado; no obstante, todo se arregló en una hora.

Después, otra vez y otra. Ya un puente quemado, tramos de diversos tamaños, treinta o cuarenta metros de vía levantada, retorcida como guías de parras por una cadena y una locomotora. Avanzamos lentamente. En un gran puente, en cuya reparación se emplearon dos horas, hice una pequeña fogata para calentarme. Calzada pasó y me saludó.

- Tenemos allá adelante un carro de mano -me dijo-, y vamos allá a ver a los muertos. ¿Quiere venir?

- ¿Cuáles muertos?

- Escuche: esta mañana mandaron una avanzadilla de ocho rurales de Bennejillo. Lo supimos por el alambre del telégrafo e informamos, en el flanco izquierdo, a Benavides, quien mandó un pelotón para tomarlos por la retaguardia, empujándolos al Norte, por una carretera de diez kilómetros, hasta que fueron a chocar con nuestra fuerza principal, sin dejar a uno vivo. Están regados en todo ese trecho, allí donde fueron cayendo.

Un momento después íbamos veloces rumbo al Sur en el carro de mano. A nuestros lados, derecho e izquierdo, iban dos sujetos silenciosos que parecían sombras a caballo;

eran guardias de caballería, con sus rifles listos bajo el brazo. Pronto dejamos las hogueras y los resplandores del tren; nos envolvió y absorbió el vasto y callado desierto.

- Sí -dijo Calzada-, los rurales son bravos. Son muy hombres. Los rurales son los mejores combatientes que jamás hayan tenido Díaz y Huerta. No traicionan a la Revolución. Siempre son fieles al gobierno establecido, porque son la policía.

Hacía un frío atroz. Ninguno de nosotros hablaba mucho.

- Nosotros vamos delante del tren en la noche -dijo el soldado que iba a la izquierda-, de modo que si hay alguna bomba de dinamita debajo ...

- La podemos descubrir y desenterrar, echándole agua, ¡caramba! -dijo el otro sarcásticamente. Los otros se rieron.

Empecé a pensar en lo anterior, y me dio escalofríos. La quietud mortal del desierto semejaba un secreto que se quiere conocer. No se veía a cuatro metros de la vía.

- ¡Oiga! -gritó uno de los jinetes-. Es aquí precisamente donde estaba uno.

Rechinaron los frenos y saltamos, dando tumbos, hacia abajo del empinado terraplén; la luz de nuestras linternas saltaba adelante. Había algo amontonado al pie de un poste telegráfico, algo infinitamente pequeño y astroso, parecía una pila de trapos viejos. El rural estaba tirado boca arriba, torcido a un lado de las caderas. Los aprovechados rebeldes lo habían despojado de todo lo de valor: zapatos, sombrero, ropa interior. Le habían dejado la andrajosa chaqueta con sus empañados galones de plata, porque tenía siete agujeros de bala, y los pantalones, porque estaban tintos en sangre. Indudablemente era más grande en vida; ¡la muerte encoge tanto ...! Una barba roja, áspera, hacía grotesca la palidez de su rostro, hasta que se notaba que debajo de ésta, de la suciedad y las largas líneas de sudor por la terrible lucha y la carrera a caballo, su boca estaba serena y dulcemente abierta como si durmiera. Le habían volado la tapa de los sesos.

- ¡Caray! -dijo un guardia-. ¡Vaya un tiro para el sucio tipo! ¡Le atravesó precisamente la cabeza!

Los otros se echaron a reír.

- Escucha: no vayas a creer que ese tiro se lo dieron peleando, ¿o lo crees así, pendejo? -le gritó su compañero-. No; siempre dan una vuelta y regresan después para asegurarlos.

- ¡Apresúrense! Ya encontré al otro -gritó una voz desde la oscuridad.

Podíamos reconstruir la última lucha de este infeliz. Se había tirado de su caballo, ya herido, porque había sangre en el suelo dentro de un arroyito seco. Se podía ver aún el sitio donde estuvo su caballo, mientras le ponía otros cartuchos a su mauser con manos febriles, y corría azorado, primero para atrás, de donde llegaban sus perseguidores corriendo y lanzando gritos salvajes, y luego hacia el norte, de donde venían centenares y centenares de jinetes sedientos de sangre, con el demonio de Pancho Villa a la cabeza. Debe haber peleado bastante tiempo, tal vez hasta que lo rodearon completamente bajo una cortina de balas, porque encontramos cientos de cartuchos quemados. Y después, cuando disparó el último tiro, hizo una salida precipitada hacia el Oriente, tocado a cada paso por las balas; se ocultó un momento bajo el puente ferroviario y corrió al desierto, afuera, donde cayó. Tenía veinte heridas de bala en el cuerpo. Le quitaron todo, menos las ropas interiores. Yacía extendido, en una actitud de acción desesperada: tensos los

músculos, un puño cerrado, entre la arena, como si estuviera lanzando un golpe; en su cara se veía la más feroz y regocijada sonrisa. Fuerte, salvaje, hasta que, visto más de cerca y observando el rasgo sutil de debilidad que la muerte imprime a la vida, resaltaba una expresión delicada de

imbecilidad sobre todo él. Le habían dado tres tiros en la cabeza, ¡qué exasperados deben de haber estado!

Una vez más, nos seguimos arrastrando hacia el Sur, al través de la noche fría ...

Unos cuantos kilómetros, y otro puente dinamitado, o un tramo de vía destrozado. En lo alto, las antorchas que danzaban, las grandes fogatas que saltaban del desierto, los cuatrocientos hombres que, indómitos, salían y se volcaban furiosamente sobre un trabajo ... Villa había ordenado darse prisa ...

Como a las dos de la mañana tropecé con dos soldaderas acucilladas en torno de una hoguera; les pregunté si podían darme tortillas y café. Una era india, ya vieja, con el pelo cano y una sonrisa perpetua; la otra, una muchacha delgada, menor de veinte años, que amamantaba a un niño de cuatro meses. Estaban encaramadas en la extremidad de un carro-plataforma; habían hecho su fuego sobre un montón de arena, debido a los saltos y bamboleos del tren. A su alrededor, de espaldas, con los pies sobresaliendo aquí y allá, había una gran masa desordenada de seres humanos que dormían y roncaban. El resto del tren, a estas horas, iba a oscuras; era el único pedacito de luz y calor en la noche. Entablamos conversación mientras yo comía a bocados mi tortilla y la vieja sacaba con sus dedos una brasa ardiendo para encender su cigarrillo de hoja de maíz, imaginando dónde estaría esta noche la brigada de su Pablo; y la muchacha daba de comer y canturreaba a su hijo, con sus aretes azules de esmalte balanceándose en las orejas.

- ¡Ah!, qué vida ésta para nosotras las viejas -dijo la muchacha-. ¡Adió!; pero seguimos a nuestros hombres en la campaña, para no saber después si están vivos o muertos. Me acuerdo bien cuando Filadelfo me llamó una mañana, antes de amanecer -vivíamos en Pachuca- y me dijo: ¡Ven, vamos a pelear porque hoy asesinaron al buen Pancho Madero! Nosotros nos amábamos solamente hacía ocho meses; nuestro primer niño no había nacido todavía ... Todos creíamos que la paz había llegado de fijo para México. Filadelfo ensilló el burro y salimos a la calle cuando apenas empezaba a amanecer; llegamos al campo donde todavía no iniciaban sus labores los labriegos. Y yo dije: ¿Por qué debo ir también? Él contestó: ¿Tengo que morir de hambre entonces? ¿Quién me hará las tortillas si no es mi mujer? Tardamos tres meses en llegar al Norte; yo estaba enferma y el niño nació en un desierto, igual que aquí; murió porque no teníamos agua. Esto ocurrió cuando Villa salió al Norte, después de haber tomado Torreón.

La vieja la interrumpió:

- Todo eso es cierto. Vamos tan lejos y sufrimos tanto por nuestros hombres, para luego ser tratadas bárbaramente por los estúpidos animales de los generales. Yo soy de San Luis Potosí, mi hombre era de la artillería federal cuando Mercado vino al Norte. Hicimos todo el camino hasta Chihuahua; el viejo imbécil de Mercado, gruñendo siempre por el transporte de las viejas. Dio órdenes para que saliera su ejército al Norte para atacar a Villa en Juárez, prohibiendo que fueran las mujeres. ¿Es así como vas a proceder, desgraciado? -me dije-. Pero entonces evacuó Chihuahua y corrió llevándose a mi hombre para Ojinaga. Me quedé en Chihuahua y conseguí otro hombre del ejército ma-

derista cuando entró. Uno fino, apuesto y joven también, mucho mejor que Juan. No soy mujer para dejarme pisotear de nadie.

- ¿Cuánto es por las tortillas y el café? -pregunté.

- Lo que usted quiera -dijo la joven débilmente.

Les di un peso. La vieja estalló en un torrente de oraciones:

- ¡Dios y su Santa Madre, el Santo Niño y Nuestra Señora de Guadalupe nos han enviado el forastero esta noche! No teníamos ni un centavo con qué comprar café y harina ...

Noté, de pronto, que palidecía la luz de nuestra fogata, dándome cuenta, sorprendido, de que estaba amaneciendo. Llegó corriendo un hombre a lo largo del tren; venía del frente, gritando algo ininteligible, mientras que menudeaban los gritos y risas a su paso. Los que dormían levantaron, curiosos, la cabeza queriendo saber de qué se trataba. En un momento nuestro carro inanimado volvió a la vida. El hombre pasó, gritando todavía algo acerca de padre; su cara alborozada por alguna broma tremenda.

- ¿Qué sucede? -pregunté.

- ¡Oh! -exclamó la vieja-. ¡Su mujer en el carro de adelante, que acaba de tener un niño!

Se miraron una a la otra, asombradas. Seguramente habían pensado que yo era uno de los tantos soldados, sin blanca, que se atestaban en el tren.

Bermejillo estaba precisamente frente a nosotros, con sus casas de adobe, enyesadas de blanco, azul y color de rosa, tan delicadas y vaporosas como una aldea de porcelana. Por el Oriente, cruzando el desierto, todavía sin polvo, venía entrando al poblado una pequeña hilera de jinetes consumados, con una bandera verde, blanca y roja que ondeaba sobre sus cabezas ...

CAPÍTULO V

A las puertas de Gómez Palacio

Habíamos tomado Bermejillo la tarde del día anterior. El ejército irrumpió en un galope furioso cinco kilómetros al norte del poblado, entrando por allí a toda carrera, arrollando a la sorprendida guarnición, que se desbandaba hacia el Sur. Fue una pelea que se prolongó más de ocho kilómetros, hasta la hacienda de Santa Clara, matándose ciento seis colorados. Pocas horas después se avistó a Urbina arriba de Mapimí. Entonces los ochocientos colorados que estaban allí, informados de las asombrosas noticias de que todo un ejército constitucionalista lo estaba flanqueando a su derecha, evacuaron la plaza y huyeron precipitadamente a Torreón. En toda la campaña circunvecina los federales, aturdidos, se retiraban llenos de miedo hacia la ciudad.

Ya entrada la tarde vino por la vía angosta, del rumbo de Mapimí, un trencito de volteo, del que salían los sonoros acordes de una orquesta de cuerda de diez ejecutantes, que tocaban Recuerdos de Durango, a cuyo compás había yo bailado con frecuencia, junto con la tropa. Los techos, las puertas y las ventanas estaban atestadas de gente que cantaba y marcaba el compás de la música con los pies, en tanto que los rifles disparaban al aire saludando su entrada a la ciudad. Este curioso cargamento desembarcó en la estación, saliendo entre ellos ¡nada menos que Patricio, el valiente cochero del general Urbina, a cuyo lado tantas veces había yo viajado y bailado! Me echó los brazos al cuello gritando:

- ¡Juanito! ¡Aquí esta Juanito, mi general!

Nos preguntamos y contestamos recíprocamente en pocos minutos un millón de cosas. ¿Iba yo a la batalla de Torreón? ¿Sabía yo del paradero de don Petronilo? ¿Y de Pablo Sáenz? ¿Y de Rafaelito? Y cuando conversábamos así, alguien gritó:

-¡Viva Urbina!

El mismo general, el héroe, corazón de león, de Durango, se puso de pie en lo alto de los escalones. Estaba cojo, se apoyaba en dos soldados. Tenía un rifle en una mano -un Springfield viejo, de desecho, con las miras bajas y llevaba una cartuchera doble en la cintura. Permaneció allí un instante, sin expresión en absoluto, taladrándome con sus ojillos duros, inquisitivos. Creí que no me había reconocido, pero de pronto, grito súbitamente con voz chillona:

- ¡Ésa no es la cámara que usted tenía! ¿Dónde está la otra?

Estaba a punto de contestarle, cuando prorrumpió:

-Ya sé. La dejó en La Cadena. ¿Corrió usted muy de prisa?

- Sí, mi general.

-¿Y viene usted a Torreón para correr otra vez?

-Cuando eché a correr de La Cadena -le hice notar, molesto-, ya don Petronilo y las tropas iban a más de un kilómetro adelante.

No contestó, pero bajó cojeando por los escalones del carro, mientras que se oía un alarido de risas de los soldados. Llegando hasta mí, puso la mano sobre mi hombro y me dio una palmadita en la espalda.

-Me alegro de verlo, compañero ... -dijo.

Habían empezado a llegar, por el desierto, los heridos rezagados de la batalla de Tlahualilo, al tren hospital, que estaba lejos, casi al principio de la fila de trenes. Sobre la superficie de la árida llanura, hasta donde podía verse, había solamente tres cosas con vida: un hombre sin sombrero, cojeando, con la cabeza atada con un trapo sanguinolento; otro, tambaleándose junto a su caballo, también vacilante, y muy atrás, una mula sobre la cual iban dos individuos vendados. Y en medio de la saliente y calurosa noche, oíamos desde nuestro carro los quejidos y los gritos de los que sufrían.

En la mañana del domingo estábamos otra vez sobre El Niño, a la cabeza del tren de reparaciones, que se movía lentamente en la vía delante del ejército. El Chavalito, otro cañón montado en la plataforma, iba acoplado detrás; después venían dos carros blinda-

dos y luego los carros de trabajo. Ahora no había mujeres. El ejército tenía un aire diferente, avanzaba serpeando en dos grandes columnas, una a cada lado nuestro; había pocas risas o gritos. Ahora ya estábamos cerca, solamente a doce kilómetros de Gómez Palacio; y nadie sabía lo que habían planeado los federales. Era increíble que nos dejaran acercar tanto sin hacer alguna resistencia. Al sur de Bennejillo entramos inmediatamente en un nuevo paisaje. Después del desierto veíamos ahora campos bordeados con canales para irrigación, a lo largo de los cuales crecían inmensos álamos verdes, gigantes columnas de frescura después de la calcinada desolación que acabábamos de pasar. Aquí eran campos de algodón cuyas borlas blancas, sin pizcar, se pudrían en sus tallos o maizales con escasas hojas verdes, que apenas se veían. En los grandes canales corría ligero un buen volumen de agua a la sombra. Los pájaros cantaban. Las infecundas montañas occidentales se aproximaban más, a medida que avanzábamos al Sur. Era tiempo de verano: cálido, húmedo, tal como el de nuestro hogar. Sobre nuestra izquierda había una planta despepitadora abandonada; centenares de pacas blancas tumbadas al sol, así como deslumbrantes pilas de semillas de algodón, que estaban tal y como las habían amontonado los trabajadores meses antes ...

Las compactas columnas del ejército hicieron alto en Santa Clara, y empezaron a desfilar a derecha e izquierda; algunas filas ligeras de soldados sofocados por el sol iban despacio; se refugiaban bajo la sombra de los grandes árboles, hasta que fueron desplegados en un gran frente los seis mil hombres, a la derecha, sobre sementeras y cruzando los canales, más allá del último campo cultivado; y a la izquierda, al través del desierto, hasta la misma base de las montañas, sobre la lisura de todo el terreno plano. Sonaron los clarines, unos desde lejos y otros cerca, y el ejército avanzó en una sola y poderosa línea sobre toda la región. Por encima de sus cabezas se levantaba una esplendente columna de polvo dorado, que tenía más de ocho kilómetros de anchura. Ondeaban las banderas. En el centro, alineado también, venía el carro del cañón, y a su lado marchaba Villa con su Estado Mayor. En los pequeños poblados a lo largo del camino, los pacíficos, con sus sombreros altos y blusas blancas, observaban maravillados y silenciosos el paso de los extraños huéspedes. Un viejo pastor arreó sus cabras para su casa. La ola espumante de soldados se le echó encima, gritando, por una mera travesura, para que las cabras corrieran en diversas direcciones. Kilómetro y medio de ejército se reía a grandes gritos, mientras las cabras, asustadas, levantaban una gran polvareda con sus mil pezuñas al huir. En el poblado de Brittingham hizo alto la enorme columna, mientras Villa y su Estado Mayor galopaban hacia unos peones, que observaban desde sus pequeños terrenos.

¡Oyes! -dijo Villa-. ¿Han pasado algunas tropas por aquí últimamente?

¡Sí, señor! -contestaron varios a la vez-. Algunos de la gente de don Carlos Argumedo pasaron ayer muy de prisa.

¡Hum! -meditó Villa-. ¿Han visto a ese bandido de Pancho Villa por aquí?

-¡No, señor! -contestaron a coro.

¡Bien, ése es el individuo a quien yo busco! ¡Si pesco a ese diablo, le irá mal!

¡Le deseamos que tenga éxito! -le gritaron los pacíficos con toda urbanidad.

-¿Ustedes nunca lo han visto, o sí?

¡No, ni lo pennita Dios! -dijeron fervorosamente.

¡Bueno! -sonrió Villa-. ¡En lo sucesivo, cuando la gente les pregunte si lo conocen, tendrán que admitir el vergonzoso hecho! ¡Yo soy Pancho Villa! -y diciendo eso espoleó su caballo, seguido de todo el ejército ...

CAPÍTULO VI

Aparecen otra vez los compañeros

Tal había sido la sorpresa de los federales y habían huido con tanta precipitación, que las vías ferroviarias estaban intactas en muchos kilómetros. Pero ya cerca del mediodía empezamos a encontrar pequeños puentes quemados, humeando todavía, así como postes de telégrafo cortados con hacha, actos destructivos mal y apresuradamente realizados, de modo que eran fácilmente reparables. Pero el ejército ya iba lejos, adelante. Al caer la tarde, como a trece kilómetros de Gómez Palacio, llegamos a un lugar donde estaban levantados ocho kilómetros de vía. En nuestro tren no había alimentos; sólo teníamos una manta para cada uno, y hacía frío. La cuadrilla de reparaciones empezó a trabajar, bajo el resplandor de las antorchas y fogatas. Gritos y martilleo sobre el acero, golpes amortiguados de los durmientes que caían ... Era una noche

oscura, había pocas estrellas, medio apagadas. Nos habíamos instalado en torno a una fogata, hablando, soñolientos, cuando de pronto el aire se estremeció con un sonido extraño, más pesado que el de los martillos y más hondo que el del viento. Resonaba y hacía enmudecer. Después vino un redoble persistente, como de tambores lejanos y, en seguida, la conmoción. ¡El estruendo! Los martillos quedaron inmóviles, las voces callaron, estábamos helados ... En alguna parte, fuera del alcance visual, en la oscuridad -había tal calma que el aire transportaba todos los sonidos- Villa y su ejército se habían arrojado sobre Gómez Palacio; la batalla había empezado. El sonido se agudizó, persistente y lento, hasta que los estampidos de los cañones se confundían uno con otro, y el fuego de fusilería sonaba como lluvia de acero ...

- ¡Ándele! -gritó una voz áspera desde el techo de un carro con un cañón-. ¿Qué están haciendo? ¡Éntrenle a la vía! ¡Pancho Villa está esperando los trenes!

Se arrojaron furibundos a la obra cuatrocientos fanáticos.

Recuerdo cómo suplicamos al coronel comandante que nos permitiera ir al frente. No quiso. Las órdenes eran estrictas: nadie podía salir de los trenes. Le rogamos, le ofrecimos dinero, casi nos arrodillamos ante él. Al fin se ablandó un poco.

- A las tres en punto -dijo-, daré a ustedes el santo y seña y les permitiré irse.

Nos enroscamos desalentados en torno a una pequeña hoguera que teníamos, tratando de dormir o, por lo menos, de calentarnos. Alrededor nuestro y adelante, danzaban los hombres a lo largo de la vía destruida; cada media hora, más o menos, avanzaba el tren unos treinta metros y se detenía otra vez. La reparación no era difícil; los rieles estaban intactos. Se usaba un carro de auxilio, al cual se ataba una cadena con el riel a la derecha y se arrancaba de su sitio con todo y durmientes hechos pedazos. Pero encima de todo siempre se oía el monótono e inquietante sonido de la batalla, que se filtraba a través de la oscuridad, más allá. Era fatigoso oír siempre lo mismo, aquel sonido; y, sin embargo, yo no podía dormir ...

Cerca de la medianoche llegó galopando un soldado de las avanzadas, a la retaguardia de los trenes, para informar que a una gran fuerza de caballería, que venía del Norte, se le había marcado el alto, pero decían que era la gente de Urbina que venía de Mapimí. El coronel no sabía de ninguna fuerza de tropa que fuera a pasar a esa hora de la noche. En un minuto todo era frenesí de preparativos. Por acuerdo del coronel salieron al galope veinticinco hombres, como locos, para la retaguardia, con instrucciones de detener a los recién llegados durante quince minutos si eran constitucionalistas; pero si no eran, detenerlos a toda costa, lo más que fuera posible. Los obreros fueron llevados al tren rápidamente y les dieron sus rifles. Se apagaron todas las fogatas y luces, menos diez. Nuestra guardia de doscientos hombres se deslizó sin ruido entre la espesura del chaparral, cargando sus rifles al caminar. El coronel y cinco de sus hombres tomaron sus puestos a cada lado de la vía, desarmados, con antorchas levantadas sobre sus cabezas. Entonces empezó a salir de la negra oscuridad la cabeza de la columna. Estaba formada por hombres distintos a los bien vestidos, comidos y equipados del ejército de Villa. Eran hombres escuálidos, harapientos, arrebujados en sarapes descoloridos, hechos jirones, sin zapatos, tocados con sombreros pesados, típicamente del campo. Colgaban, enrolladas en sus sillas, duras reatas de lazar. Sus cabalgaduras eran flacas, caballitos medio salvajes de las montañas de Durango. Caminaban adustos, desdeñosos. No sabían el santo y seña ni les importaba saberlo. Cantaban, al avanzar, las monótonas y anticuadas melodías que componen y cantan los peones para sí cuidando el ganado por la noche en las enormes planicies de las tierras altas del Norte.

De pronto, cuando estaba yo de pie a la orilla de la línea alumbrada, vi un caballo que pasaba sentándose sobre sus patas traseras y oí una voz que gritaba:

- ¡Hola, Míster!

El sarape que lo cubría voló por el aire; el hombre saltó del caballo, y acto seguido me abrazaba Isidro Amaya. Detrás de él se oyó un diluvio de gritos:

- ¡Qué tal, Míster! ¡Oh, Juanito, cuánto nos alegramos de verte! ¿Dónde has estado? ¡Dijeron que te habían matado en La Cadena! ¿Corriste de prisa ante los colorados? ¿Mucho susto, eh?

Echaron pie a tierra, agrupándose en derredor; llegaron cincuenta hombres a la vez para darme palmaditas en la espalda; ¡todos mis amigos más queridos en México, los compañeros de la tropa en La Cadena!

De la enorme hilera de hombres bloqueados en la oscuridad, se levantó una gritería en coro:

- ¡Vámonos! ¿Qué sucede? ¡Aprisa! ¡No podemos estar aquí toda la noche!

Y los otros contestaron gritando:

- ¡Aquí está el Míster! ¡Aquí está el gringo de quien contábamos que bailó en La Zarca!
¡El que estaba en La Cadena!

Entonces los otros avanzaron, agolpándose también, hacia adelante.

Eran mil doscientos en total. Silenciosos, adustos, ansiosos, olfateaban el combate más adelante, desfilaban ante la línea doble de antorchas que alumbraban en alto. A uno de cada diez hombres lo había conocido antes. Al pasar, el coronel les gritaba:

- ¿Cuál es la contraseña? ¡Levanten hacia arriba el ala de sus sombreros por delante!
¿No saben la contraseña?

Enronquecido, exasperado, se desgañitaba gritándoles. Pasaban serena y altivamente, sin prestarle la menor atención.

- ¡Al diablo con su contraseña! -gritaron en masa, riéndose de él-. ¡No necesitamos ninguna contraseña! ¡Sabrán bastante bien de qué lado estamos cuando empecemos a pelear!

Estuvieron pasando despacio durante horas; desvaneciéndose, así lo parecía, en la oscuridad; sus caballos volvían las cabezas, nerviosos, para oír el estampido lejano de los cañones; los hombres, con los ojos fijos adelante, en las tinieblas, avanzaban para entrar en combate, con sus viejos rifles Springfield, que habían servido durante tres años, con su escasa dotación de diez cartuchos para cada uno. Y, cuando todos habían entrado a la batalla, pareció que ésta se aceleraba adquiriendo nueva vida ...

CAPÍTULO VII

Amanecer sangriento

El continuo estruendo de la batalla se escuchó toda la noche. Las antorchas danzaban, los railes resonaban, los mazos golpeaban los pernos, los hombres de las cuadrillas de reparaciones gritaban frenéticos mientras trabajaban. Eran más de las doce. Desde que habían llegado los trenes donde comenzaba la vía inutilizada, habíamos avanzado menos de un kilómetro. De vez en cuando llegaba un rezagado del grueso de las tropas de la hilera de trenes, apareciendo en la claridad con su rifle sesgado al hombro y desaparecido en la oscuridad hacia el delirio del estruendo en la dirección de Gómez Palacio. Los soldados de nuestra guardia, acucillados en torno a sus pequeñas hogueras en el campo, mitigaban su tensa expectación; tres de ellos cantaban una cancioncita en compás de marcha, que decía así:

No quiero ser porfirista, no quiero ser orozquista, ¡pero sí quiero ser voluntario en el ejército maderista!

Curiosos y excitados, recorrimos los trenes, arriba y abajo, preguntando a la gente lo que sabía y lo que pensaba. Yo nunca había oído un verdadero sonido destinado a matar gente; esto me hacía sentir un frenesí de curiosidad y excitación. Éramos como perros encerrados en un patio cuando hay un pleito de perros afuera. Al fin cedió el acceso y me sentí profundamente cansado. Caí en un sueño pesado sobre un pequeño borde abajo de la boca del cañón, donde los obreros tiraban sus llaves de tuercas, mazos y barretas cuando el tren avanzaba unos treinta metros, amontonándose ellos mismos allí, con sus gritos y payasadas.

Desperté al amanecer con la mano del coronel sobre el hombro; el frío se dejaba sentir.

- Ya puede irse -me dijo-. La seña es Zaragoza, y la contraseña, Guerrero. Nuestros soldados se reconocen por sus sombreros levantados al frente. ¡Que le vaya bien!

Hacía un frío terrible. Nos envolvimos en nuestras mantas como si fueran sarapes y cruzamos trabajosamente entre el vértigo de las cuadrillas de reparaciones que martilleaban sin cesar bajo las flamas oscilantes de las hogueras; pasamos frente a cinco hombres armados, que dormitaban alrededor de su fogata a la orilla de la oscuridad.

- ¿Salen para la batalla, compañeros? -gritó uno de las cuadrillas-. ¡Cuidense de las balas! -Con lo que se echaron a reír todos.

Los centinelas exclamaron:

- ¡Adiós! ¡No los maten a todos! ¡Dejen unos cuantos pelones para nosotros!

- Vámonos juntos -dijo, escudriñándonos-. En la oscuridad, tres son un ejército.

Caminamos dando traspies sobre la vía destrozada, sólo para conseguir verlo de cerca. Era un soldado algo regordete, con un rifle y una cartuchera medio vacía sobre el pecho. Expresó que acababa de traer a un herido del frente al tren hospital, y que regresaba para allá.

- Toquen esto -dijo, extendiendo el brazo. Estaba húmedo. No podíamos ver nada.

- Sangre -prosiguió sin inmutarse-. Su sangre. Era mi compadre, de la Brigada González Ortega. Él, como muchos, muchos otros, fue hoy en la noche allá; nos cortaron por la mitad.

Más allá de la última antorcha donde estaban desencajando la vía y echándola sobre los cimientos del camino, nos esperaba una figura tenebrosa.

Era lo primero que habíamos oído o pensado, acerca de los heridos. Escuchábamos el estruendo de la batalla, la que había continuado persistente, sin cesar, pero nosotros la habíamos olvidado; el estrépito era monstruoso, monótono. El fuego de rifle nos llegaba como si estuvieran rasgando una lona fuerte; el de cañón tronaba como un martinete clavando pilotes. Estábamos ahora solamente a cerca de diez kilómetros.

Salió de la oscuridad un grupito de hombres, cuatro llevando algo pesado e inerte en una manta que colgaba entre ellos. Nuestro guía levantó su rifle y marcó el alto, la contestación fue un quejido prolongado desde la manta.

Oiga, compadre -dijo uno de los camilleros, secamente-. ¿Dónde está el tren hospital?
¡Por el amor de la Virgen!

¡Válgame Dios! ¡Cómo podremos nosotros! ...

¡Agua! ¿Tienen un poco de agua?

Estaban parados con la manta tirante entre ellos; escurrían algo de ella; goteaba, goteaba, sobre las traviesas de la vía.

La pavorosa voz volvió a gemir:

-¡Qué beber! ...

Y cayó en una serie de quejumbres y estremecimientos. Dimos nuestras cantimploras a los camilleros, quienes silenciosa, bárbaramente, las vaciaron, sin acordarse del herido. Después, hoscos, siguieron en la oscuridad ...

Aparecieron otros, solos, o en pequeños grupos. Eran sombras vagas, sencillas, vacilantes, en la noche; parecían ebrios; eran hombres indescriptiblemente cansados. Uno se arrastraba entre dos que lo sujetaban; se detenía con los brazos al cuello de los otros. Un niño tambaleaba con el cuerpo inerte de su padre a la espalda. Pasó un caballo con la nariz pegada al suelo; colgaban atravesados de la silla dos cuerpos; caminaba detrás un hombre azotando al animal en el trasero, renegando a chillidos. Pasó, pero oíamos su voz aguda, disonante, mortal, del dolor postrero; un hombre, colgado de la silla de una mula, gritaba mecánicamente, a cada paso de la acémila. Junto a un canal de irrigación, debajo de dos enormes álamos, brillaba una pequeña fogata. Tres hombres dormían a pierna suelta, con sus cartucheras vacías, sobre el suelo disparejo; al lado del fuego estaba sentado un individuo que sostenía con ambas manos su pierna cerca del calor. Era una pierna perfecta hasta la rodilla, pero desde allí comenzaba una mezcla de trapos sanguinolentos, tiras de calzones y pedazos de carne. El hombre, sentado, simplemente la contemplaba. No se movió siquiera al acercarnos; sin embargo, su pecho se levantaba y caía con una respiración normal, y su boca estaba entreabierta, como si soñara en pleno día. Al lado del canal estaba otro arrodillado. Una bala de plomo le había perforado la mano entre los dos dedos de en medio, expandiéndose después hasta hacerle una profunda cavidad sangrienta interna. Había envuelto en su trapo un pedacito de madera que mojaba indiferente, en el agua, para medir la herida.

Pronto estuvimos cerca de la batalla. Apareció una luz débil, gris, en el oriente, a través de la vasta llanura plana. Los nobles álamos se erguían apretados en hileras gruesas, siguiendo los canales hacia occidente; abundaban los trinos de los pájaros. Iba aumentando el calor; se sentía el agradable olor de la tierra mojada, de la yerba y del maíz en desarrollo; un tranquilo amanecer de verano. Rompiendo la quietud, como una locura insensata, estalló el estrépito de la batalla. El histérico rechinar del fuego de rifle parecía llevar un continuo grito en voz baja, aunque al escucharse con atención, se esfumaba. El nervioso y mortífero tableteo de las ametralladoras, como el de un gigantesco picamaderos. El estampido del cañón, como el profundo resonar de las grandes campanas, y el silbido de sus granadas. ¡Bum! ¡Tras! ¡Juí-í-íe-e-a-a-a!

El enorme y cálido sol se hundió en el ocaso entre una neblina sutil de la tierra fértil; sobre las áridas montañas del Oriente comenzaban a culebrear las oleadas de calor.

La luz del sol iluminó los nacientes y verdes penachos de los altísimos álamos que orlaban el canal paralelo al ferrocarril a nuestra derecha. La arboleda terminaba allí; más allá, todo el muro de las áridas montañas se tornaba color de rosa, amontonándose cordillera sobre cordillera. Estábamos ahora, otra vez, en el estéril desierto, cubierto por numerosos y polvorientos mezquites. Con excepción de otra alameda que iba del oriente al occidente, cerca de la ciudad, no se veían otros árboles en toda la llanura, a no ser dos o tres desparramados a la derecha. Tan cerca estábamos ya, a menos de cuatro kilómetros de Gómez Palacio, que veíamos, siguiendo la vía levantada, hasta la propia ciudad, así como el depósito del agua, negro y redondo, atrás del cual estaba la Casa Redonda y al través de la vía, frente a ellos, las paredes bajas, de adobe, del Corral de Brittingham. Se levantaban a la izquierda las chimeneas, los edificios y los árboles de La Esperanza, la fábrica de jabón, rosa claro, tranquila, como una ciudad pequeña. Casi directamente, a la derecha de la vía del ferrocarril así parecía, el rígido y pedregoso pico del Cerro de la Pila, empinado hasta la cumbre que lo coronaba, asiento del depósito del agua, y que se extiende en declive hacia el Occidente, en una serie de picos más pequeños, una serranía difícil de más de kilómetro y medio de largo. La mayor parte de Gómez Palacio se extiende atrás del cerro, y hacia la parte extrema occidental de éste las residencias y huertas de Lerdo, que constituyen un alegre oasis en el desierto. Las grandes montañas grises del occidente forman un gran declive circular, atrás de las dos ciudades, cayendo al alejarse al Sur otra vez en pliegues y repliegues de una desolación incolora. Y directamente, al sur de Gómez Palacio, se extiende sobre la base de esta cordillera, Torreón, la más rica de las ciudades del Norte de México.

El tiroteo era continuo, pero parecía estar circunscrito a un lugar determinado en un mundo de desorden, fantástico. Venían por la vía, a la luz de la mañana tibia, extraviados, un río de hombres heridos, despedazados, sangrantes, envueltos en sucios y sanguinolentos vendajes, inconcebiblemente agotados. Pasaban frente a nosotros; uno llegó a caerse, permaneciendo inmóvil entre el polvo y, no obstante, no le hicimos caso. Los soldados, sin cartucheras, vagaban a la ventura fuera del chaparral, arrastrando sus rifles; precipitándose entre la maleza otra vez al otro lado del ferrocarril, negros por la pólvora, manchados de sudor, sus ojos, vacuos, hacia el suelo. Un polvo delgado, sutil, se levantaba en nubes lentas a cada paso, envolviéndolo todo, abrasando los ojos y la garganta. Un reducido grupo de jinetes salió despacio de la espesura a la vía, mirando hacia la ciudad. Uno de ellos bajó de su cabalgadura y se acuclilló junto a nosotros.

- Fue terrible -dijo de pronto-. ¡Caramba! ¡Entramos allá anoche a pie! Estaban dentro del tanque del agua; habían hecho agujeros en éste para los rifles. Tuvimos que subir y meter los cañones de los rifles nuestros por los agujeros; los matamos a todos; ¡una trampa de muerte! ¡Y después el

Corral! Tenía dos hileras de miradores: uno para los que estaban rodilla en tierra, y otro para los que se hallaban de pie. Allí estaban tres mil rurales; tenían cinco ametralladoras para barrer el camino. Y la Casa Redonda, con sus tres hileras de trincheras afuera y pasos subterráneos, de modo que se podían arrastrar bajo el fuego y cazarnos por detrás ... Nuestras bombas fallaron, ¿y qué podíamos hacer con los rifles? ¡Madre de Dios! Pero fuimos tan rápidos, que les llegamos por sorpresa. Capturamos la Casa Redonda y el depósito del agua. Pero esta mañana llegaron miles y miles -refuerzos de Torreón- y su artillería, y nos desalojaron otra vez. Subieron hasta el tanque del agua y metieron los

cañones de sus rifles por los mismos agujeros matando a todos. ¡Los hijos de los diablos!

Observábamos el lugar a medida que hablaba; oíamos el estruendo infernal y los chillidos; no obstante, ninguno se movió -y no había señales de tiroteo- ni humo siquiera, excepto cuando estallaba una granada de metralla con su ruido mortífero, en la primera hilera de árboles distante kilómetro y medio, y arrojaba una humareda blanca. El creciente rasgar del fuego de rifle y el tableteo de las ametralladoras, e incluso al martilleo del cañón, no se manifestaban todavía. La polvorienta y plana llanura, las arboledas y chimeneas de Gómez Palacio y su pedregoso cerro, permanecían silenciosos en el caluroso ambiente. Se oía el indiferente gorjeo de los pájaros, que venía de los álamos, a la derecha. Uno podía tener la impresión de que sus sentidos estaban mintiéndole. Era un sueño increíble, a través del cual se filtraba, como fantasmas entre el polvo, la grotesca caravana de los heridos.

CAPÍTULO VIII

Llega la artillería

A la derecha, a lo largo de la base de la línea de árboles, se levantaba una densa polvareda. Los hombres gritaban, los látigos chicoteaban, y hubo un crujir y retintiñar de cadenas. Nos metimos a una vereda que atravesaba el chaparral y salía a una población perdida en el matorral, cerca del canal. Se parecía mucho a un pueblo chino o centroamericano: cinco o seis chozas de adobe tapizadas con barro y varitas. Se llamaba San Ramón, y ahí un pequeño piquete de hombres, tocaba a cada puerta, suplicando que les dieran tortillas y café, agitando su dinero en el aire. Los pacíficos se acuclillaban en sus diminutos corrales, vendiendo macuche a precios exorbitantes; sus mujeres sudaban frente al fuego, palmeando tortillas y sirviendo un remedo de café. Por todo el derredor, y en los espacios abiertos, había hombres durmiendo, parecían muertos, y hombres con brazos y cabezas ensangrentados retorciéndose y gruñendo. Un oficial llegó galopando, bañado en sudor y gritó:

- ¡Levántense, pendejos! ¡Levántense y regresen a sus compañías! ¡Vamos a atacar!

Unos cuantos se desprecizaron y se volvieron a tirar, maldiciendo, y se levantaron sobre sus exhaustos pies; otros todavía dormían.

- ¡Hijos de la ...! -lanzó el oficial y espoleó su caballo sobre ellos, tropezándose y pateando ...

El suelo hervía con hombres que se apresuraban a quitarse del camino gritando. Bostezaban, se estiraban, a medio dormir, y arrastraban sus pies lentamente hacia el frente, sin rumbo fijo ... Los heridos sólo se arrastraron sin cuidado hacia la sombra de algún arbusto.

A lo largo del canal corría una especie de carreta, y por ella llegaba la artillería constitucionalista. Uno podía distinguir las cabezas grises de las extenuadas mulas y los enormes sombreros de sus conductores, y los látigos enroscados; lo demás estaba cubierto por el polvo. Más lentos que el ejército, habían cabalgado toda la noche. Pasaron junto a nosotros, los carruajes y los vagones sonaban, los largos y pesados armamentos amarillos por tanto polvo. Los conductores y los artilleros estaban de buen humor. Uno, un estadounidense, cuyas facciones eran absolutamente irreconocibles debajo de una capa de lodo que lo cubría todo, hecho de sudor y tierra, gritó para preguntar si estaban a tiempo, o si la ciudad había caído.

Le contesté en español que había muchísimos colorados por matar, y por toda la línea se dejó oír un grito de alegría.

- Ahora les vamos a enseñar -gritó un enorme indígena montado sobre una mula-. Si pudiéramos entrar en su maldita ciudad sin pistolas, ¿qué haríamos con ellos?

Los álamos terminaban justo detrás de San Ramón, y bajo los tres últimos, Villa, el general Ángeles y el alto mando estaban sentados sobre sus monturas en la ribera del canal. Más allá, el canal corría sin protección a través de la desnuda planicie hasta la ciudad, donde se alimentaba del río. Villa vestía un viejo traje café, sin cuello, y un viejo sombrero de fieltro. Estaba cubierto de mugre y había cabalgado para arriba y para abajo de las líneas toda la noche. Pero no mostraba ni rastro de cansancio.

Cuando nos vio, nos llamó.

- ¡Hola, muchachos! ¿Les está gustando?

- ¡Mucho, mi general!

Estábamos rendidos y mugrosos. Se divirtió mucho al vernos. Nunca pudo tomar en serio a los corresponsales, de ninguna manera, y se le hacía demasiado extraño que un periódico norteamericano deseara gastar tanto dinero sólo para obtener noticias.

- Bien -dijo con una sonrisa-. Estoy contento de que les guste, porque van a obtener lo que quieren.

Las primeras piezas de artillería habían llegado, las depositaron en frente del alto mando, desarmadas. Los tiradores rasgaron las cubiertas de lona y levantaron el pesado coche. El capitán de la batería atornilló la mira telescópica y la palanca de la guía. Los pequeños remaches de latón brillaban a filas destelleantes; dos hombres se tambalearon bajo el peso de una sola, y la pusieron en el suelo, mientras el capitán medía el tiempo de las granadas. El seguro se cerró con estrépito, corrimos hacia atrás. ¡Cabúlr.-shok! Un silbido ensordecedor ¡Piuuuu!, siguió después de la granada, y apareció una pequeña flor de humo blanco al pie del cerro de la Pila, y unos segundos después, una detonación lejana. A unos cincuenta metros, a todo lo largo frente al cañón, pintorescos hombres harapientos miraban inmóviles a través de sus catalejos. Estallaron en un coro de gritos:

- ¡Demasiado bajo! ¡Demasiado a la derecha! ¡Sus armas están a todo lo largo del risco! ¡Déle quince segundos más!

Enfrente, hacia abajo, el fuego de los rifles se había limitado a un mero escupir, y las ametralladoras callaban. Todos observaban el duelo de artillería. Eso fue como a las cinco y media de la madrugada, y ya hacía mucho calor. En los campos, atrás, se oía el

curioso tronar de los grillos; las frondosas copas llenas de frescura de los álamos lanzaban una lánguida brisa alta; los pájaros volvieron a cantar.

Otra arma fue puesta en línea, y el cerrojo del primero fue preparado para disparar. Se dejó oír el golpe del gatillo, pero no el rugido. Los artilleros abrieron con rapidez el cierre y tiraron el humeante proyectil de latón al pasto. Bala mala. Vi al general Ángeles en su deslavado suéter café, sin sombrero, observando a través de la mira y ajustando el blanco. Villa espoleaba a su inquieto caballo hacia el furgón. ¡Cabúm-shok! ¡Piiuuu! Esta vez la otra arma. Ahora veíamos estallar la bala en lo alto de la colina pedregosa. Y después cuatro explosiones flotaron hacia nosotros, y simultáneamente las balas del enemigo, que habían estado explotando aisladas sobre la línea de árboles más cercana a la ciudad, siguió hasta el desierto y brincó hacia nosotros en cuatro tremendas explosiones. Cada una acercándose más. Se agregaron cañones a la línea; otros se apostaron a la derecha a lo largo de la diagonal de árboles, y una larga línea de vagones, mulas de carga y hombres que gritaban y maldecían se vieron por el polvoriento camino hacia la retaguardia. Las mulas libres regresaban y los conductores se tiraban exhaustos bajo el chaparral más cercano. Las granadas federales, bien lanzadas y con tiempos excelentes, explotaban ahora a unos cuantos metros adelante de nuestra línea. El ritmo de disparo era casi incesante ¡Crashiuuu! Por encima de nuestras cabezas, golpeaban rudamente los árboles frondosos, cantaba la lluvia de plomo. Nuestras armas contestaban espasmódicamente. Las balas caseras, actualizadas en una maquinaria de minería adaptada en Chihuahua, no eran confiables. El capitán Marinelli, el soldado italiano de fortuna, nos rebasó a galope, mirando tan cerca como pudo al periodista, con un aire serio y napoleónico. Echó uno o dos vistazos al camarógrafo, sonriendo con gracia, pero apartó la vista con frialdad. En su labor de hombre trabajador, ordenó que llevaran su arma a refugio, siendo dicha obra dirigida en persona por él. Justo entonces una bala explotó ensordecedoramente como a unos cincuenta metros frente a nosotros. Los federales estaban atinándole al blanco. Marinelli se separó de su cañón, montó en su caballo, lo enganchó, y se hizo para atrás galopando con dramatismo, el arma se bamoleaba atrás de la espalda por la alocada carrera. Ninguna de las otras armas se había retirado. Empujando su espumeante cargador frente al camarógrafo, se echó al suelo, tomando una pose.

- Ahora -dijo-. ¡Ya puede tomar mi fotografía!

- ¡Lárguese al infierno! -dijo el camarógrafo y todos soltaron la carcajada.

La débil nota de un clarín nos llegó a través del estrépito. De inmediato llegaron las mulas arrastrando sus aparejos, también llegaron hombres vociferando. Los armones fueron cerrados de golpe.

- Bajamos por enfrente -gritó el coronel Servín-. No les damos. Estamos demasiado lejos ...

Entonces la línea se levantó de un golpe, dispersándose por el desierto, bajo el fuego de las balas.

CAPÍTULO IX

La batalla

Regresamos por la tortuosa vereda a través del mesquite, cruzamos la vía descompuesta y nos pusimos en camino por la polvorienta planicie hacia el Sudeste. Mirando atrás a lo largo de la vía del tren podía ver humo y el frente redondo del primer tren a varios kilómetros de distancia. En frente de él una multitud de pequeños puntos activos que pululaban a su alrededor, distorsionados como objetos que se ven en un espejo ondulado. Caminamos en medio de un aura de polvo fino. El gigantesco mesquite descendía hasta que apenas nos llegó a las rodillas. A la derecha, la alta colina y las chimineas de la ciudad descansaban tranquilamente bajo el ardiente sol. El tiroteo de rifles casi había cesado en ese momento, y sólo los deslumbrantes relámpagos de humo blanco espeso marcaban nuestras balas ocasionales a lo largo del risco. Podíamos ver nuestras armas mecidiéndose hacia abajo de la planicie, distinguiéndose a lo largo de la primera línea de álamos, donde los dedos buscadores de las granadas del enemigo esculcaban continuamente. Pequeños cuerpos de caballería se desplazaban aquí y allá por el desierto. Algunos dispersos, a pie, llevaban a cuestas sus rifles.

Un viejo peón agobiado por la edad, y vestido con harapos, deambulaba por el arbusto bajo, juntando ramas de mesquite.

- Oiga, amigo -le preguntamos-. ¿Hay alguna forma de acercarnos más a la batalla?

Se enderezó y se quedó mirándonos.

- Si ustedes hubieran estado en esto tanto tiempo como yo -dijo- no se preocuparían por ver la batalla. ¡Caramba! Los he visto tomar siete veces Torreón. Algunas veces atacan desde Gómez Palacio, otras desde las montañas, pero siempre es lo mismo, la guerra. Hay algo interesante en ella para los jóvenes, pero nosotros los viejos, estamos cansados de la guerra.

Alzamos la vista y nos quedamos contemplando la planicie.

- ¿Ven ese canal seco? Bueno, si ustedes se meten ahí y lo siguen, los lleva hasta la ciudad. Y después, como una conclusión, agregó sin curiosidad:- ¿De qué bando son?

- Constitucionalistas.

- ¿Ven?, primero eran los maderistas, después los orozquistas y ahora, eh ¿cómo es que les llaman? Soy demasiado viejo y no tengo mucha vida por delante. Pero esta guerra, se me hace que todo lo que consigue es que muramos de hambre ... Vayan con Dios.

Y reanudó su lenta tarea, mientras nosotros descendíamos por el arroyo. Era un canal de irrigación en desuso que corría un poco al Suroeste, su fondo estaba cubierto de hierbas de agua polvorientas, y al final de su recta longitud, escondido a nuestra vista por una especie de espejismo, parecía una laguna brillante. Paramos un poco, de manera que estuviéramos ocultos al exterior. Continuamos, nos pareció que durante horas. El agrietado suelo y las riberas polvorientas del canal reflejaban el espantoso calor sobre nosotros hasta el punto de hacernos desfallecer. Una vez que la caballería pasó bastante cerca

de nosotros a la derecha, con sus enormes espuelas de fierro retintineando, nos acurru- camos hasta que terminaron de pasar. No quisimos arriesgarnos. Abajo del canal, el fue- go de artillería sonaba muy distante, pero en una ocasión que con todo cuidado me aso- mé por la ribera, descubrí que estaban muy cerca de la primera línea de árboles. Las granadas seguían explotando a lo largo de ella, y hasta pude ver el vientre del iracundo torbellino que surgía de las vetas de nuestro cañón y sentí la vorágine de las oleadas de sonido que me golpeaba como una descarga cada vez que disparaba. Estábamos como a un kilómetro del frente de nuestra artillería, y evidentemente, nos acercábamos al tanque de agua en las mismas orillas de la ciudad.

Al detenernos otra vez, las granadas nos pasaban rozando, chillando agudamente, hasta estallar de pronto en el arco del cielo, oyéndose el cruel eco de su explosión. Allá ade- lante, donde la vía principal del tren cruzaba el arroyo, se amontonaba una pequeña pila de cuerpos. Obvio resultado del primer ataque. Casi ninguno chorreaba sangre; los sesos y los corazones se podían ver a la perfección a través de los diminutos orificios de las balas de acero de los máuser. Yacían limpiamente, con una calma no terrena. Mostraban las caras vacías de los muertos. Alguien, quizá sus mismos avarientos compañeros los habían despojado de armas, zapatos, sombreros y ropa buena.

Un soldado que dormía, acuclillado al borde del montón, con su rifle sobre las rodillas, roncaba profundamente. Las moscas lo cubrían. Los muertos estaban plagados de ellas. Pero el sol aún no los afectaba. Otro soldado estaba recargado contra el borde del canal que daba a la ciudad, sus pies descansaban sobre un cadáver. Disparaba metódicamente para espantar algo que había visto. Bajo la sombra del puente, cuatro hombres jugaban cartas. Jugaban sin cuidado, sin ojos inyectados por la falta de sueño. El calor era horri- ble. De vez en cuando una bala perdida pasaba silbando. ¡Piiiiuuu!

El extraño grupo tomó nuestra aparición como cualquier cosa. El francotirador se dobló fuera de vista, y con cuidado puso otro cartucho en su rifle.

- Supongo que no traerán otra gota de agua -preguntó-. ¡Adió! ¡No hemos bebido nada desde ayer!

Se tragó toda el agua, observando furtivamente a los jugadores, pues ellos también esta- rían sedientos.

- Dicen que vamos a atacar el tanque de corral otra vez, cuando la artillería esté en posi- ción de apoyarnos.

- ¡Chihuahua, hombre! ¡Pero sí duro anoche! Nos hicieron trizas en la calle.

Se limpió la boca con el dorso de la mano y comenzó a disparar otra vez. Nos quedamos junto a él y observamos. Estábamos a unos cien metros del mortífero tanque de agua. A través de la vía y de la amplia calle se extendían los muros de adobe café de Britting en apariencia inocentes ahora, con sólo unos puntos negros, evidencia de la doble línea de troneras.

- Allí están las ametralladoras -dijo nuestro amigo-. ¿Las ven, esos pequeños tubitos que se asoman en el borde?

No los pudimos ver. El tanque de agua, el corral y la ciudad dormían por el calor. El polvo se acumulaba inmóvil creando una débil neblina. A unos cuarenta y seis metros

frente a nosotros había un canal con poca agua, seguramente había sido alguna vez una trinchera federal, pues la mugre se había apilado. Doscientos soldados polvorientos estaban tirados allí, mirando hacia la ciudad, era la infantería constitucionalista. Estaban desparramados por el suelo, en actitudes de cansancio. Algunos dormían bajo el ardiente sol; otros con pereza llevaban mugre con sus ajadas manos de atrás hacia adelante.

Ante ellos habían apilado montones irregulares de rocas. La infantería, en el ejército constitucionalista, es simplemente la caballería sin caballos; todos los soldados de Villa van a caballo excepto la artillería, y aquellos para quienes no se puede procurar caballos.

De pronto la artillería en nuestra retaguardia se agilizó en un momento, y sobre nuestras cabezas pasó una lluvia de balas.

- Esa es la señal -dijo el hombre de nuestro lado.

- Vamos -gritó- vamos a atacar a los pelones.

El hombre que roncaba gruñó y abrió los ojos lentamente. Bostezó y tomó su rifle sin una sola palabra. Los jugadores empezaron a reunir las ganancias. Se suscitó una disputa por la propiedad del paquete de cartas. Rezongando y todavía peleando, salieron y siguieron al francotirador hasta el borde del canal. El fuego de los rifles sonaba a lo largo del borde de la trinchera en el frente. Los que dormían se echaron boca abajo, detrás de sus pequeños refugios, sus codos trabajaban vigorosamente en el cerrojo de sus rifles. El tanque de agua de acero vacío, resonaba con la lluvia de balas. Moronas de adobe volaban desde el muro del Corral. Al instante el muro brilló con los cañones destellantes, y las armas se levantaron rechinando con fuego cubierto. Las balas llegaban hasta el cielo silbando; tamborileaban en el humeante polvo hasta que nos envolvió una cortina giratoria de nubes desde la casa y el tanque; podíamos ver a nuestro amigo correr agachado a ras del suelo, el hombre somnoliento lo seguía erecto, frotándose los ojos. Atrás, corrían los apostadores, aún discutiendo. En algún lugar de la retaguardia se oyó un clarín, el francotirador que avanzaba al frente, se paró de frente, frenando, como si hubiera dado contra un muro sólido. Su pierna izquierda se dobló debajo de él, y se hundió desesperadamente hacia una de sus rodillas a pleno campo abierto, agitando su rifle con un grito.

- Los muy malditos -gritó, disparando rápidamente hacia el polvo- les voy a enseñar a esos ... ¡los pelones! ¡Pájaros de cuenta! -Sacudió su cabeza con impaciencia, como un perro con una oreja herida.

Descendió al fondo del canal y pateó al que dormía.

Se le escapaban gotas de sangre. Agachándose con rabia, disparó el resto de su carga, y después se tiró al suelo y se arrastró por un tramo. Los otros pasaron junto a él, apenas dirigiéndole una mirada. Ahora las trincheras hervían con hombres que vertiginosamente se ponían de pie como gusanos cuando uno levanta una piedra. El tiroteo de rifles tableteaba constantemente. Pasaron detrás de nosotros corriendo, descalzos y en huarachas, con cobijas sobre sus hombros, se tiraban y se deslizaban por el canal, y a todo correr ganaban la otra ribera, cientos de ellos caían.

Casi nos impedían ver el frente, pero a través del polvo y de los espacios entre las piernas que corrían podíamos ver a los soldados en la trinchera, brincar dentro de su barri-

cada como si rompiera una ola, y luego el polvo impenetrable se cerró. La fiera aguja de las ametralladoras cosía en uno solo todos los sonidos. Con una mirada a través de la nube levantada por un ventarrón caliente, pudimos ver la primera línea morena de hombres que se apiñaban como si estuvieran borrachos, y las ametralladoras que escupían sobre la pared, de un rojizo apagado a la luz del sol. Entre estos, un hombre regresó corriendo, le escurría el sudor por la cara, traía un arma. Corría rápido, a veces derrapándose, a veces cayendo, hasta llegar a nuestro canal y luego subió la otra ribera. Otras formas vagas se desplazaron en la polvareda.

- ¿Qué pasa? ¿Cómo va? -le grité.

No me contestó, pero siguió corriendo. De pronto, se escuchó un crujido monstruoso y un torbellino de gritos, pues una granada había explotado en el torbellino frente a nosotros. ¡La artillería enemiga! Mecánicamente traté de escuchar nuestras armas. Excepto por un ocasional ¡bum!, estaban calladas, nuestras balas caseras se habían descompuesto otra vez. Otra vez las granadas. Del polvo salió corriendo un enjambre de hombres, individualmente, en pares, en grupos, una muchedumbre en estampida. Nos cayeron encima, a nuestro alrededor; nos ahogaron con una inundación humana, gritando:

- ¡A los álamos! ¡A los trenes! ¡Viene la federación!

Luchamos junto a ellos y corrimos también, directo hacia la vía del ferrocarril ... Atrás de nosotros las granadas buscaban en el polvo, y la mosquetería mortal. Entonces notamos que por todo el camino adelante estaba lleno de jinetes a galope, lanzando gritos indígenas y agitando sus

rifles. ¡La columna principal! Nos hicimos a un lado para que ellos pasaran como un ciclón, unos quinientos hombres. Los vimos apuntar desde sus sillas y comenzar a tirar. El retumbar de las pezuñas de sus caballos parecía un trueno.

- ¡Mejor ni se metan! ¡Está demasiado caliente! -gritó uno de la infantería con una sonrisa.

- Bien, te apuesto a que yo estoy más caliente -contestó un jinete, y todos nos reímos.

Caminamos lentamente de regreso por la vía del ferrocarril, mientras que el fuego detrás de nosotros se envolvía en un continuo rugir. Un grupo de peones, pacíficos, enfundados en altos sombreros, cobijas y camisas de algodón blanco, estaban de pie con los brazos cruzados, mirando hacia la vía en dirección a la ciudad.

- Miren, amigos -dijo exhausto un soldado- no se queden aquí parados. Les pueden pegar un tiro.

Los peones se miraron unos a otros y sonrieron débilmente.

- Pero, señor -dijo uno-, aquí es donde siempre nos paramos cuando hay batalla.

Un poco más adelante me topé con un oficial, un tal Germán, que deambulaba por ahí, guiando su caballo por la brida.

- Ya no lo puedo montar -me dijo con sinceridad-. Me temo que morirá si no duerme. Está demasiado cansado.

El caballo, un enorme garañón, se tropezaba y balanceaba al caminar. Grandes lágrimas brotaban de sus ojos a medio cerrar y rodaban por la nariz.

Yo estaba rendido, no había dormido ni comido, además el calor del sol era insoportable. Caminamos otro kilómetro y me detuve a mirar atrás, vi que las balas del enemigo se incrustaban en la línea de árboles con más frecuencia que nunca. Parecía que habían conseguido la medida perfecta. Justo entonces vi que la línea gris de las máquinas, se apostaba sobre sus mulas y comenzaba a moverse desde los árboles hacia la retaguardia, en cuatro o cinco puntos diferentes. Nuestra artillería había sido sacada de sus posiciones a base de granadas ... Me tiré a descansar a la sombra de un gran arbusto de mesquite.

Casi de inmediato, pareció llegar un cambio en el sonido de los rifles, como si la mitad de ellos hubiese sido cortada de repente; al mismo tiempo sonaron las notas de veinte clarines. Levantándome noté que una línea de jinetes subía por la vía gritando algo. Le siguieron más, galopando, hacia el lugar donde el ferrocarril pasaba detrás de los árboles al adentrarse en la ciudad. La caballería había sido repelida. De pronto toda la planicie se llenó de hombres, a caballo y a pie, todos corriendo hacia la retaguardia. Un hombre tiró su cobija, otro su rifle. Creció la muchedumbre en el ardiente desierto, pisando con fuerza el polvo, hasta que la planicie quedó apiñonada. Justo en frente de mí un jinete salió del arbusto gritando:

- ¡Vienen los federales! ¡A los trenes! ¡Vienen tras de nosotros!

¡Todo el ejército constitucionalista venía hacia acá! Agarré mi cobija como pude y corrí lo más rápido que dieron mis piernas. Un poco más adelante, llegué a un cañón abandonado en el desierto, con las bridas cortadas, las mulas se habían ido. Al pie había ametralladoras, cananas y decenas de sarapes. Todo era un lío. Al llegar a un espacio abierto, divisé una gran multitud de soldados en plena retirada, sin rifles; de pronto tres hombres a caballo pasaron a galope tendido en frente de ellos, agitando los brazos y gritando:

- ¡Regresen! -gritaban- ¡No vienen! ¡Regresen, por el amor de Dios!

A dos no los reconocí, el otro era Villa.

CAPÍTULO X

Entre combates

Como a dos kilómetros, se detuvo la retirada. Me topé con los soldados que regresaban, con la expresión de alivio que muestra alguien que teme a un daño desconocido y de repente se ve libre de él. Éste era el poder de Villa; podía explicar las cosas a la gente común, de una manera que ellos comprendían rápidamente. Los federales, como de costumbre, no habían aprovechado la oportunidad de infligir una derrota perdurable a los constitucionalistas. Quizá temían una emboscada, como la que Villa había dispuesto en Mapula, cuando los victoriosos federales salieron a perseguir al ejército de Villa des-

pués del primer ataque sobre Chihuahua y fueron repelidos sufriendo una gran matanza. De todas maneras, no salieron. Los hombres regresaron pesadamente. Trataban de encontrar sus cobijas y armas en el mesquite, y las de otra gente también. Se les podía oír gritando y haciendo bromas por toda la planicie.

-¿A dónde va con ese rifle?

¡Esa es mi cantimplora!

¡Yo tiré mi sarape aquí, justo sobre este arbusto. Y ahora ya no está!

¡Oh, Juan! -le gritaba un hombre a otro- ¡Siempre te dije que podía ganarte en una carrera!

Pero no me derrotó, compadre. Yo iba como a cien metros adelante de usted, ¡volando por el aire como una bala de cañón! ...

La verdad era que después de montar doce horas el día anterior, luchar toda la noche y toda la mañana bajo el sol abrasador, con la espantosa tensión de cargar una fuerza sin trincheras frente a la artillería y de ametralladoras, sin comida ni agua ni sueño, los nervios del ejército habían explotado. Pero desde el momento en que regresaron después de la retirada, el resultado final jamás se puso en tela de juicio. La crisis psicológica había pasado ...

El tiroteo de los rifles ya había cesado del todo, y hasta los disparos de cañón del enemigo eran pocos y lejanos. En el canal, bajo la primera línea de árboles, nuestros hombres se atrincheraron. La artillería se había retirado hasta la segunda línea de árboles, a dos kilómetros de distancia, y bajo la fresca sombra, los hombres se tiraron pesadamente a dormir. La tensión había desaparecido. Conforme el sol fue llegando a su cenit, el desierto, la colina y la ciudad guardaron silencio por el calor. Algunas veces un intercambio de tiros hacia la derecha o hacia la izquierda, indicaba el lugar en que los puestos de avanzada intercambiaban saludos. Pero aun eso pronto se dejó de oír.

En los campos de algodón y maíz hacia el norte, entre los tiernos objetos verdes, los insectos deambulaban. Los pájaros ya no cantaban. El calor era insoportable. Las hojas estaban quietas pues no había aire.

Por aquí y allá humeaban las fogatas, donde los soldados volteaban tortillas hechas de la escasa harina que habían traído en sus alforjas; y aquellos que no tenían alimento vagaban por ahí suplicando una migaja. Todos, simple y generosamente, dividían la comida. Yo fui llamado en una docena de fogatas con un:

- ¿Oiga compañero, ya desayunó? Aquí hay un cacho de mi tortilla, venga y coma.

Hileras de hombres acostados boca abajo a lo largo del canal de irrigación, sacaban agua sucia en el hueco de sus manos. Tres o cuatro kilómetros atrás podíamos ver el furgón del cañón y los primeros seis trenes opuestos al gran rancho de El Vergel; la incansable cuadrilla de reparaciones trabajaba duro bajo el sol. El de provisiones todavía no subía. El coronel Servín llegó hasta donde estábamos, montado con los pies colgando en un inmenso caballo bayo, aún fresco y limpio después de la terrible labor de una noche.

- Todavía no sé lo que haremos -dijo- sólo el general Villa lo sabe, y nunca lo dice. Pero no asaltaremos otra vez hasta que la brigada Zaragoza regrese. Benavides tuvo una bata-

lla dura en Sacramento, doscientos cincuenta de los nuestros murieron, dicen. El general pidió a los generales Robles y Contreras, que habían estado atacando por el sur, traer a todos sus hombres para reunirlos aquí. Dicen, no obstante, que vamos a atacar de noche esta vez, para neutralizar su artillería -y continuó galopando.

Cerca del mediodía, columnas de humo sucio comenzaron a levantarse en varios puntos de la ciudad, y hacia la tarde un viento lento pero caliente, nos trajo el enfermizo olor del aceite crudo mezclado con la carne humana chamuscada. Los federales estaban quemando las pilas de muertos. Caminamos de regreso a los trenes y nos metimos al coche privado del general Benavides, en el tren de la brigada Zaragoza. El mayor al mando había hecho cocinar algo en el cuarto del general. Comimos desesperadamente, después nos fuimos a tirar a lo largo de la línea de árboles, durmiéndonos durante horas. Muy entrada la tarde nos dirigimos una vez más hacia el frente. Cientos de soldados y peones de los alrededores, hambrientos a rabiar, se acercaban humildemente a los trenes, esperando recoger desperdicios, sobrantes o cualquier cosa que pudieran comer. Sentían vergüenza, sin embargo; cuando pasábamos junto a ellos fingían una indolencia falsa. Recuerdo habernos sentado a platicar con unos soldados sobre el techo de un furgón, cuando vimos a un chico cruzado por cananas y agobiado bajo el peso de un gran rifle. Sus ojos buscaban en el suelo. Una tortilla rancia, a medio podrir, enterrada en la mugre por muchos pies, llamó su atención. Se lanzó sobre ella, se la comió de un solo bocado. Después miró hacia arriba y nos vio.

- ¡Como si me estuviera muriendo de hambre! -dijo y se la sacó con mucho dolor ...

Abajo, a la sombra de los álamos, a través del canal que venía de San Ramón, el capitán canadiense Treston vivaqueaba con su batería de ametralladoras. Las armas y sus pesados tripodes fueron descargadas de las mulas, y por todos lados habían regado sus piezas desarmadas. Las mulas pastaban en los ricos y verdes campos. Los hombres estaban acucillados alrededor de las fogatas, o tirados cuan largos eran sobre la ribera del canal. Treston agitó una tortilla llena de ceniza, estaba masticando y tragando.

- ¡Oiga, Reed! ¡Venga y tradúzcame, no puedo encontrar a mis intérpretes, y si entramos en acción vaya lío en el que me voy a ver! Usted verá, no conozco ese maldito idioma. Cuando llegué, Villa me asignó dos intérpretes para que estuvieran junto a mí todo el tiempo. Y ni siquiera puedo encontrar a esos malditos hijos de las armas; ¡ellos siempre se largan y me meten en cada problema!

Me encargué del asunto y le pregunté que si había una probabilidad de entrar en acción.

- Yo pienso que iremos esta noche, en cuanto oscurezca -respondió-. ¿Quiere ir con las ametralladoras e interpretar?

Le dije que sí.

Un hombre harapiento, cerca de una fogata, a quien jamás había visto antes, se levantó y vino hacia mí sonriendo.

- Cuando lo vi pensé que usted era un hombre que no había probado el tabaco por un buen tiempo. ¿Quiere usted la mitad de mi cigarrillo? -Antes de que yo pudiera protestar, me enseñó un cigarrillo café y lo rompió en dos pedazos.

El sol se ocultó gloriosamente detrás de las dentadas montañas púrpura frente a nosotros. Por un minuto, un perfecto abanico de luz parpadeante brotó del cielo de azul inmaculado. Los pájaros se despertaron en los árboles; las hojas se agitaban. La tierra fértil exhaló una aperlada neblina. Una docena de soldados harapientos, que estaban reunidos, comenzaron a improvisar los aires y las letras de una canción acerca de la batalla de Torreón. Un nuevo corrido veía la luz ...

Llegó hasta nosotros el sonido de otros aires del atardecer quieto y fresco. Sentí que mi cariño se volcaba sobre esta gente sencilla y gentil. Eran tan amables ...

Fue después de haber visitado el canal para beber agua, que Treston dijo casualmente:

- Uno de nuestros hombres encontró esto flotando en el canal, hace un rato. No puedo leer español, por lo tanto no sé lo que significa. El agua de estos canales proviene del río que cruza la ciudad, así que pensé que pudiera ser un papel federal.

Lo tomé. Era un pedacito de papel doblado, como si fuera la esquina y el frente de un paquete. En grandes letras negras se leía ARSÉNICO, y en tipo más pequeño, ¡Cuidado! ¡Veneno! Le pregunté, sentándome de pronto:

- ¿Se han dado casos de gente enferma por aquí?

- Es curioso que lo pregunte -dijo-. Muchos de nuestros hombres han tenido calambres muy fuertes en el estómago, y yo no me siento muy bien. Justo antes de que usted llegara, una mula de repente se tambaleó y fue a morir al otro campo, también un caballo al otro lado del canal. Dijimos que probablemente era la fatiga o la insolación ...

Afortunadamente, el canal llevaba mucha agua corriente, así es que el peligro no era mucho. Le expliqué que los federales habían envenenado el canal.

- Dios mío -dijo Treston-. Quizá eso era lo que me estaban tratando de decir. Unas veinte personas me decían algo de envenenado ¿Qué quiere decir eso?

- Eso es lo que significa -le contesté-; ¿dónde puedo conseguir un cuarto de café fuerte?

- Ah sí, nosotros ya sabíamos, por eso les dimos agua a nuestros caballos en otro canal. Ya lo sabíamos hace tiempo, dicen que en el frente hay diez caballos muertos, y que muchos hombres se están revolcando.

Un oficial llegó a caballo, gritando que debíamos regresar al Vergel y acampar ahí a un lado de los trenes durante la noche. El general había dicho que todos, excepto los guardias de avanzada, debían descansar fuera de la zona de fuego. Que el tren de la comisaría había llegado y que estaba justo atrás del tren hospital. Tocaron los clarines y los soldados comenzaron a regresar por el territorio, agarrando a las mulas, aparejándolas en medio de una gritería, bravuconería y risas, ensillando a los caballos y armando las ametralladoras. Treston se subió al caballo, yo caminé junto a él. Así que no habría un ataque nocturno. Ya era casi de noche. Del otro lado del canal, nos unimos a las formas sombrías de una compañía de soldados que trotaban hacia el norte, todos envueltos en sus cobijas, sombreros y sus retintineantes espuelas. Me llamaron:

- Oye, compañero, ¿dónde está tu caballo? -admití que no tenía.

- Súbete atrás de mí -me animaron cinco o seis al mismo tiempo.

Uno se apeó justo junto a mí y montamos en su caballo. Trotamos a través del mesquite hasta atravesar el campo pardusco y hermoso. Alguien comenzó a cantar y dos más se le unieron. Una luna llena brillaba en medio de la clara noche.

- Oiga, ¿cómo se dice mula en inglés? -me preguntó el jinete.

Conseguimos una lata de café en la fogata más cercana, y nos sentimos mejor.

-Stubborn fathead mule -le dije.

Por varios días muchos extraños me paraban y me preguntaban, en medio de risotadas, cómo es que los norteamericanos decíamos mula ...

El ejército acampó cerca del rancho El Vergel. Cabalgamos hasta un campo moteado de fogatas, donde los soldados vagaban sin rumbo fijo por la oscuridad, preguntando dónde estaba la brigada de González Ortega, o la gente de José Rodríguez, o las ametralladoras. En dirección de la ciudad la artillería estaba acampando en un amplio semicírculo, alerta, con las armas apuntando hacia el sur. Al Este, el campamento de la brigada Zaragoza de Benavides había llegado desde Sacramento, causando un inmenso reflejo en el cielo. En dirección del tren de provisiones, una fila de hombres semejante a las de las hormigas, cargaba sacos de harina, café y paquetes de cigarrillos ... Cientos de diferentes coros cantores rompían la noche ...

Recuerdo en particular cómo vi a un pobre caballo envenenado de repente doblarse y caer. La manera en que pasamos cerca de un hombre doblado a la mitad en el suelo, en medio de la oscuridad, vomitando violentamente; cómo, después de haberme envuelto en mis cobijas, de pronto me atacaron terribles calambres, y me arrastré hasta la maleza, ya no tuve fuerzas para regresar. De hecho, hasta el gris amanecer yo me revolqué en el suelo muy enfermo.

CAPÍTULO XI

Un puesto de avanzada en acción

Muy temprano en la mañana del martes, el ejército estaba en camino otra vez hacia el frente, bajando la vía y atravesando los campos. Cuatrocientos demonios furiosos sudaban y martillaban la vía arruinada; el primer tren había avanzado un kilómetro durante la noche. Había muchos caballos esta mañana. Yo compré uno con silla por setenta y cinco pesos, unos quince dólares en oro. Trotando hacia San Ramón, me emparejé con dos jinetes de mirada salvaje, con grandes sombreros, con retratitos impresos de Nuestra Señora de Guadalupe, cosidos a ellos. Dijeron que iban a un puesto de avanzada en el ala derecha, cerca de las montañas, sobre Lerdo, donde su compañía estaba apostada para sostener una colina ¿por qué quería ir yo con ellos? ¿Además, quién era yo? Les mostré mi pase firmado por Francisco Villa. Todavía se mostraban hoscas.

- ¿Cómo sabemos si este nombre escrito aquí es el de él? Somos de la brigada Juárez, gente de Calixto Contreras.

Pero después de una corta consulta, el más alto de ellos soltó un vengá.

Dejamos atrás la protección de los árboles, dirigiéndonos en diagonal hacia el Oeste, donde estaban los campos de algodón en declive, directo por una escarpada colina alta, que ya temblaba por el calor. Entre nosotros y los suburbios de Gómez Palacio, se extendía una planicie desnuda y llana, cubierta con mesquite bajo y cortada por canales de irrigación secos. El cerro de la Pila, con su artillería asesina escondida, estaba en perfecto silencio, excepto por un lado de ella. Tan claro era el aire, que pudimos distinguir un grupito de figuras jalando lo que parecía ser un cañón. Justo afuera de las casas más cercanas, algunos jinetes cabalgaban. De inmediato llegamos al norte, haciendo una amplia desviación, cuidando de no ser emboscadas, pues este terreno intermedio estaba continuamente vigilado por piquetes y partidas de exploración.

Como a dos kilómetros más allá, casi a lo largo del pie de la colina, corría el alto camino que va desde el Norte hasta Lerdo. Lo reconocimos cuidadosamente desde la maleza. Un campesino pasó chiflando, conduciendo un rebaño de cabras. Al borde de este camino, bajo un arbusto, había un jarro de arcilla lleno de leche. Sin la menor duda, el primer soldado tomó su revólver y le disparó. El jarro se hizo añicos, y la leche se desparramó por todos lados.

- Envenenada -dijo-. La primera compañía estacionada aquí tomó de eso, murieron cuatro. - Continuamos cabalgando.

Arriba, en la cresta de la colina, vimos unas cuantas figuras negras acuclilladas, con sus rifles apoyados contra las rodillas. Mis compañeros les hicieron una señal con el brazo, y nos dirigimos hacia el norte, a lo largo de la ribera de un pequeño río que desfilaba por una angosta franja de pastos verdes, en medio de la desolación. El puesto de avanzada acampaba a ambos lados del agua, en una especie de pradera. Pregunté dónde estaba el coronel, y por fin lo encontré, estirándose, a la sombra de una tienda que había construido colgando su cobija de un arbusto.

- Bájese del caballo, amigo -dijo-. Estoy contento de darle la bienvenida a mi casa. (Señalando en broma al techo de su tienda). Está a su disposición. Aquí hay cigarrillos, hay carne cociéndose en el fuego.

En la pradera, completamente ensillados, pastaban los caballos de la tropa, eran unos cincuenta. Los hombres estaban desparramados por el pasto a la sombra de un mesquite, platicando y

jugando cartas. Este era un tipo de hombres diferente de los bien armados, con buena montura y relativamente disciplinados de Villa.

Estos eran simples peones que se habían levantado en armas, como los amigos de La Tropa, una raza dura y feliz de montañeses y vaqueros, entre los cuales había muchos que habían sido forajidos en sus viejos tiempos. Sin paga, mal equipados, indisciplinados. Sus oficiales simplemente eran los más valientes. Armados con los antiguos Springfield y un puñado de cartuchos por cabeza, habían peleado casi continuamente durante tres años.

Por cuatro meses, ellos, las tropas irregulares de jefes de la guerrilla como Urbina y Robles, habían sostenido el avance alrededor de Torreón, peleando casi a diario contra los puestos de avanzada federales y sufriendo las penurias de la campaña, mientras el ejército principal se guarnecía en Chihuahua y Juárez. Estos hombres harapientos, eran los soldados más valientes del ejército de Villa.

Apenas hacía quince minutos que había llegado, observaba la res cociéndose en las llamas, y satisfacía la ansiosa curiosidad de una muchedumbre en lo que respecta a mi rara profesión, cuando se escuchó un sonido de galope, y una voz que dijo:

-¡Están saliendo de Lerdo! ¡A los caballos!

Cincuenta hombres, de mala gana, de una manera perezosa llegaron a sus caballos. El coronel se levantó, bostezando. Se estiró.

- ¡Esos animales federales! -gruñó- Siempre están en nuestras mentes. Nunca tiene un tiempo para pensar en cosas más agradables. ¡Es una vergüenza que no nos dejen ni comer!

Al poco rato todos estábamos sobre nuestras monturas, trotando ribera abajo de la corriente. Muy lejos, enfrente nuestro sonaban los rifles. Por instinto, sin ninguna orden, rompimos al galope a través de las calles de un pueblito, donde los pacíficos estaban parados sobre los techos de sus casas, mirando hacia el Sur, con pequeños envoltorios de sus pertenencias junto a ellos. Estaban preparados para huir si la batalla era adversa para nosotros, pues los federales castigan cruelmente a los pueblos que ayudan a su enemigo. Más allá yacía la pequeña colina rocosa. Nos apeamos, y tirando las riendas por encima de las cabezas de los caballos, subimos a pie. Una docena de hombres ya estaba ahí. Tiraban espasmódicamente en dirección a la ribera verde de árboles, detrás de la cual estaba Lerdo. Los disparos, dispersos e invisibles, salían desde el medio del desierto. A un kilómetro de distancia más o menos, pequeñas figuras negras se apostaban alrededor en unos arbustos, una nube de polvo fino caía como una lluvia desde otro destacamento que marchaba lentamente hacia el Norte por su retaguardia.

- Ya tenemos uno seguro, y otro a punto -dijo un soldado escupiéndolo.

- ¿Cuántos creen que son? -preguntó el coronel.

-Unos doscientos.

El coronel se levantó, atisbando sin cuidado la planicie soleada. De inmediato una ronda de tiros barrió su frente. Una bala pasó rozando por encima de nosotros. Los hombres ya estaban trabajando, sin orden alguna. Cada soldado escogió un lugar cómodo para recostarse boca abajo, amontonó un pequeño monte de piedras frente a él para protegerse. Se recostaron desperezándose, aflojándose los cinturones y quitándose los sacos para estar a gusto. Entonces comenzaron lenta y metódicamente a disparar.

- Allí va otro -anunció el coronel-. Es tuyo, Pedro.

-No es de Pedro -interrumpió otro desafiante-. Ya le di.

- Vaya que si lo hiciste -lanzó Pedro. Pelearon de palabra ...

El fuego en el desierto era bastante generalizado, y podíamos ver a los federales deslizando hacia nosotros, protegidos por cada arbusto y arroyo. Nuestros hombres apun-

taban con mucho cuidado, observando largo rato antes de jalar el gatillo. Habían estado durante muchos meses con escasas municiones alrededor de Torreón y habían aprendido a economizar. Pero ahora en cada colina y arbusto a lo largo de la línea, había un pequeño grupo de francotiradores, y viendo hacia atrás, a las anchas planicies y campos, entre la colina y la vía del tren, vi una cantidad innumerable de jinetes y escuadrones que se escurrían a través de la maleza. En diez minutos, llegarían quinientos hombres a coparnos. El fuego de los rifles creció en toda la línea, intensificándose hasta que fue como de un kilómetro de ancho. Los federales pararon. Ahora las nubes de polvo comenzaron a retirarse en dirección a Lerdo.

El fuego del desierto había decaído. Después, desde quién sabe dónde, vimos a los enormes buitres planear serenos e inmóviles en lo azul ...

El coronel, sus hombres y yo, democráticamente almorzamos a la sombra de las casas del pueblo. Nuestra carne era, desde luego, salada. Así es que tuvimos que comer como pudimos la res y el pinole, que parece ser de canela y salvado pulverizados. Jamás he disfrutado de un almuerzo así ... Y cuando me retiré les obsequié dos puñados de cigarrillos.

El coronel me dijo:

- Amigo, siento que no hayamos tenido tiempo para platicar. Hay muchas cosas que quiero preguntarle de su país; si es cierto, por ejemplo, que en sus ciudades los hombres están completamente paralizados de las piernas y no montan a caballo por las calles, sino que se mueven en automóviles. Yo tuve un hermano que trabajó en la vía del ferrocarril cerca de la ciudad de Kansas, y me contó cosas maravillosas. Pero un día un hombre le llamó grasiento y le pegó un tiro sin que mi hermano pudiera hacer nada. ¿Por qué su gente no quiere a los mexicanos? A mí me gustan los norteamericanos. Usted me gusta a mí. Aquí tiene un obsequio se desabrochó una de sus enormes espuelas de fierro, incrustadas con plata, y me la dio-. Pero nunca hemos tenido tiempo para hablar. Estos ... siempre nos molestan, y entonces nos tenemos que levantar y matar a unos cuantos de ellos antes de volver a disfrutar otro momento de paz ...

Bajo los álamos encontré a uno de los fotógrafos, y a un camarógrafo de cine. Estaban recostados boca arriba, junto a una fogata, alrededor de la cual se acucillaban veinte soldados, devorando con ansia tortillas de harina, carne y café. Uno orgullosamente mostró un reloj con pulsera de plata.

- Ese era mi reloj -explicó el fotógrafo-. No habíamos comido nada en dos días, cuando pasamos cerca de estos muchachos y nos dieron el alimento más increíble que jamás hayamos probado. ¡Después de eso simplemente no pude evitar obsequiárselos!

Los soldados habían aceptado el obsequio en conjunto, y estaban poniéndose de acuerdo en que cada uno debería usarlo por dos horas, desde ese momento hasta el fin de sus días...

CAPÍTULO XII

El asalto de los hombres de Contreras

El miércoles, mi amigo el fotógrafo y yo andábamos deambulando por el campamento cuando Villa llegó hasta nosotros en su caballo. Se veía cansado, mugroso, pero feliz. Dominando su caballo con las riendas, frente a nosotros, los movimientos de su cuerpo eran sencillos y llenos de gracia, como los de un lobo, sonrió y nos dijo:

- Bien, muchachos, ¿cómo les va ahora?

Le contestamos que estábamos muy a gusto.

- No he tenido tiempo de preocuparme por ustedes, así es que deben cuidarse de no meterse en lugares peligrosos. Los heridos están mal. Hay cientos. Son valientes esos muchachos; la gente más valiente de este mundo -continuó fascinado-. Pueden ir a ver el tren hospital. Ahí hay algo bueno para que ustedes escriban en sus periódicos ...

Y en verdad fue grandioso. El tren hospital estaba justo detrás del tren de trabajo. Cuarenta furgones barnizados por dentro, y por fuera marcados en un costado con una cruz azul enorme, y una gran leyenda: SERVICIOS SANITARIOS. Aquí se ocupaban de los heridos en cuanto llegaban del frente. Se les acomodaba en las instalaciones quirúrgicas más modernas. Los atendían sesenta competentes doctores extranjeros y mexicanos. Cada noche los furgones llevaban a los más graves hasta los hospitales base en Chihuahua y Parral.

Fuimos hasta San Ramón, y más allá del extremo de la línea de árboles que cruza el desierto. Ya había empezado a arreciar el calor. Enfrente, una serpiente de fuego de rifles se desenrollaba a lo largo de las líneas, y después una ametralladora se oyó: ¡Spat-spat-spat! Cuando emergimos a campo abierto, un solitario máuser comenzó a abrir fuego hacia la derecha en algún lugar. No le dimos importancia al principio. Pero pronto notamos que había un pequeño sonido pesado por el terreno alrededor de nosotros. Motas de polvo volaban cada tantos minutos.

- Dios mío -dijo el fotógrafo- algún desgraciado anda tras de nosotros.

Por instinto ambos corrimos. Los disparos de rifle se hicieron más rápidos. Era una gran distancia a través de la planicie. Después de un rato redujimos el paso a trote. Por último, caminamos, el polvo se levantaba como siempre, teníamos la sensación, después de todo, de que no tenía caso correr. Después nos olvidamos del asunto ...

Media hora después nos arrastramos a través de los arbustos por medio kilómetro desde las afueras de Gómez y llegamos a un diminuto rancho, compuesto por seis u ocho chozas de adobe. En el refugio que una de las casas ofrecía, estaban desparramados unos sesenta hombres harapientos de Contreras. Jugaban cartas, platicaban con pereza. Allá abajo, justo a la vuelta de la esquina, que apuntaba como una guía hacia las posiciones federales, una tormenta de balas barría continuamente, removiendo el polvo. Estos hombres habían estado en el frente durante toda la noche. La contraseña era ningún

sombrero y todos estaban descubiertos de la cabeza bajo el tórrido sol. No habían dormido ni comido, y no había ni una gota de agua en dos kilómetros a la redonda.

- Hay un cuartel federal allá arriba que está disparando -explicó un chiquillo como de doce años-. Tenemos orden de atacar cuando la artillería llegue.

Un anciano se acuclillaba contra la pared, me preguntó de dónde venía. Le dije que de Nueva York.

- Bien -dijo-, no sé nada de Nueva York. Pero apuesto a que ustedes no tienen ganado fino que corra por la calle como el que tenemos en las calles de Jiménez.

- No se ve ni una sola cabeza de ganado en las calles de Nueva York -le dije.

- ¿Qué? ¿Ninguna cabeza de ganado? ¿Usted quiere decir que no conducen ganado por las calles? ¿Ni ovejas?

Dije que no.

Me miró como pensando que yo era un gran mentiroso. Entonces dirigió sus ojos hacia el suelo y pensó con profundidad.

- Bien -pronunció finalmente-, ¡entonces yo no quiero ir allá!

Dos chiquillos traviesos comenzaron a jugar la roña. En un segundo veinte hombrones se correteaban unos a otros por todo el patiecillo. Los jugadores de cartas habían hecho una pausa y cuando menos ocho hombres estaban tratando de jugar a alguna cosa y discutían sobre las reglas casi a gritos. O quizá no había suficientes cartas para todos.

Cuatro o cinco se habían tirado a la sombra de una casa, cantando tonadas de amor satíricas. En todo este tiempo el continuo estrépito infernal allá arriba jamás cesó. Las balas pegaban en el polvo como gotas de lluvia. De vez en cuando, uno de los hombres se estiraba, apostaba su rifle en la esquina y disparaba ...

Nos quedamos ahí una media hora. Después, trajeron dos cañones grises desde la maleza y los llevaron hasta sus posiciones en el canal seco, a treinta y cinco metros hacia la izquierda.

- Creo que ya nos vamos -dijo el muchacho.

En ese momento, tres hombres llegaron a caballo desde la retaguardia. Oficiales, evidentemente. Estaban expuestos al fuego de los rifles que llegaba por encima de los techos de las chozas, pero levantaron sus caballos con las balas zumbando por todos lados, burlándose de ellas.

El primero en hablar fue Fierro, el soberbio y enorme animal que había asesinado a veinte personas.

Miró con desprecio a los harapientos soldados desde su silla.

- Bien, bonito grupo para tomar una ciudad -dijo-, pero no tenemos a nadie más aquí. Éntrenle cuando oigan el clarín.

Avanzó cruelmente de manera que su gran caballo se retrajo y luego se levantó haciendo giros con sus patas traseras. Fierro se alejó cabalgando hacia atrás, diciendo mientras lo hacía:

-Inútiles, esos tontos de Contreras.

- ¡Muerte al carnicero! -dijo un hombre furioso-. Ese asesino mató a mi cuñado en las calles de Durango. ¡Sin crimen ni insulto! Mi compadre estaba muy borracho, caminaba frente al teatro. Le preguntó la hora a Fierro, y Fierro le dijo: ¡Tú ...! Cómo te atreves a hablarme antes de que yo te hable primero.

El clarín sonó, todos se levantaron agarrando sus armas. Los jugadores suspendieron momentáneamente el juego, pero continuaban sus gritos furiosos, se acusaban unos a otros de haberse robado las ganancias.

- ¡Oiga -gritó un soldado-, le apuesto mi silla a que yo regreso y usted no! Esta mañana le gané una bonita silla a Juan.

- Muy bien, ¡mi nuevo caballo pinto! ...

Riendo, haciendo bromas, jugueteando, salieron desde el refugio de las casas rumbo a la lluvia de acero. Corrieron a tumbos por la calle, como si fueran animalitos caseros que no están acostumbrados a correr. Al avanzar levantaron una polvareda que los cubría, y hacían un ruido endemoniado.

CAPÍTULO XIII

Un ataque nocturno

Dos o tres de nosotros teníamos una especie de campamento junto al canal casi junto a los álamos. Nuestro coche, con su abastecimiento de comida, ropa y cobijas, aún estaba a treinta kilómetros. La mayor parte del tiempo lo pasamos sin alimento. Cuando nos las ingeniamos para conseguir unas cuantas latas de sardina o un poco de harina en el tren del comisario, fuimos afortunados. El miércoles, un hombre de la muchedumbre consiguió una lata de salmón, café, galletas y un paquete grande de cigarrillos. Conforme cocinábamos, mexicano tras mexicano, al pasar rumbo al frente, desmontaba y se nos unía. Después del más elaborado intercambio de cortesías, en el cual teníamos que persuadir a nuestro invitado de comer de nuestra cena, dolorosamente debíamos renunciar a ella. Y él se deshacía en cortesías y montaba otra vez y se alejaba sin gratitud. Aunque con un sentimiento de amistad.

Nos tiramos sobre la ribera, bajo la penumbra dorada, fumando. El primer tren encabezado por un coche plataforma, sobre el cual iba montado el cañón El Niño, ya había llegado a un punto opuesto al extremo de la segunda línea de árboles. A escasos dos kilómetros de la ciudad.

Hasta donde uno alcanzaba a ver, la cuadrilla de reparaciones trabajaba afanosamente sobre la vía. De pronto oímos una terrible explosión. Una pequeña borla de humo se levantó frente al tren. Se oyó un grito de júbilo entre los árboles y el campo de batalla.

El Niño, el consentido del ejército, por fin había entrado a la línea de fuego. Ahora los federales tendrían que sentarse a observar. El Niño era un arma de tres pulgadas, la más grande que teníamos. Después nos enteramos que una locomotora salió del depósito de trenes de Gómez, y un disparo de El Niño le había dado justo en medio del horno, volándola en mil pedazos.

Atacaríamos esta noche, decían; mucho después del anochecer subí a mi caballo, Bucéfalo, y cabalgué hasta el frente. La señal era Herrera, y la contraseña Chihuahua número cuatro. Así es que para asegurarme de que me reconocieran como uno de los nuestros, debía poner un alfiler en la parte trasera del sombrero. Por todos lados se habían dado las órdenes más estrictas en cuanto a que ninguna hoguera debía encenderse en la zona de fuego; nadie debería encender un cerillo hasta que la batalla comenzara. Los centinelas dispararían contra cualquiera que desobedeciera esos mandatos. Bucéfalo y yo cabalgamos por la noche absolutamente silenciosa, y sin un solo rayo de luna. Por ningún lado se oía ruido ni se veía luz en la vasta planicie frente a Gómez, excepto por el lejano martilleo de la incansable cuadrilla de reparaciones, trabajando en la vía. En la ciudad misma, las luces eléctricas brillaban, y hasta un tranvía rumbo a Lerdo se perdió tras el cerro de La Pila.

Entonces alcancé a oír un murmullo de voces cerca del canal frente a mí; un puesto de avanzada seguramente.

¿Quién vive? -se escuchó un grito. Antes de que tuviera oportunidad para contestar, ¡bang!, disparó. La bala zumbó cerca de mi cabeza. ¡Fiuuu!

No, tonto -se oyó una voz exasperada-. ¡No dispaes inmediatamente después de pedir la identificación! ¡Espera hasta que diga la respuesta incorrecta! Escúchame ahora.

Esta vez la formalidad fue satisfecha por ambos lados. Y el oficial dijo: ¡Pase usted! Pero alcancé a escuchar el gruñido del primer centinela.

-Si nunca le atino a nadie cuando disparo ...

Moviéndome con cuidado en la oscuridad, a tumbos, llegué hasta el rancho San Ramón. Sabía que todos los pacíficos habían huido, así es que me sorprendió ver una luz que brillaba entre los bordes de la puerta. Tenía sed y no me importó lanzarme al canal. Apareció una mujer con una tribu de cuatro chiquillos colgados de sus faldas. Me trajo agua y de repente me dijo:

- Oh, señor, ¿usted sabe dónde están las ametralladoras de la brigada Zaragoza? Mi hombre está ahí y no lo he visto desde hace siete días.

-¿Entonces usted no es un pacífico?

- Claro que no -me contestó indignada, señalando a sus hijos-. Nosotros pertenecemos a la artillería.

Abajo, en el frente, el ejército se extendía a lo largo del canal al pie de la primera línea de árboles. En la absoluta oscuridad murmuraban entre sí, esperando la orden de Villa para la guardia de avanzada a un cuarto de kilómetro adelante, que precipitaría los primeros disparos de rifle.

- ¿Dónde están sus rifles? -pregunté.

- Esta brigada no usará rifles esta noche -contestó una voz-. Por allá a la izquierda, cuando ellos ataquen las trincheras, ahí hay rifles, pero debemos capturar Brittingham Corral esta noche, y los rifles no sirven. Nosotros somos hombres de Contreras, la brigada Juárez. Verá, ¡tenemos órdenes de caminar hasta los muros y lanzar estas bombas adentro! -me mostró la bomba. Estaba hecha de un cartucho corto de dinamita cosido dentro de una tira de cuero de vaca, con una mecha metida en uno de los extremos. Continuó-: La gente del general Robles está allá a la derecha, tienen granadas pero también rifles. Ellos van a asaltar el cerro de La Pila ...

En la noche calurosa y quieta, percibimos de pronto el sonido de un fuerte tiroteo en dirección de Lerdo, donde Maclovio Herrera iba con su brigada. Casi al mismo tiempo, desde el fuego de rifle surgió un tableteo. Un hombre llegó hasta la línea con un cigarro encendido que brillaba como una luciérnaga en el hueco de sus manos.

- Enciendan sus cigarrillos con éste -dijo- y no enciendan las mechas hasta que estén justo debajo del muro.

- Capitán, ¡caramba! Va a estar muy, muy duro. ¿Cómo vamos a saber la hora exacta?

Otra voz, profunda, áspera, habló desde la oscuridad.

- Yo les diré, sólo síganme.

Un grito acallado: ¡Viva Villa!, brotó de entre ellos.

A pie, sosteniendo un cigarro encendido en una mano -nunca fumaba- y una bomba en la otra, el general Villa subió por la ribera del canal y se sumergió en la maleza. Otros hicieron lo mismo ...

Por toda la línea rugía ahora el fuego de los rifles, aunque estaba muy atrás de los árboles y no pude ver nada del ataque.

La artillería estaba en silencio, las tropas muy cerca, lo que no permitía que se usaran granadas por ninguna de las facciones. Cabalgué hacia la derecha, donde subí con mi caballo por una ribera de canal muy escarpada. Desde ahí pude ver los diminutos fuegos danzando, las armas se oían rumbo a Lerdo. Brotes aislados, que parecían un collar de joyas a lo largo de nuestro frente. Hacia el extremo izquierdo, un ruido nuevo y más profundo nos indicó el lugar donde Benavides hacía una demostración contra Torreón en debida forma, con ametralladoras de tiro rápido. Permanecí esperando en tensión el ataque.

Se suscitó con la fuerza de una explosión. Hacia el lado del Brittingham Corral que yo no pude distinguir. El ritmo acompasado de cuatro ametralladoras, y una explosión continua de rifles haciendo parábolas, convirtieron el ruido previo en el más profundo silencio. Un rápido resplandor enrojeció el cielo, después se oyeron las impresionantes explosiones de dinamita. Me pude imaginar a los salvajes gritones que invadían la calle contra esa flama invasora. Arremetiendo, pausando, luchando para abrirse paso, con Villa a la cabeza, hablándoles por encima del hombro como siempre. Se desencadenó un tiroteo más cerrado hacia la derecha, lo que indicaba que el ataque contra el cerro de La Pila había llegado a las faldas. Al mismo tiempo en el lejano extremo del risco hacia Lerdo se vieron destellos. ¡Maclovio había tomado Lerdo!

De pronto apareció ante mi vista un paisaje mágico. Hacia arriba por tres lados de la escarpada loma del cerro subía lentamente un cerco de luz. Era la flama constante del tiroteo de rifles proveniente de los atacantes. El valle también mostraba ríos de fuego, que se intensificaron conforme el cerco convergía hacia ellos. Una llama brillante se dejó ver en la cima, después otra. Un segundo más tarde llegaron los terribles saludos del cañón. Tiró contra la pequeña línea de hombres que trepaban con la artillería. ¡Pero aún así seguían subiendo por la negra colina!

El cerco de fuego se había roto en muchos lugares, pero nunca se desintegró. De manera que pareció emerger combinado con el resplandor fulgurante y mortal del valle. Entonces, de pronto, decayó por completo; unas cuantas luciérnagas aisladas siguieron cayendo por la ladera, en tonos vivos. Y cuando pensé que todo estaba perdido, maravillándome del heroísmo inútil de estos peones que subieron una colina haciendo frente a la artillería. ¡Un momento! El cerco de flamas volvió a encenderse con lentitud y a subir ...

Esa noche atacaron siete veces el cerro, a pie. Siete octavos de ellos murieron ...

Todo este tiempo el crujir infernal y el jugar de la luz roja sobre el corral, no paró ni un momento. En ocasiones parecía entrar a una tregua, para volver a comenzar con más furia. Atacaron el corral ocho veces. En la mañana cuando entré a Gómez, a pesar de que los federales habían quemado muertos constantemente durante tres días, había tantos en el vasto espacio frente a Brittingham Corral que apenas pude cabalgar por entre ellos. Alrededor del cerro nos topamos con siete capas distintas de cadáveres de rebeldes ...

Los heridos comenzaron a peregrinar a través de la planicie, en medio de una densa oscuridad. Sus gritos y gemidos, que ahogaban cualquier otro sonido se oían por encima del clamor de la batalla. Es más, hasta se podía oír el crujido de los arbustos cuando se metían por ahí, y el arrastrar de sus pies por la arena. Un jinete pasó por el camino delante mío, maldiciendo furioso por tener que abandonar la batalla debido a su brazo roto. Sollozaba entre maldiciones. Después pasó un hombre a pie, quien se sentó junto a la ribera, tratando desesperadamente de pensar en toda suerte de cosas para evitar una crisis nerviosa.

- ¡Qué valientes somos los mexicanos -dijo angustiado- matándonos unos a otros así! ...

Regresé al campamento muy fastidiado. Una batalla es la cosa más tediosa del mundo, sin importar el tiempo que dure, es siempre lo mismo. En la mañana fui a conseguir noticias en el cuartel general. Habíamos capturado Lerdo, pero el cerro, el corral y el cuartel aún eran del enemigo. ¡Toda esa matanza para nada!

CAPÍTULO XIV

La caída de Gómez Palacio

El Niño estaba a menos de un kilómetro de la ciudad, y los trabajadores de la cuadrilla de reparaciones trabajaban en el último tramo de vía bajo un intenso fuego de granadas. Los dos cañones al frente de los trenes llevaban todo el peso de la artillería, y con valentía contestaban el fuego. Lo hacían tan bien, que después de que una granada federal mató a diez trabajadores, el capitán de El Niño puso fuera de combate a dos ametralladoras en el cerro. Ante ello, los federales dejaron en paz a los trenes y volcaron su atención en sacar, a base de granadas, a Herrera de Lerdo.

El ejército constitucionalista estaba abatido. En los cuatro días de lucha se habían perdido cerca de mil hombres y casi dos mil estaban heridos. Hasta el excelente tren hospital era insuficiente para hacerse cargo de los heridos. En la enorme planicie donde nosotros encontrábamos dominaba sobre todo el asqueroso olor de los cadáveres. En Gómez debió ser horrible. El jueves, el humo de veinte piras funerarias manchaba el cielo. Pero Villa estaba más determinado que nunca. Gómez debía caer, y rápido. Ya no tenía municiones ni abastecimientos suficientes para sostener un sitio. Más aún, su nombre ya era una leyenda entre el enemigo. Dondequiera que Pancho Villa apareciera en una batalla ellos comenzaban a pensar que ya estaba perdida. El efecto, también en sus mismas tropas era de suma importancia. Así es que planeó otro ataque nocturno.

La vía está completamente reparada -informó Calzada, superintendente de los ferrocarriles.

Bueno -dijo Villa-. Traigan a todos los trenes desde la retaguardia esta noche ¡porque vamos a entrar a Gómez en la mañana!

Llegó la noche, asfixiante, silenciosa, se podía oír el cantar de las ranas en los canales. A través del frente de la ciudad los soldados yacían esperando la orden de ataque. Heridos, exhaustos, a punto de estallar, llegaron al frente. Casi al punto de la última etapa de la desesperación. Esta noche ellos no serían rechazados. Tomarían la ciudad o morirían. Al acercarse las nueve de la noche, hora en que el ataque debería iniciarse, la tensión llegó a un nivel peligroso.

Dieron las nueve, pasaron. Ni un sonido ni un movimiento, por alguna razón la orden había sido retrasada. Las diez. De repente, hacia la derecha una andanada de disparos explotó desde la ciudad. A todo lo largo de nuestra línea no se hizo esperar la respuesta. Después de unos cuantos disparos el fuego federal cesó por completo. Desde la ciudad se percibieron sonidos aún más misteriosos. Se apagaron las luces eléctricas. En la oscuridad ocurrió un movimiento sutil, indefinible. Al fin, la orden de avance se dio. Nuestros hombres se arrastraron en la oscuridad. La primera fila dio un grito, y la verdad se esparció por todas las filas hasta el campo, en un grito triunfal. ¡Gómez Palacio había sido evacuada!

A grandes voces el ejército inundó la ciudad. Unos cuantos disparos aislados sonaron cuando los guardias capturaron algunos de los saqueadores federales, pues el ejército

federal había devastado toda la ciudad antes de abandonarla. Después nuestro ejército comenzó el saqueo. Sus gritos, el cantar de los borrachos y los sonidos de las puertas derribadas nos llegaron hasta la planicie. Pequeñas lenguas de fuego surgieron donde los soldados quemaron unas casas que habían servido de cuartel a los federales. Pero el saqueo se limitó, como siempre, a la comida y la ropa para cubrirse. No lo perpetraron en los domicilios particulares. Los jefes del ejército no podían dar crédito a sus ojos. Villa dio una orden específica declarando que todo aquel soldado que tomaba algo, esto era de él, ningún oficial podría quitárselo.

Hasta este momento no habían ocurrido muchos robos en el ejército, al menos hasta donde sabemos. Pero la mañana que entramos a Gómez la psicología de los soldados había cambiado. Me desperté en nuestro campamento junto al canal, para encontrar que mi caballo había desaparecido. Bucéfalo había sido robado durante la noche, jamás lo volví a encontrar. Durante el desayuno varios soldados llegaron para compartir nuestro alimento, cuando se fueron, nos dimos cuenta que faltaban un cuchillo y un revólver. La verdad es que todos robaban a todos. Así es que yo también robé lo que necesitaba.

Había una gran mula gris pastando en el campo cercano, con una cuerda alrededor de su cuello. Puse mi silla sobre el animal y me la llevé al frente. Era un noble bruto, que valía cuatro veces más que Bucéfalo, como pronto descubrí. Todos con los que me encontré deseaban esta mula. Un soldado que marchaba con dos rifles me detuvo.

- Oiga compañero, ¿dónde consiguió esa mula?

- Me la encontré en un campo -dije tontamente.

- Justo lo que pensé -exclamó- ¡ésa es mi mula! ¡Bájese y devuélvame la ahora mismo!

- ¿Esta es su silla? -pregunté.

- ¡Por la madre de Dios, claro que sí!

- Entonces usted miente sobre la mula, pues la silla es mía -continué, dejándolo atrás dando gritos por el camino.

Un poco más adelante, un anciano peón que caminaba, de repente corrió a abrazar al animal por el cuello.

- ¡Ah, por fin! ¡Mi hermosa mula que había perdido! ¡Mi Juanito!

Lo aparté a pesar de sus halagos y sus pretensiones del pago al menos de cincuenta pesos, en compensación por su mula. En la ciudad, un hombre de la caballería, cruzó frente a mí, pidiendo su mula. Era bastante feo y tenía un revólver. Me le escapé diciendo que yo era un capitán de la artillería y que la mula pertenecía a la misma. Cada pocos metros salía un nuevo propietario de esa mula. Decía que cómo me atrevía a montar a su pequeño Panchito, o Pedrito o Tomasito. Por fin un hombre salió del cuartel, con una orden escrita del coronel, quien había visto la mula desde su ventana. Le mostré mi pase firmado por Francisco Villa. Esto fue suficiente ...

A través del extenso desierto donde los constitucionalistas habían peleado por tanto tiempo, el ejército se reunía proveniente de todas direcciones. En largas columnas semejantes a serpientes, el polvo colgaba por encima de cada una de ellas. Y a lo largo de la vía, tan lejos como el ojo podía percibir, venían los trenes, haciendo sonar sus triunfantes silbatos. Iban atestados de mujeres y soldados que lanzaban porras. Dentro de la ciu-

dad, el amanecer había caído en silencio y orden absolutos. Con la entrada de Villa y su alto mando, el pillaje había cesado. Los soldados otra vez respetaban la propiedad de los demás. Unos mil trabajaban arduamente recogiendo cadáveres y llevándolos al borde de la ciudad, donde se les quemaba. Quinientos más vigilaban la ciudad. La primer orden emitida fue que cualquier soldado capturado bebiendo, sería ejecutado.

En el tercer tren, estaba nuestro coche, el furgón privado de los corresponsales, fotógrafos y camarógrafos de cine. Allí, al menos teníamos nuestros equipajes, comida, cobijas, y a Fong, nuestro amado cocinero chino. El coche pasó a estar cerca de la estación, en la primera fila de trenes. Al reunirnos en su hermoso interior, caliente, polvorientos y exhaustos, los federales nos lanzaron cerca de Torreón unas cuantas granadas bastante cerca de nosotros. Yo estaba de pie en la puerta del coche, oí el estrépito del cañón pero no le di importancia. De pronto vi cómo un pequeño objeto volaba por el aire, parecido a un gran escarabajo, dejando atrás una espiral de humo negro. Pasó cerca de la puerta del coche con un ruido como de ¡zzzmb!, y a unos metros más allá explotó con un terrible ¡crash-fiuu!, entre los árboles de un parque, donde una compañía de caballería y sus mujeres acampaban.

Un centenar de hombres con pánico se abalanzaron a sus caballos y galoparon frenéticamente hacia la retaguardia. Las mujeres los siguieron. Parece que murieron dos mujeres y un caballo. En la desesperación, las cobijas, el alimento, los rifles fueron a dar al suelo. ¡Rum!, otra explosión al otro lado del coche. Estaban muy cerca, detrás de nosotros. En la vía veinte largos trenes, cargados con mujeres histéricas, gritaban. Las máquinas trataron de retroceder de inmediato, con un desesperado sonar de silbatos. Exploraron dos o tres granadas más. Entonces alcanzamos a oír la respuesta de El Niño.

El efecto en los corresponsales y periodistas fue peculiar. Apenas explotó la primera granada, alguien sacó la botella de whisky, de un impulso. Nos la turnamos. Nadie pronunció palabra. Pero todos tomamos un gran trago. Cada vez que una granada explotaba cerca, todos nos balancéabamos y brincábamos. Después de un rato ya no nos importó. Comenzamos a felicitarnos por ser tan valientes al quedarnos en el coche bajo el fuego de la artillería. Nuestra valentía aumentó conforme el fuego decreció, por último terminó. También conforme el whisky escaseó. Nos olvidamos de cenar.

Recuerdo que en la oscuridad dos anglosajones beligerantes llegaron a la puerta del coche, amenazando a los soldados que pasaban, abusando de ellos en el lenguaje más descortés. Nosotros también teníamos problemas, uno de ellos casi estrangula a un anciano porque andaba con su equipo cinematográfico. Ya muy entrada la noche todavía tratábamos sinceramente de persuadir a los dos jóvenes de no salir sin la señal y sin reconocer las filas federales en Torreón.

- ¿A qué hay que tenerle miedo? -gritaron- ¡Un grasiendo mexicano no tiene agallas!
¡Un americano puede dominar a cincuenta mexicanos! ¿Viste cómo corrieron esta tarde cuando las granadas pegaron en esa cosecha? ¿Y cómo nosotros -hic- nos quedamos en el coche?

QUINTA PARTE

CAPÍTULO I

Carranza - una impresión

Al ser firmado el tratado de paz en Juárez, con lo que la revolución de 1910 se dio por terminada, Francisco I. Madero se encaminó hacia el sur rumbo a la Ciudad de México. En cualquier lugar donde hablaba, las multitudes de peones entusiastas y triunfales, aclamaban al vencedor y lo consideraban el libertador.

En Chihuahua se dirigió a la gente desde el balcón del palacio de gobierno. Habló emocionado de las penurias que había pasado y los sacrificios que habían hecho una pequeña banda de hombres para derrocar para siempre la dictadura de Díaz. Se emocionó, viendo hacia la parte interior de la habitación, llamó a un hombre alto, de barba, con imponente presencia. Pasándole el brazo sobre los hombros, dijo con voz cascada por la emoción:

- ¡Éste es un hombre bueno! Amenlo y hónrenlo siempre.

Era Venustiano Carranza, un hombre de vida ejemplar y altos ideales. Un aristócrata descendiente de la raza española dominante. Un terrateniente: Su familia siempre había sido propietaria de grandes tierras. Era uno de esos nobles mexicanos, quienes como aquellos nobles franceses, como Lafayette en la revolución francesa, entraron de lleno en la lucha por la libertad.

Cuando la revolución de Madero estalló, Carranza tomó el campo de batalla en una forma realmente medieval. Armó a los peones que trabajaban en sus grandes territorios y los condujo a la guerra como cualquier señor feudal. Cuando terminó la revolución, Madero lo nombró gobernador de Coahuila.

Ahí estaba cuando Madero fue asesinado en la capital y Huerta usurpó la presidencia enviando una carta circular a los gobernadores de los diferentes Estados, ordenándoles reconocer la nueva dictadura. Carranza se rehusó hasta a contestar la carta, declarando que no tendría ningún trato con un asesino y usurpador. Emitió una proclama llamando a los mexicanos a las armas, proclamándose a sí mismo Primer Jefe de la Revolución.

Invitó a los amigos de la libertad a salir junto a él. Marchó desde su capital y tomó el campo de batalla, donde asistió a la primera lucha alrededor de Torreón.

Después de poco tiempo, Carranza salió con sus fuerzas atravesando la República desde Coahuila, donde las cosas ocurrían, hasta el Estado de Sonora, donde nada ocurría. Villa había comenzado a luchar en el Estado de Chihuahua; Urbina y Herrera en Durango; Blanco y otros en Coahuila y González cerca de Tampico. En tiempos extremos como estos es normal que haya una desorganización preliminar en cuanto a los propósitos finales de la guerra. Entre los líderes militares, sin embargo, no había ningún desacuerdo.

Villa había sido electo, por unanimidad, comandante en jefe del ejército constitucionalista, gracias a una junta extraordinaria de todos los líderes guerrilleros independientes, ante Torreón. Un evento poco conocido en la historia mexicana.

Pero en Sonora, Maytorena y Pesquiera ya discutían sobre quién sería el gobernador del Estado. Revoluciones amenazadoras se cernían entre ellos. El propósito declarado de Carranza al cruzar hacia el occidente del país con su ejército, era resolver esta disputa. Aunque esto no parece viable. Otras explicaciones aclaran que deseaba asegurar un puerto para los constitucionalistas en el occidente. Que quería resolver la disputa sobre la posesión del río Yaqui. Todo esto ocurrió en la quietud de un Estado comparativamente pacífico donde él podría organizar mejor el gobierno provisional de la nueva República.

Se quedó ahí durante seis meses, sin hacer nada en apariencia, manteniendo a un contingente de más de seis mil hombres excelentes, prácticamente inoperantes; asistiendo a banquetes y corridas de toros. Estableciendo y celebrando innumerables días festivos nacionales, y emitiendo proclamaciones. Su ejército, dos o tres veces el tamaño de las guarniciones descorazonadas de Guaymas y Mazatlán, sostenían un flojo sitio en esas locaciones. Mazatlán apenas había caído, creo. Lo mismo que Guaymas.

Hace unas semanas, el gobierno provisional de Maytorena amenazaba con contrarrevoluciones para el general Alvarado, el jefe de armas de Sonora, porque no garantizaba la seguridad del gobernador. Evidentemente proponía desmembrar la Revolución debido a que Maytorena estaba a disgusto en el palacio de Hermosillo. Durante todo ese tiempo no se dijo ni una sola palabra sobre la cuestión de la tierra, hasta donde mi conocimiento llega. Las tierras de los indios yaqui, cuya expropiación es el punto más negro en toda la negra historia de Díaz, se convirtió en nada más que una promesa. Con respecto a eso, toda la tribu se unió a la Revolución. Unos meses después la mayoría regresó para comenzar de nuevo su desesperanzada campaña contra el hombre blanco.

Carranza hibernó hasta principios de la primavera siguiente. Cuando consideró haber alcanzado su propósito en Sonora, volvió su rostro hacia el territorio donde se libraba la verdadera Revolución.

En esos seis meses, el aspecto de los asuntos había cambiado. Excepto la parte norte de Nuevo León, y la mayor parte de Coahuila, el norte de México era constitucionalista casi de mar a mar. Villa contaba con fuerzas bien armadas y disciplinadas, 10,000 hombres. Entró en la campaña de Torreón. Todo esto lo alcanzó casi individualmente. Carranza pareció sólo contribuir con felicitaciones. De hecho Villa había constituido un gobierno provisional.

Una inmensa masa de políticos oportunistas rodeaba al Primer Jefe, clamando devoción a la causa. Liberales en proclamaciones, y en extremo celosos, entre ellos, y de Villa.

Poco a poco la personalidad de Carranza se engolfó en la de su gabinete, aunque este mismo permaneciera tan prominente como siempre.

Era una situación curiosa, los corresponsales que permanecieron a su lado durante estos meses, me contaron el grado de exclusión al que llegó el Primer Jefe. Casi nunca lo veían. En muy raras ocasiones hablaban con él. Varios secretarios, oficiales, miembros del gabinete, se interponían entre ellos y él; educados, corteses, diplomáticos, gente respetuosa, quienes transmitían sus preguntas a Carranza por escrito, recibiendo a su vez respuestas por escrito del mismo, de manera que nunca pudiera suceder un error. Pero, hiciera lo que hiciera, Carranza dejó solo a Villa, para hacerse responsable de las derrotas o los errores. Así, Villa se vio forzado a entablar pactos con gobiernos extranjeros, como si él mismo fuera la cabeza del gobierno. No existe duda alguna de que los políticos de Hermosillo buscaban que Carranza sintiera envidia por el creciente poder de Villa en el Norte. En febrero, el Primer Jefe comenzó un viaje vacacional hacia el Norte, acompañado por sus tres mil hombres, con el objeto ostensible de enviar refuerzos a Villa, además de constituir su capital provisional en Juárez cuando Villa había salido para Torreón.

Sin embargo, dos corresponsales, que habían estado en Sonora, me dijeron que los oficiales de su inmensa guardia personal creían que los habían mandado contra Villa mismo.

En Hermosillo, Carranza se alejó de los grandes centros mundiales. Nadie sabía nada, excepto que podía estar preparándose para lograr grandes objetivos. Pero cuando el Primer Jefe empezó a desplazarse hacia la frontera norteamericana, la atención del mundo se centró en él, aunque en realidad todo esto reveló muy poco sobre tal hecho. Se esparcieron rumores sobre la inexistencia de Carranza. Por ejemplo, un periódico dijo que estaba loco, y otro alegó que había desaparecido.

Yo estaba en Chihuahua en este momento, mi periódico me envió estos rumores, ordenándome ir al encuentro de Carranza. Era un punto de gran excitación, por el asesinato de Benton. Todas las protestas y amenazas medio encubiertas de los gobiernos estadounidenses y británicos convergieron sobre Villa. Al tiempo en que recibí la orden, Carranza y su gabinete habían llegado a la frontera, rompiendo el silencio de seis meses de una manera sorprendente. La declaración del Primer Jefe al Departamento de Estado fue más o menos la siguiente:

Han cometido ustedes un error al dirigir representaciones en el caso de Benton al general Villa. Deben serme dirigidas a mí como Primer Jefe de la revolución y cabeza del gobierno provisional constitucionalista. Más aún, los Estados Unidos no tienen derecho a dirigir, ni aun a mí, ninguna representación relativa a Benton, que es súbdito inglés. No he recibido a ningún enviado del gobierno de la Gran Bretaña. Hasta que lo reciba, no daré contestación a las representaciones de ningún otro gobierno. Mientras tanto, se hará una minuciosa investigación de las circunstancias en que ocurrió la muerte de Benton; aquellos que resulten responsables de ella serán juzgados estrictamente de acuerdo con la ley.

Villa recibía al mismo tiempo una insinuación muy clara, según la cual debía abstenerse de tratar asuntos internacionales. A lo que Villa accedió, muy agradecido.

Esa era la situación cuando fui a Nogales. Nogales, Arizona (EE.UU.) y Nogales, Sonora (México), forman en realidad una gran ciudad dispersa. La frontera internacional corre a lo largo del centro de la calle; en la diminuta aduana se desperezan unos cuantos centinelas andrajosos, fumando cigarrillos interminables, sin molestar a nadie absolutamente, excepto cuando se trata de aplicar los impuestos de exportación sobre todo lo que pasa aliado norteamericano. Los habitantes de la población norteamericana cruzan la línea fronteriza a fin de obtener cosas buenas para comer, para jugar, bailar y sentirse libres; los mexicanos pasan al lado norteamericano cuando alguien los persigue.

Llegué a la medianoche y fui en seguida a un hotel en la ciudad mexicana, donde se hospedaban el gabinete y la mayoría de los políticos de Carranza, que dormían de a cuatro en un cuarto, sobre literas en los pasillos, en el suelo y aun en las escaleras. Se me esperaba. Al otro lado de la línea, un cónsul ecuaníme, constitucionalista, a quien había explicado mi gestión, que él consideró evidentemente de gran importancia, ya había teleografiado a Nogales que todo el futuro de la revolución mexicana dependía de que mister Reed entrevistara al Primer Jefe de la Revolución inmediatamente, a su llegada a Nogales.

Sin embargo, todo el mundo dormía, y el propietario del hotel, a quien se había hecho salir de su oficina privada, dijo que no tenía la menor idea de los nombres de ninguno de los caballeros o dónde dormían. Manifestó, sí, haber oído decir que Carranza estaba en la ciudad. Recorrimos el hotel, tocando a todas las puertas y preguntando a los mexicanos, hasta que tropezamos con un caballero sin afeitado, gentil, quien dijo ser el administrador de aduanas del nuevo gobierno en todo México.

Despertó al ministro de Marina, que sacó a su vez al tesorero de la nación y éste hizo poner en movimiento al secretario de Hacienda, el que por fin nos llevó al cuarto del ministro de Relaciones Exteriores, el señor Isidro Fabela. Este señor dijo que el Primer Jefe se había acostado ya y que no podía recibirme; pero que él mismo podría proporcionarme en seguida una declaración de lo que el señor Carranza pensaba exactamente acerca del incidente Benton.

Ninguno de los periódicos había citado jamás el nombre del señor Fabela, por lo que todos urgían a sus corresponsales para que informaran a su respecto, ya que parecía ser un miembro importante del gobierno provisional, no obstante que sus antecedentes eran completamente desconocidos. Se decía que había ocupado en diferentes ocasiones casi todos los puestos en el gabinete del Primer Jefe. Más bien de mediana estatura y de porte distinguido, afable, cortés, seguramente de una educación esmerada, su rostro era decididamente judaico. Hablamos un largo rato, sentados a la orilla de su cama. Me dijo cuáles eran los propósitos e ideales del Primer Jefe, pero no pude deducir de ellos nada acerca de su personalidad.

-Oh, sí -dijo-, desde luego yo podría ver al Primer Jefe en la mañana. Claro que me recibiría.

Pero cuando llegamos a cosas concretas, el señor Fabela me dijo que el Primer Jefe no contestaría a ninguna cuestión al momento. Todo debía ser por escrito, manifestó, debiendo someterse primero a Fabela. Éllo transmitiría a Carranza y traería su respuesta.

De conformidad con lo anterior, entregué al señor Fabela, a la mañana siguiente, un cuestionario como de veinticinco preguntas, escritas en un pliego. Las leyó con suma atención.

¡Ah! -exclamó-; aquí hay muchas cuestiones a las que, estoy seguro, no contestará el Primer Jefe. Le aconsejo a usted eliminarlas.

Bueno, si no las contesta, está bien -le dije-. Pero desearía ofrecerle la oportunidad de verlas. Él puede negarse simplemente a contestarlas.

No -dijo Fabela afablemente-. Es mejor que usted las borre ahora. Yo sé exactamente a qué contestará y a qué no. ¿No ve usted que algunas de sus preguntas podrían predisponerlo para dar respuesta a las otras? ¿Usted no desearía que eso ocurriera, no es así?

Señor Fabela -le dije-. ¿Está usted seguro de saber con exactitud lo que se negará a contestar don Venustiano?

Yo sé que rehusaría contestar a éstas -replicó, indicando cuatro o cinco que más bien se referían específicamente al programa del gobierno constitucionalista: la distribución de la tierra, las elecciones por el voto directo y el derecho de los peones al sufragio.

Le traeré sus respuestas en veinticuatro horas -me dijo-. Ahora mismo lo llevaré a ver al jefe; pero debe usted prometerme esto: que no le hará ninguna pregunta, que sencillamente entrará usted en la habitación, estrechará sus manos y le dirá: ¿Cómo está usted?, y saldrá inmediatamente.

Así se lo prometí y, junto con otro reportero, lo seguí al cruzar la plaza, hasta el pequeño y bello palacio amarillo municipal. Nos detuvimos en el patio. El lugar estaba atestado de mexicanos que se daban importancia, fastidiando a otros que hacían lo mismo, corriendo de puerta en puerta con portafolios y manojos de papeles. De vez en cuando, al abrirse la puerta de la secretaría, hería nuestros oídos el estrépito de las máquinas de escribir. En el pórtico se veía a oficiales uniformados esperando órdenes.

El general Obregón, comandante del ejército de Sonora, delineaba en voz alta los planes para su marcha al sur sobre Guadalajara. Salió de Hermosillo tres días después, conduciendo a su ejército a través de más de seiscientos kilómetros de una región amiga, en tres meses. Aunque Obregón no había demostrado una capacidad de dirección que asustara a nadie, Carranza lo nombró general en jefe del ejército del noroeste, en igual rango que Villa. Estaba hablando con él una mujer mexicana, gruesa, pelirroja, ataviada con un vestido negro de raso, estilo princesa, bordado de azabache y con espada al cinto. Era la coronela Ramona Flores, jefe de Estado Mayor del general constitucionalista Carrasco, que operaba en Tepic. Su esposo había muerto siendo oficial en la primera revolución, legándole una mina de oro, con cuyo producto había puesto en pie un regimiento y marchado al campo de batalla. Recostados en el muro cercano, estaban dos sacos con barras de oro, que había traído al Norte para comprar armas y uniformes para sus tropas. Los norteamericanos en busca de contratos y concesiones, muy corteses, se revolvían de un lado a otro, activamente, con el sombrero en la mano. Los siempre alerta vendedores viajeros de armas y municiones, hablaban al oído de quienes querían escucharlos, elogiando sus balas y cañones.

Custodiaban las puertas de Palacio cuatro centinelas armados, además de los que haraganeaban en el patio. No se veían otros, con excepción de dos que cuidaban una puerta

pequeña a la mitad del corredor. Éstos parecían más inteligentes que los otros. Cualquiera que pasara era examinado cuidadosamente, y los que se detenían a la puerta, eran sometidos a un interrogatorio de acuerdo con alguna fórmula previamente preparada. Esta guardia se renovaba cada dos horas; el relevo estaba al cuidado de un general y, antes de hacerse el cambio, tenía efecto una larga conferencia.

- ¿Qué habitación es ésta? -pregunté al señor Fabela.

-Es el despacho del Primer Jefe de la Revolución -me contestó.

Esperé tal vez durante una hora, notando en ese lapso que nadie entraba en el aposento, a no ser el señor Fabela y aquellos que lo acompañaban. Al fin, vino hacia mí y dijo:

-Bien, el Primer Jefe lo recibirá ahora.

Lo seguimos. Los soldados de la guardia interpusieron sus rifles.

¿Quiénes son estos señores? -preguntó uno de ellos.

Está bien. Son amigos -contestó Fabela, y abrió la puerta.

Adentro estaba tan oscuro, que al principio no veíamos nada. Las persianas estaban echadas en las dos ventanas. A un lado había una cama, todavía sin hacer; al otro, una mesa cubierta de papeles, sobre la cual se veía también una bandeja que contenía los restos del desayuno. En un rincón estaba una cubeta de estaño, llena de hielo, con dos o tres botellas de vino dentro. Al acostumbrarse nuestros ojos a aquella luz, vimos la gigantesca figura, vestida de caqui, de don Venustiano Carranza, sentado en un gran sillón. Había algo extraño en la manera como estaba, tal como si lo hubieran colocado allí advirtiéndole que no se moviera. Parecía no pensar, ni haber estado trabajando; no podía imaginárselo haciéndolo en aquella mesa. Se podía tener la impresión de un cuerpo inmenso inerte: una estatua.

Se levantó para saludarnos; era de una estatura elevada, como de más de dos metros. Noté un poco asombrado que usaba gafas ahumadas en aquella habitación oscura; aunque colorado y con la cara llena, me pareció que no estaba bien de salud: la sensación que dan los tuberculosos. Aquel reducido aposento oscuro, donde dormía, comía y trabajaba el Primer Jefe de la Revolución, y del cual rara vez salía, parecía demasiado pequeño, como una celda.

Fabela había entrado con nosotros. Nos presentó a uno después del otro a Carranza, que hizo un visaje, una sonrisa sin expresión, vacía; se inclinó ligeramente y nos estrechó las manos. Nos sentamos todos. Indicando al otro reportero, que no hablaba español, Fabela se expresó así:

- Estos caballeros han venido a saludarlo en nombre de los grandes periódicos que representan. Este caballero dice que desea ofrecer a usted sus más respetuosos deseos por su triunfo.

Carranza se inclinó otra vez ligeramente y se levantó al mismo tiempo que Fabela, como si indicara que la entrevista había terminado.

- Me permito asegurar a los caballeros -dijo-, mi agradecida aceptación de sus buenos deseos.

Nos estrechamos otra vez las manos, pero al hacerlo con la mía, le dije en español:

- Señor don Venustiano: Mi periódico es amigo suyo y de los constitucionalistas.

Estaba allí, de pie, como antes, una gran máscara de hombre. Pero al hablarle, dejó de sonreír. Su expresión era tan vaga como antes, y repentinamente, comenzó a hablar:

- A los Estados Unidos les digo que el caso Benton no es de su incumbencia. Benton era súbdito británico. Responderé a los enviados de la Gran Bretaña cuando vengan a mí con la representación de su gobierno. ¿Por qué no vienen a mí? ¡Inglaterra tiene un embajador en la Ciudad de México, que acepta ser invitado a comer con Huerta, se quita el sombrero para saludarlo y estrecha su mano! Cuando Madero fue asesinado, las potencias extranjeras fueron en bandada, como aves de rapiña sobre los cadáveres; adularon al asesino porque tenía unos cuantos súbditos en la República, que eran pequeños traficantes y realizaban negocios sucios.

El Primer Jefe terminó tan bruscamente como había empezado, con la misma inmovilidad de expresión, pero abría y cerraba los puños y se mordía los bigotes. Fabela hizo apresuradamente un ademán hacia la puerta.

- Los caballeros están muy agradecidos a usted por haberlos recibido -dijo, nerviosamente.

Pero don Venustiano no le hizo caso. Repentinamente empezó a decir otra vez, levantando la voz más y más alto.

- Esas naciones pensaron cobardemente que podían obtener ventajas apoyando al gobierno del usurpador. Pero el avance rápido de los constitucionalistas les ha demostrado su error, y ahora se encuentran en un predicamento.

Fabela estaba visiblemente nervioso.

- ¿Cuándo comienza la campaña de Torreón? -preguntó, tratando de cambiar de tópico.

- El asesinato de Benton se debió a un ataque depravado sobre Villa por un enemigo de los revolucionarios -rugió el Primer Jefe, hablando fuerte y más rápido-, y la Gran Bretaña, la que intimida a todo el mundo, no se siente capaz de tratar con nosotros, para no humillarse enviando a un representante ante los constitucionalistas; por eso ha tratado de usar a los Estados Unidos gritó, sacudiendo los puños-, ¡que se dejan asociar con esas potencias infames!

El infeliz Fabela hizo otra intentona para contener el torrente peligroso. Pero Carranza dio un paso adelante, y levantando el brazo, gritó:

- ¡Yo les digo a ustedes que si los Estados Unidos intervienen en México sobre la base de esta pequeña excusa, la intervención no logrará lo que desea, sino que provocará una guerra, la cual, además de sus propias consecuencias, ahondará la profunda odiosidad entre los Estados Unidos y toda América Latina; un aborrecimiento que pondrá en peligro todo el futuro político de los Estados Unidos!

Dejó de hablar cuando lo hacía en tono más elevado, como si hubiera sentido algo en su interior que se lo impidiera. Yo pensaba en mi fuero interno: he aquí la voz de México fulminando a sus enemigos; pero esto no parecía ser tanto así como la realidad de un viejo ligeramente senil, cansado y colérico.

Ya fuera, a la luz del sol, me decía el señor Fabela, muy agitado, que no debía publicar lo que había oído o, por lo menos, debía permitirle ver el despacho.

Me quedé en Nogales uno o dos días más. Al día siguiente de la entrevista, me fue devuelto el papel escrito a máquina donde estaba mi cuestionario; contenía las respuestas manuscritas, por cinco tipos diferentes de letras. Los periodistas eran gente privilegiada en Nogales; siempre eran tratados con la más refinada cortesía por los miembros del gabinete provisional; sin embargo, nunca podían llegar hasta el Primer Jefe. Traté, frecuentemente, de obtener de los miembros del gabinete la más mínima información sobre los planes que tuvieran para el arreglo de los disturbios causados por la Revolución; pero no daban señales de tener ninguno, fuera del de la formación de un gobierno constitucional. En todas las ocasiones que hablé con ellos, nunca pude descubrir de su parte un destello de simpatía o comprensión hacia los peones. En cambio, algunas veces sorprendí entre ellos altercados acerca de quién iba a ocupar los puestos elevados en el nuevo gobierno de México. El nombre de Villa era difícilmente mencionado, y cuando se hacía, era de esta manera:

Tenemos la mayor confianza en la lealtad y obediencia de Villa. Como hombre de combate, Villa lo ha hecho muy bien; pero muy bien, en verdad. Pero no debe intentar mezclarse en los asuntos del gobierno; porque, desde luego, sabe usted, Villa es solamente un peón ignorante. Ha dicho muchas tonterías y cometido muchos errores, los cuales tendremos que corregir.

No hay ningún mal entendido entre el general Villa y yo. Obedece todas mis órdenes como cualquier soldado raso, sin hacer objeciones. Es inconcebible que pudiera hacer cualquier otra cosa.

Y apenas había pasado un día, cuando Carranza hacía esta declaración, desde su cuartel general:

Yo había pasado bastante parte de tiempo en los corrillos del Palacio Municipal; pero no había vuelto a ver a Carranza, después de la única vez descrita.

Era hacia la caída de la tarde; la mayoría de los generales, los vendedores de armas y los políticos se habían ido a comer. Estaba sobre la orilla de la fuente en medio del patio, hablando con unos soldados, cuando de pronto se abrió la puerta de aquel pequeño despacho, apareciendo Carranza enmarcado en ella, con los brazos sueltos a lo largo del cuerpo, su admirable cabeza de viejo hacia atrás, la mirada perdida en la lejanía, sobre nuestras cabezas y por arriba de las paredes en dirección a las llamaradas de nubes en el occidente. Nos levantamos e inclinamos, pero no nos vio. Caminando despacio, salió y se encaminó a lo largo del pórtico, hasta la puerta del palacio. Los dos centinelas presentaron armas. En cuanto pasó, se echaron sus rifles al hombro y se fueron tras él. Se detuvo en la puerta y estuvo allí un largo rato mirando la calle. Los cuatro centinelas adoptaron una postura de atención. Los dos que iban detrás de él descansaron armas y se detuvieron. El Primer Jefe de la Revolución enlazó sus manos por detrás; sus dedos se movían violentamente. Entonces se volvió, y marchando entre los dos guardias, regresó al pequeño y oscuro despacho.

SEXTA PARTE

CAPÍTULO I

El Cosmopolita

El Cosmopolita es el salón de moda en Chihuahua: un infierno de casa de juego. Fue propiedad de Jacobo La Touche, alias El Turco; un hombre gordo, tambaleante, que llegó sin zapatos a Chihuahua con un oso bailarín hace veinticinco años, y que se convirtió en multimillonario. Poseía una lujosa residencia en el Paseo Bolívar, la que era mejor conocida por el mote de El Palacio de las Lágrimas, porque fue construida con los productos de las concesiones de juego de El Turco, que habían dejado en la miseria a muchas familias. Pero el viejo inicuo se escabulló con el ejército federal en retirada al mando del general Mercado, y cuando Villa entró a Chihuahua obsequió El Palacio de las Lágrimas al general Ortega, como regalo de Navidad, y confiscó El Cosmopolita.

Cuando tenía unos cuantos pesos sobrantes de mi lista de gastos, acostumbraba frecuentar El Cosmopolita. Juanito Roberts y yo hacíamos escala en nuestro camino del hotel, para tomar unos cuantos ponches calientes en un bar chino, regentado por un mongol canoso llamado Chi-Li. De allí proseguíamos a las mesas de juego, con la despreocupada apariencia de grandes duques en Montecarlo.

Se entraba primero a una habitación larga y baja, alumbrada con tres lanternas ahumadas; era donde se jugaba a la ruleta.

Sobre la mesa había un letrero que decía:

Sírvase no poner los pies sobre la mesa de la ruleta.

Era una rueda vertical, no horizontal, erizada de espigas que tropezaban con una tira de acero flexible, y que detenía al fin la rueda sobre un número. La mesa tenía poco más de tres y medio

metros de largo a cada lado de la ruleta, estando siempre atestada, cuando menos, con cinco hileras de muchachos imberbes, peones y soldados, muy excitados y gesticulando

al tirar un río de billetes de poco valor sobre sus números y colores y discutiendo sobre las ganancias. Aquellos que perdían lanzaban gritos terribles de cólera; al echar el gurrupí su dinero al cajón, la rueda estaba inmóvil a menudo durante tres cuartos de hora o una hora, mientras que algún jugador que había perdido diez centavos, agotaba su vocabulario contra el cajero, el dueño del negocio, sus antepasados y descendientes por diez generaciones anteriores y posteriores y sobre Dios y su familia por permitir que tamaña injusticia no fuera castigada. Al fin, salía murmurando amenazador:

- ¡A ver! ¡Ya veremos!, mientras los otros le hacían lugar para que se fuera, mascullando: ¡Ah! ¡Qué mala suerte!

Cerca de donde se sentaba el gurrupí había un sitio gastado en el paño, con un botoncito de marfil en el centro. Cuando alguien estaba más de lo debido en la ruleta, el gurrupí oprimía el botoncito, parando la ruleta para seguir jugando. Esto era visto por todos como un recurso legítimo, ya que ¡caramba!, ¡no tiene objeto tener una casa de juego para perder!

Se usaba la más sorprendente diversidad de monedas, dado que la plata y el cobre habían desaparecido de la circulación en Chihuahua hacía mucho, con motivo de la conturbada época revolucionaria. Pero todavía circulaban algunos billetes de banco mexicanos, además de la moneda de curso legal, impresa en papel de escribir ordinario por el ejército constitucionalista y que no valía nada; certificados emitidos por las compañías mineras, pagarés, notas de mano, hipotecas y un centenar de vales diversos de varios ferrocarriles, plantíos agrícolas y empresas de servicios públicos.

La mesa de ruleta no nos interesaba ya. No había suficiente campo de acción para nuestro dinero. De modo que nos abríamos paso hacia un cuartito, lleno de humo azulado, donde había una jugada perpetua de póker, en torno a una mesa en forma de abanico, cubierta con el clásico tapete verde. En una pequeña entrada, al lado derecho de la mesa, se sentaba el tallador; las sillas para los jugadores estaban distribuidas alrededor. Se jugaba contra la banca; el tallador sacaba un diez por ciento para la casa en cada apuesta. Cuando alguno comenzaba a volar mostrando una cartera bien provista, el tallador lanzaba un agudo silbido y aparecían dos caballeros afables, empleados de la casa, quienes tomaban parte en seguida en el juego. No había límite para apostar, mientras se tuviesen fichas, o el respaldo de billetes de banco a la vista. El caballero que hablaba primero tenía que decir si sería póker cerrado o abierto el que jugaría. El cerrado era el más divertido, porque para un mexicano es inconcebible que la próxima carta no sea la que necesita para tener una mano magnífica, y apuesta aumentando sobre cada carta con una excitación creciente, desatinada.

Aquí no regían las reglas estrictas del juego norteamericano, que restringen toda la acción. Juanito y yo levantábamos las cartas por una punta para mostrárnoslas, tan pronto como las daban. Y, cuando yo parecía en camino de ligar una buena mano, Juanito, simplemente, empujaba todo lo que tenía delante hacia mí; pero si la próxima carta para Juanito prometía una mejor perspectiva que mi mano, entonces yo empujaba todo lo de Juanito y lo mío, hacia él. Al tiempo de darse la última carta, todas las fichas de los dos estaban apiladas en medio de nosotros, neutrales, y cualquiera de los dos, el que tenía la mejor mano, apostaba todo nuestro capital conjuntamente.

Por supuesto que nadie objetaba esta manera de jugar; pero a fin de hacerle contrapeso, el tallador echaba su silbido a los dos jugadores de la casa y les daba a cada uno disimuladamente, una mano de abajo de la baraja.

Mientras tanto, un chino corría desafortadamente entre la mesa y el mostrador de un fonducho situado enfrente, al cruzar la calle, trayendo emparedados, chile con carne y tazas de café a los jugadores que comían y bebían ruidosamente durante el juego, derramando el café y la comida entre las apuestas.

En algunas ocasiones se levantaba un jugador de aquellos que han viajado mucho por países extranjeros y daba una vuelta en torno a su silla, para sacudirse una racha de mala suerte; o bien, pedía una baraja nueva, adoptando un aire derrochador, sin ceremonias ni cumplidos. El tallador se inclinaba ceremoniosamente; arrojaba la baraja en uso al cajón y presentaba una nueva. La casa tenía solamente dos juegos de naipes. Ambos como de un año de uso y profusamente decorados con las comidas de todos los jugadores, pasados y presentes.

Claro que se jugaba al juego norteamericano. Pero algunas veces entraba un mexicano que no estaba bien familiarizado con los artificios de la baraja norteamericana. Por ejemplo, en la mexicana no hay ochos, nueves ni dieces. Una de las personas, un mexicano fatuo, presuntuoso, jugaba allí una noche, precisamente, cuando pedí que se jugara una mano de póker abierto. Antes de que el tallador pudiera silbar, el sujeto había sacado un gran rollo de dinero de todas denominaciones, y comprado cien pesos de fichas. Siguió el juego. Recibí tres corazones sucesivamente, obtuve el dinero de Roberts y empecé a jugar para ligar color. El hombre contempló sus cartas por un buen rato, como si fueran algo nuevo para él. En seguida se puso rojo y con una gran excitación apostó quince dólares. Al recibir la carta subsiguiente palideció y apostó veinticinco dólares; al ver su última carta, enrojé intencionalmente otra vez y apostó cincuenta dólares.

Por algún milagro yo había ligado color. Pero la forma desorbitada de apostar del hombre me había amedrentado. Sabía que un color era bueno para casi cualquier cosa en póker abierto, pero no pude sostener ese ritmo de apostar, y le pasé la mano para que lo hiciera. Se sublevó ante el hecho y protestó airado:

- ¿Qué quiere usted decir: paso? -gritó, sacudiendo ambos puños. Se le explicó y se calmó.

- Muy bien; entonces -dijo-, ya no tengo más que estos quince dólares, y no permite comprar más fichas, los apostó todos -y los empujó al centro de la mesa.

- ¿Qué tiene usted? -casi gritó al inclinarse temblando sobre el tapete.

Extendí mi color. Con una risa de triunfo, dio un palmetazo sobre la mesa.

- ¡Escalera! -exclamó, extendiendo cara arriba un cuatro, un cinco, un seis, un diez y una sota.

Los pagué.

Había extendido ya un brazo para recoger el dinero, cuando toda la mesa prorrumpió clamorosamente:

-¡Está equivocado!

-¡Eso no es escalera!

- ¡El dinero pertenece al gringo!

Se extendió sobre la mesa, con ambos brazos alrededor del dinero.

- ¡Cómo! -gritó ásperamente, mirando para arriba-. ¿No es escalera? ¡Véanla! ¡Cuatro, cinco, seis, diez y sota!

El tallador interrumpió:

- Pero debía ser cuatro, cinco, seis, siete y ocho -dijo-. En la baraja norteamericana hay ocho, nueve y diez.

- ¡Qué ridiculez! -expresó con desprecio el hombre-. ¡He jugado naipes toda mi vida y nunca he visto ocho, nueve o diez!

Pero ya entonces casi todo el gentío de la ruleta se había amontonado en la puerta, agregando su clamor al nuestro.

- ¡Claro que no es escalera!

- ¡Sí que lo es! ¿No hay aquí un cuatro, cinco, seis, diez y sota?

- ¡Pero la baraja norteamericana es diferente!

- ¡Pero no estamos en los Estados Unidos! ¡Estamos en México!

- ¡Oye, Pancho! -grito el tallador-. ¡Ve en seguida y llama a la policía!

La situación no cambiaba. Mi opositor continuaba echado sobre la mesa con el montón de dinero bajo sus brazos. El lugar se había convertido en un verdadero pandemónium lleno de voces que discutían acaloradamente, llegándose en algunos casos a insultos personales; ya algunos buscaban algo en la cintura. Acerqué mi silla contra la pared, prudentemente. Al fin llegó el jefe de la policía con cuatro o cinco gendarmes. Era un hombre alto, sin rasurar, cuyos bigotes retorcidos le llegaban hasta los ojos, vestido con un uniforme sucio, holgado, y con charreteras de felpa roja. Al llegar, todo el mundo le comenzó a explicar inmediatamente el caso. El tallador hizo una bocina con las manos y gritó a través del ruido ensordecedor; el hombre que estaba sobre la mesa se puso lívido, insistiendo a gritos que era un ultraje el que las reglas gringas vinieran a echar a perder un juego mexicano, perfectamente bueno, como lo era aquel juego de póker abierto.

El jefe escuchaba retorciéndose el bigote; se le hinchaba el pecho por la importancia que adquiriría al ser factor decisivo en una averiguación que envolvía tan grandes cantidades de dinero. Me miró. No dijo nada, pero me incliné con toda cortesía. Me devolvió el saludo, inclinándose. Entonces, volviéndose a su policía, señaló con un dedo dramáticamente al hombre de la mesa.

-¡Aprehendan a este cabrón! -dijo.

Fue un final apropiado. Chillando y protestando, el infeliz mexicano fue llevado a un rincón, donde quedó de pie frente a la mesa.

- El dinero pertenece a este caballero -prosiguió el jefe de policía-. En cuanto a usted, seguramente no tiene nociones de lo más elemental de este juego. Tengo para mí que ...

- Quizá -dijo Roberts, cortésmente, dándome un codazo-, ¿el señor capitán quisiera enseñar al caballero ...?

- Yo tendría sumo agrado en prestarle unas fichas -agregué, recogiendo el montón de dinero.

- ¡Oiga! -me dijo el jefe-. Me gustaría mucho hacerlo. ¡Muchísimas gracias, señor!

Acercó una silla y con toda cortesía le fue entregada la mano.

- ¡Abierto! -dijo, con el aplomo de un veterano.

Nos pusimos a jugar. El jefe de la policía ganó. Recogía sus fichas igual que un jugador profesional, pasando la mano a su vecino, y jugando nuevamente.

- Ve usted -dijo el jefe de la policía-, esto es fácil si se observan las reglas.

Se retorció el bigote, barajó las cartas y mandó veinticinco dólares. Ganó otra vez.

Después de un buen rato, uno de los policías se aproximó respetuosamente y le dijo:

Perdone, mi capitán, ¿qué debemos hacer con el preso?

¡Oh! -exclamó el jefe, mirando fijamente. Agitó su mano, distraído-. Déjenlo en libertad y vuelvan a sus puestos.

Mucho después que había girado la última rueda en la mesa de la ruleta, que se habían apagado las luces y echado a la calle al jugador más apasionado, nosotros seguíamos jugando en el departamento del póker. A Roberts y a mí nos quedaban como tres pesos a cada uno. Bostezábamos y cabeceábamos de sueño. Pero el jefe de la policía se había quitado la chaqueta y se agazapaba como un tigre sobre sus cartas. Ahora perdía constantemente ...

CAPÍTULO II

Valle Alegre

Como era un día de fiesta, claro, nadie trabajaba en Valle Alegre. Habría peleas de gallos a eso del mediodía, al aire libre, atrás de la cantina de Catarino Cabrera, casi directamente frente a la casa de Dionisio Aguirre, donde descansaban las grandes recuas de burros de sus viajes por las montañas, mientras los arrieros se contaban sus chascarrillos tomando tequila. A un lado del asoleado arroyo seco que llaman pomposamente calle, los peones estaban alineados en hileras dobles, acuclillados, silenciosos, somnolientos, chupando sus cigarrillos de hoja de maíz, mientras esperaban. Los afectos a empinar el codo iban y venían de la casa de Catarino, de donde escapaba una nube de humo de tabaco y un fuerte hedor de aguardiente. Unos chiquillos jugaban a la una la mula con una

puerca grande, amarilla; en los lados opuestos cantaban, desafiantes, los gallos que iban a pelear, amarrados de una pata. Uno de los propietarios, profesional que conocía su negocio, insinuante, calzando sandalias y con calcetines color cereza, se paseaba arrogantemente mostrando un fajo de sucios billetes de banco, gritando:

-¡Diez pesos, señores! ¡Sólo diez pesos!

Era extraño; nadie parecía demasiado pobre para apostar diez pesos. Así pasó el tiempo hasta eso de las dos; pero nadie se movía, excepto el sol, que había avanzado unos cuantos metros, llevando la orilla oscura de la sombra al oriente. En la sombra hacía mucho frío, y en el sol éste abrasaba.

En la orilla sombreada estaba Ignacio, el violinista, envuelto en su raído sarape, durmiendo la borrachera. Cuando estaba ebrio tocaba una melodía: el Adiós, de Tosti. Y cuando estaba muy borracho, recordaba fragmentos de la Canción de Primavera, de Mendelssohn. En realidad, es el único músico de alta categoría en todo el Estado de Durango y poseedor de una celebridad merecida. Ignacio era brillante e industrioso, tenía un gran número de hijos, pero su temperamento artístico fue demasiado para él.

El color de la calle era rojo -rica, profunda, arcilla roja- y el campo abierto, donde estaban los burros, pardo olivo; morenas las paredes de adobe cayéndose y bajas las casas, en cuyos techos se amontonaban las cañas de maíz o colgaban hilos cubiertos de chiles rojos. Había un árbol gigantesco de mezquite verde, con raíces que recordaban las patas de una gallina, con una capa de paja seca y maíz. Abajo caía la ciudad por la cuesta hasta el arroyo; los tejados se juntaban como bloques, creciendo sobre ellos hierbas y flores; salían columnillas ondulantes de humo azul de las chimeneas y, de cuando en cuando, algunas palmeras que sobresalían entre ellas. Las casas se extendían hasta la planicie amarilla donde se hacían las carreras de caballos y, más allá, las áridas montañas se achataban, atezadas como leones, ya ligeramente azules, ora púrpura y rugosas, hendidas o dentadas, al través de un cielo brillante y ardoroso. En línea recta, abajo y en la lejanía, por el arroyo, se veía un valle inmenso, como la piel de un elefante, donde saltaban las oleadas de calor.

Flotaba en el ambiente un lánguido vaho de ruidos vivientes: gallos que cantaban, cerdos que gruñían, rebuznos interrumpidos de burros, rumores de cañas secas de maíz que se quiebran al quitarse de sobre los mezquites, una mujer cantando al moler su maíz sobre el metate, el lloriquear de una gran cantidad de niños.

El sol quemaba bastante. Mi amigo Atanasio estaba sentado en la acera sin pensar en nada, con los pies sucios, desnudos a no ser por sus huaraches, su enorme sombrero, de un descolorido color pálido, bordado con un galón dorado, ya sin lustre, su sarape color azul de loza que se ve en las alfombras chinas, adornado con soles amarillos. Se levantó cuando me vio. Nos quitamos los sombreros y nos abrazamos al estilo mexicano, dándonos palmaditas en la espalda, mutuamente con una mano, mientras nos estrechábamos con la otra.

- Buenas tardes, amigo -murmuró-. ¿Cómo te sientes?

- Muy bien; muchas gracias. ¿Y tú? ¿Cómo te han tratado?

- Deliciosamente. Muchísimas gracias. He deseado mucho volver a verte.

- ¿Y tu familia? ¿Cómo está? -Es mucho más discreto no preguntar por la esposa en México, debido a que poca gente está casada.

- Su salud es de lo mejor. Gracias. Muchas gracias ¿Y tu familia?

- ¡Bien, bien! Vi a tu hijo con el ejército en Jiménez. Me dio muchos, muchos recuerdos para ti ¿Quieres un cigarrillo?

- Gracias. Permítame el fuego. ¿Hace ya muchos días que estas en Valle Alegre?

- Solamente para la fiesta.

- Espero que tu visita sea afortunada. Mi casa está a tus órdenes.

- Gracias. ¿Cómo es que no te vi en el baile anoche? ¡Tú, que fuiste siempre un bailarador tan simpático!

- Desgraciadamente Juanita fue a visitar a su madre a El Oro, y ahora, por lo tanto, soy un platónico. Ya estoy viejo para las señoritas.

- Ah no. Un caballero de tu edad esta en la flor de la vida. Pero, dime. ¿Es cierto lo que he sabido, que los maderistas están en Mapimí?

- Sí. Villa tomará pronto a Torreón, dicen, y entonces será únicamente cosa de unos cuantos meses, antes de que la revolución esté consumada.

- Yo creo que sí. Pero, dime: tengo un gran respeto por tu opinión. ¿A cuál gallo me aconsejas que le apueste?

Nos acercamos a los contrincantes y los vimos de cerca, mientras sus dueños nos gritaban en los oídos. Estaban sentados en la orilla de la acera negligentemente, manteniendo apartados a sus animales. Eran casi las tres de la tarde.

- Pero, ¿habrá hoy pelea de gallos? -les pregunté.

- ¡Quién sabe! -dijo uno de ellos, arrastrando las palabras.

El otro apenas si balbuceó que posiblemente sería mañana. Lo que pasaba era que habían olvidado los espolones de acero en El Oro, y que habían enviado a un muchacho por ellos en un burro. El Oro se hallaba a cerca de diez kilómetros de camino de montaña.

Sin embargo, nadie se apuraba; de modo que también nosotros nos sentamos. Hizo su aparición entonces Caterino Cabrera, el dueño de la cantina, así como jefe político constitucionalista de Valle Alegre, muy borracho; iba del brazo de don Prisciliano Saucedes, el antiguo jefe bajo el gobierno de Díaz. Don Prisciliano es un buen mozo, un viejo castellano de cabello blanco, que prestaba dinero a los peones con el veinte por ciento de interés. Ferviente revolucionario, don Caterino, que había sido director de escuela, presta dinero a una tasa usuraria un poco menor a los mismos peones. Don Caterino no usa cuello, pero lleva un revólver al cinto y dos cartucheras. Don Prisciliano fue despojado de la mayor parte de sus propiedades durante la primera revolución por los maderistas de la ciudad, y después, desnudo, atado sobre su caballo y azotado por la espalda con el plano de una espada.

- ¡Ay! -dijo en respuesta a mi pregunta-. ¡La revolución! ¡Yo tengo la mayor parte de ella sobre la espalda!

Y entraron los dos en la casa de don Prisciliano, donde Caterino cortejaba a su bellísima hija.

En ese instante, con el estrépito de los cascos de un caballo, apareció como relámpago el alegre y galanteador Jesús Triana, que fue capitán a las órdenes de Orozco. Pero Valle Alegre está a tres días a caballo de la vía férrea y la política no es un asunto importante allí; de tal manera que Jesús monta su caballo robado, impunemente, por las calles. Es un joven de elevada estatura, con

unos dientes brillantes, un rifle, bandolera y pantalones de cuero, sujetos a los dos lados con botones tan grandes como un peso y sus espuelas de doble tamaño. Dicen que sus modales atrevidos, y el hecho de que mató a Emeterio Flores por la espalda, le ganaron la mano de Dolores, la hija menor de Manuel Paredes, el contratista carbonero. Se lanzó arroyo abajo al galope, mientras su caballo arrojaba una espuma sanguinolenta por el despiadado freno de barbada.

El capitán Adolfo Meléndez, del ejército constitucionalista, deslucía a la vuelta de la esquina un uniforme nuevo, flamante, de pana verde botella. Llevaba una elegante espada dorada que perteneció alguna vez a los Caballeros de Pitias. Adolfo vino a Valle Alegre con una licencia de dos semanas, la que ha prolongado indefinidamente con el objeto de procurarse una mujer: la hija de catorce años del aristócrata de un pueblo. Dicen que su casamiento fue suntuoso, fuera de toda ponderación; que oficiaron dos sacerdotes y que los servicios duraron una hora más de lo acostumbrado. Pero esto puede haber constituido una buena economía para Adolfo, que ya tiene una esposa en Chihuahua, otra en Parral y una tercera en Monterrey y, desde luego, tenía que apaciguar a los padres de la novia.

Una gritería alborozada anunció a las cuatro y media la llegada del chiquillo que traía los espolones para los gallos. Se supone que se puso a jugar a las cartas en El Oro, olvidando de momento el objeto de su viaje.

Pero, claro, no se le hizo ningún reproche. Lo importante era que había llegado. Hicimos un gran círculo en el espacio abierto donde estaban los burros, para que los dos galleros comenzaran a echar sus animales. Pero a la primera embestida, el gallo al que todos habíamos apostado nuestro dinero extendió las alas y, ante el asombro de los espectadores, voló hasta el árbol del mezquite y desapareció finalmente rumbo a las montañas. Diez minutos después los dos galleros se repartían ante nosotros, indiferentes, los dineros recaudados, y todos nos fuimos a casa muy contentos.

Fidencio y yo fuimos a comer al hotel de Carlitos Chi. En todo México, en cada pequeña población, hay un chino que monopoliza los negocios de hoteles y restaurantes. Carlitos y su primo Fu estaban casados con hijas de familias respetables, de moradores pueblerinos. A nadie le parecía aquello inusitado. Los mexicanos parecen no tener ningún prejuicio racial. El capitán Adolfo, ataviado con un brillante uniforme caqui amarillo y espada, se presentó con su recién desposada novia: una muchacha lánguida muy morena; tenía el pelo cortado en un cerquillo sobre la frente y llevaba unos aretes relucientes, como arañas. Carlitos plantó delante de cada uno de nosotros un cuarto de botella de aguardiente y, sentándose a la mesa, se dedicó a flirtear muy cortésmente con la señora Meléndez, mientras Fu servía la comida, animada por alegre charla social en un lenguaje mexicano chapurreado.

Se hacían los preparativos para la celebración de un baile aquella noche en la casa de don Prisciliano, y Carlitos, muy atentamente, ofreció enseñar a la esposa de Adolfo un nuevo estilo de baile que había aprendido en El Paso, llamado el trote del pavo. Así lo había venido haciendo; pero Adolfo comenzó a ponerse hosco y anunció que no creía poder ir a la casa de don Prisciliano, ya que consideraba indebido que las esposas jóvenes se exhibieran demasiado en lugares públicos. Carlitos y Fu manifestaron su pesar, tanto más que varios de sus paisanos estarían aquella noche en el poblado, procedentes de Parral y, dijeron claro, querían armar juntos un pequeño holgorio chino.

Así que Fidencio y yo partimos, finalmente, no sin prometer solemnemente que volveríamos a tiempo para las festividades chinas después del baile.

Afuera, la luz de una hermosa luna inundaba todo el poblado. Los tejados, sin orden, semejabán aeroplanos plateados subiendo; las copas de los árboles resplandecían. El arroyo corría a lo lejos como si fuera una catarata congelada, mientras el valle inmenso se hundía en una suave y densa niebla. Los murmullos humanos se multiplicaban en la oscuridad: las risas excitadas de las jóvenes; el alentar de una mujer en una ventana, ante el vertiginoso torrente de palabras del hombre que se reclinaba en sus rejas; una docena de guitarras que se acompañaban sin saberlo; las espuelas sonando nítidamente de un joven que se apresuraba para ir a ver a su novia. Hacía frío. Al pasar por la puerta de la casa de Cabrera, sentimos un vaho alcohólico, como humo caliente. Más adelante se cruzaba el arroyo sobre unas piedras, donde unas mujeres lavaban sus ropas. Subiendo al margen opuesto vimos iluminadas las ventanas de la casa de don Prisciliano, al mismo tiempo que oíamos los acordes de la orquesta de Valle Alegre.

Las puertas y las ventanas abiertas estaban pletóricas de hombres, peones de talla elevada, morenos, silenciosos, envueltos en sus cobijas hasta los ojos, mirando el baile con ojos ansiosos y solemnes: era un bosque de sombreros.

Fidencio había retornado a Valle Alegre, después de una larga ausencia; estando afuera, lo vio un joven alto y, haciendo a un lado su sarape, girando, tal como si fuera un ala, abrazó a mi amigo, gritando:

- ¡Feliz regreso, Fidencio! ¡Te esperábamos ya hace muchos meses!

El grupo se arremolinó, se apretujaban como un trigal azotado por el viento; las trazadas oscuras volaban contra la noche. Repetían el grito:

- ¡Fidencio! ¡Aquí está Fidencio! Tu Carmencita está adentro, Fidencio. ¡Debías haber tenido cuidado de tu novia! ¡No podías estar ausente tanto tiempo y esperar que te siguiera fiel!

Los que estaban adentro repitieron los gritos haciéndose eco de los de afuera; el baile, que acababa de empezar, se suspendió repentinamente. Los peones hicieron una valla bajo la cual pasamos, dándonos palmaditas en las espaldas con amistosas palabras de bienvenida y afecto; en la puerta se apiñaba un docena de amigos para abrazarnos, iluminados los rostros de alegría.

Carmencita era una indita regordeta, con un vestido de los que se compran hechos, azul chillón, que no le quedaba bien; estaba de pie cerca de un rincón al lado de un tal Pablito, su compañero, un joven mestizo como de dieciséis años, mal encarado. Ella simula-

ba no prestar atención a la llegada de Fidencio; estaba parada, muda, con la vista fija en el suelo, como corresponde a una mujer mexicana que es soltera.

Fidencio echó unas cuantas balandronadas entre sus compadres al verdadero estilo que lo hacen los hombres, durante unos minutos, intercalando en su conversación algunos términos viriles en voz alta. Y acto seguido, con aire de altivez, cruzó la pieza en línea recta adonde estaba Carmencita y la tomó por el brazo derecho, gritando:

- ¡Bueno, ahora vamos a bailar!

Y los músicos, sonrientes, sudorosos, dándose codazos, comenzaron a tocar una pieza.

Los filarmónicos eran cinco: dos violines, un cornetín, una flauta y un arpa. Ejecutaron Tres Piedras. Las parejas se alinearon, marchando solemnemente por la sala. Después de dar dos vueltas, comenzaron a bailar, saltando con dificultad sobre el áspero y duro piso de tierra, repleto de espuelas que resonaban; cuando habían bailado dos o tres veces, sin sentarse, paseaban otra

vez, después bailaban nuevamente, y otro paseo; así cada periodo de baile tomaba como una hora.

Era una habitación larga, de techo bajo, con paredes blanqueadas y el cielo rosa de vigas entrelazadas con barro arriba; en un ángulo estaba la inevitable máquina de coser cerrada y convertida en una especie de altar, cubierta con una tela diminuta bordada, sobre la cual ardía la llama de una vela perpetua, ante una estampa impresa en colores, muy charrá, de la Virgen, que colgaba de la pared. Don Prisciliano y su esposa, que amamantaba a un niño, rebosaban de alegría en sus sillas, al otro extremo de la pieza. Había gran cantidad de velas ardiendo a un lado y metidas en el muro en todo el derredor, desde donde dejaban huellas de hollín por encima de ellas en lo blanco de la pared. Los hombres producían un prodigioso pataleo y retintín con las espuelas al bailar, vociferando ruidosamente entre sí. Las mujeres no hablaban; tenían los ojos clavados en el suelo.

Hasta mí llegaban fragmentos de la conversación de los peones:

- Fidencio no debió haber estado ausente tanto tiempo.

- ¡Caramba! Vean de la manera que Pablito pone mal gesto allá. Creyó seguramente que Fidencio había muerto y que Carmencita era suya.

En seguida la voz de uno que esperaba:

- ¡Tal vez habrá pelea!

El periodo de baile terminó al fin, y Fidencio llevó a su prometida correctamente a su asiento contra la pared, al concluir de tocar la música. Los hombres salieron apresuradamente a la calle donde, al resplandor de una antorcha, vendía botellas de licor fuerte el gallero perdidoso. Brindamos a nuestra salud alborozadamente en el parque de las trampas galleras. Las montañas alrededor resplandecían con la luna. Y así, poco después, porque los intervalos entre los periodos de baile eran muy cortos, oímos la música empezar de nuevo como una erupción volcánica, exuberante, tocando un vals. Fidencio volvió a la sala de baile, siendo el centro de atracción de veinte jóvenes curiosos y entusiastas, porque él había viajado ... Se fue derecho a Carmencita; pero en el momento en que la sacaba a la sala, Pablito se deslizó detrás de ellos, sacando un enorme y anticuado pistolón. Se oyeron una docena de gritos:

- ¡Cuidado Fidencio!

Se volvió rápidamente, encontrándose el revólver apuntando a su estómago. Durante unos segundos nadie se movió. Fidencio y su rival se miraban con ojos iracundos. Se oyó el piñonear amortiguado de las automáticas por todas partes, al sacar los caballeros sus armas y amartillarlas, porque algunos de ellos eran amigos de Pablito. Oí algunos que dijeron en voz baja:

- ¡Porfirio, vete a casa y trae mi escopeta!

- ¡Victoriano! ¡Mi rifle nuevo! Está sobre la cómoda en el cuarto de mamá.

Un enjambre de chiquillos como nube de peces voladores se dispersaron a la luz de la luna, para traer las armas de fuego. Mientras tanto, se conservó el status quo. Los peones se habían encucillado fuera de la zona de peligro; pero de tal modo, que pudieran atisbar por arriba de los antepechos de las ventanas, por donde vigilaban los acontecimientos con un interés regocijado. La mayor parte de los músicos buscaban refugio, orillándose hacia la ventana más próxima. Sin embargo, el arpista se había colocado detrás de su instrumento. Don Prisciliano y su esposa, quien amamantaba todavía su niño, se levantaron y encaminaron majestuosamente hacia alguna parte del interior de la casa. Esto no era asunto suyo; además, no deseaban interponerse en los placeres de la gente joven.

Fidencio empujó con cuidado a Carmencita con un brazo, para llevársela, mientras tenía la otra mano suspendida como una garra. Y, en medio de un sepulcral silencio, dijo:

- ¡Tú, cabroncito! ¡No te quedes ahí apuntándome con eso, si tienes miedo de disparar! ¡Jala del disparador ahora que estoy desarmado! ¡No tengo miedo a morir, aun si es a manos de un mentecato, enclenque, que no sabe cuándo utilizar una pistola!

La cara del muchacho se contrajo en un gesto de rencor; creí que iba a disparar.

- ¡Ah! -murmuraron los peones-. ¡Ahora! ¡Ahora es cuándo!

Pero no lo hizo. Después de unos cuantos segundos, vaciló su mano, y lanzando una injuria, volvió la pistola a su bolsillo. Los peones se incorporaron, así como la multitud que estaba en las puertas y ventanas, todos contrariados. El arpista se levantó y comenzó a templar su arpa. Todo era guardar revólveres y pistolas en sus fundas; la vivacidad del charloteo social creció nuevamente. Cuando llegaron los chicos con un arsenal completo de rifles y escopetas, ya se había reanudado el baile. De modo que las armas fueron apiladas en un rincón.

Fidencio permaneció allí mientras Carmencita reclamaba sus atenciones amorosas y hubo alguna posibilidad de fricción. Se contoneaba entre los hombres y recogía la admiración de las señoras, ganando a todos a bailar en velocidad, languidez y algazara.

Pero pronto se cansó de aquello; el estímulo del encuentro con Carmencita perdió su atractivo para él. De modo que salió del salón, a la luz de la luna, encaminándose por el arroyo a tomar parte en la fiesta de Carlitos Chi.

Al aproximarnos al hotel nos dimos cuenta de un sonido curioso, como quejidos apenas perceptibles, que parecían música. La mesa había sido retirada del comedor y llevada a la calle; en la habitación se hallaba el troteador del pavo, Fu y otro celestial. En un rincón, sobre un bastidor, habían colocado un barril de aguardiente, debajo del cual estaba

tendido el mismo Carlitos, que tenía en la boca un tubo de cristal, con el cual extraía -a la manera de un sifón- el licor del barril.

Había una gran caja de cigarrillos mexicanos, abierta a golpes por un lado; los paquetes de cigarrillos estaban regados por el suelo. En otras partes de la pieza estaban dos chinos más, durmiendo el profundo sueño de los extremadamente borrachos, envueltos en unas cobijas. Los dos que habían bailado, cantaban, mientras tanto, su propia versión de la que fuera popular canción y pieza de baile en los Estados Unidos, llamada Ojos Soñadores. En contraste con esto, un fonógrafo, instalado en la cocina, tocaba la espléndida marcha del Tannhauser, El Coro de los Peregrinos. Carlitos se quitó el tubo de la boca, le puso un dedo encima, y nos dio la bienvenida con un himno que cantó así:

¡Tira para la playa, marinero, tira para la playa! ¡No hagas caso al humilde lavandero, sino tira para la playa!

Nos examinó con un ojo lagañoso, y nos previno:

- ¡Cuidado ustedes, que Carlitos está aquí con nosotros esta noche!

Después de lo cual volvió el sifón a su boca.

Participamos en aquellas festividades. Fidencio ofreció la exhibición de los pasos de un nuevo fandango español, según lo bailaban los condenados langostas -como llaman los mexicanos a los españoles-. Zapateó berreando por todo el salón, chocando con los chicos y bramando La Paloma.

Finalmente, se desplomó, sin respiración, sobre una silla, y empezó a comentar acerca de los muchos encantos de la novia de Adolfo, a quien había visto por primera vez aquel día. Manifestó que era una vergüenza que un alma tan joven y alegre estuviera atada a un hombre de edad madura; dijo que él representaba a la juventud, la fuerza y la gallardía, y que él estaba mejor dotado para ser su compañero, que Adolfo. Agregando que, según avanzaba la noche, sentía que la deseaba más y más. Carlitos Chi, con su tubo de vidrio en la boca, asentía comprensivamente a cada una de esas aseveraciones. Tuve una idea afortunada. ¿Por qué no enviar por Adolfo y su mujer e invitarlos a que nos hicieran compañía en la fiesta? Fueron levantados a puntapiés los chinos que dormían en el suelo, a fin de pedirles su opinión. Dado que no hablaban inglés ni español, dieron su respuesta en chino. Fidencio hizo la traducción.

- Dicen -manifestó que Carlitos debe llevar la invitación.

Estuvimos de acuerdo. Carlitos se levantó, tomando su lugar con el tubo de vidrio. Hizo la declaración de que los invitaría en los más irresistibles términos y, fajándose su revólver, desapareció.

Diez minutos después oímos cinco disparos. Analizamos la cuestión pormenorizadamente, sin llegar a comprender por qué había salvas de artillería a aquellas horas de la noche, con la posible excepción de que probablemente dos de los asistentes, al salir del baile, se estuvieran dando de balazos antes de irse a dormir. Carlitos tardaba; entretanto ya estábamos considerando la viabilidad de enviar una expedición para buscarlo, cuando llegó.

Bueno, ¿qué pasó, Carlitos? -le pregunté-. ¿Vendrán?

No lo creo así -contestó dudosamente, bamboleándose en el umbral de la puerta.

¿Oíste el tiroteo? -interrogó Fidencio.

Sí, muy cerca -dijo Carlitos-. Fu, ¿si fueras tan amable de quitarte de abajo de ese tubo ...?

¿Qué sucedió? -preguntamos.

Bueno -dijo Carlitos-, toqué a la puerta de Adolfo y le dije que teníamos aquí una fiesta y queríamos que viniera. Me disparó tres tiros y yo le disparé dos.

Y al decir esto, Carlitos tiró de una pierna de Fu, sacándolo, y tranquilamente se echó otra vez debajo del tubo de vidrio.

Debimos haber permanecido allí algunas horas después de eso. Recuerdo que ya amaneciendo llegó Ignacio y nos tocó el Adiós, de Tosti, al compás del cual bailaron todos los chinos muy seriamente.

Como a las cuatro de la mañana apareció Anastasio. Abrió la puerta, de golpe, y se plantó allí con una pistola en la mano.

- Amigos -exclamó-, ha ocurrido algo muy desagradable. Mi esposa, Juanita, regresó de la casa de su madre como a la medianoche, en un burro. Fue detenida en el camino por un hombre embozado en un poncho, que le dio una carta anónima en que se detallaban todas mis pequeñas diversiones cuando fui la última vez de paseo a Juárez. He visto la carta. ¡Y es sorprendentemente exacto lo que dice! Relata cómo fui a cenar con María y después la acompañé a su casa. Dice cómo llevé a Ana a los toros. Describe el pelo, el cutis y el carácter de todas las otras mujeres y lo que gasté con ellas. ¡Caramba! ¡Y es rigurosamente exacto, al centavo! Cuando llegó a casa, yo estaba tomando una copa en la cantina de Catarino con un viejo amigo. El forastero misterioso se presentó en la puerta de la cocina con otra carta en la que decía que yo tengo tres esposas más en Chihuahua lo que, Dios lo sabe, no es cierto, ¡porque sólo tengo una! No es que me preocupe, amigos, pero esas cosas han trastornado horriblemente a Juanita. Claro, yo he negado esos cargos, pero ¡válgame Dios! ¡Las mujeres son tan poco razonables! Contraté a Dionisio para vigilar mi casa, pero se fue al baile; con tal motivo, levanté y vestí a mi pequeño, para que me avisara de cualquier nuevo atentado; he venido aquí en busca de ayuda para proteger a mi hogar de esta desgracia.

Manifestamos que haríamos cuanto fuera necesario por Atanasio -cualquier cosa- esto es, que lo ameritara. Declaramos que eso era terrible, y que a ese forastero perverso había que exterminarlo.

-¿Quién puede ser?

Atanasio repuso que probablemente era Flores, que había tenido un niño con su señora antes de que él se casara con ella, pero que nunca había podido conquistar sus afectos. Lo obligamos a tomar aguardiente y bebió muy pensativo. Carlitos Chi se desprendió del tubo, picado en su afán de investigar, tomando su lugar Fu, a quien envió a buscar armas. Volvió en diez minutos con siete revólveres cargados, de diferentes marcas.

Casi inmediatamente golpearon furiosamente la puerta, entrando como tromba el pequeño hijo de Atanasio.

- ¡Papá! -gritó, mostrando un papel-. ¡Aquí hay otro! El hombre tocó por la puerta de atrás, y cuando mamá fue a ver quién era, pudo ver solamente una gran manta roja, que

lo cubría completamente, hasta el pelo. Le dio una nota y corrió, llevándose un pan grande por la ventana.

Con manos trémulas Atanasio desdobló el papel y leyó en voz alta:

- Su esposo es el padre de cuarenta y cinco niños en el Estado de Coahuila. (Firmado: Alguno que lo conoce).

- ¡Madre de Dios! -gritó exasperado Atanasio, poniéndose de pie, en un gesto de pesar y cólera-. ¡Eso es mentira! ¡Siempre me han calumniado! ¡Adelante amigos míos! ¡Defendamos nuestros hogares!

Cogiendo nuestras armas nos lanzamos afuera, en la oscura noche. Tambaleando, jadeantes, por la escarpada cuesta hacia la casa de Atanasio, muy juntos, para que así ninguno pudiera ser confundido por los otros con el forastero misterioso. La esposa de Atanasio estaba en la cama, llorando histéricamente. Nos dispersamos entre la maleza y hurgamos por los callejones alrededor de la casa, pero no resultó nada. En un rincón del corral estaba tirado Dionisio, el velador, profundamente dormido, con su rifle al costado. Pasamos por arriba del cerro hasta llegar a la orilla de la ciudad. Ya despuntaba la aurora; un coro interminable de gallos era lo único que se oía, además de la inefable música del baile en la casa de Don Prisciliano, que probablemente seguiría todo ese día y la noche siguiente. A distancia, el inmenso valle era como un gran mapa, tranquilo, claro, enorme. Todos los ángulos de las casas, las ramas de los árboles y la brizna de hierba en los tejados, resaltaban con la maravillosa claridad de la luz al romper el alba.

A lo lejos, sobre una ladera de la montaña rojiza, iba un hombre cubierto con un sarape rojo.

- ¡Aja! -grito Atanasio-. ¡Allá va!

Y abrimos el fuego unánimemente sobre la manta roja. Éramos cinco, y teníamos seis cartuchos cada uno, que repercutieron pavorosamente entre la casa y retumbaron de montaña en montaña, repitiéndose cada uno centenares de veces. De pronto, el poblado arrojó una multitud de hombres, mujeres y niños a medio vestir. Seguramente pensaron que había estallado una nueva revolución. Una anciana arrugada, muy vieja, salió de una pequeña y oscura casa a la orilla del pueblo, restregándose los ojos.

- ¡Oigan! -gritó-. ¿A qué le están tirando?

- ¡Tratamos de matar a ese hombre maldito de la frazada roja, que está emponzoñando nuestros hogares y haciendo de Valle Alegre un lugar imposible para que viva una mujer decente! -gritó Atanasio.

La anciana esforzó sus ojos legañosos sobre nuestro blanco.

- Pero -dijo tranquilamente-, ése no es un mal hombre. Es mi hijo que va a cuidar las cabras.

Entretando, el sujeto de la cobija roja, sin mirar atrás siquiera, seguía su apacible camino hasta desaparecer.

CAPÍTULO III

Los pastores

El romance del oro se aferra a las montañas del norte de Durango, igual que un perfume perdurable.

Dicen que en aquella región estuvo aquel fabuloso Ofir, de donde habían sacado los aztecas y sus misteriosos predecesores, el áureo metal rojo que encontró Cortés en el tesoro de Moctezuma. Antes de alborear la historia de México, los indios arañaban esas laderas inhóspitas de los cerros, con toscos cuchillos de cobre. Todavía pueden verse los rastros de sus labores. Y después de ellos, los españoles, con sus yelmos resplandecientes y brillantes armaduras de acero, llenaron con lo extraído de esas montañas, las naves orgullosas de los tesoros de las Indias. A más de mil seiscientos kilómetros de la capital mexicana, sobre desiertos sin caminos y montañas terriblemente pedregosas, se arrojó un fragmento lleno de colorido, de la civilización más brillante de Europa, entre los cañones y altas cimas de esta desolada tierra; y tan lejos quedaba de su base para obtener relevos, que mucho después de haber desaparecido para siempre el régimen colonial hispano, éste persiste aquí todavía. Los españoles esclavizaron a los indios de la región, claro, y los estrechos valles, arrastrados por los torrentes, están todavía plenos de siniestras leyendas. Cualquiera puede relatar historias de antaño, en torno a Santa María del Oro, y sobre la época en que flagelaban a los hombres en las minas, mientras los sobrestantes españoles vivían como príncipes.

Pero era un raza fuerte: eran montañeses, siempre dispuestos a rebelarse. Hay una leyenda sobre cómo los españoles, al descubrir que estaban solos, aislados a doscientas leguas de la costa, en medio de una raza indígena, numerosa y hostil, intentaron salir una noche de las montañas. Pero surgieron hogueras en los picos más altos, y las poblaciones montañosas vibraron al son de sus tambores de guerra. Los españoles desaparecieron para siempre entre los desfiladeros inaccesibles. Y desde esa época, hasta que ciertos extranjeros pudieron obtener concesiones mineras allí, el paraje ha tenido siempre una mala reputación. Las autoridades del gobierno mexicano raramente llegan allí.

Hay dos poblados que fueron los principales de los españoles buscadores de oro en esta región, y donde todavía es fuerte la tradición hispana: Indé y Santa María del Oro, más conocida por El Oro. Indé fue llamada así por los españoles, románticamente, por su persistente creencia de que este Nuevo Mundo era la India; Santa María fue bautizada con ese nombre sobre idéntico principio, por el que se canta un Tedeum en honor de una victoria sangrienta; es un agradecimiento al cielo por el hallazgo del oro rojo, Nuestra Señora del Oro.

En El Oro pueden verse todavía las ruinas de un monasterio al que llaman ahora, de una manera vaga, El Colegio, con sus pequeños y típicos tejados de arco, en una hilera de celdas monásticas de adobe, que se pudren rápidamente bajo soles ardientes y lluvias torrenciales. Rodea en parte lo que fue el patio del claustro, destacándose un árbol

enorme de mezquite sobre la olvidada lápida mortuoria de una antigua tumba, que tiene la inscripción señorial de doña Isabel Guzmán. Claro que nadie recuerda quién fue doña Isabel, o cuándo murió. Aún existe, en la plaza pública, una antigua y bella iglesia española, con su cielo raso de vigas. Y sobre la puerta del minúsculo palacio municipal está casi borrado el escudo de armas, entallado, de alguna antigua casa española.

Pero he aquí el romance: Como los moradores se cuidan poco de la tradición y, apenas si guardan alguna memoria de los antiguos habitantes que dejaron esos monumentos, la exuberante civilización indígena ha destruido todas las huellas de los conquistadores.

El Oro se distingue como la ciudad más alegre de toda la región montañosa. Hay bailes casi todas las noches; y es bien sabido en todas partes que El Oro es la cuna de las muchachas más bonitas de Durango. En El Oro también se celebran los días de fiesta con más alborozo que en otras localidades. Todos los que hacen el carbón vegetal, los pastores de cabras, arrieros y rancheros, de muchos kilómetros a la redonda, vienen en los días festivos; de tal modo que un día de fiesta se convierte, generalmente, en dos o tres de asueto, porque se necesita un día para la fiesta, otro para ir, y un tercero para el regreso al hogar.

¡Y qué Pastorelas las de El Oro! Durante las fiestas de los Santos Reyes, una vez al año, representan Los Pastores en todos lados de esta parte del país. Es una antigua representación autodramática, de la especie que efectuaban en toda Europa en el Renacimiento, del género que originó el drama Isabelino, y que ahora ha desaparecido completamente del mundo. Fue transmitido de la madre a la hija, desde la más remota antigüedad. Se le llama Luzbel -Lucifer en español-, y describe al hombre malo en medio de su pecado mortal. Lucifer, el gran enemigo de las almas, y la eterna piedad de Dios hecho carne en el Niño Jesús.

En la mayor parte de los poblados hay solamente una representación de Los Pastores. Pero en El Oro hay tres o cuatro en la noche de los Santos Reyes, y otra en diferentes épocas del año, según el impulso del espíritu festivo. El cura, o sea el sacerdote del poblado, es todavía el que entrena a los actores. La representación, sin embargo, ya no se lleva a cabo en la iglesia. De generación en generación, se le han venido añadiendo cosas, algunas deformándola en demasiado profana, demasiado realista para la iglesia; pero aún indica la gran moral religiosa medieval.

Fidencio y yo cenamos temprano la noche de los Santos Reyes. Después me llevó a un pasadizo estrecho, como callejón entre paredes de adobe, que conducía por un lugar baldío a un corralito, detrás de una casa de donde colgaban chiles rojos. Por debajo de las piernas de dos burros contemplativos se escurrían perros y gallinas, uno o más cerdos, y un enjambre de niños morenos desnudos. Sobre una caja de madera estaba sentada una vieja bruja, arrugada, fumando un cigarrillo de hoja de maíz. Al llegar nosotros se levantó, murmurando algunas palabras de saludo ininteligibles. No tenía dientes; se levantó la tapa de la caja y sacó una olla colmada de aguardiente acabado de hacer. El alambique estaba en la cocina. Le pagamos un peso de plata, y la bebida circuló entre los tres, con muchos cumplidos y deseos por nuestra salud y prosperidad. El cielo crepuscular sobre nuestras cabezas se puso amarillo y después verdoso, en tanto que brillaban unas cuantas estrellas sobre las montañas. Oíamos risas y guitarras de la parte baja

del poblado, así como los ruidosos gritos de los carboneros que remataban su día de fiesta muy animados. La vieja señora bebió más de lo que le correspondía ...

¡Oiga, madre! -preguntó Fidencio-. ¿Dónde van a dar Los Pastores esta noche?

Hay muchos Pastores -le contestó mirándolo de reojo-. ¡Caramba! ¡Qué año éste para Pastores! Hay unos en la escuela, otros detrás de la casa de Don Pedro, otros en la casa de Don Mario, y unos más en la casa de Petrita, la que se casó con Tomás Redondo, que murió el año pasado en las minas. ¡Que Dios lo haya perdonado!

¿Cuáles son los mejores? -interrogó Fidencio, dando con el pie a una cabra que pretendía entrar en la cocina.

¡Quién sabe! -y se encogió de hombros dudosamente-. Si no tuviera tan duros los huesos, iría a la de don Pedro. Pero saldría descontenta porque ya no hay, en estos días, Pastorelas como las que hacíamos cuando yo era muchacha.

Fuimos, por lo tanto, a la de don Pedro, bajando por una calle accidentada, dispareja, donde se detenían a cada paso los juerguistas escandalosos que se habían quedado sin blanca, y que deseaban encontrar algún sitio donde beber a crédito. La casa de don Pedro era grande, como correspondía al hombre más rico del pueblo. La plaza abierta, rodeada por sus construcciones que, de otro modo, hubiera sido un corral ordinario; pero don Pedro podía disponer hasta de un patio, en el que abundaban los arbustos fragantes y nopales, con una fuente rústica de cuyo centro salía el agua por un tubo de hierro viejo. Se entraba al patio por un pasaje negro y estrecho, abovedado, en el que estaban sentados los músicos que tocaban. Por el lado de afuera, en la pared, estaba encajada una antorcha de pino por uno de sus extremos; debajo de ella, un hombre que cobraba cincuenta centavos por la entrada. Observamos durante un rato, pero parecía que nadie pagaba por entrar. Lo rodeaba una multitud de escandalosos, alegando que ellos tenían prerrogativas especiales para poder pasar gratuitamente. Uno, porque era primo de Don Pedro; otro porque era su jardinero; un tercero porque estaba casado con la hija de su suegra en su primer matrimonio; una mujer insistía en que era la madre de uno de los actores. Pero había otras entradas, en las que no estaba ningún guardián; y al través de ellas -cuando no podía engatusar al que estaba en la puerta principal- se colaba rápidamente la muchedumbre. Pagamos nuestra entrada en medio de un asombrado silencio, y pasamos.

Una espléndida luna blanca inundaba con su luz el lugar. El patio se inclinaba hacia arriba, a la montaña, por donde no había pared que impidiera ver las grandes planicies relucientes de tierra adentro, que se volcaban para confundirse con el cielo bajo, color jade. Del tejado poco elevado de la casa colgaba un dosel de lona sobre un sitio plano, apoyado en postes torcidos, como si fuera la tienda de campaña de un rey beduino. Su sombra tomaba la claridad de la luna en una sombra más negra que la noche. Afuera del lugar, en su derredor, alumbraban seis antorchas clavadas en el suelo, despidiendo nubes delgadas de humo negro. No había ninguna luz bajo el dosel, a no ser los fugaces destellos de incontables cigarrillos. A lo largo de la pared de la casa estaban de pie las mujeres, vestidas de negro, con mantillas del mismo color en la cabeza, mientras los hombres de la familia se acuclillaban sobre sus pies. Todos los espacios, entre sus rodillas, estaban ocupados por los niños. Hombres y mujeres por igual fumaban cigarrillos,

que bajaban tranquilamente, de manera que los chicos pudieran dar una fumada. Era un auditorio tranquilo: hablaba poco y con suavidad, esperando contento, miraba la luz lunar en el patio y escuchaba la música, cuyo sonido venía, lejano, desde el pasaje de entrada. De improviso rompió a cantar un ruiseñor en alguna parte entre los arbustos, y todos quedamos estáticos, silenciosos, escuchándolo. Fueron despachados algunos chiquillos a decir a los músicos que se callaran mientras el pájaro cantaba. Aquello era conmovedor.

Durante todo este tiempo no había ninguna señal de los actores. No sé cuánto tiempo estuvimos sentados allí, pero nadie hacía comentario alguno sobre el particular. El auditorio no estaba allí precisamente para ver a Los Pastores; estaba para ver y oír lo que pasara e interesarlo en ello. Pero siendo un hombre del oeste norteamericano, inquieto y práctico, ¡ay de mí!, rompí el encanto del silencio para preguntar a una mujer que estaba junto a mí, cuándo empezaría la función.

- ¡Quién sabe! -me contestó tranquilamente.

Un hombre que acababa de llegar, después de darle vueltas a mi pregunta en su mente, se inclinó de través.

- Tal vez mañana -dijo. Noté que la música ya no tocaba-. Parece -prosiguió-, que hay otra Pastorela en la casa de doña Petrita. Me dicen que los actores que iban a trabajar aquí, se han marchado allá para verla. Y los músicos también se han ido para allá. He estado considerando seriamente el irme yo también.

Lo dejamos, pensando todavía seriamente; el resto del auditorio se había acomodado para pasar una velada de charla placentera, olvidando por completo, aparentemente, la Pastorela. Afuera, el recogedor de boletos, con nuestro peso, había reunido desde hacía largo rato a los que lo rodeaban para buscar la agradable alegría de una cantina.

En esas circunstancias, nos encaminamos lentamente por la calle hacia la orilla del poblado, donde las enyesadas paredes de las casas de los ricos contrastaban con los simples adobes de las de los pobres. Allí terminaban todas las pretendidas calles; íbamos por las veredas de los burros, entre chozas desparramadas de acuerdo con el antojo de sus dueños, atravesando corrales en ruinas hasta la casa de la viuda de don Tomás. La construcción de ésta era de ladrillos de lodo, secados al sol, parte de ellos encajados en la misma montaña, y que semejaban a lo que debe haber sido el establo de Belén. Y como si deseara completar la analogía, estaba echada una hermosa vaca a la luz de la luna, debajo de la ventana, resoplando y rumiando su paja. Veíamos,

al través de la ventana, y la puerta, sobre un mar de cabezas, el reflejo de la luz de las velas en las vigas y oíamos un canto plañidero, de voces infantiles, al mismo tiempo que golpear cayados en el suelo al compás del sonido de cencerros.

Era un cuarto blanqueado, bajo de techo, con piso de tierra y, arriba, traviesas entrelazadas con lodo, igual que cualquier habitación campesina de Italia o Palestina. En el extremo más distante de la puerta estaba una mesita en la que había montones de flores de papel, donde ardían dos grandes cirios de iglesia. Arriba, en la pared, colgaba un cromo de la Virgen y el Niño. En medio de las flores se asentaba un modelo de madera, minúsculo -una cuna- en la que se veía un muñeco plomizo que representaba al Niño Jesús. Todo el resto del cuarto, menos un reducido espacio en el centro, estaba repleto de gen-

te: una valla de niños sentados con las piernas cruzadas alrededor del escenario, muchachos y muchachas de mediana edad, arrodillados, y detrás de ellos, hasta obstruir la puerta, peones encobijados, sin sombrero, anhelantes y curiosos. Por alguna preciosa casualidad, una mujer, sentada junto al altar, amamantaba a un niño con el pecho descubierto. Estaba otra mujer con sus niños apoyada en la pared y junto a ellos una entrada angosta, con una cortina, que daba a otro cuarto desde donde podíamos oír las risas ahogadas de los actores.

- ¿Ya comenzó? -pregunté a un muchacho que se hallaba junto a mí.

- No -contestó-; salieron a cantar una canción únicamente para ver si el escenario es lo bastante grande.

Era un grupo divertido, bullicioso, cambiando chistes y charlando por arriba de sus cabezas. Muchos de los hombres estaban animados por el aguardiente, cantando pedacitos de canciones obscenas, con los brazos echados por arriba del hombro entre sí, y surgiendo a cada rato pequeños pero violentos incidentes, que podían conducir a cosas mayores, ya que todos iban armados. Y, en aquel momento precisamente, se oyó una voz que decía:

- ¡Chist! ¡Van a empezar!

Se levantó el telón y Lucifer, arrojado de la gloria debido a su indomable orgullo, estaba delante de nosotros. Era una muchacha joven; todos los actores eran muchachas, diferenciándose de las representaciones autodramáticas preisabelinas, en que los actores eran muchachos. Llevaba una indumentaria en la que cada pieza había sido transmitida desde una remota antigüedad. Era roja, desde luego, de cuero rojo; el color medieval asignado a los diablos. Pero la parte excitante de esto era precisamente que el uso del uniforme de un legionario romano fue tradicional -porque los soldados romanos que crucificaron a Cristo eran considerados un poco menos que diablos en la Edad Media-. Estaba vestida con un amplio jubón saya de cuero rojo, bajo el cual tenía unos calzones festonados, que le llegaban casi arriba de los zapatos. Parecía no haber mucha coherencia en ello, a menos que recordemos que los legionarios romanos usaban pantalones de cuero en Bretaña y España. Su casco estaba muy deformado, por las plumas y flores que le habían agregado; pero debajo de éstas se podía encontrar la semejanza con el caso romano. Su pecho y espalda estaban cubiertos por una coraza, la que en lugar de acero estaba hecha de espejos pequeños. Tenía una espada colgada a un costado. Sacándola, se pavoneó en torno del escenario e imitando la voz de un hombre, dijo:

¡Yo soy luz; en mi nombre se ve! Pues con la luz que bajé todo el abismo encendí ...

Un monólogo espléndido de Lucifer, arrojado de la gloria:

Yo soy luz, como lo proclama mi nombre, y la luz de mi caída ha iluminado a todo el gran averno. Porque no quise humillarme, yo, que fui el capitán general, que lo sepan todos los hombres, yo soy ahora el maldito de Dios ... A vosotras, oh montañas, y a vos, oh mar, me quejaré, y así, ¡ay de mí!, descansará mi pecho oprimido ... Fortuna despiadada, ¿por qué eres tan severamente inflexible? ... Yo, que ayer moraba tranquilo allá en el firmamento rutilante, soy ahora el desheredado, el desamparado. A causa de mi loca envidia y ambición, por mi arrebatada soberbia, mi palacio de ayer ya no existe, y hoy estoy triste entre estas montañas, mudos testigos de mi aflictiva y lastimosa condición ...

¡Oh, montañas! ¡Felices vosotras! ¡Felices con todo, ya seáis desnudas y desiertas, o alegres y frondosas de verdor! ¡ Oh, vosotros, veloces arroyos que corréis libres, miradme! ...

¡Bueno, bueno! -prorrumpió el público.

¡Así se va a sentir Huerta cuando entren los maderistas a la Ciudad de México! -gritó un revolucionario incorregible, entre las risas de todos.

Miradme en mi tribulación y pecado ... -prosiguió Luzbel.

Pero entonces salió un gran perro de atrás del telón, meneando alegremente su cola. Intensamente satisfecho de sí mismo, se dio a oler a los niños, lamiendo una cara aquí y allá. Un chiquitín le pegó fuertemente y, el perro asustado y atónito, salió precipitadamente por entre las piernas de Lucifer, en medio de aquella sublime peroración. Lucifer cayó por segunda vez y, levantándose entre la desatada hilaridad del auditorio, lo amenazó con su espada. Entonces se echaron encima del perro cuando menos cincuenta espectadores y lo arrojaron aullando, con lo que siguió la representación.

Laura, casada con Arcadio, un pastor, entró cantando a la puerta de su casucha, es decir, salió de entre el telón ...

- ¡Qué apaciblemente cae la luz de la luna y las estrellas en esta noche soberanamente hermosa! La naturaleza parece estar a punto de revelar algún maravilloso secreto. Todo el mundo está en paz, y todos los corazones, imagino, están rebosando de alegría y contento ... Pero, ¿qué es esto de tan agradable presencia y fascinante figura?

Lucifer, pavoneándose ensoberbecido, le declaró su amor, con una audacia latina. Le respondió que su corazón pertenecía a Arcadio; pero el superdiablo puso de manifiesto la pobreza de su esposo, prometiéndole riquezas, palacios deslumbrantes, joyas y esclavos.

- Siento que estoy comenzando a amarte -dijo Laura-. No puedo engañarme a mí misma, no puedo luchar contra mi voluntad.

En esta parte hubo risas sofocadas entre el público:

- ¡Antonia! ¡Antonia! -dijeron todos riéndose y dándose codazos-. ¡Ésa es precisamente la forma en que Antonia abandonó a Enrique! ¡Siempre tuve la creencia de que el diablo andaba en ello! hizo notar una de las mujeres.

- Si es así no tendrás dificultades -dijo Laura con calma-, así quedaré libre, y aun buscaré la oportunidad para matarlo.

Esto fue terrible, aun para Lucifer, quien sugirió que sería mejor hacer sentir a Arcadio el tormento de los celos, y en un regocijado aparte, dijo satisfecho refiriéndose a ella:

- Ya sus pies van directamente camino del infierno.

Las mujeres, aparentemente, sintieron una gran satisfacción por esto. Se codeaban, sintiéndose virtuosas, unas a otras. Pero una muchacha dijo al oído de la otra, suspirando:

- ¡Ah! ¡Pero debe ser maravilloso amar de ese modo!

Arcadio volvió, para que Laura le echase en cara su pobreza. Venía acompañado de Bato, una mezcla de Yago y Autólico, que oyó el diálogo entre el pastor y su mujer haciendo irónicos apartes. Se despertaron las sospechas de Arcadio, al observar el anillo con una piedra preciosa, que Lucifer había dado a Laura; y cuando ésta lo dejó, arrogante y procaz, desahogó sus sentimientos ofendidos.

- Precisamente cuando era más feliz creyendo en su fidelidad, me amarga el corazón con su crueldad inhumana. ¡Qué haré conmigo mismo!

Pero Laura tenía escrúpulos de conciencia por el pobre Arcadio. Lucifer insinuó que Arcadio estaba enamorado de otra en secreto; aquello determinó la cuestión.

-Buscar una nueva consorte -contestó Bato.

Pero al ser rechazado lo propuesto, Bato dio la siguiente humilde receta para zanjar la dificultad:

- Mácala sin dilación. Hecho esto, quítale la piel y guárdala cuidadosamente. En caso de que contraigas nuevas nupcias, que sea esa piel la sábana de tu desposada; así te evitarás otras calabazas. Y para fortalecer más su virtud, dile tranquila pero enérgicamente: Queridita, esta tu sábana fue la piel de mi primera esposa; cuida de manejarte con cautela, a menos que quieras, tú también, correr la misma suerte. Recuerda que soy hombre duro y quisquilloso y que no reparo en bagatelas.

Al comenzar esta perorata los hombres comenzaron a sonreír, pero cuando terminó, reían a carcajadas.

Un peón viejo, sin embargo, se volvió furiosamente hacia ellos:

- ¡Ése es un remedio infalible! -dijo-. Si así se hiciera más a menudo, no habría tantas dificultades conyugales.

Pero Arcadio pareció no verlo así, y Bato recomendó entonces una actitud filosófica:

- Reprime tus querellas y abandona Laura a su amante. Libertado así de obligaciones, te harás rico, podrás comer y vestir bien y disfrutar verdaderamente de la vida. El resto importa muy poco ... Por lo tanto, aprovecha esta oportunidad y toma el camino para hacer tu propia fortuna. Pero no olvides, te lo ruego, una vez que te hayas hecho rico, regalar a esta pobre panza mía con buenos festines.

- ¡Qué vergüenza! -gritaron las mujeres, animándose-. ¡Qué falsedad! ¡El desgraciado!

Una voz aguda, de hombre, gritó:

- ¡Hay en eso algo de verdad, señoras! Si no fuera por las mujeres y los chicos, todos podríamos ir vestidos con ricos trajes y montar a caballo.

Se desató una acalorada discusión en torno a este punto.

Arcadio perdió la paciencia con Bato, y este último exclamó quejumbrosamente:

- Si tienes alguna estimación por el pobre Bato, vamos a cenar.

Arcadio le contestó con firmeza que no, hasta que hubiera desahogado su corazón.

- Desahoga, y mi enhorabuena -dijo Bato-, hasta que te canses. En cuanto a mí, le pondré un nudo a mi lengua, de tal manera que aunque hables como una cotorra, permaneceré mudo.

Se sentó sobre una gran piedra y fingió dormir; mientras tanto, durante quince minutos, Arcadio se descargaba dirigiéndose a las montañas y a las estrellas:

- ¡ Oh, Laura, inconstante, ingrata e inhumana! ¿Por qué me has causado tal dolor? Has herido mi honor y mi fe y atormentado mi alma. ¿Por qué has escarnecido mi ferviente amor? ¡Oh, vosotras, escarpadas, quietas y majestuosas montañas, ayudadme a expresar mi infortunio! Y vosotros, rígidos, inmovibles riscos; y vosotros, bosques silenciosos, ayudadme a sosegar mi corazón en su dolor ...

El auditorio compartió con Arcadio su duelo, dentro de una sentida y silenciosa compasión. Unas cuantas mujeres sollozaban abiertamente.

Al fin, Bato no pudo contenerse.

- ¡Vamos a cenar! -exclamó-. ¡Los duelos con pan son menos ...!

Una algazara de risas cortó el final de la frase.

Arcadio: - A ti solamente, Bato, he confiado mi secreto.

Bato (aparte): - ¡No creo que pueda guardarlo! Ya me hormiguea la boca por decirlo. Este imbécil aprenderá que un secreto y una promesa no deben confiarse a nadie.

Entró cantando un grupo de pastores y pastoras de ovejas. Iban ataviados con sus trajes domingueros; ellas con sus mejores galas, sombreros de verano con flores; llevaban enormes cayados apostólicos de madera, de los que colgaban flores de papel y cordones de cencerros.

Hermosa es esta noche sin comparación, bella y apacible como nunca, y feliz el mortal que la contempla. Todo proclama que el Hijo de Dios, el Divino Verbo hecho carne humana, pronto verá la luz de Belén y se consumará la redención de los hombres.

Después siguió un diálogo entre Fabio el avariento, de noventa años de edad, y su vivarachita y joven esposa, al cual contribuyeron todos los presentes, sobre el tema de las grandes virtudes de las mujeres y las grandes flaquezas de los hombres.

El auditorio participó violentamente en el debate, esgrimiendo lo dicho en la representación, en un ir y venir verbal; los hombres y las mujeres, alineados sólidamente por sexos, en dos grupos hostiles. Las mujeres se apoyaban en las palabras del drama, pero los hombres tenían el poderoso ejemplo de Laura, de qué echar mano. Pronto se pasó a un terreno en el que salieron a relucir las virtudes y los defectos de ciertas parejas matrimoniales en El Oro. La representación se suspendió por unos momentos.

Uno de los pastores de ovejas, Bras, robó a Fabio su mochila de entre las piernas al quedarse dormido. Entonces se generalizó la chismografía y la murmuración. Bato obligó a Bras a dividir con él lo que contenía la alforja robada, la cual abrieron, sin encontrar algo para comer, que era lo que buscaban. En su desencanto, ambos manifestaron su anuencia para vender sus almas al diablo por una buena comida. Lucifer se percató de la declaración e intentó obligarlos a sostenerla. Pero después de una batalla de ingenio entre los rústicos y el diablo -en la que la audiencia se puso como un solo hombre contra

los ardidés y malas artes de Lucifer- decidieron por jugar a los dados la resolución, en que perdió el diablo. Pero éste ya les había dicho dónde había que comer, y se marcharon en pos de comida. Lucifer blasfemó contra Dios por intervenir en favor de los dos despreciables pastores, admirándose de que se hubiera extendido una mano más poderosa que la suya para salvarlos. Se maravilló ante la piedad eterna por el hombre indigno, que siempre había sido pecador invariable en todos los tiempos, mientras que él, Lucifer, había sentido sobre sí la ira de Dios tan pesadamente. De pronto se escuchó una música muy melodiosa -eran los pastores de ovejas cantando detrás del telón- y Lucifer meditaba sobre las profecías de Daniel, indicando que el Divino Verbo debía estar hecho de carne. Seguía anunciando la música entre los pastores de ovejas el nacimiento de Cristo. Lucifer, encolerizado, juró que usaría todo su poder con el fin de que todos los mortales saborearan el infierno alguna vez, ordenando a éste que se abriera para recibirlo en su centro.

Al nacer Cristo, todos los espectadores se persignaron, y las mujeres rezaban entre dientes. La cólera impotente de Lucifer contra Dios fue recibida con gritos de: ¡Blasfemia! ¡Sacrilegio! ¡Que muera el diablo por insultar a Dios!

Bato y Bras volvieron enfermos, por glotonés, y creyendo que estaban a punto de morir, pidieron auxilio desesperados. Entonces entraron los pastores y las pastoras de ovejas, cantando y golpeando el suelo con sus cayados, al mismo tiempo que prometían curarlos.

Al comenzar el acto segundo, Bato y Bras, ya completamente sanos, fueron descubiertos cuando tramaban un nuevo complot para robar y comerse los alimentos que estaban reservados para un festival del poblado, y al irse por tal motivo, reapareció Laura, cantando sobre su amor hacia Lucifer. Se oyó música celestial, increpándola por sus pensamientos adúlteros, por lo que renunció al amor culpable y declaró que se contentaría con Arcadio.

Las mujeres del auditorio susurraban y se hacían señales con la cabeza, riendo satisfechas ante tan ejemplares sentimientos. Se escucharon suspiros de alivio por todo el recinto, en vista del cariz que tomaba el desenlace del drama.

Pero poco después se oyó el ruido de un techo que se caía, entrando el auxilio cómico, en las personas de Bato y Bras, llevando un canasto de comida y una botella de vino. Todo el mundo se animó con la presencia de estos amados pícaros; una alegría anticipada se extendió en todo el local. Bato propuso que se comería la mitad, su parte, mientras que Bras haría guardia, con lo

que Bato se comió también la parte de Bras. En medio de la reyerta que siguió antes de que pudieran ocultar las huellas del delito, volvieron los pastores y las pastoras en busca de los ladrones. Bato y Bras inventaron muchas y absurdas razones para explicar la procedencia de la comida y la bebida, hasta que finalmente lograron convencer a sus acusadores que eran de origen diabólico. Con el objeto de cubrir mejor los vestigios del hurto, invitaron a los otros a que se comieran el resto.

Esta escena, la más divertida de toda la representación, apenas podía oírse por el estruendo de las risotadas que interrumpían cada frase. Un jovenzuelo se estiró y dio un puñetazo, en broma, a un compadre.

- ¿Te acuerdas cómo salimos del paso cuando nos atraparon ordeñando las vacas de don Pedro?

Lucifer retornó, siendo invitado a participar en la fiesta. Los incitó maliciosamente a continuar discutiendo sobre el robo, situando poco a poco la culpa sobre el extraño, a quien todos coincidían en haber visto. Desde luego, ellos se referían a Lucifer; pero, invitados a descubrirlo, pintaron a un monstruo mil veces más repulsivo que en la realidad. Nadie sospechaba que el forastero amable que estaba sentado entre ellos era Lucifer.

No tengo, espacio para describir aquí, cómo, al fin fueron descubiertos y castigados Bato y Bras; cómo se reconciliaron Laura y Arcadio; cómo le fue reprochada su avaricia a Fabio y éste reconoció el error de sus procedimientos; cómo fue mostrado el Niño Jesús tendido en el pesebre, con los tres Reyes del Oriente, fuertemente individualizados, y cómo, por último, fue descubierto Lucifer y arrojado nuevamente al infierno.

El drama duró tres horas, absorbiendo toda la atención del auditorio. Bato y Bras - particularmente Bato- obtuvieron su más entusiasta aprobación. Simpatizaron con Laura, sufrieron con Arcadio odiando a Lucifer, con el odio de las galerías contra el villano del melodrama.

Una sola vez se interrumpió la representación: cuándo entró repentinamente un joven sin sombrero y gritó:

- ¡Ha llegado un hombre del ejército; dice que Urbina ha tomado a Mapimí!

Aun los actores que cantaban en ese momento, se callaron. En aquel instante golpeaban en el suelo con los cayados y los cencerros. Inmediatamente un torbellino de preguntas cayó sobre el recién llegado. Pero enseguida se disipó el interés, y los pastores de ovejas reanudaron su canción donde la habían suspendido.

Cuando salimos de casa de doña Petrita, cerca de la medianoche, la luna se había ocultado detrás de las montañas del occidente; un perro que ladraba era todo el ruido que se oía en la noche callada y oscura. Caminando Fidencio y yo para casa, con nuestras armas al hombro, cruzó por mi mente, como un relámpago, la idea de que ésta era la clase de arte que precedió a la edad de oro del teatro en Europa, la floración del Renacimiento. Resultaba divertido meditar lo que hubiera sido el Renacimiento mexicano, si éste no hubiese llegado tan atrasado.

Pero ya se acercan los grandes mares de la vida moderna a las estrechas casas de la Edad Media mexicana: la maquinaria, el pensamiento científico y la teoría política. México tendrá que seguir durante algún tiempo en su Edad de Oro del Teatro.

